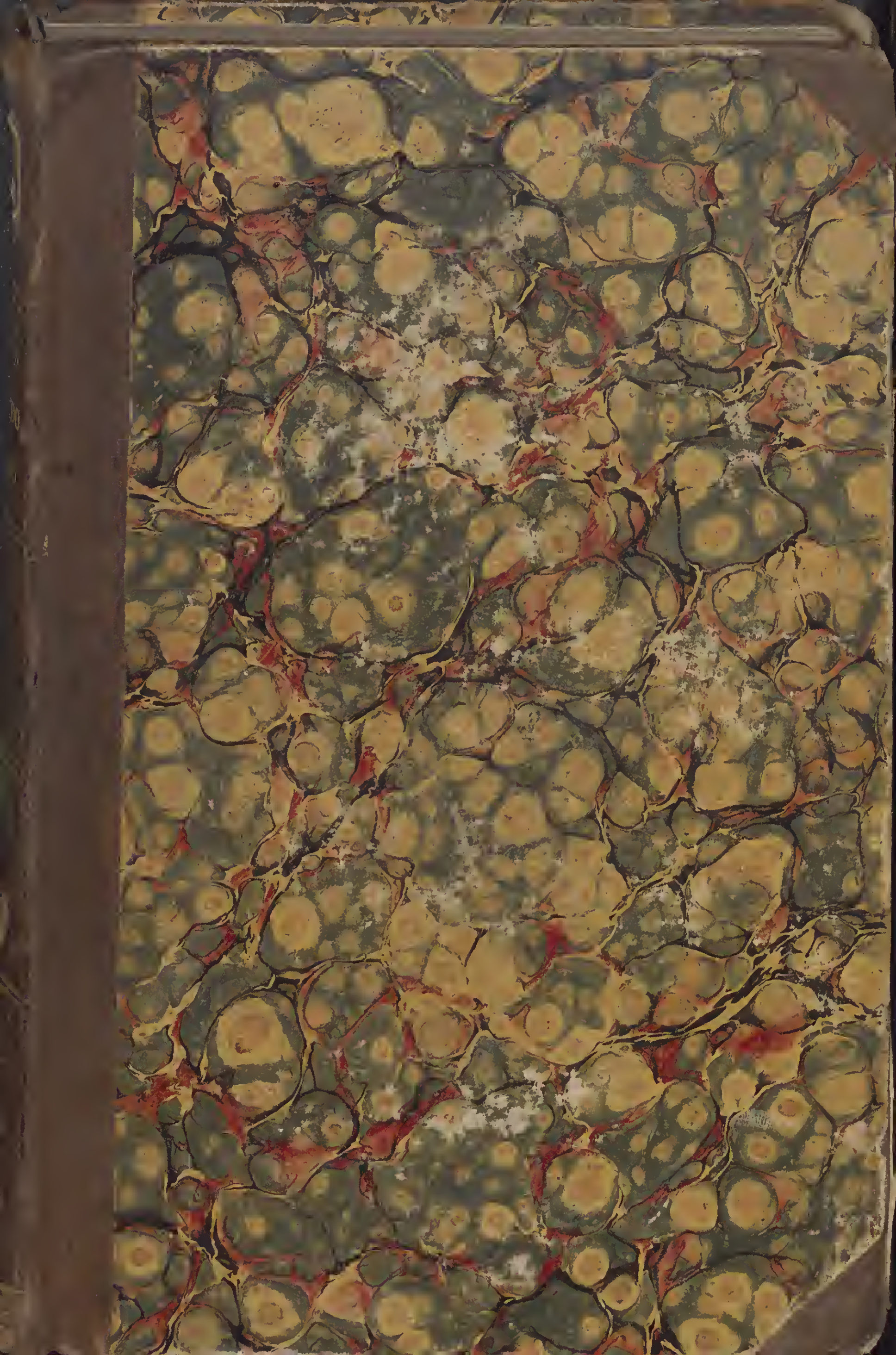
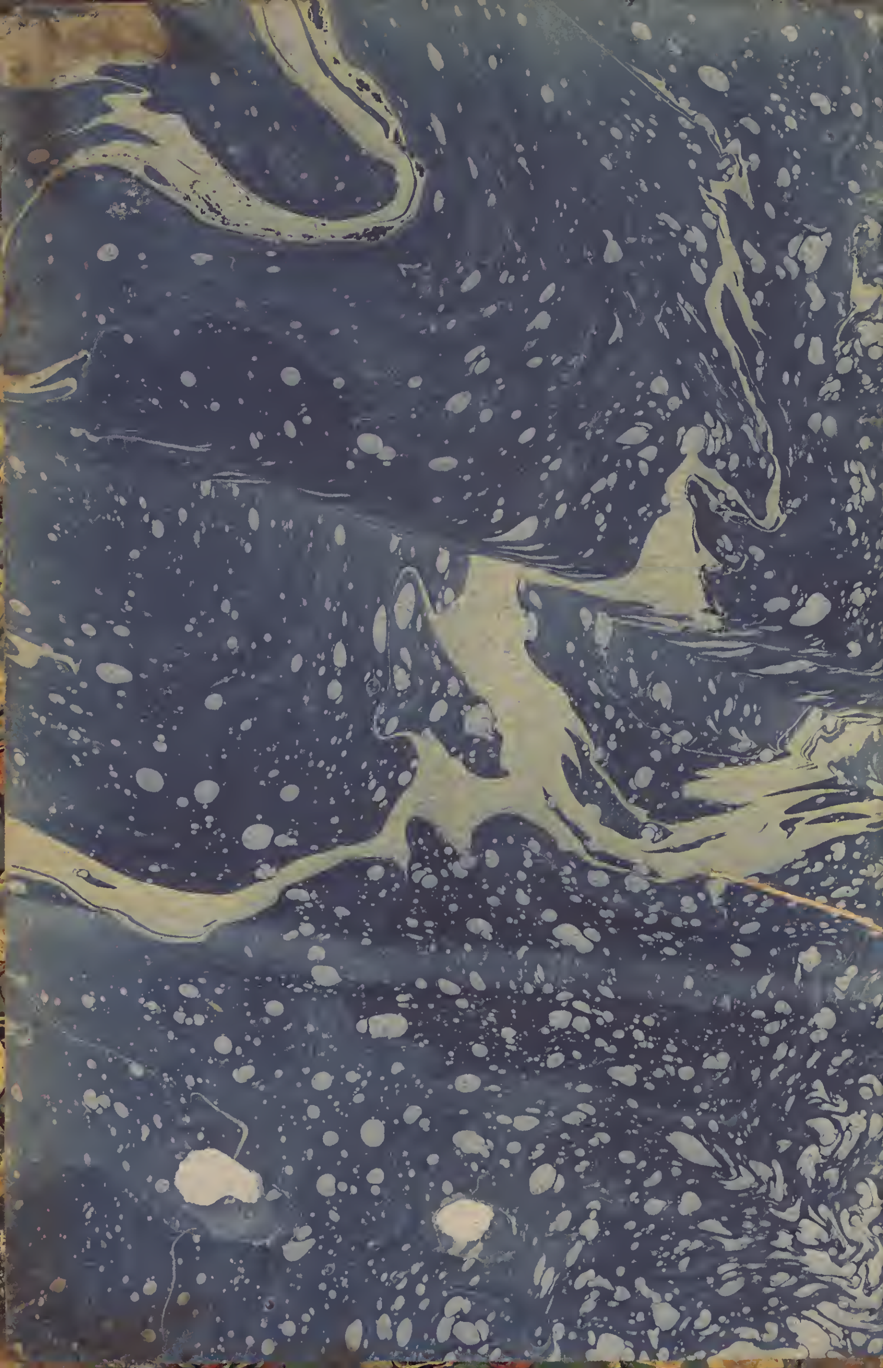






[illegible]

TEATRO ESCOGIDO

DE

FRAY GABRIEL TELLEZ,

CONOCIDO CON EL NOMBRE DE

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

TOMO I.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1839.

PRÓLOGO.

La reimpresion esmerada y fiel de las mejores composiciones dramáticas escritas en castellano desde la época de Lope de Vega hasta la de Luzan, es decir, desde que aquel prodigioso escritor justamente apellidado *Fenix de los ingenios*, sacó al teatro español de mantillas, hasta que agonizó nuestra antigua comedia en brazos de Cañizares, empresa es que ya ha sido intentada repetidas veces entre nosotros, pero que jamas ha llegado á su cabal término por causas de muy diferente naturaleza.

En el siglo pasado publicó don Vicente García de la Huerta un *teatro español*, que ni por el número, ni por el mérito de las piezas reunidas en él, correspondia al título que llevaba: diminuta aquella coleccion en estremo, escluidos caprichosamente de ella poetas de alto renombre, y buscadas con poco acierto ó con poco gusto, para una de las secciones en que se dividia, comedias que no son las que mas honran á sus autores, una segunda edicion de la obra de Huerta, que hace muchos años que se consumió, no satisfaria ahora los deseos de las personas ilustradas y amantes de este género de literatura.

En 1826 principió á salir á luz la *Coleccion general de comedias escogidas*, en la cual, si no hay mucho que desechar ciertamente, falta sin embargo mucho todavia: ¡tan abundante de bellezas es nuestro teatro antiguo, el mas rico en su época de toda Europa! Pero el descuidò con respecto á la correccion testual de cada comedia de las que se insertan allí; las copiosas erratas que afean todas sus páginas; la mala calidad de letra y papel, y las supre-

siones que exigió y ordenó una censura cavilosa, hacen desagradable la lectura de esta compilacion, la cual tampoco alcanza, como ya dijimos, á llenar el vacío inmenso que dejó el ensayo de Huerta.

No hablemos de las ocho comedias que bajo el título de *Teatro antiguo español* se reimprimieron últimamente; porque de tal manera abundan en defectos tipográficos, y se usa en ellas á veces una puntuacion tan absurda, que si se hubiese propuesto un envidioso de nuestras glorias literarias escarnecer á los príncipes de la escena española, no hubiera podido emplear otro medio mas adecuado á tan ruin designio. Con la omision de una palabra, con la desacertada colocacion de un signo ortográfico, se ve en estas ocho comedias á cada instante convertida una belleza en un despropósito, trocado el oro en escoria.

La coleccion de que hubieran podido envanecerse las prensas españolas y el distinguido literato que la emprendia (si en su modestia cabe envanecimiento), es la que con el título de *Talía española* comenzó á publicar en el año de 1834 el señor don Agustin Duran, á quien debíamos ya una correcta edicion de los romanceros. Causas independientes de la voluntad de este distinguido literato hicieron que no pasara aquella publicacion de su primera entrega, frustrando las esperanzas que el público inteligente habia concebido al anuncio de un proyecto como aquel, emprendido por la persona mas á propósito para llevarlo á su fin cumplidamente. La *Talía española* no continúa; y si nosotros confiamos suplir su falta, solo es por haber merecido á la amistad del señor Duran la generosa oferta de su cooperacion; oferta que el público sabrá estimar, como sabemos agradecerla nosotros.

Prefirió don Agustin Duran en la publicacion al mas festivo de nuestros poetas cómicos, el inimitable **FRAY GABRIEL TELLEZ** (á quien es tiem-

po ya que distingamos por su nombre); y esta preferencia, ademas de las razones de justicia, se fundaba en una de necesidad, porque casi todas las obras de Tellez son rarísimas y no se hallan á precio ninguno. Por igual motivo, pues, las comedias del supuesto **MAESTRO TIRSO DE MOLINA**, no todas, sino lo mejor de su teatro, serán las primeras que reproduzcamos nosotros. Algunos de nuestros lectores querrian acaso una edicion completa de cuanto produjo la ingeniosa pluma de Fr. Gabriel Tellez en el género escénico; pero harto dudoso es que los que piensan así leyesen algunas piezas de las que nos proponemos eliminar de esta coleccion. ¿A qué publicar lo que no merece ser estudiado, lo que no ha de ser leido? El que abre el teatro de Corneille ¿no salta desde la primera escena de *Melita* al *Cid*, dejando siete piezas en medio? Al llegar á *Sertorio* ¿no se despide del padre de la tragedia francesa? Pero se nos dirá, y convendremos en ello, que en las producciones del maestro Tellez se echa menos de ver la infancia y la decrepitud del poeta que en las tragedias de Corneille: se nos dirá asimismo que los franceses no aciertan á encontrar una docena de versos buenos seguidos en el *Atila* ni en el *Agesilao*, cuando en algun drama de Tirso de los de menos valía no es muy raro hallar trozos de versificacion admirables, y tal vez una escena felicísima. Nosotros, que reconocemos esta verdad, nos proponemos por tanto entresacar aquellos pasages y publicarlos por apéndice al teatro de Fr. Gabriel Tellez; y con ellos, con las *treinta y seis comedias*, acompañada cada cual de un examen, que comprenderá esta coleccion, y con una noticia sobre el autor y sus demas obras, creemos que podrá satisfacer completamente sus deseos el curioso, y hallar ámplia materia para sus investigaciones el literato.

El testo, es decir, el diálogo de los dramas que se den en esta coleccion, irá arreglado á las edicio-

nes primeras, pero sin copiar su ortografia, sin imitar su desaliño, sin repetir las erratas, ó las lecciones, manifiestamente viciosas, que son en ellas tan comunes. En *actos* dividió Tellez las comedias del primer tomo que publicó: *actos* llamaremos constantemente nosotros á estas divisiones de la fábula, y no *jornadas*, aunque el autor usase despues de este segundo nombre: preferimos la voz que ha prevalecido. Dividiremos los actos en *escenas* (á pesar de que el maestro Tellez no lo hizo asi), porque consideramos que el recordar á cada entrada ó salida de un interlocutor los nombres de los que hablaban antes que él viniera, ó siguen hablando despues que se ha ido, sirve á la memoria, facilita la inteligencia del drama, da belleza al libro, y descanso y recreo á los ojos del que lee. Tambien nos tomamos la libertad de indicar los sitios donde pasa la accion, y de añadir alguna nota para esplicar el sentido de la frase que lo necesite; pero solo nos atreveremos á corregir en los versos una palabra cuando pueda decir el lector al momento que coteje la variante: "esto era del impresor, no de Tirso."

En Inglaterra años há, en Alemania y Francia recientemente, se han reimpreso las obras de los dramáticos españoles. La Europa desea conocer á fondo nuestro teatro; á nosotros y á nuestros hermanos de América nos es forzoso estudiarle. La publicacion que anunciamos abraza entrambos objetos, y con ella creemos hacer un servicio á nuestro pais y á la literatura.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

APUNTES BIOGRAFICOS

SOBRE

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA,

POR

Don Agustin Duran (1).

Con este nombre supuesto se representaron en el teatro ó se publicaron las obras dramáticas del P. Mtro. Fr. Gabriel Tellez, uno de los mejores poetas que honraron la escena española en el siglo XVII.

Casi nada sabemos acerca de su vida literaria y política, mas nos quedan sus obras, que es lo mas importante para la fama del autor, y lo mas útil á la posteridad.

El doctor don Juan Perez de Montalban en su *Para todos*, libro que se imprimió en Madrid á principios del siglo XVII, trae un catálogo de hombres célebres naturales de Madrid, y entre ellos dice el autor de que tratamos lo que sigue: "El Mtro. Fr. Gabriel Tellez, »presentado y comendador de la orden de nuestra Se-»ñora de la Merced, predicador, teólogo, poeta, y siem-»pre grande, ha impreso y escrito con el nombre su-»puesto del Mtro. Tirso de Molina muchas comedias es-»celentísimas y los *Cigarrales de Toledo*, y tiene ahora »para dar á la estampa unas novelas ejemplares, que

---

(1) Este articulo servia como de prólogo á la *Talía española*: el señor Duran, autorizándonos para reimprimirlo, nos ha librado de un cotejo desventajoso.

»con decir que son suyas quedan bastantemente alaba»das y encarecidas.”

Todo cuanto concierne á la familia, estudios y representacion social del Mtro. Tellez, hasta 1620, se ignora y no nos ha sido posible indagarlo; pero se sabe que por este año tomó el hábito de mercenario calzado en el convento de Madrid, teniendo ya mas de cincuenta años de edad. De aqui se infiere que su nacimiento pudo ser por los de 1570 ó inmediatos, es decir, siete ú ocho despues del de Lope de Vega.

A su mucho mérito literario debió sin duda el Mtro. Tellez los honrosos empleos y cargos que le confirió su orden, en la cual desempeñó con aceptacion general los de presentado, Mtro. en teología, teólogo, predicador, definidor y coronista de ella, respecto á la provincia de Castilla la Nueva.

En 29 de setiembre de 1645 fue finalmente elegido por comendador del convento de Soria, donde se cree falleció en 1648, á los setenta y ocho años de edad, sobreviviendo solos trece á su modelo, amigo y paisano Fr. Lope Felix de Vega Carpio.

Si atendemos á la clase de estudios necesarios para que el Mtro. Tellez pudiese desempeñar y obtener tan árduos y eminentes cargos, debemos presumir que tenia muy adelantados, ó mas bien concluidos y muy ejercitados dichos estudios antes de hacerse religioso, pues la edad en que tomó el hábito no es la mas á propósito para empezar y progresar en una carrera tan larga y penosa como la que emprendió y terminó. No será pues muy aventurado suponer que el Mtro. Tellez, antes de abandonar el siglo, era ya eclesiástico, ó habia al menos seguido la carrera para serlo; y aunque el caracter de sus obras dramáticas parezca impropio de un estado tan sério, se desvanece esta objecion con solo echar una mirada sobre el siglo en que floreció. En él se advierte que los mas célebres y los mayores poetas que brillaron en la escena y en los teatros de España, tales como Lope de Vega, Tárrega, Calderon, Pacheco, Moreto, Solís y otros muchos acabaron su vida siendo eclesiásticos.

A sus trabajos sérios debió Tellez los honores y representacion social que adquirió durante su vida; pero ciertamente á lo que escribió bajo el nombre de Tirso

de Molina, es á lo que debe este poeta festivo la corona que le tributa la posteridad. Contemporáneo, paisano, discípulo, amigo é imitador del gran Lope de Vega, y arrastrado como este por el torrente de su siglo, sacudió tambien el yugo de las reglas clásicas y eruditas, y dejó vagar la rica vena de la imaginacion por donde quiso llevarle el instinto de su ingenio y la influencia de la civilizacion y de la sociedad en que vivia. Si hizo bien ó mal en seguir la senda que encontró ya abierta, sus obras hablan, y los juicios que sobre esto se formen, por encontrados que séan, hallarán sin duda en ellas motivos para justificarse.

Las comedias de Tirso pueden dividirse en las tres clases siguientes:

1.ª Las de intriga y de costumbres.
2.ª Las históricas y heróicas.
3.ª Las de asuntos devotos y religiosos.

Las comedias de intriga son propiamente fábulas de pura invencion, en que se mezclan personages de todas las clases de la sociedad, desde las cabezas coronadas hasta los humildes pastores; pero como comunmente representan actos de la vida privada, apenas se distinguen en ellas los mas altos personages de los de la clase media. Como Tirso escribia para españoles, y acaso no conocia otras costumbres que las de su patria, resulta que sus protagonistas siempre son españoles; y aunque los imponga nombres estrangeros, no por eso dejan de conservar las formas de la sociedad y de la corte de Felipe IV.

En estos dramas de intriga se cruzan, se encuentran, se chocan ó marchan á la par una multitud de acciones é incidentes mas ó menos verosímiles, que á veces forman un laberinto indefinible enlazado al asunto principal como por encanto, y que escitando la curiosidad, anhelo y jovialidad del espectador, le mantienen absorto y producen y sostienen en él un interes y una satisfaccion interior siempre en aumento, siempre grata y siempre inesplicable. La crítica severa pierde sus armas ante el gracejo, el cúmulo de incidentes y de diálogos encantadores que se encuentran en dichos dramas: el espectador ó no repara ú olvida la inverosimilitud de los medios con que se le conduce de sorpresa en sorpresa, de placer en placer, y cuando vuelve en sí ya está

producido el efecto, y no puede romper la red mágica en que se halla preso, ni se atreve á quitar al poeta, que tan deliciosamente le ha engañado, la máscara jovial y maligna con que encubre sus deslices.

Verdad es que Tirso en esta clase de comedias imita y no crea la invencion algo tosca de las primeras producciones dramáticas de Lope de Vega; verdad es que se repite mucho en las situaciones y en el modo de conducirlas y desenvolverlas, y es cierto tambien que los caracteres que presenta son siempre de un tipo mismo ó que se encierra entre lineamentos muy semejantes; mas estos defectos solo sirven para realzar mas y mas el mérito peculiar y característico del epigramático autor del *Vergonzoso en Palacio*, de *Por el Sótano y el Torno*, y del *Don Gil de las Calzas Verdes.*

A pesar de las monótonas, y quizá monstruosas invenciones de Tirso, nadie vé las comedias suyas que no desee verlas una y otra vez, creyendo admirar cosas nuevas; porque si sus fábulas son muy parecidas entre sí, su estilo es tan sabroso y tan vario, su diálogo tan rápido, tan trabado y oportuno, sus gracias tan espresivas, sus sales tan malignas, aunque vestidas de aparente candor, su versificacion tan llena y libre, y sus rimas tan ricas, abundantes y varias, que el espectador atónito no puede resistir á tanta magia, y se deja llevar sin resistencia al pais encantado donde el jugueton y hechicero Tirso le quiere conducir.

El desenfado de este gran poeta es tal que alcanza á todo cuanto entra en las facultades del ingenio, y asi usa de la lengua con tanta libertad y despejo que admira. Nada le detiene en este punto; la maneja á su albedrío venciendo siempre la dificultad de la rima por medios tan oportunos é inesperados, que no parece sino que es el dueño absoluto de la lengua, y que esta pone á su disposicion sin resistencia todos sus recursos y facultades, segura de que el poeta sabrá engalanarla y enriquecerla. ¡Cuántas frases, palabras y modismos ha creado Tirso! ¡cuántas de sus aprensiones caprichosas han quedado como proverbios!

Siguiendo el torrente de su siglo no parece que Tirso se propuso en estos dramas otro fin que el de entretener y divertir al público pintándole con colores vivos

y poéticos los caracteres y modales que constituian la sociedad cortesana de su tiempo, tal como él la conocia, ó creia conocerla desde el punto que ocupaba en ella, ó bajo el aspecto en que podia observarla. Para conseguir este objeto reviste á los interlocutores de los caracteres y costumbres que ha concebido, y presenta en hermosos diálogos una sátira quizá punzante de los hábitos de su siglo, pero nunca enconosa ni sangrienta, y siempre manejada mas bien para escitar la risa un poco maligna del espectador, que para esgrimir acerbamente las armas de la ridiculez, ni para promover sentimientos de amargura y odio contra la humanidad.

Ya á fines del siglo XV y á los principios de nuestro teatro, el presbítero Torres Naharro habia hallado la senda original que siguió el drama español en el XVII. Los pobres y tristes ensayos que algunos eruditos intentaron para aclimatar las formas griegas y latinas en nuestra escena, asi como tambien las rudas producciones de Lope de Rueda, Timoneda y otros, desaparecieron como el humo ante el talento del fecundo Lope de Vega, apoyado en nuestro gusto peculiar imitado despues por toda la Europa. Tirso siguió este mismo camino, y asi como sus antecesores y maestros, jamas se propuso de antemano un fin moral directo y único en ninguna de sus comedias. Cada una de ellas es una novela de costumbres de donde pueden deducirse una ó mas máximas morales, al modo que de cualquiera poema puede formarse una alegoría, aunque el autor no se la haya propuesto. Por consecuencia del género que adoptó no profundiza una cierta y determinada pasion ó un vicio de los que suelen dominar el corazon humano (1); pero considerando al hombre en concreto le maneja, le conduce, y le penetra hasta lo mas íntimo del alma para encontrar en ella las raices de sus vicios y las causas de sus acciones miradas bajo el punto de vista que presentaba, y en que influian poderosamente las preocupaciones y el modo de existencia social de su siglo y de su

(1) Esta marcha comun á nuestros dramáticos anteriores al siglo XVIII tiene algunas escepciones, de que se hablará si conviene, cuando se trate de Ruiz de Alarcon, Moreto, Rojas, Castro y Lope.

pais. Cada personage de sus dramas participa del caracter general de la nacion, y tiene la identidad propia que resulta de la combinacion y fuerza de las pasiones que le presta, y de las situaciones en que le pone. No es facil adivinar bajo qué aspecto ó prevencion contemplaba Tirso los hombres y las mugeres: quizá el punto desde donde los observaba era aquel donde se descubre demasiado el corazon humano, y en que el barniz necesario para el trato social se desvanece, ó quizá las personas que habitualmente trataba, no pertenecian á las clases mas moralizadas de la sociedad. Lo cierto es que los hombres de Tirso son siempre tímidos, débiles y juguete del bello sexo, en tanto que caracteriza á las mugeres como resueltas, intrigantes y fogosas en todas las pasiones que se fundan en el orgullo y la vanidad. Parece á primera vista que su intento ha sido contrastar la frialdad é irresolucion de los unos con la vehemencia, constancia y aun obstinacion que atribuyó á las otras en el arte de seguir una intriga sin perdonar medio alguno por impropio que sea. En esto estriba mas que en nada el caracter de las invenciones de Tirso, y tanto que no solo se halla este tipo en sus comedias de costumbres, sino tambien en las heróicas. Un protagonista tímido, irresoluto, tibiamente enamorado, ó ciegamente sumiso á los caprichos de una dama de quien por vanidad y á pesar suyo es amado, es casi siempre el héroe de los dramas de Tirso. La intriga en ellos se reduce generalmente á los obstáculos que varias damas oponen á los deseos de la principal, la cual vence ó triunfa por mas astuta, mas ardiente ó mas picada que sus rivales.

Gustaba mucho Tirso de colocar en las mas altas categorías de la sociedad las figuras ó personages principales que ponia en escena. Príncipes y duques estrangeros que compiten con aventureros españoles para quedar vencidos; princesas, duquesas y damas, pero en quienes predomina mas bien el influjo del sexo y la vanidad que las consideraciones del rango, constituyen generalmente los principales interlocutores de Tirso. No pocas el caprichoso poeta se complace en disfrazarlos con trages campestres y en prestarles el maligno lenguage que con aparente sencillez caracteriza entre los al-

deanos aquella especie de recelo y desconfianza que les inspira la gente cortesana, y del cual se valen para engañar mas á su salvo á los que se fian de apariencias. Esta clase de juego escénico le maneja Tirso tan maravillosamente, que hasta ahora ninguno le ha igualado. Causa sorpresa ver como produce tales contrastes y el efecto que causa la malignidad y la ironía mas esquisita, espresada bajo las apariencias de sencillez bucólica que el autor sabe remedar con inimitable talento.

Los graciosos ó personages joçosos, destinados en nuestro teatro para escitar la risa y evitar que el ridículo bajo caiga directamente sobre los personages nobles, los toma Tirso casi siempre de las clases rústicas, y transportando los individuos de ellas desde el campo á la corte, pone en contraste sus hábitos y costumbres anteriores con las nuevas que observan y quieren adquirir. De aqui resultan escenas sumamente graciosas que regocijan al público, y hacen reir aun á los mas severos preceptistas que llevan al teatro ánimo resuelto de silbar toda falta de lo que ellos entienden esclusivamente por conveniencias y verosimilitud. Los graciosos de Tirso casi nunca son groseros, y la risa á que provocan proviene de los contrastes ó de las aplicaciones malignas que el público hace de las sales y equívocos que el autor pone en su boca.

Este poeta sobresale estraordinariamente en la narracion muy dramática de algunos cuentos agudos, festivos ó satíricos y epigramáticos que introduce con oportunidad en sus comedias. ¡Qué graciosidad de estilo, qué sencillez tan maligna y delicada se halla en ellos! ¡Qué modo tan oportuno de atacar los vicios de la sociedad, y de cada estado particular que la compone, se encuentra en estas cortas narraciones! Ni Bocacio, ni La Fontaine, ni Ariosto, ni el mismo Moliere han sido superiores á Tirso en esta clase de mérito. Sobre ello llamaremos la atencion de los lectores cuando lo creamos oportuno.

Del caracter marcado por este ilustre poeta en sus comedias de intriga, participan las heróicas y devotas. El mismo género de gracias y de sales, la misma facilidad de diálogo, y sobre todo el mismo tipo de caracteres se encuentra en unas y otras. En las heróicas como

en las de intriga ó costumbres está toda la energia de parte de las mugeres, y la debilidad, la sumision y la timidez son el distintivo de los hombres. Asi es que los asuntos históricos que pone en escena siempre los escoge donde halla caracteres de esta clase, como se verifica en sus dramas de *La muger que manda en casa*, de *La prudencia en la muger*, de *La República al revés*, y en otros varios.

Pero lo que admira mas, atendiendo á la clase de talento decidor, satírico y epigramático que distingue á Tirso, y á que la costumbre y sus triunfos debieron encadenarle, es el que cuando en sus composiciones sérias toma la trompa épica ó la lírica, se levanta sobre las nubes, desde donde la hace resonar con dignidad, robustez, nervio y entusiasmo. Su lenguage y estilo siguen como por encanto la elevacion de sus pensamientos, y entonces desaparece de la escena el maligno Tirso para convertirse en un poeta heróico y sublime.

Entre los dramas de asuntos religiosos merece una atencion muy grande, por ser eminentemente romántico, el que escribió con título de *El Condenado por desconfiado*: de él se hará á su tiempo un detenido análisis.

Las buenas dotes que distinguen á Tirso, ya como poeta, ya como dramático, consisten en su estilo natural, en su audacia y oportunidad para el manejo del idioma, en su versificacion armoniosa y abundante, en su riqueza de rimas, en su caudaloso y rápido diálogo, en su modo travieso é ingenioso de contrastar las ideas, en sus sales picantes y epigramáticas, y en fin en su espresion llena de gracia, soltura y amenidad.

Los vicios de que adolece principalmente consisten en la inverosimilitud y pobreza de sus invenciones, en la mala economía que usa para desenvolver sus fábulas, en la monotonía de los caracteres que pinta, en la demasiada confianza que tiene en la fé de los espectadores, y en los propios medios y recursos que le aventajan, y finalmente, en que sacrifica el decoro de la escena al deseo de lucirse en el diálogo y al de proporcionarse ocasiones de gracejar, acaso con demasiada libertad.

Tales son, espuestas con imparcialidad, las dotes y los defectos que constituyen el caracter dramático del célebre Tirso de Molina. Con las unas, y á pesar de los

otros, ha conseguido los aplausos de muchas generaciones, y que aun la presente concurra al teatro cuando se representan en él algunos de sus dramas. ¿Quién hay que los haya visto que pueda lisonjearse de no haberse sonreido hasta con los mismos estravíos y aprensiones de un poeta caprichoso que juguetea con el público, con la poesía y aun consigo mismo? ¿No pudiera decirse que Tirso respectivamente ha hecho del drama lo que Ariosto del poema épico? Si el arte y las reglas preopinadas para todo se ofenden de las libertades que nuestro Tirso se toma, él las desenoja con sus gracias y sales inimitables, y la jovialidad pública prueba que el instinto del ingenio puede mas, vale mas, y sabe mas que todos los preceptistas sistemáticos del mundo. Y asi debe ser, porque trabajando estos *à posteriori* sobre las creaciones del talento, es imposible que prevean todas las combinaciones y nuevos caminos que puede hallar un grande ingenio. En nuestro sistema literario no admitimos nada absoluto, y por eso tenemos mas fé en el sentimiento que en las reglas dogmáticas, y quizá arbitrarias, en que los críticos quieren que se busque siempre la belleza.

Al teatro, sobre todos los demas géneros de poesía, es aplicable nuestra opinion. Destinado al recreo del pueblo inerudito y á producir un efecto rápido, influyen en él las costumbres y las circunstancias de un modo tan imperioso, que es imposible sostenerle sino sometiéndose á ellas. La idealidad dramática y el lenguage es preciso que se revistan de formas adecuadas á la inteligencia de aquellos ante quienes se ha de presentar. Tan ridículo y pedantesco será hablar griego en el teatro de Madrid, por serlo el asunto de una tragedia, como presentar al pueblo ideas que no puede concebir ni creer, ó que son antipáticas con su gusto.

Tambien para el gusto hay una especie de legitimidad que emana de la costumbre y de la idiosincrasia de los diferentes pueblos, la cual es preciso respetar y acatar. Si Corneille hubiese escrito su tragedia del *Cid* bajo las mismas formas que Guillen de Castro dió á su drama, no hubiera tenido mas renombre que Rotrou y otros traductores del teatro español; pero acomodándolo al tipo característico de su nacion y á la tendencia que tomaba la literatura en la corte de Francia, fue alli tan aplaudido

y celebrado como Castro en España escribiendo para ella. El público de Paris daba mucha importancia á la verosimilitud que estriba en las unidades de accion, tiempo y lugar, y el de Madrid á la variedad y multiplicidad de incidentes que tienen suspenso el ánimo; y como ambas cualidades es imposible reunirlas, cada autor respectivo, acomodándose á la fé y espíritu predominante de sus compatriotas, adquirió una justa celebridad, sin que pueda decirse cuál se puso en mejor camino, pues uno y otro siguieron el único que respectivamente convenia. La secta dogmática de los preceptistas se cansa en vano para encontrar un modelo constante y único de belleza: esta consiste mas de lo que se cree en relaciones singulares y especiales. Los siglos y las generaciones desmienten en esta como en todas materias las teorías en que siempre se prescinde de datos que pueden abstraerse mentalmente, pero que no se aniquilan en la realidad y en la práctica. Asi es que todos los esfuerzos y conatos para reducir á puro mecanismo los vuelos del ingenio serán siempre inútiles. El hombre gusta de la variedad tan naturalmente como de la simetría, siendo una y otra medio de placeres diversos.

Quien pretenda imponer formas invariables al ingenio, hace lo mismo que si quisiera reducirle á un caliscopio que á fuerza de presentar los objetos simétricamente, y bajo los límites de un polígono llega á fatigar los ánimos. Es preciso admirarse de que los preceptistas se hayan obcecado hasta el punto de creer que la poesía dramática solo puede y debe agradar por la ilusion de una verosimilitud dada: nosotros, es verdad, gozamos con ella, pero sin ella la imaginacion tiene otros placeres á que no queremos renunciar por la única razon de que son diferentes, y acaso incompatiblés. El drama clásico, por ejemplo, á pesar de su sencillez monótona, nos produce una ilusion de verdad tan completa y natural que nos encanta, y el novelesco ó romántico por la variedad de sus intrigas y acontecimientos, por la suspension y anhelo de la curiosidad que escita, por la multitud de cuadros que presenta, y por el interes que inspira, nos cautiva y entretiene. ¿Y habremos de condenar uno de estos manantiales de placer porque no puedan reunirse y gozarse al mismo tiempo? Por loco se tendria al que

condenase las bellezas simétricas que produce el arte, sin mas motivo que por no ser idénticas á las de la naturaleza sin cultivo, y lo mismo al que pretendiese lo contrario: si contra los prevenidos bastasen razones, podria suplicárseles que nos dejasen en paz disfrutar de toda clase de placeres, y por todos los medios posibles, pues es bien seguro que si estos no son á propósito no se consigue el fin, y entonces sin necesidad de reglas y preceptos, la naturaleza humana los rechaza como por instinto. La decision de cuáles placeres son mejores ó peores, con relacion al gusto en materias literarias, es absolutamente relativa, y basta para el caso que unos y otros produzcan sensaciones y sentimientos gratos y análogos á la naturaleza humana.

Hemos espuesto esta doctrina, que muchos tendrán por laxa, para insinuar que ni á Tirso ni á poeta alguno de nuestros dramáticos que florecieron en el siglo XVII debe juzgárseles por la misma pauta que á Terencio, porque asi los unos como el otro escribieron en distintas épocas, para diversas naciones, y bajo el influjo de diferentes ideas y civilizaciones.

Volviendo al asunto de nuestro poeta, solo nos resta poner una nota sucinta de las obras que escribió y han llegado á nuestra noticia.

Su coleccion de comedias consta de cinco volúmenes, que con el título de *Partes* se imprimieron en el siglo XVII, y son como sigue:

Parte I, publicada por el autor en 4.º Madrid 1616.—Reimpresa en Sevilla 1626.—en Valencia 1631. Contiene las comedias siguientes:

Palabras y plumas.
El Pretendiente al revés.
El Arbol del mejor fruto.
La Villana de Vallecas.
El Melancólico.
El mayor desengaño.
El Castigo del pensé qué: dos partes.
La Gallega Mari-Hernandez.
Tanto es lo de mas como lo de menos (El Rico avariento).
La Celosa de sí misma.

Amar por razon de estado.

Parte II, publicada por Francisco Lucas de Avila, sobrino del autor, en Madrid 1616.—Reimpresa en Madrid 1635. Contiene:

La Reina de los reyes.
Amor y celos hacen discretos.
Quien habló pagó.
Siempre ayuda la verdad.
Los Amantes de Teruel.
Por el sótano y el torno.
Cautela contra cautela.
La Muger por fuerza.
El Condenado por desconfiado.
Don Alvaro de Luna: dos partes.
Esto sí que es negociar.

Incluye ademas este tomo doce entremeses y varios romances.

Parte III, publicada tambien, como las siguientes, por el mismo Francisco Lucas de Avila. Tortosa 1634.—Reimpresa en Madrid 1652. Comprende:

Del enemigo el primer consejo.
No hay peor sordo que el que no quiere oir.
La mejor espigadera.
Averígüelo Vargas.
La eleccion por la virtud.
Ventura te dé Dios, hijo.
La prudencia en la muger.
La Venganza de Tamar.
La Villana de la Sagra.
El amor y la amistad.
La fingida Arcadia.
La Huerta de Juan Fernandez.

Parte IV. Madrid 1635. Contiene:

Privar contra su gusto.
Celos con celos se curan.
La muger que manda en casa.
Antona García.
El amor médico.
Doña Beatriz de Silva.
Todo es dar en una cosa.
Las Amazonas en las Indias.
La lealtad contra la envidia.

La Peña de Francia.
Santo y sastre.
Don Gil de las calzas verdes.

PARTE V. Madrid 1636. Contiene:

Amar por arte mayor.
Escarmientos para el cuerdo.
Los Lagos de San Vicente.
El Aquiles.
Marta la piadosa.
Quien no cae no se levanta.
La República al revés.
Vida y muerte de Herodes.
La Dama del olivar.
Santa Juana: dos partes.

Trescientas comedias dice el mismo Tellez que llevaba escritas cuando imprimió la *primera parte de los Cigarrales de Toledo*; pero solo tenemos noticia de que sean ó puedan ser suyas, ademas de las ya mencionadas, las siguientes:

El Caballero de gracia.
El Cobarde mas valiente.
Amar por señas.
El Burlador de Sevilla.
Desde Toledo á Madrid.
La Firmeza en la hermosura.
El honroso atrevimiento.
La Joya de las montañas (Santa Orosia).
El Marques del camarín.
Quien da luego da dos veces.
La Romera de Santiago.
Los Balcones de Madrid.
La Ventura con el nombre.
La Condesa vandolera.

Primera parte de los Cigarrales de Toledo, que es un libro de novelas que contiene tres comedias, las mejores del autor (1), y donde ofrece publicar (aunque despues no lo hizo), una segunda parte tambien con comedias. 4.º Madrid 1621.

(1) *El Vergonzoso en palacio, Cómo han de ser los amigos, y el Celoso prudente.*

Deleitar aprovechando, primera parte (la segunda que ofrece quedó inédita) en 4.º Madrid 1635.—Reimpresa en dos volúmenes en 4.º Madrid 1775. En una y otra edicion pone el Mtro. Gabriel Tellez su verdadero nombre.

Con el mismo publicó

Un acto de contricion en verso.—Impreso en folio, Madrid 1630.

Genealogía de los Condes de Sástago.—Impreso en folio, Madrid 1640.

OBRAS INÉDITAS.

Novelas ejemplares.

Parte II *de los Cigarrales de Toledo.*

Parte II *de Deleitar aprovechando.*

Historia general de la Orden de nuestra Señora de la Merced.

LA VILLANA DE LA SAGRA,

COMEDIA.

PERSONAS.

DON LUIS.	CACHOPO, *lacayo.*
DOÑA INES.	FABRICIO, *criado.*
ANGÉLICA, *aldeana.*	LINARDO.
DON PEDRO.	HORACIO.
FELICIANO.	UN EMBOZADO.
CARRASCO, *lacayo.*	UN TAMBORILERO.
DON JUAN.	UN ESCRIBANO.
DON DIEGO.	CRIADOS.
CAMILA.	ALDEANOS *y* ALDEANAS.

La escena es en la ciudad de Santiago, en la de Toledo, y en un pueblo de la Sagra.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Zaguan de una casa de juego en Santiago.—Es de noche.

CARRASCO. CACHOPO.

CARRASCO.

Pues juegan nuestros señores,
saca naipes y dinero.

CACHOPO.

Si el padre es tamborilero,
los hijos son bailadores:

y ansi yo tahur te llamo,
Carrasco, en esta ocasion;
que siempre la inclinacion
sigue quien sirve, de su amo.
Jugando allá dentro estan,
con una y otra traviesa.

CARRASCO.

Sirva este poyo de mesa,
y de sala este zaguan,
aquestas capas de sillas,
ó en pie juguemos.

CACHOPO.

Razon
tienes, que á tal devocion
no es mucho estar de rodillas.

CARRASCO.

Saca aquesa cifra, llena
de caballos, reyes, sotas,
que con ella me alborotas.
¡Ah preciosa cuarentena,
en quien sin duda ninguna
halla penitencia tanta,
que sin ser semana santa,
mas de un pródigo te ayuna!
¡Qué de hidalgos principales,
observantes en tus leyes,
por solo verse con reyes
vienen á verse sin reales!
¡Qué de ellos, por ser andantes
de noche en tus estaciones,
por hacer los dos ladrones,
se hicieron disciplinantes!
¡Qué de ellos llevan la cruz
en tí de su pobre trato!
¡Qué de ellos, por el barato,
son tus cofrades de luz!

CACHOPO.

¿Qué hemos de jugar?

CARRASCO.

Un poco
de parar, que es lo mejor.

CACHOPO.

Yo soy de tu propio humor.

CARRASCO.

Pues tendrás humor de loco.

CACHOPO.

Barajo.

CARRASCO.

Yo alzo de mano...
Una sota, que me brinda
con la copa.

CACHOPO.

Si una guinda
estás hecho, no fue en vano.
¡Muy largas faldas son estas!
El rey de bastos: no es malo.

CARRASCO.

Será el rey Sardanapalo,
pues que lleva un palo acuestas.
El naipe es suyo: alzo, y paro
un real y otro.

CACHOPO.

¡Bien, por Dios!
Diga.

CARRASCO.

Un caballo.

CACHOPO.

Yo á un dos
sácola fuera.

CARRASCO.

¡Qué avaro
que es! Ande.

CACHOPO.

Yo andalla quiero.

CARRASCO.

Ande, que el caballo he visto.

CACHOPO.

Yo el dos antes.

CARRASCO.

¡Vive Cristo!

CACHOPO.

Y pinta: tiro el dinero.

CARRASCO.

¡Qué presto que se alborota!
Baraje; y torno á parar
un real, y dos al pintar.

CACHOPO.

Diga.

CARRASCO.

Cúpome una sota.
¿Qué me quieres, desollada?

CACHOPO.

El as de oros reverendo
es mio, y otro voy viendo.

CARRASCO.

Ande.

CACHOPO.

Vaya á la trocada.

CARRASCO.

No quiero, que la veo ya
que es sota, y muestra los pies.

CACHOPO.

Es verdad, la sota es;
pero encima el as está.

CARRASCO.

Quiero quitar este encuentro
que tira, que no paré
mas que un real.

CACHOPO.

¡Buen cuento, á fé!

CARRASCO.

No nos oigan allá dentro.

CACHOPO.

Presa y pinta dijo.

CARRASCO.

Miente.

CACHOPO.

¡Miente, á mí! pues, vil lacayo,
sal aqui.

CARRASCO.

Quedo, seor vayo,
que tambien riñe la gente
de allá dentro.

ESCENA II.

DON JUAN *y* DON LUIS, *dentro.* DICHOS.

DON JUAN.

Don Luïs
ha arrojado un basto, un as.

DON LUIS.

Vos le tuvísteis de mas,
vive Dios, don Juan.

DON JUAN.

Mentís.

DON LUIS.

Tomad. (*Dan un bofeton dentro.*)

DON JUAN.

¡Cielos! ¡bofeton!
¡y en mi rostro!

DON LUIS.

De esta suerte
se paga un mentís.

DON JUAN.

Tu muerte
me dará satisfaccion.

(*Salen don Juan y don Luis desnudas las espadas*; *los criados desenvainan las suyas.*)

DON LUIS.

Si el bofeton te deshonra,
no te vayas retirando;
que si he perdido jugando
el dinero, no la honra.
El valor que tanto ensalzas
he de borrar con tu muerte.

(*Éntranse riñendo don Luis y don Juan.*)

CARRASCO.

Mas tajadas he de hacerte,
lacayo, que hay en tus calzas.

(*Estánse acuchillando los lacayos*, *y dicen dentro:*)

DON JUAN.

¡Ay que me has muerto, traidor!

DON LUIS.

Pues ansí se restituye
mi fama.
(*Sale huyendo don Luis.*)
Carrasco, huye.

CARRASCO.

Echa á la Merced, señor.
¿Matástele?

DON LUIS.

Creo que sí.

CARRASCO.

¿Creo dices? pues mi contrario
hecho queda letuário.

DON LUIS.

Vamos.

CARRASCO.

Echa por aqui. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Luis.

ESCENA III.

DOÑA INES. DON DIEGO. CAMILA.

DOÑA INES.

¿Qué es esto, señor don Diego?
¡A media noche en mi casa!
Ya de los límites pasa
de razon vuestro amor ciego.
Abriros mandé la puerta,
creyendo que á ella llamaba
mi hermano á quien aguardaba,
de este atrevimiento incierta.
Decid, señor, qué intentais
de noche, pues ni aun de dia
es bien sin licencia mia
que en ella los pies pongais.
Si acaso es la pretension,

con que vuestro amor molesto
en lenguas del vulgo ha puesto
mi fama y reputacion;
y vuestra esperanza vana
piensa con tanta porfia
que si honrada soy de dia,
de noche he de ser liviana;
idos con Diós, que ha gran rato
que don Luis de aqui ha salido;
y si viene y ha perdido,
podrá ser que de barato
os haga, cuando aqui os halle,
salir con corrida incierta,
aunque entrásteis por la puerta,
por la ventana, á la calle.

DON DIEGO.

Doña Ines, poco temor
me hará tu hermano que cobre,
aunque parezca por pobre
su casa de esgrimidor.
Solo tu rigor me espanta,
y que entre en tu casa ordena
de noche, como alma en pena;
que á fé, doña Ines, que es tanta,
que á no tener por notorio
que no harás mi mal eterno,
fuera fuego del infierno
este de mi purgatorio.
De noche te asombro y canso,
que soy alma en pena á oscuras,
y diré, si me conjuras,
que busco *requiem*, descanso.
Dime, doña Ines hermosa,
¿cómo haces tan poca cuenta
de mi amor, pues solo intenta
que siendo mi dulce esposa,
hagas dueño á tu nobleza
de mi mayorazgo rico,
que alegre á tus pies aplico,
supuesto que la pobreza,
que te hace don Luis pasar,
á tan grande estremo llega,

que si ya tu honra no juega,
no tiene mas que jugar?
Pues si tal ventura tienes,
que el dote de tu nobleza
me hace olvidar tu pobreza,
y te recibo sin bienes,
¿quieres que tu hermano llegue
á querer que te profane,
y que tu infamia le gane
dineros para que juegue?
¿Remediaráte su juego?
Sí, que te habrá prometido
de barato algun marido.

DOÑA INES.

¡Qué es esto! Paso, don Diego,
que si mi hermano ha jugado
su hacienda, tiene una pieza
de oro, que es la nobleza,
y esa nunca la ha empeñado.
Id con Dios, que no es ultrage
la pobreza cuando es noble,
antes resplandece al doble.

DON DIEGO.

Noble y limpio es mi linage,
si la envidia no le mancha,
y agradece que resisto
mi cólera: nadie ha visto
en mi sangre raya ó mancha,
aunque injuriarla procuras.

DOÑA INES.

Debistes de pretender
que no lo echase de ver,
pues venís á hablarme á escuras.

DON DIEGO.

Eres muger, y no afrentas,
ni es bien que venganza cobre;
que siempre el soberbio pobre
dice al rico estas afrentas.
¿Qué mancha mi honor traspasa?

DOÑA INES.

No sé á fé: diz que pasó
por los puertos de Aspa, y dió

sus armas á vuestra casa.

DON DIEGO.

¡Vive el cielo! ¡Me provoca
(trocando mi amor en furia)
por forzarte aquesta injuria
de tu deslenguada boca!
Y ¡ojalá viniera luego
tu pobre hermano, y supiera
que es don Diego quien le espéra
aqui!

DOÑA INES.

¡Qué lindo don Diego!
Pero mal quien soy conoces.
Llega, infame.

CAMILA.

Ya esto pasa
de raya: salíos de casa,
don Diego, que daré voces,
y haré que la vecindad
se alborote, y venga aqui.

ESCENA IV.

FABRICIO. DICHOS.

FABRICIO.

¿Qué haces, señor, ansí,
sin vengar tan gran maldad?
Muerto han á don Juan tu hermano;
su venganza determina.

DON DIEGO.

¡Jesus!

FABRICIO.

Yo estaba á esa esquina,
y receléme, no en vano,
de ver un grande tropel
de gente que le llevaban
en brazos: ya que pasaban,
llegué y conocí ser él.
Seguíle, y vide que en casa

de un cirujano le entraron,
y una estocada le hallaron
que todo el cuerpo le pasa.
Un hora le dan de vida.

DON DIEGO.

¿Y quién es el matador?

FABRICIO.

Dicen que es don Luis, señor.

DOÑA INES.

¡Ay de mí!

DON DIEGO.

¡Oh vil homicida!
¿Prendiéronle?

FABRICIO.

Señor, no;
porque en habiéndole herido,
huyó.

DOÑA INES.

¡Ay de mí!

DON DIEGO.

Sí se ha ido,
seguirle he, Fabricio, yo.
(Vanse don Diego y Fabricio.)

ESCENA V.

DOÑA INES. CAMILA.

DOÑA INES.

Cielos, ¿qué furiosa ira
vuestra me persigue tanto?
¿Hay mas males?

CAMILA.

Deja el llanto,
que debe de ser mentira.

DOÑA INES.

¡Ay! que nunca sale incierta
la mala nueva!

CAMILA.

Sí hará:

éntrale, señora, acá.

DOÑA INES.

Ven, Camila, que estoy muerta. (*Vanse.*)

Vista esterior de la ciudad.

ESCENA VI.

DON LUIS. CARRASCO. (*Vistiéndose de peregrinos.*)

CARRASCO.

El sayal por el damasco
trueca, que es lo que te importa,
y de lamentarte acorta.

DON LUIS.

De aquesta suerte, Carrasco,
haremos nuestro camino
mas seguros.

CARRASCO.

¡Plega á Dios!
En fin ¡qué somos los dos
peregrinos! ¡Peregrino
caso! Pero de tu hermana,
mi señora doña Ines,
¿no te despides?

DON LUIS.

¿No ves
que esa es diligencia vana?
Es don Juan rico en estremo,
y yo en estremo soy pobre.

CARRASCO.

El juego te ha vuelto en cobre.

DON LUIS.

Perdí mi hacienda, y ya temo
que me habrá cogido el paso
la justicia por consejo
de su hermano, y padre viejo;
que no hay honor que sea escaso

cuando vengarse codicia;
que es pródiga la pasion,
y el dinero es aguijon
con que corre la justicia.
Mi hermana me da cuidado,
que es pobre y es principal,
y mi locura fue tal,
que hasta su dote he jugado.
Temo que me la persiga
la guerra del no tener,
que pobreza en la muger
á mil desmanes la obliga.
Esto siento; pero vella
¿cómo ha de ser, si estará
por mí la justicia allá?
¡Ah! ¡Desdichada doncella
la que convierte su gozo
en llanto, do no hay consejo,
y muerto su padre viejo,
la rige un hermano mozo!

CARRASCO.

O lloras, ó desvarías.
No hagas eso, que dirán,
siendo en las armas Roldan,
que en llanto eres Jeremias.

DON LUIS.

Siempre has de estar de un humor.

CARRASCO.

¡Pues qué! ¿quieres que lloremos?
Ya que al otro muerto habemos,
¿consolarnos no es mejor?
¿Dónde hemos de ir, y á pie quedo
mudar de vida y estado?

DON LUIS.

Un tio el cielo me ha dado
canónigo de Toledo,
rico y viejo, que desea
tenerme en su compañía;
y en cuantas cartas me envia,
me escribe que antes que vea
la muerte, que ya no puede
tardar, me ponga en camino,

pues no tiene otro sobrino
que su mucha hacienda herede.
En aquesta ocasion quiero
valerme de su favor.

CARRASCO.

¿Apuestas que soy, señor,
ó canónigo ó perrero?
¡Cuerpo de Dios! ya te aplico
por hombre de mucha cuenta.

DON LUIS.

Tiene cinco mil de renta.

CARRASCO.

Y aun con dos mil fuera rico;
que guarda mas que una urraca
un canónigo ya viejo.
Dominga, yo ya te dejo:
quédate para bellaca.

DON LUIS.

Siempre has de hablar desatinos.

CARRASCO.

Ansí se pasa el trabajo.

DON LUIS.

Verás al célebre Tajo,
padre de ingenios divinos,
espejo de rostros bellos,
en cuya comparacion
todos los del mundo son
feos, mirados con ellos.
Allí verás la riqueza,
letras, armas, bizarría,
discrecion, sabiduría,
trato apacible y nobleza.

CARRASCO.

Allí sus riberas llenas
de berengenas zocates.

DON LUIS.

El ha de hablar disparates.

CARRASCO.

Cria como berengenas,
endrinas dulces, membrillos,
y en todo el alrededor
el soberano licor

de Esquivias, Boroj, Burguillos,
y otros muchos; que noticia
tengo en cuantas partes baña
con buenos vinos España
sus hijos; aunque Galicia
de nuestra amistad se agravia:
en esta ausencia dispense
conmigo el tinto de Orense,
y el fondon de Rivadavia.

DON LUIS.

Verás en Toledo, en fin,
cuanto el deleite desea,
porque allí vertió Amaltea
la copa de su jardin.
Llamóle bien un judío
la tierra de promision.

CARRASCO.

Dí, señor, en conclusion,
que allí veremos tu tio,
porque la pena reporte
que tengo en salir de aquí.

DON LUIS.

Y doce leguas de allí
á Madrid, famosa corte,
que el mapa del mundo es;
y si á mi tio ver puedo,
enviaré desde Toledo
por mi hermana doña Ines;
que á la sombra de tal tio
muy bien cabremos los dos.

CARRASCO.

Vámonos, cuerpo de Dios,
no nos prendan, señor mio;
que si la justicia llega,
querrá hacer de tí justicia.

DON LUIS.

Despedirme de Galicia
quiero.

CARRASCO.

Yo de mi gallega.

DON LUIS.

Reino famoso, adios, que alegre hago

ausencia de tu célebre montaña,
pues que siendo mi patria, como estraña
diste á mi juventud siempre mal pago.
Adios ciudad, sepulcro de Santiago,
que das pastor y das nobleza á España;
adios fin de la tierra, que el mar baña,
reino famoso, del ingles estrago.
Adios, hermana, que en tus brazos dejo
tu nobleza, tu fama, tu hermosura;
porque eres de mugeres claro espejo.
Adios juegos, amores, travesura;
que aunque mozo, desde hoy he de ser viejo,
si me ayudan el tiempo y la ventura.

CARRASCO.

Adios, ciudad gallega, noble y sábia,
asombro del alarbe y estorlinga,
estacion del flamenco y del mandinga,
del scita, y del que vive en el Arabia.
Adios, fregona, cuyo amor me agravia,
gallega molletuda; adios, Dominga,
que aunque lo graso de tu amor me pringa,
siento mas el dejar á Rivadavia.
Adios, fondon, traspuesto en tantos cabos,
y conocido de los mismos niños,
que aqui te dejo el alma con mil clavos.
Adios, barajas, de mi amor brinquiños,
adios redondos y tajados nabos,
adios pescados, berzas, vacoriños. (*Vanse.*)

Una calle en Toledo.

ESCENA VII.

LINARDO. HORACIO.

LINARDO.

Perdonen por hoy las damas
de Toledo, amigo Horacio;

que tiempo habrá en que despacio
puedan abrasar sus llamas.
Los ojos se han de ocupar
hoy en diversos sugetos,
que dicen que es de discretos
diferenciar el manjar.
La comarca de Toledo
hace alarde hoy de aldeanas,
que á las damas toledanas,
Horacio, comparar puedo;
que como el agosto vino
lleno de cosecha tanta,
en él esta iglesia santa,
hace hoy su agosto divino.
Viene hoy con intento vario
toda la comarca entera
á adorar la Virgen, fuera
de su célebre sagrario.
Labradoras han venido,
que son por estremo bellas.

HORACIO.

¿Qué importa, dime, si en ellas
no hay donaire ni vestido
para el apetito? Dalas,
amigo Linardo, á Judas,
que son imágenes mudas,
que pinta el tiempo sin galas.
Nunca de ellas me enamoro,
porque su hermosura es tal,
como ropas de sayal
con las guarniciones de oro.

LINARDO.

Engañado estás: aguarda,
que de aquella tienda sale
una aldeana, que vale
mas que cuantas damas guarda
en sus palacios Toledo,
y por cuyo tierno amor
da don Pedro, mi señor,
su hacienda y su vida.

HORACIO.

Quedo,

que ya sale de la tienda
la que dices.

LINARDO.

Su hermosura
en aquesta coyuntura
mi cierta opinion defienda.

ESCENA VIII.

DON PEDRO *con un hábito al pecho.* ANGÉLICA *con un sombrero de plumas.* UNA ALDEANA. LINARDO. HORACIO.

DON PEDRO.

¿No tomárades siquiera,
pagándolo yo, unos guantes
(pues joyas mas importantes
rehusais de esa manera),
ó unas tocas?

ANGÉLICA.

Es en vano
el cansaros: nada quiero;
que se corre mi dinero
de volverse entero y sano.

DON PEDRO.

Dejad que compre algo pues
á la compañera.

ANGÉLICA.

Tengo
para las dos, que no vengo
con amigas de interés.

DON PEDRO.

Siquiera por cortesía.

ANGÉLICA.

Aqueso á las toledanas,
que las dos somos villanas.

DON PEDRO.

Cerca está la platería:
escoged alguna joya (*á la aldeana*),
sortija, cruz, ó cadena.

LINARDO.

Si como esta fuera Elena, (*á Horacio*)
nunca se perdiera Troya.

DON PEDRO.

Recebid algo.

ANGÉLICA.

Yo basto
á pagar: eso os prohibo; (*á la aldeana*)
que siempre tras el recibo
dicen que se asienta el gasto.
Por no venir á gastar,
del recibo es bien se prive,
que la muger que recibe
es forzoso que ha de dar.

DON PEDRO.

¡Ay Angélica divina!
Sin duda que en tu aldehuela
la discrecion puso escuela.
Tu hermosura peregrina,
junta con tu discrecion,
me tienen perdido y loco.

ANGÉLICA.

Señor don Pedro, esto poco
basta de conversacion;
que os miran mil medios ojos,
hechos ventanas los mantos,
y algunos habrá entre tantos
á quien podais dar enojos.
Idos, no engendreis recelos;
porque será afrenta llana
que os pida una toledana
por una aldeana celos.

DON PEDRO.

Bien sabeis vos cuantos dias
ha que por vuestra beldad
menosprecio en la ciudad
toledanas bizarrías;
y que como el alma os vea,
sin que su aficion reporte,
juzga solo por la corte,
Angélica, vuestra aldea.
Por Dios, que me dan disgusto

cuantas damas hay aqui.
¿Quedais satisfecha ansí?

ANGÉLICA.

Tendreis estragado el gusto;
y pues os vais á la aldea
por damas de aquese modo,
será por comer de todo,
que la variedad recrea.
Estareis empalagado
de tanto soplillo y seda
como por Toledo rueda,
y habráos la grana agradado
del aldeano rebozo,
la chinela y el sombrero;
porque, aunque sois caballero,
teneis el gusto de mozo.
Mas pues que habemos llegado
á la santa iglesia ya,
y aqui aguardándome está
mi padre, dejá el cuidado,
don Pedro, y la pretension
con que vuestro amor estraño
ha que me persigue un año.
Buscad esposa con don;
que yo Angélica, y sin él,
vos mayorazgo y señor,
yo hija de un labrador,
dirán mal seda y buriel.
Vos con aquesa encomienda
rico y noble, yo heredera
de un labrador, que aunque quiera
dejarme con mucha hacienda,
todo lo deshace el tiempo,
faltando los temporales....
Y renegad de caudales,
que andan á gusto del tiempo.
Para mas, ya sabeis vos
que será cosa escusada;
y para no alcanzar nada,
no os canseis. Don Pedro, adios.

(Vanse Angélica y la aldeana, y Horacio.)

ESCENA IX.

DON PEDRO. LINARDO.

DON PEDRO.

Oye. ¿Ansí, cruel, me dejas?
Aspid bello, no huyas tanto.
Mas pensarás que es encanto,
y ansí tapas las orejas.
¿Qué haré, Linardo, si inquieta
mi alma, á su amor sujeta,
esta hermosa Circe agrada?

LINARDO.

Respondióte como honrada,
señor, y como discreta.
Es Angélica heredera
de Fulgencio, á quien venera
toda esta fértil comarca,
por ser suyo cuanto abarca
lo mas de aquesta ribera.
Sabe el mayorazgo y renta
con que Castilla te estima,
y que tu fama acrecienta
la sangre que te sublima
de tanto valor y cuenta.
Es humilde aquesta moza,
y ansí el estado que goza
quiere humilde conservar,
sin consentir de manchar
el tuyo que es de Mendoza.
Mas si tanto te avasalla
tu amor, y no has de ablandalla
con ruegos, usa el rigor;
que una traza hallo, señor,
para que puedas gozalla.
Ya sabes la devocion
que tiene al santo frances
la castellana nacion,
y que hoy la víspera es

de Roque nuestro patron.
Esta noche va con grita
y fiestas á aquella ermita,
cuya pared Tajo baña,
de toda aquesta campaña
á vela gente infinita.
Yo pienso, y aun claro está,
que allá la aldeana irá
que te trata con desden.

DON PEDRO.

Todo eso es ansí. Pues bien,
¿qué hemos de hacer?

LINARDO.

Que si va,
y tú tomas mi consejo,
podrás seguro gozalla.

DON PEDRO.

Mi vida en tus manos dejo.
Pero ¿cómo?

LINARDO.

Con roballa,
pues hay tan buen aparejo.

DON PEDRO.

Eso no: soy caballero,
y ofender al sol no quiero
que alumbra las penas mias.

LINARDO.

Amantes con cortesías
morirán de hambre primero.
El cómo y el cuándo ordena,
y aqueso no te dé pena.

DON PEDRO.

Amor, dame tu favor:
seré Páris robador
de otra mas hermosa Elena. *(Vanse.)*

Sala de la casa de don Luis, en Santiago.

ESCENA X.

DOÑA INES. CAMILA.

CAMILA.

Todos afirman por cierto
que despues que le mató,
huyó por camino incierto.

DOÑA INES.

Mas muerta he quedado yo
sin él, Camila, que el muerto.
Don Diego, Camila, es,
del muerto don Juan hermano,
quien quiere dar al través
con mi honor, como tirano,
á fuerza de su interes;
y porque no vea mi honor
el muro de mi valor
batir con infame guerra,
es mejor dejar mi tierra,
y no vivir con temor.
El partió á Toledo agora,
Camila, porque mi tio
el canónigo le adora.

CAMILA.

Tú harás algun desvarío.
Míralo mas bien, señora.

DOÑA INES.

Mi casa dejo; procura
guardarla tú, y no la ultrage
Don Diego: tenla segura,
porque yo, mudando el trage,
pienso mudar la ventura. (*Vanse.*)

Campo de la Sagra á vista
de una ermita de S. Roque.—Va anocheciendo.

ESCENA XI.

DON LUIS. CARRASCO.

CARRASCO.

Dos leguas ponen de aqui
hasta Toledo, no mas;
mañana, señor, verás
al canónigo: mas dí,
¿qué te parece la fiesta
que al peregrino del cielo
ha hecho este pueblezuelo?

DON LUIS.

Su devocion manifiesta.

CARRASCO.

¡Qué buena farsa! ¡qué ensayo
de toros! ¡qué bravo encierro!
Mas quisiera ser el perro
de Roque, que tu lacayo.

DON LUIS.

Calla, loco.

CARRASCO.

Este es mi voto.
Si yo perro suyo fuera,
cada perro me tuviera
por su abogado y devoto;
y haciéndome fiesta á ratos
perros vestidos de moros,
en vez de correrme toros,
pudieran correrme gatos.

DON LUIS.

¿Estás borracho?

CARRASCO.

No agravia

el estarlo un peregrino,
ni se vende aqui mal vino;
que á falta de Rivadavia,
en Alaejos, Coca y Pinto,
en Yepes y Ciudad-Real,
San Martin y Madrigal,
hay buen blanco y mejor tinto.
¡Ah venturosas las uvas
que lloran tan dulces caños!
¡Castilla ilustre, mil años
se empreñen de ellas tus cubas!
Nunca aspereza las dé
el vinagre, ni las toque.
Toledo, en vez de San Roque,
haz mil fiestas á Noé,
pues que cifró tu ventura
en tus cestos y capachos;
que en tal tierra el ser borrachos
es calidad, no es locura.

DON LUIS.

Oyete, loco.

CARRASCO.

Aqui dan
en esta ermita del santo,
que celebra España tanto,
caridad de queso y pan,
y de aquella agua bendita....
(¿Agua dije? afrenta fué.)
De aquel licor de Noé
que tantos dolores quita.
Mis tripas han de ser coche
de una azumbre.

DON LUIS.

¿Has de callar?

CARRASCO.

Dicen que todo el lugar
se junta aqui aquesta noche
en sus fiestas y alegrias,
bailes, meriendas, placeres,
hombres, niños y mugeres,
hasta las fregonas mias.
Ya es de noche: vive Dios

que hemos de ver este rumbo,
y de cuando en cuando un tumbo,
calabaza, os daré á vos;
que á fé que hay lindo despacho
de la vinática tinta,
con la mejor presa y pinta
que has visto.

DON LUIS.

¿Soy yo borracho
como tú, que eres...?

CARRASCO.

Soy mona:
pues si piensas que me infamas
cuando borracho me llamas,
me pones una corona.

(*Dentro música.*)

CANTAN.

¡Cómo alegra los campos
la dulce noche
con la fiesta divina
de nuestro Roque!

CARRASCO.

¡Bueno, bueno! ¡Vive Dios!
la música me desvela.
Ya vienen los de la vela.

ESCENA XII.

Van saliendo sucesivamente varios aldeanos.

DON LUIS. CARRASCO.

DON LUIS.

Dichosos fuimos los dos
en llegar á tal sazon.
¿No ves la grita que dan?

ALDEANO 1.º

Bellacos, cola Magan.

ALDEANO 2.º

Cola los de Mocejon.

ALDEANO 3.º

Viva Olías.

ALDEANO 2.º

¿En qué peca
Vargas?

ALDEANO 1.º

Varguillas, mamola.
Viva Villaluenga sola.

ALDEANO 2.º

Villaluenga y Villaseca.

ESCENA XIII.

Salen ALDEANAS *cantando.* DICHOS.

ALDEANA 1.ª

Los azules bellos
tachonados de oro,
muestran el tesoro
que adorna los cielos.
Su turquí de celos
á la vista alegra,
y la noche negra,
otras veces triste,
su pabellon viste
de mil resplandores.

TODAS LAS ALDEANAS.

¡Cómo alegra los campos
la dulce noche
con la fiesta divina
de nuestro Roque!

ALDEANO 1.º

Siéntense, señores mios.

ALDEANA 1.ª

Borden las flores mis sayas.

ALDEANO 2.º

Vive Dios, que ha de haber vayas
de donosos desvarios.
¡Qué buena noche!

ALDEANA 1.ª
Estremada.
ALDEANA 2.ª
Aqui me siento.
ALDEANO 1.º
Yo y todo.
Fácilmente me acomodo:
aqui el asiento me agrada.
CARRASCO.
Por Dios que habemos llegado
á coyuntura bizarra.

ESCENA XIV.

UN EMBOZADO *paseándose.* DICHOS.

UN EMBOZADO.
Oyen, los de la guitarra:
¿de qué basura han sacado
esa muger que á cantar
viene? ¡Qué gentil despacho!
ALDEANA 1.ª
Tus barbas, súcio, borracho,
son basura y muladar.
EMBOZADO.
Anda, que eres de Cabañas,
donde todo son mesones,
ó en buen romance ladrones.
ALDEANA 1.ª
Esas serán tus hazañas,
que eres de Olías, borracho,
y te dieron cien tocinos
por vender por palominos
grajos cocidos.
EMBOZADO.
Un macho
en adobo, hasta la cola,
una vez diste á comer,
y te lo echaron de ver.

TODOS.

¡Bueno! mamola, mamola.

DON LUIS.

No quisiera haber perdido
en ningun caso este rato.

CARRASCO.

Esta es tierra, pese á mi hato:
Galicia, ya yo te olvido,
aunque el sueño me da enojos,
porque ya el vinillo empieza
á alborotar la cabeza,
y á hacer candiles los ojos.

ESCENA XV.

Otro grupo de ALDEANOS, *con un* TAMBORILERO. DICHOS.

ALDEANO 1.º

Burguillos viene.

ALDEANA 1.ª

¡Gentil
matalotage!

ALDEANO 2.º

Es valiente.

TAMBORILERO.

Dios guarde la buena gente.

EMBOZADO.

No toques el tamboril.
Pandero.

TAMBORILERO.

Calla, pazguato,
que es de cuero, mas no quiero
callar porque eres un cuero.

ALDEANO 1.º

Cola Burguillos.

CARRASCO.

¡Qué rato!

ALDEANO 1.º

Yo apostaré que á la vela
traen con danzas y corrillos

la arandela de Yunclillos.

ALDEANO 2.º

¿Yunclillos tiene arandela?

ALDEANO 1.º

No hay novia en la Sagra toda
que no la lleve alquilada,
ni piense quedar casada,
si va sin ella á la boda.

ALDEANO 2.º

¿Eso ignoras y eres viejo?
Pues cuando van á alquilalla,
se han de juntar para dalla
los alcaldes y el concejo.

TAMBORILERO.

Esa es mentira y cautela,
y si allá voy....

ALDEANO 2.º

No te corras.

TAMBORILERO.

Mienten, y son unas zorras.

TODOS.

Calla, y daca la arandela.

ESCENA XVI.

ANGÉLICA. FULGENCIO. FELICIANO.—DICHOS.

ANGÉLICA.

Todo lo merece el santo,
y tiene mucha razon
de honrar Castilla patron
que merece y puede tanto.

ALDEANO 2.º

¡Brava viene, vive Dios!

ALDEANA 1.ª

Es la que manda el lugar.

ALDEANO 1.º

Melisa, sal á bailar,
mientras cantamos los dos.

(Cantan dos aldeanos, y baila una aldeana.)

LOS DOS.

Trébole: ¡ay Jesus, cómo huele!
Trébole: ¡ay Jesus, qué olor!

UNO.

Tus plantas divinas,
Angélica hermosa,
en trébol y rosa
vuelven las espinas.
Rosas, clavellinas,
y lirios criaron
cuando se estamparon
tus pies entre flor.

LOS DOS.

Trébole: ¡ay Jesus, cómo huele!
Trébole: ¡ay Jesus, qué olor!

CARRASCO.

Brava la danza ha de ser,
digna de tales despojos.

DON LUIS.

Carrasco, ¡qué bellos ojos!

CARRASCO.

Pues ¿cómo los puedes ver?

DON LUIS.

Con la luz que nos envia
la luna, que hermosa para
á ver el sol de su cara.

CARRASCO.

¿Ya hablamos filosofia?

DON LUIS.

¡Ay qué divinos despojos!

CARRASCO.

A dormir un rato me echo. (*Échase.*)

DON LUIS.

No sé qué siento en el pecho
que se me entró por los ojos.

FELICIANO.

Vuestra es, Angélica bella,
aquesta fiesta, pues todos
celebrándoos de mil modos,
huelgan de veros en ella.

ESCENA XVII.

DON PEDRO *y* LINARDO *dentro.* — DICHOS.

LINARDO.
¡Fuego, fuego!
DON PEDRO.
Acudid luego,
que se nos quema la ermita.
LINARDO.
¡Fuego!
FELICIANO.
¿De qué es esta grita?
DON PEDRO.
Agua traigan.
LINARDO.
¡Fuego, fuego!
FELICIANO.
Quedaos pues, señora mia,
que todos vendremos luego.
(Vanse todos sino es don Luis, Carrasco y Angélica.)
DON LUIS.
Dentro en mi pecho está el fuego,
que este abrasa, y ese enfria.

ESCENA XVIII.

DON PEDRO *y* LINARDO, *desnudas las espadas.* DOS CRIADOS *de* DON PEDRO. — DICHOS.

DON PEDRO.
Aunque son viles hazañas,
por procurar mi sosiego
son lícitas: no es el fuego
sino dentro en mis entrañas.
Habéisle encendido vos:
perdonad, aldeana bella,

que ansí aplaca mi querella
mi amor.

ANGÉLICA.

¡Qué es aquesto! ¡Ay Dios!

DON PEDRO.

Solo con robaros medro,
pues en vos mi salud hallo.

LINARDO.

Ponte, señor á caballo.

ANGÉLICA.

¡Ayuda! ¡Ah traidor don Pedro!

DON PEDRO.

En balde ayuda pedís,
pues no ayudastes mi amor.
(*Llévanla en brazos.*)

DON LUIS.

No será en balde, traidor,
porque está vivo don Luis.
¡Carrasco! Necio, borracho....
Mas ¿qué hago de esta suerte,
sin dar al traidor la muerte
que hace tal robo? (*Vase.*)

ESCENA XIX.

CARRASCO, *despertándose.*

¿Qué macho?
Ya le ensillo... ya le enfreno.
Fuera.—Sube... corre... tente...
Mas ¿qué es de toda la gente
que estaba aqui agora? ¡Bueno!
Yo apostaré que he dormido
dos dias; que suelo hacello.
¡Don Luis! ¿De qué me querello?
El se debe de haber ido.
Nunca de dormirme acabo;
mas con vinos escelentes,
si son siete los durmientes,
yo seré durmiente octavo. (*Vase.*)

ESCENA XX.

DON LUIS, DON PEDRO *y* LINARDO *acuchillándose.* ANGÉLICA *detras de don Luis, cuya espada es el bordon.*

DON LUIS.

Traidores, dejad el robo
de vuestra cobarde hazaña,
que soy un leon de España,
que vengo á matar un lobo.

DON PEDRO.

¡Cielos! que en tal coyuntura
este estorbo hubo de haber!

LINARDO.

No me puedo defender.
¡Ay que me mata! procura
huir: vámonos, señor.
Caro el hurto te ha salido.

DON PEDRO.

Hombre, que me has perseguido,
¿quién eres?

DON LUIS.

Soy un rigor,
que desde los altos cielos
vengo á darte muerte fiera.

DON PEDRO.

¿Rigor?

DON LUIS.

Rayo de la esfera...
(*Aparte.* De mis encendidos celos.)

DON PEDRO.

Detente, que me destruyes.

DON LUIS.

No hay tener, que has de morir.

DON PEDRO.

Herido estoy; quiero huir.
(*Vanse don Pedro y Linardo.*)

ESCENA XXI.

DON LUIS. ANGÉLICA.

DON LUIS.

No tienes amor, pues huyes.
Triunfad de aquesta victoria,
señora, que os da la palma,
y triunfad tambien de un alma
que está en infierno y en gloria;
que si agora es gloria veros
donde la goza mi amor,
es un infierno el temor
de ausentarme y de perderos.
Quisiera daros la vida
de quien os ofendió agora.

ANGÉLICA.

Confieso que os soy deudora;
pero ¿qué paga debida
habrá que mi libertad
pueda pagar, sin ser chica?

DON LUIS.

Bien podeis pagar, pues rica
teneis vuestra voluntad,
si acaso no os la ha llevado
el cobarde que huyó agora.

ANGÉLICA.

Voluntad no, que hasta ahora
ninguno en el mundo ha entrado
á robarme tal tesoro,
que está en defendida torre.

DON LUIS.

Pues amor por torres corre.
Júpiter hay que llueve oro.

ANGÉLICA.

Aunque esa historia no entienda,
ni mi caudal satisfaga
á daros bastante paga,
como la querais de hacienda,

yo haré que gran parte os cuadre
de la que en mi casa dejo;
que aunque es mi padre ya viejo,
no es avariento mi padre.
Venid á que os vea, señor.

DON LUIS.

Iré para acompañaros,
y de traidores libraros;
que no sufre mi valor
que debajo de este trage
se encubra algun interes
menos que noble; que lo es,
aunque estraño, mi linage.

ESCENA XXII.

CARRASCO.— DON LUIS. ANGÉLICA.

CARRASCO.

¡Ah don Luis, ah mi señor! (1)
¿adónde diablos estás?

DON LUIS.

Oye, loco: ¿dónde vas?
(*Habla aparte con él.*)

CARRASCO.

Por Dios, que es lindo tu humor.
¿Qué has hecho? ¿No me llamaras
cuando te fuiste?—¿Qué es esto?
No me descontenta el gesto.
Aventuras miro raras.
¿Ya como don Belianís,
hallas en el campo damas?
Y aun por eso no me llamas
cuando duermo, don Luïs.

DON LUIS.

Calla, necio, no me nombres.

---

(1) Hay que suponer que Angélica no oye estos dos versos.

CARRASCO.
¿No? pues perdona, y sepamos
con que nombre nos llamamos
cuando hemos de estar sin nombres.

ESCENA XXIII.

FELICIANO.—ANGÉLICA. DON LUIS. CARRASCO.

FELICIANO.
¡Mi prima robada, cielos,
sin descubrir al ladron!
Mas estos sin duda son.
¡Ah cobardes! matarélos.
Prima mia, la venganza
vereis presto del villano.

ANGÉLICA.
Paso, primo Feliciano,
culpad á vuestra tardanza;
que este peregrino fuerte
de don Pedro me libró,
que el fuego y grita inventó
por robarme.

FELICIANO.
De esa suerte,
dadme esos valientes brazos,
libertador de mi prima.

DON LUIS.
Por tal mi pecho os estima,
y me honran vuestros abrazos.

FELICIANO.
El teneros por amigo
tendré por dicha sin tasa:
mi hacienda, mi vida y casa
es vuestra; veníos conmigo.

DON LUIS.
No es posible; por ahora
me importa no acompañaros,
aunque me llega el dejaros
al alma, bella señora.
Perdonadme: pues segura

os dejo, y en tal poder,
ya no será menester
el poner en aventura
mi vida: aquesto me es fuerza.
A Dios.

FELICIANO.

Eso me da pena;
pero en pago esta cadena
habeis de tomar por fuerza....
Mal dije: en pago, en señal
de que nos habeis de ver
cuando podais.

ANGÉLICA, *aparte.*

Si ha de ser
el irse, cierto es mi mal.
Ya no hay fuerza que resista
agora á tan gran pasion,
que el alma y el corazon
se van tras él por la vista.

DON LUIS.

No me vence el interes.
Perdonad, señor, y á Dios;
que presto estaré con vos.
¡Hola! vamos, (*aparte á Carrasco*) que despues
que me haya visto mi tio,
(en trage de caballero,
dejado el sayal grosero)
publicando el amor mio,
volveré á ver sin enojos
á esta aldeana belleza;
porque galas y riqueza
son redes para los ojos.
(*Vanse don Luis y Carrasco.*)

ESCENA XXIV.

ANGÉLICA. FELICIANO.

FELICIANO.

Nada ha querido tomar.

ANGÉLICA, *aparte.*

Fuese. ¡Cielos, ay de mí!

FELICIANO.

En toda mi vida vi
suceso mas de ádmirar.
A no ver que estoy despierto,
creyera que sueño ha sido;
mas ¿qué ocasion habrá habido
para haberse ansí encubierto?

ANGÉLICA.

No pienso que pueda ser
otra, sino el escusar
la paga que habria de dar
mi padre, y el no querer
que la alabanza le venza
de un hecho tan esforzado;
que siempre el valiente honrado,
si le alaban, se avergüenza.
Sino es que ese peregrino
es San Roque, y que en su ermita
tales robos no permita.

FELICIANO.

¿Pensais que ese es desatino?

ANGÉLICA.

Si él nos cumple su promesa
y nos ve, presto tendremos
noticia de esto, y sabremos
quién es. (*Aparte.* Aunque en esta empresa
le quisiera mas humano
que divino.)

FELICIANO.

Del ladron
os dará satisfaccion
pues que vive, Feliciano;
que la nobleza es indina
de él, pues que la emplea ansí.

ANGÉLICA, *aparte.*

Peregrino, hoy va tras tí
mi voluntad peregrina.

ACTO SEGUNDO.

Entrada de una aldea.

ESCENA I.

DOÑA INES, *vestida de hombre, con espada.*

¿Qué provincia ó qué nacion,
qué montes inaccesibles,
qué peligros, qué imposibles,
qué marañas, qué invencion,
qué empresa nunca intentada,
qué guerra de mas poder
no emprenderá una muger,
cuando está determinada?
Conmigo proballo puedo,
pues con aqueste vestido,
siendo muger, he venido
desde Galicia á Toledo.
Desde aqui ponen dos leguas:
hoy podré llegar allá,
y ya mi inquietud podrá
dar á mis trabajos treguas.

ESCENA II.

DON LUIS *y* CARRASCO, *de peregrinos.*— DOÑA INES.

DON LUIS.
(*Sin reparar en doña Ines.*)
Contra mi estrella porfio:
salió mi camino en vano.

CARRASCO.

Ganó la muerte de mano,
y acogióse con tu tio.

DON LUIS.

¿Qué quieres? Al fin es muerte.

CARRASCO.

¡Buen lance habemos echado!

DON LUIS.

Carrasco, al que es desdichado
se le vuelve azár la suerte.
Como murió *ab intestato*,
y el Papa fue su heredero,
tiró con todo el dinero,
plata, hacienda y aparato.

CARRASCO.

¡Bueno por servirte quedo!
¿Dónde habemos de ir ansí?

DON LUIS.

Deudos he de hallar aqui
de los nobles de Toledo.
Castros y Sotomayores
hay aqui muy caballeros,
y muy ricos.

CARRASCO.

Los dineros
son los parientes mejores.
Nunca en parientes me fundo:
por negarte, negarán
que no descienden de Adan.
No hay tal pariente en el mundo
como el dinero en la mano;
este es pariente de veras,
que lo demas es quimeras:
él es padre, primo, hermano.

DON LUIS.

Carrasco, lo propio pienso
que se usa en cualquier lugar.

CARRASCO.

Hay parientes al quitar,
que son de casta de censo.
Pero dejado esto, dí:
¿es cierto que en esta aldea

te quiés quedar, porque vea
el amor que vive en tí
la aldeana á quien libraste?

DON LUIS.

Será, Carrasco, tan cierto,
que si no quedo, soy muerto.

CARRASCO.

De presto te enamoraste.
Vamos, señor, á la corte,
que allí se abrevian mil mundos,
y viven los vagamundos:
darás á tu vida un corte.

DON LUIS.

Muerto estoy.

CARRASCO.

Tu flema es buena.
Vivo estás.

DON LUIS.

Mi cuerpo en calma
es purgatorio del alma.

CARRASCO.

Luego serás alma en pena.

DON LUIS.

Sin duda.

CARRASCO.

El diablo te envidie
de aquesa suerte tu amor.
Un responso va, señor.

DON LUIS.

¿Qué?

CARRASCO.

Peccantem me quotidie...

DOÑA INES, *aparte.*

¡Válgame Dios! si el deseo
no me causa estos antojos,
¿no es mi hermano el que á mis ojos
con Carrasco hablando veo?
Quiero hablalle.

DON LUIS.

Cosa es llana
que he de encubrirme grosero.

DOÑA INES, *aparte.*

Mi hermano es: hablalle quiero;
pero no, que soy su hermana,
y al verme aqui de esta suerte,
que se disguste no hay duda.
Murió mi tio sin duda;
su pena dice su muerte.
Sin darle parte de nada,
le seguiré de este modo,
para no le ser en todo
muger, y carga pesada.
Quiero escuchallos, que oí
no sé qué de amor.

CARRASCO.

Es sueño,
siendo el lugar tan pequeño,
quererte quedar aqui.

DON LUIS.

Calla, y vamos.

CARRASCO.

Poco á poco,
te voy, señor, comparando....

DON LUIS.

¿A quién, animal?

CARRASCO.

A Orlando
por otra Angélica loco.
(*Vanse don Luis y Carrasco.*)

ESCENA III.

DOÑA INES.

Yo vine á buena ocasion.
Aqui me importa quedar,
para que pueda estorbar,
si no es buena, esta aficion;
no haga algun desatino:
que amor, como ciego y loco,
puede mucho y sabe poco.

ESCENA IV.

DON PEDRO. LINARDO.—DOÑA INES.

DON PEDRO.
(*Sin ver á doña Ines.*)
Sin duda que el peregrino
debió de bajar del cielo
para castigar la injuria,
que mi enamorada furia
hizo á un angel en el suelo.

LINARDO.
¡Estrañas fuerzas!

DON PEDRO.
¡Notables!

LINARDO.
Diamantes eran sus brazos.

DON PEDRO.
Piedras hicieran pedazos
sus golpes incomportables.

LINARDO.
A no huir de ellos y de él,
yo te aseguro, señor,
que él acaba con tu amor.

DON PEDRO.
La ocasion perdí por él
de la muger mas hermosa
que toda España ha tenido;
y porque estaba ofendido
el padre honrado, fué cosa
digna de mi noble casa
restaurar mi fama ansí.
Agora se la pedí
en su casa por muger,
y entrando en cuerdo consejo
consigo, y á poca instancia,
reparando en la ganancia,
(propia condicion de viejo)
y la mucha calidad

con que sus nietos honraba,
pues con su hacienda juntaba
mis armas y calidad,
con palabra y juramento
me prometió que seria
Angélica esposa mia.
No es igual el casamiento;
pero tampoco seré
el primer noble que esposa
llame á una aldeana hermosa;
ni mi sangre afrentaré,
que al fin es cristiana vieja
de todos cuatro costados.
Y sus deudos agraviados
del robo, no tendrán queja,
viendo que reparo el daño
con tomalla por muger.

LINARDO.

El casamiento ha de ser
murmurado, como estraño;
pero á tal resolucion,
aconsejarte no quiero.

DOÑA INES, *aparte.*

Basta, que este caballero
tambien tiene aqui aficion.
No es posible, que en lugar
donde tantos se enamoran,
sino que villanas moran
de hermosura singular.
Aficionándome voy
al lugar, pues que tal hombre
quiere en él bien.

DON PEDRO.

(*Reparando en doña Ines.*)
Gentil hombre,
¿sois de Toledo?

DOÑA INES.

No soy
sino gallego.

LINARDO.

¿Gallego?
Para enviar un recado

será muy lindo criado,
que volverá con él luego.

DON PEDRO.

¿Y qué buscais por aquí?

DOÑA INES.

A un señor que quiera ser
mi amo.

DON PEDRO.

(*Aparte á Linardo.* Buen parecer
tiene el rapaz.)—Pues venid,
que yo os quiero por mi page.

DOÑA INES.

Dame los pies, ó la mano,
por lo que en servirte gano.

LINARDO.

¡Muy gentil matalotage
llevamos! ¡Mozo gallego!
¿Sabes cuán chancero es,
que sirve un año, y despues
toma las de villadiego?

DOÑA INES.

Oye, señor gentilhombre,
trate á los gallegos bien,
que no los conoce.

DON PEDRO.

Ven,
que es un loco: dí tu nombre.

DOÑA INES.

Guzman me llamo, señor.

LINARDO.

¿Y no quieres que le tache?

DOÑA INES.

Pero no es el de Alfarache.

LINARDO.

El talle teneis peor.

DOÑA INES, *aparte.*

¿Qué mas puedo desear
si se me ha cumplido todo?
Que sirviendo de este modo,
y acudiendo á este lugar,
(pues que ha de venir es llano
quien en él busca muger)

cada instante podré ver
los intentos de mi hermano.

DON PEDRO.

¿Sabrás llevar un billete?

DOÑA INES.

Y volver con el recado,
porque, aunque gallego, andado
tengo ya de Alcalá á Huete.

DON PEDRO.

Vamos, que te he de querer.

DOÑA INES.

Yo y todo te voy queriendo
poco á poco.

DON PEDRO.

No te entiendo.

DOÑA INES.

Ni yo me doy á entender. (*Vanse.*)

Sala en casa de Fulgencio.

ESCENA V.

FULGENCIO. ANGÉLICA.

FULGENCIO.

Don Pedro al fin me ha pedido
que le acetes por esposo:
es noble y es generoso,
y digno de ser tenido
por yerno de un titulado.
Ya sabes, hija, que vino
á estremo su desatino,
que te hubiera deshonrado,
si un peregrino del cielo
no remediara tu ultrage:
que pienso que en aquel trage
San Roque bajó hasta el suelo.
Ya ves que te quiere mucho

ama á este caballero;
que amor, nobleza y dinero,
alcanzan y pueden mucho.
Honrar tu casa desea;
pues con los nobles te igualas,
trueca en cortesanas galas
las toscas de aquesta aldea.
Un comendador te ama:
desde hoy no tienes de ser,
hija, aldeana muger,
sino cortesana dama.
Ea, toma mi consejo,
y haz lo que te mando yo;
que aunque caballero no,
soy, hija, cristiano viejo.
Entre la sangre española,
la mia, aunque labrador,
tiene limpieza y valor;
tú eres mi heredera sola,
y ansí en mis años postreros
honroso fin me darás,
si casándote me das,
hija, nietos caballeros.
¿Qué me respondes?

ANGÉLICA.

Que soy
labradora, y pues soy tal
solamente con mi igual
resuelta en casarme estoy.
Harta honra el cielo me dió;
que no pretendo yo aqui
esposo que me honre á mí,
sino esposo que honre yo.
Labradores verdaderos
somos, y en serlo me fundo:
labradores tuvo el mundo
primero que caballeros.
Las galas de corte deja
con que adornarme presumas,
que no con agenas plumas
fue mas noble la corneja.
Y aunque la honra y provecho

te prometan mucho medro
por ver tan rico á don Pedro,
y con una cruz al pecho,
despréciale en testimonio
de que es flaca la muger,
y no hará poco en traer
la cruz de su matrimonio:
que el deseo que produces
le malograrás despues,
si dar en tierra me ves,
por no poder con dos cruces.
De su nobleza el decoro
con escudos de armas medra;
mas son escudos de piedra,
y tú los tienes de oro;
y no por sus nobles armas
mi peligro has de querer;
que temerá la muger
marido con tantas armas.

FULGENCIO.

Harás lo que yo mandare,
ó verá el cielo presente
que á hija desobediente
hay padre que la repare.
Mi rigor hará que tuerza
su brazo á tu libertad;
haráslo de voluntad,
ó sino lo harás por fuerza.
Esas quimeras reporta
y necias bachillerías:
de plazo te doy tres dias;
mira en ellos lo que importa,
mientras la vida ó el sí
me das.

ANGÉLICA.

Siendo de esa suerte,
el sí daré de mi muerte.

FULGENCIO.

Yo sé que lo harás por mí. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ANGÉLICA.

¿Cómo podrá admitir el alma dueño
que ablande su dureza, si es de encina,
ni qué provecho hará la medecina
á quien la muerte sepultó en su sueño?
Fuego pide á la nieve, lengua al leño
mi padre, que mi alma es peregrina,
pues siendo amor bordon, mi fé esclavina,
por ver un peregrino la despeño.
¡Válgame Dios! ¿si fue Roque divino
quien me dió libertad y dejó loca?
Que despues que le adoro, desatino.
Mas no, que amor humano me provoca;
y cuando Roque sea el peregrino,
en no amar á don Pedro seré roca.

ESCENA VII.

DON LUIS *y* CARRASCO, *de villanos.*—ANGÉLICA.

CARRASCO.
(*A su amo sin ver á Angélica.*)
No ha sido malo el viage.
Mas loco eres que un poeta:
en mudando la veleta,
hemos de mudar de trage.

DON LUIS.
Quiero hablar mi bien ansí.

CARRASCO.
¿Quién es tu bien?

DON LUIS.
Mi angel es.

CARRASCO.
Patudo, pues tiene pies.

DON LUIS.

Calla, necio, que está aqui.

ANGÉLICA.

¿Qué es esto? ¿qué gente es esta?
Hola: ¿cómo aqui os entrais
sin llamar? ¿A quién buscais?

CARRASCO.

(*Aparte á su amo.*)
Tú puedes dar la respuesta:
llégate, que vive Dios
que diga que eres don Luis.

ANGÉLICA.

Decid á lo que venís.

DON LUIS.

Hemos sabido los dos
que ha menester su mercé
un mozo.

CARRASCO.

Aunque fuera hechizo,
no lo hallará mas rollizo
que es el bueno de Tomé.

ANGÉLICA.

Venís muy mal informado;
que no es menester en casa
criados.

DON LUIS.

Pues si eso pasa,
un romero me ha engañado.

ANGÉLICA.

¡Cómo! ¿Romero? Escuchad:
¿qué romero?

DON LUIS.

Un peregrino
topé anoche en el camino,
y dijo; al pueblo llegad,
y en casa de una aldeana,
Angélica en rostro y nombre,
que es hija del mas rico hombre
que hay en esta Sagra llana,
decid que en casa os admita
por criado, en galardon
de libralla de un ladron

que la robó de una ermita.

ANGÉLICA.

Pues de casa sabe tanto
el peregrino que ayuda
me dió, es San Roque sin duda.

CARRASCO.

(*Aparte á don Luis.*)
Ya te tienen por un santo.

ANGÉLICA.

¿Y acaso conoceis vos
al peregrino? Decí.

DON LUIS.

Conózcole como á mí.

ANGÉLICA.

¿Conocéisle?

DON LUIS.

Sí por Dios.

ANGÉLICA.

¿De dónde sois?

DON LUIS.

Soy gallego.

CARRASCO.

Y yo, hablando con perdon.

ANGÉLICA.

Por cierto, buena nacion.

DON LUIS.

Jamas yo mi patria niego.
Galicia es mi natural.

ANGÉLICA.

Pues no es poca maravilla;
que el gallego acá en Castilla
dice que es de Portugal.
¿En qué oficio nos sabreis
servir?

DON LUIS.

En cuanto querais.

ANGÉLICA.

Mirad á qué os obligais.
¿Cumplís como prometeis?

DON LUIS.

Y aun mejor.

ANGÉLICA.

Hay muchas leguas
del cumplir al prometer.
¿Qué oficio sabreis hacer
mejor?

DON LUIS.

Sabré guardar yeguas.

ANGÉLICA.

¿Criaislas bien?

DON LUIS.

Sí por Dios:
el vellas pone codicia.

CARRASCO.

Tuvo una yegua en Galicia
casi casi como vos.

ANGÉLICA.

¡Qué buena comparacion!

CARRASCO.

Es mozo que sirve á prueba.

DON LUIS.

Y cuando hurtada se lleva
alguna yegua el ladron,
sé yo salirle al camino,
y despues de zamarrealle,
la yegua vengo á quitalle.

ANGÉLICA.

Ansí lo hizo el peregrino.
Mi padre vendrá y haré
que en casa sirvais de mozo.

DON LUIS.

El cielo la dé un buen gozo.

ANGÉLICA, *aparte.*

¡Qué buen talle de Tomé!

ESCENA VIII.

—

DOÑA INES, *de page.*—ANGÉLICA. DON LUIS. CARRASCO.

DOÑA INES.

El señor Fulgencio ¿vive

en esta casa?

ANGÉLICA.

Sí, amigo.

DOÑA INES.

¿Está en ella?

ANGÉLICA.

No.

DOÑA INES, *aparte.*

Ya digo
que no me espanto que prive
de libertad á mi hermano
y á don Pedro la belleza
que entre la vasta corteza
de aqueste trage aldeano
abrasa los mismos hielos.
No sé si hablarla podré;
que despues que la miré
se abrasa el alma de celos.

ANGÉLICA.

¿Qué es lo que don Pedro quiere
á mi padre?

DOÑA INES.

Una respuesta
me ha de dar.

ANGÉLICA.

Será molesta,
si la que yo le dí diere.
Decid, aunque amor le fuerza,
que quiera con igualdad;
que no tengo voluntad
á quien me quiso hacer fuerza.

DON LUIS.

¿Luego es quien del peregrino
huyó anoche, y otros tres
se le fueron por los pies?

ANGÉLICA.

El mismo.

CARRASCO.

¡Gentil pollino!

DON LUIS.

¡Qué mal le salió el partido!
A fé que se quedó feo.

CARRASCO.

Mas vale para correo
que para vuestro marido
hombre que mas de una legua
sabe correr sin parar.

DON LUIS.

A pie se puede quedar
quien guardó tan mal la yegua.

DOÑA INES.

¿Quién le mete á mi villano
en hacer aquese ultrage
á un hidalgo?

CARRASCO.

¡Page, page!

DOÑA INES, *aparte.*

Ni Carrasco, ni mi hermano
han conocido el disfraz
con que su hermana está aqui.

DON LUIS.

Hermano page, decí
á vuestro amo, que si en paz
quiere vivir, que no toque
á este umbral, pues fue cobarde;
que en él para que le guarde
dejó su mastin San Roque.
Que aqui su pretension es
querer majar hierro en vano;
y que no pida la mano
quien sabe tanto de pies.

ANGÉLICA.

¡Oh qué discreto Tomé!
Gracia estraña manifiesta.
Solamente esta respuesta
es bien que á don Pedro dé.

DOÑA INES.

¡Qué quieres en crueldad
y en belleza aventajarte!

ANGÉLICA.

Decilde esto.

DON LUIS.

Oiga aqui aparte.

(D. Luis habla aparte con Angélica y Carrasco con D.ª Ines.)

Quiero hablalla en puridad,
que tengo que hacer un poco;
y quiero dalle un recado,
que el peregrino me ha dado,
á quien en mi ayuda invoco.
Mandóme, pues, el que fue
anoche su defensor
contra el necio pretensor,
esto, y me dijo: "Tomé,
tomad aqueste papel,
y dádsele al aldeana
que os recibirá mañana;
que mucho sabrá por él."
Si le quiere, no se escapa
de ser dichosa: héle aquí.

ANGÉLICA.

¿Papel os dió para mí?

DON LUIS.

Mas pensé que para el Papa.

ANGÉLICA, *aparte.*

Mil pensamientos me dan.
No sé lo que pueda ser; (*á don Luis.*)
no le tengo de leer.

DON LUIS.

Ea, acabe.

CARRASCO.

En fin, galan, (*á doña Ines*)
¿que andaluz dice que es?

DOÑA INES.

Andaluz soy.

CARRASCO.

¡Buena pieza!
(*Aparte.* Parece que la cabeza
le han cortado á doña Ines.)
Puesto que el alma respete
su retrato y su dibujo,
diga, amigo, ¿quién le trujo
á que sirva de alcahuete?
Honre bien á su nacion.

DOÑA INES.

Y al pícaro ¿quién le mete
en si yo soy alcahuete,

ó no?

CARRASCO.

(*Aparte.* Parece capon
en el tiple.) Gentilhombre,
¿es medio entre hembra y macho?

DOÑA INES, *amenazándole.*

Soy mas hombre que él, borracho.

CARRASCO, *aparte.*

Por Dios que probó ser hombre.

DOÑA INES.

Hombre soy que un rostro cruza.
Si me enojo.....

ANGÉLICA.

No he de velle. (*á don Luis*)

DON LUIS.

¿Hay son (1) volver á metelle
dentro de la caperuza?

ANGÉLICA.

Ahora bien, mostralde acá,
que no quiero que en la calle
se os pierda, y alguno le halle.
Quemaréle.

DON LUIS.

A mí podrá;
mas ¿por qué lo heis de quemar?
¿Es herege, ó es judío?

ANGÉLICA.

Es hechizo, es desvario,
que me hace desvariar.

DON LUIS.

Es de un santo.

ANGÉLICA.

Y aun por eso;
que, porque cosas del cielo
no se pisen por el suelo,
suelen quemarse, y con beso.

(*Besa don Luis el papel, y se le da á Angélica.*)

DON LUIS.

Con beso, pues.

---

(1) ¿Hay sino....? ¿Hay mas que...?

ANGÉLICA.

Cortesano
sois.

DON LUIS.

Mi madre me enseñó
que cuando diera algo yo
besase tambien la mano. (*Bésasela.*)

ANGÉLICA.

Ahora bien, andad con Dios;
que yo haré por que os reciba
mi padre en casa.

CARRASCO.

Ansí viva,
que nos reciba á los dos;
que sin Tomé no me hallo.

ANGÉLICA.

Pues yo lo procuraré,
porque sirvais con Tomé.

CARRASCO.

Sé almohazar un caballo.
(*Vanse don Luis y Carrasco.*)

ESCENA IX.

ANGÉLICA. DOÑA INES.

ANGÉLICA.

¿Aun os estais vos aqui?

DOÑA INES.

No sin ocasion espero:
escucha lo que te quiero
decir, Angélica.

ANGÉLICA.

Dí.

DOÑA INES.

No me trajo aqui don Pedro,
sol hermoso de la Sagra,
ni pienses que solicito
que te abrases en sus llamas:
mis desdichas me han traido,
mis amores, mis desgracias,

que del trage en que me ves
han sido la triste causa.
Sabrás, aldeana hermosa,
que debajo de estas galas
se disfraza una muger,
aunque noble, desdichada.
En Valladolid la rica
nací, y en brazos del ama
mamé desdichas por leche:
¿qué mucho tenga desgracias?
Faltóme el padre y la madre
en mi niñez, y esta falta
fue ocasion de muchas sobras
de mi juventud liviana.
Mudóse la corte insigne
desde Madrid á mi patria,
famosa y rica si ilustre,
que sus grandezas le bastan:
allí conocí á don Pedro,
ese que quema en tus aras
su corazon por aromas,
y en tu belleza idolatra.
Vióme una vez en San Pedro:
(¡ay Dios! si entonces cegara!)
y segun entonces dijo,
con mal de ojo volvió á casa.
Sirvió, rondó y paseó,
lloró, suspiró, dió trazas,
y perseveró; que en fin
vence la perseverancia.
Admití una oscura noche,
con que oscurecí mi fama,
una escala en mi balcon:
¡ay de quien su honor escala!
Palabra me dió de esposo;
mas olvidó la palabra;
que de palabras y plumas
es yerro hacer confianza,
pues como lo que se estima,
despues de adquirido enfada,
enfadóse poco á poco,
y apagáronse sus llamas.

Salió con una encomienda,
que es señal de no haber mancha
en su sangre noble y limpia,
aunque la sacó en su fama.
Volvióse á Madrid la corte;
supe que en Toledo estaba
mi desdeñoso don Pedro
en negocios de importancia;
seguíle en aqueste trage
encubierta y disfrazada,
como alguacil al ladron
que lleva la joya hurtada;
entré, sin que conociese
ser yo aquella doña Juana
que engañó en Valladolid,
por page humilde en su casa.
He sabido que te adora,
y con mil yedras enlazan
el muro de tu firmeza
los lazos de su esperanza.
¡Guárdate, Angélica bella,
del lobo que ovejas mansas,
en cordero disfrazado,
con mil engaños halaga.
Ya sé que robarte quiso.
¡Dichosa tú que tal guarda
te dió el cielo! ¡triste yo,
pues me hizo entonces falta!
No le quieras: y si acaso
te han ablandado mis ansias,
si mi remedio procuras,
si quieres honrar mi infamia,
finge quererle hasta tanto
que el cielo las puertas abra
de mi ventura, que están
tantos años ha cerradas:
que si vé que le aborreces,
y sabe que es por mi causa,
temo que no me castigue
con su ausencia, y se me vaya.
Con él pretende casarte
tu padre, y juntar tu casa

con su nobleza y valor;
vé alargando su esperanza,
que yo trazaré de suerte
si el casamiento dilatas,
que presto estemos las dos
tú contenta y yo pagada.

ANGÉLICA.

Tu desgraciado suceso,
noble y bella doña Juana,
me ha causado compasion;
disponlo tú, ordena y traza.
Aunque fingir voluntad
á don Pedro, que fue causa
de tus suspiros injustos,
me habrá de llegar al alma,
porque siento tu desdicha,
por ella haré lo que mandas,
entreteniendo á mi padre.

DOÑA INES.

Dame esas manos.

ANGÉLICA.

Levanta.

DOÑA INES, *aparte.*

Buena mentirosa soy.
Con mi fingida maraña
aseguro que á don Pedro
menosprecie el aldeana;
y porque el cielo que adoro
de Toledo no se vaya,
solicito que fingida
algunos favores le haga;
y pues á mi hermano veo
cada dia, es buena traza
que el casamiento entretenga.

ESCENA X.

FELICIANO.—ANGÉLICA. DOÑA INES.

FELICIANO.

¿Ansí remedia la infamia (*Al paño.*)

don Pedro de su vil robo?
(*Repara en las dos.*)

DOÑA INES.

Hasme cautivado el alma.
Dame esos brazos.

FELICIANO, *aparte.*

¿Qué es esto?
¡Cautivo el page se llama,
y á mi prima da los brazos!
¡Ah vil page! ¡ah muger falsa!
Escondido quiero ver
de aquesta amistad la causa.

ANGÉLICA.

Don Pedro será tu esposo;
que no es razon, doña Juana,
que siendo tú hermosa y noble,
y al fin dama cortesana,
te deje don Pedro, loco
por una tosca villana;
mas tiene estragado el gusto.

DOÑA INES.

Merece tu hermosa cara
rendir...

ANGÉLICA.

Bueno está, señora.

FELICIANO, *aparte.*

Por Dios, que es el page dama.
¿Quién puede ser, que es hermosa?
Ya se me ha entrado en el alma
por las puertas de los ojos,
nunca para amor cerradas.

ANGÉLICA.

Adios, y mira que queda
nuestra amistad entablada.

DOÑA INES.

Aqueste guante me llevo (*tómale un guante*)
para un pobre, que demanda
limosna de algun favor.

ANGÉLICA.

No le hay para él en mi casa:
dile que Dios le provea,
y que tú le darás harta.

DOÑA INES.

Adios, que me parto á velle.

FELICIANO, *aparte.*

Yo tras tí, que amor me manda
siga el norte de tus ojos
tras el cristal de tus plantas.

(*Vanse doña Ines y Feliciano.*)

ESCENA XI.

ANGÉLICA.

El papel quiero leer,
porque el dueño manifieste:
el primero santo es este
que haya escrito á una muger.

(Lee.) *No me atreviera, Angélica hermosa, menos que con esta industria, á manifestar el fuego que me abrasa el alma desde la noche que resistí abrasasen la ermita de S. Roque. ¡Dichoso yo, pues que en ella merecí, perdiendo mi libertad, dártela á costa del atrevido robador de tu hermosura, tan indigno de ella! Por serlo yo tambien, y porque me importa no darme á conocer por agora, para conservar la vida que tengo dedicada á tu servicio, determino enviarte al disfrazado Tomé, criado mio, y secretario de mi pecho, para que con él me envies la sentencia de mi muerte, ó la esperanza de mi gloria. Noble me hizo el cielo, aunque no rico, sino es de pensamientos: si estos y mi voluntad admites, con el encubierto Tomé me podrás enviar la certeza de mi vida ó muerte: que tanto estimaré esto por no ofenderte, como lo otro para servirte.—Guarde el cielo la tuya mil años.=Don Luis de Castro.*

ESCENA XII.

FULGENCIO.—ANGÉLICA.

ANGÉLICA, *aparte.*

Mi padre es este: yo haré,

encubriendo lo que pasa,
que reciba á Tomé en casa,
por ser de quien es Tomé.

FULGENCIO.

Hija, la palabra he dado
á don Pedro que serás
su esposa: no gustarás
que la quiebre un hombre honrado.
Procura que se celebre
tu boda; porque primero
será de cera el acero,
que mi palabra se quiebre.
Él tiene de ser tu esposo
de fuerza ó de voluntad.

ANGÉLICA.

A tanta riguridad
obedecer es forzoso.
Darte gusto determino,
y ser ingrata no quiero
al valor de un caballero,
que es en amor peregrino;
pero pues con amor tierno
mas venturas acomodas,
haz y suspende las bodas.

FULGENCIO.

Vóile á decir á mi yerno
que ya mis consejos sabios
rindieron tu natural:
imprímase en tu coral
el acero de mis labios.
Báculo eres de mis gozos.

ANGÉLICA.

En pago del que te doy,
quisiera que en casa hoy
se recibieran dos mozos.
Dicen que en cualquier oficio
del campo son diligentes;
y porque la hacienda aumentes,
que como propia codicio,
gustara que aquesto hicieras.

FULGENCIO.

Aqueso, Angélica, es justo;

que pues que cumples mi gusto,
cumpliré cuanto tú quieras.
Un mozo despedí, malo
para servir, pues apenas
me guardaba las colmenas,
que son todo mi regalo:
si ellos las saben guardar,
para reparar su daño,
recíbelos por un año.

ANGÉLICA.

El uno en particular
es para todo; que en él
hay discrecion.

FULGENCIO.

Bien está.

ANGÉLICA.

Gallegos son: diz que allá
hay abundancia de miel.
Bien lo harán.

FULGENCIO.

Pues tú codicias
que vengan, contento soy.
A don Pedro alegre voy
á pedirle las albricias. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ANGÉLICA.

¡Qué mal tu gusto acomodas!
Dile que vista de luto
su amor torpe y resoluto,
en vez de galas de bodas;
que de un peregrino estraño
el sayal grosero adoro,
porque el peregrino es oro
que viene envuelto en el paño. (*Vase.*)

Calle en la ciudad de Toledo.

ESCENA XIV.

DOÑA INES. FELICIANO.

DOÑA INES.
Decidme en resolucion
en lo que serviros puedo,
y á Dios.

FELICIANO.
Yo tengo en Toledo
á cierta dama aficion
á quien don Pedro ha querido
no poco.

DOÑA INES.
¡Cómo! ¿otra dama
tiene don Pedro?

FELICIANO.
Y se llama
doña Juana.

DOÑA INES, *aparte.*
Aqueste ha oido
cuanto á su prima conté:
picadillo viene un poco.

FELICIANO.
Estoy, como digo, loco
por ella: yo Guzman, sé
que está cada dia con vos;
¿quereisla decir que muero
por ella?

DOÑA INES, *aparte.*
¡Buen majadero
nos ha venido!

FELICIANO.
Por Dios,
si haceis que mi mal entienda,

y á don Pedro (pues ha sido
á su amor desconocido)
olvide, que os dé mi hacienda.

DOÑA INES.

Yo iré á hablalla en vuestro nombre;
mas ya yo sé la respuesta
que os ha de dar.

FELICIANO.

¿Y es?

DOÑA INES.

Aquesta.
Ella ha de decir... que es hombre,
como muestras de ello dan
en Toledo mas de algunas
que están meciendo en las cunas
muñequitos de Guzman.
Y que si con vuestra prima
habló, y os hizo creer
como á ella, que es muger,
no entendísteis bien la enîma.
Que sirvió en Valladolid
á doña Juana de page;
y allí, viendo que en su ultrage
don Pedro volvió á Madrid
y agora estaba en Toledo,
le envió para saber
si tenia otra muger.
En fin, que fingió este enredo
por estorbar de ese modo
que no le diese la mano
Angélica á su tirano.
Esto resulta de todo,
y es la respuesta que envia
la dama á quien pretendeis:
ved si el fuego que teneis
con esta verdad se enfria.

FELICIANO.

¡Que no sois muger, por Dios!

DOÑA INES.

¿Aqueso habeis de dudar?
Si lo fuera ¿habia de andar
de esta suerte? Como vos

soy hombre, y aun....

FELICIANO.

Amor ciego,
¿por qué con tales quimeras
haces burlas, y son veras,
perturbador del sosiego?
Pero en aquesta ocasion
nadie cual yo es desdichado,
pues me tiene enamorado
mi propia imaginacion.
Peligro corre mi vida:
el quitármela es mejor;
que es verdadero mi amor,
siendo mi dama fingida.
(Vase á dar con la daga, y tiénele doña Ines.)

DOÑA INES.

Paso, señor Feliciano:
¿no veis que os desesperais?
Muestras evidentes dais
de loco, ó de mal cristiano.
Don Pedro viene: ese daño
se os sanará poco á poco.

FELICIANO.

A Dios, Guzman, que voy loco. *(Vase.)*

DOÑA INES.

No ha estado malo el engaño.

ESCENA XV.

DON PEDRO. FULGENCIO.—DOÑA INES, *retirada.*

DON PEDRO.

Dejad, pondré los pies en esas plantas,
ligeras en los pasos de mi vida.

FULGENCIO.

Levántate, don Pedro, que me espantas.
A tu amor está Angélica rendida.

DON PEDRO.

¡Oh viejo venerable! ¡oh canas santas!
jamás la muerte vuestra plata pida,

que dorará el Perú de mi riqueza
el blanco Potosí de tu cabeza.
No adornarán roeles mas mi escudo,
ni en mis armas verán castillos rojos,
ni menos los leones con que pudo
ganar mi antecesor tantos despojos;
mis armas han de ser amor desnudo,
un Argos con los cien abiertos ojos,
y la letra que diga: "en siglos largos
no bastan para esto cien mil Argos."

FULGENCIO.

Deja encarecimientos á una parte,
don Pedro ilustre, pues mi sangre honrada
para ilustrarse quiere acompañarte,
porque en tu sucesion quede ilustrada,
y mira cómo y cuándo has de casarte.
Y si agradar á Angélica te agrada,
mientras tus cosas miras y acomodas,
dilátense algun tiempo aquestas bodas.

DON PEDRO.

Aunque con esa dilacion me aflijo,
haré en esto tu gusto, mi Fulgencio;
obedecerte quiero como hijo,
pues como tal tus canas reverencio.

FULGENCIO.

Tan nobles nietos me has de dar, colijo,
que á pesar de la envidia y del silencio,
pongan, echando de esa fama el sello,
la cruz de grana al pecho, de oro al cuello.
Yo me voy á saber en qué dia quiere
daros de esposa la dichosa mano
mi hija: el esperar no os desespere,
que yo procuraré que sea temprano. *(Vase.)*

ESCENA XXVI.

DON PEDRO. DOÑA INES.

DON PEDRO.

Si el amante que espera vive y muere,

que moriré esperando será llano,
pues será cada instante un siglo junto
hasta que llegue de mi dicha el punto.
(*Reparando en doña Ines que se le acerca.*)
Guzman.

DOÑA INES.

Aquel angelote
que te aborreció primero,
ya es de cera, no de acero;
Ginebra es de Lanzarote.
Dame albricias, y verás
el favorazo.

DON PEDRO.

¿Favor?

DOÑA INES.

Favor de estima y valor.

DON PEDRO.

Guzman, burlándote estás.
Toma este anillo.

DOÑA INES.

Este guante
te envia.

DON PEDRO.

¡Oh criado fiel!
la vida me traes en él:
ya soy venturoso amante.
¡O prenda de mi ventura,
o cubierta de aquel cielo,
o favor de mi consuelo,
o gloria de aquella altura!
¡O erario de aquel tesoro,
que hace rico mi caudal!
¡O funda de aquel cristal,
o crisol para aquel oro,
o cortina de aquel alba,
o caja de aquel farol,
o nube para aquel sol
á quien hago alegre salva!
¡O dádiva venturosa
á quien mi gusto acomodo,
y para decillo todo,
guante de Angélica hermosa,

mi regalo, mi socorro!
Besaréte.

DOÑA INES.

¡Lindo amante!
Quita de la boca el guante,
que, vive Dios, que me corro.

DON PEDRO.

¿Por qué causa, majadero?

DOÑA INES.

Porque con este despacho
te quiso llamar borracho
quien te dió favor de cuero.

DON PEDRO.

Necio, disparates deja.

DOÑA INES.

Por darte gusto lo dejo;
pero favor de pellejo
y no de carne, es de vieja.
Mas ten por cosa muy cierta
que te manda aquesta tarde,
hagas de tu dicha alarde,
hablándola por la huerta.

DON PEDRO.

¿Qué dices? ¿aquesto es cierto?

DOÑA INES.

Tan cierto como soy hombre.

DON PEDRO.

De Acates fiel te doy nombre:
resucitado has un muerto. (*Vanse.*)

Sala en casa de Fulgencio.

ESCENA XVII.

ANGÉLICA. DON LUIS.

ANGÉLICA.

Vengais, Tomé, en hora buena.

DON LUIS, *aparte.*

¡Buen principio es este, cielo!
El medio y el fin recelo.

ANGÉLICA.

¿Pues cómo venís?

DON LUIS.

Con pena.

ANGÉLICA.

¿De qué?

DON LUIS.

De verme tan pobre.

ANGÉLICA.

¿Pobre estais?

DON LUIS.

Sí, en buena fé.

ANGÉLICA.

¿Pues por qué causa?

DON LUIS.

Jugué.

ANGÉLICA.

Yo haré que dinero os sobre.
¿Y qué jugastes?

DON LUIS.

Primera.

ANGÉLICA.

¿Qué pusistes?

DON LUIS.

Hacienda harta.

ANGÉLICA.

¿Por qué?

DON LUIS.

Por dar una carta.

ANGÉLICA.

¿A quién?

DON LUIS.

A cierta fullera.

ANGÉLICA.

¿Cuándo?

DON LUIS.

A la primera mano.

ANGÉLICA.

¿Qué perdistes?

DON LUIS.
El temor.
ANGÉLICA.
¿Y no ganastes?
DON LUIS.
Favor.
ANGÉLICA.
¿Favor ganastes?
DON LUIS.
Sí gano.
ANGÉLICA.
Jugad mas.
DON LUIS.
A eso me aplico.
ANGÉLICA.
¿Y hay caudal?
DON LUIS.
De oro, no cobre.
ANGÉLICA.
¿Ya estais rico?
DON LUIS.
No estoy pobre.
ANGÉLICA.
¿Cómo?
DON LUIS.
Soy un pobre rico.
ANGÉLICA.
¿Rico de qué?
DON LUIS.
De ventura.
ANGÉLICA.
¿Y pobre?
DON LUIS.
De merecer.
ANGÉLICA.
¿Qué temeis?
DON LUIS.
Temo perder.
ANGÉLICA.
¿Perder qué?
DON LUIS.
La coyuntura.

ANGÉLICA.

Pues ganallá.

DON LUIS.

El cómo aguardo.

ANGÉLICA.

Asilda.

DON LUIS.

¿Con qué cadena?

ANGÉLICA.

Con esta. (*Le da una.*)

DON LUIS.

¡Ganancia buena!

ANGÉLICA.

Guardalda allá.

DON LUIS.

Ya la guardo.
Y aunque con bien tan notorio,
¿dónde la tendré segura,
señora, si no procura
ser el alma su escritorio?

ANGÉLICA.

Mucho sabeis.

DON LUIS.

Antes poco.

ANGÉLICA.

¿Quién os dá licion?

DON LUIS.

Un ciego.

ANGÉLICA.

¿Y aprendeis?

DON LUIS.

Aprendo luego.

ANGÉLICA.

¿A qué aprendeis?

DON LUIS.

A ser loco.

ANGÉLICA.

¿Qué os tiene loco?

DON LUIS.

Mi gloria.

ANGÉLICA.

¿Y qué cuerdo?

DON LUIS.

El escoger.

ANGÉLICA.

¿Qué escogeis?

DON LUIS.

Mi menester.

ANGÉLICA.

¿Qué habeis menester?

DON LUIS.

Memoria.

ANGÉLICA.

¿Para qué?

DON LUIS.

Para estimar.

ANGÉLICA.

¿Estimar qué?

DON LUIS.

Este favor.

ANGÉLICA.

¿Y á quién?

DON LUIS.

A vos, y al amor.

ANGÉLICA.

¿Pues sabeis amar?

DON LUIS.

Sé amar.

ANGÉLICA.

¿Qué es amor?

DON LUIS.

Fuego en que ardo.

ANGÉLICA.

¿Ardeis?

DON LUIS.

Soy un alma en pena.

ANGÉLICA.

¡Preso!

DON LUIS.

Con esta cadena.

ANGÉLICA.

Guardalda allá.

DON LUIS.

Ya la guardo.

ANGÉLICA.

Tomé fingido y discreto,
bien hablais y bien fingís:
justamente don Luïs
fió de vos su secreto.
Yo he visto el papel, y en él,
despues de leer su amor,
leí que vuestro señor
halla en vos un siervo fiel.
Si el sayal grosero y tosco
mi brocado viene á ser,
grande es de amor el poder,
pues amo á quien no conozco.

DON LUIS.

¡Cielos! ¿tanto amor escucho?
¿es cierto tanto favor?

ANGÉLICA.

Mucho amais vuestro señor.

DON LUIS.

Si él es otro yo ¿qué mucho?

ANGÉLICA.

¿Por qué con trage grosero
se encubre de aquesta suerte?

DON LUIS.

Porque dió en su patria muerte,
señora, á otro caballero.
Hanse informado en Galicia
que en Toledo hay de él memoria;
salió una requisitoria,
y búscale la justicia,
y por no ser descubierto
anda á sombra de tejado.

ANGÉLICA.

Mi alma será el sagrado
adonde viva encubierto.
¿Es galan?

DON LUIS.

Vuestra hermosura
gentileza vendrá á dalle.
Será de mi propio talle,
rostro, miembros y figura.
Es celoso, y no importuno,

y en fin, como yo; que Dios
quiso dividir en dos
un hombre que en dos es uno.

ANGÉLICA.

Como le imitais, decís
que sois uno.

DON LUIS.

Eso diré.

ANGÉLICA.

De aquesa suerte, Tomé,
en vos veré á don Luïs.

DON LUIS.

Casi casi el mismo soy.

ANGÉLICA.

Pues, Tomé, si aqueso pasa,
yo he negociado que en casa
os podreis quedar desde hoy.
Un colmenar daros quiero.
Vos ¿no le sabreis labrar?

DON LUIS.

Ninguno hay que sepa amar
sin saber ser colmenero;
que aunque amor suele ser hiel,
por darle celos su acibar,
su posesion es de almibar
que puso amor en la miel.
Vos vereis lo que aprovecho
en este oficio.

ANGÉLICA.

Alto, pues:
de casa sois.

DON LUIS.

A esos pies
quiero humillar boca y pecho. (*Arrodíllase.*)

ANGÉLICA.

Tomé, ¿quién tanto os humilla?
Alzad, levantad del suelo.

DON LUIS.

Si sois un angel del cielo,
¿qué mucho hinque la rodilla?

(*Hace don Luis que la besa los pies, en cuya actitud le halla Carrasco.*)

ESCENA XVIII.

CARRASCO.—ANGÉLICA. DON LUIS.

CARRASCO.

(*Aparte al entrar.*)
Valga el diablo este Tomé.
Oigan, oigan: el retablo
es de San Miguel y el diablo.
Tomé, levantaos en pie. (*A su amo.*)
Perro sois de muchas bodas.
Ya entiendo vuestras haranas;
que como las aldeanas
huelen á tomillo todas,
y vos me sois golosillo,
porque el tomillo recrea
y os venistes al aldea,
querreis, Tomé, su tomillo.

DON LUIS.

Ya, Llorente, soy criado
de casa.

CARRASCO.

¿Qué?

DON LUIS.

Colmenero.

CARRASCO.

¡Bueno, bueno! (*Aparte.* Reirme quiero.)
Oficio dulce os han dado.
¿Colmenas, Tomé, guardais?
¿Por miel virgen andais vos?
Ya la teneis; plega á Dios
que despues no la escupais.
¿Y á mí? ¿que me papen duelos?
Alquíleme á mí con él, (*á Angélica*)
que Tomé pondrá la miel,
y yo pondré los buñuelos.

ANGÉLICA.

Tambien que esteis determino,
por amor de Tomé, en casa.

CARRASCO.

Aquesa es merced sin tasa.

ANGÉLICA.

¿Qué oficio teneis?

CARRASCO.

De vino.
Sabré guardar la bodega,
como el santero la ermita;
poner y quitar la espita;
catar si sabe á la pega;
librar del maldito usagre
el licor sabroso de uvas;
(quiero decir, que á las cubas
no se las pegue el vinagre).
Y como puertas adentro
de la bodega mandeis,
mi diligencia vereis;
porque al fin ella es mi centro.

ANGÉLICA.

Norabuena: yo os admito
á ese oficio.

CARRASCO.

Es singular,
que soy amigo de andar
en vino, como el mosquito.
Desde hoy me alegro y me ensancho.

ANGÉLICA.

Vamos, Tomé, al colmenar.

CARRASCO.

Mas ancho tengo de estar,
que con Zamora don Sancho.
Desde hoy, colmenero hermano,
si quiere que sea su amigo,
la vez que hablare conmigo,
la caperuza en la mano.

DON LUIS.

¿Por qué causa, majadero?

CARRASCO.

Porque, pues me ve en privanza,
me llegue á hablar con crianza;
que soy archi-bodeguero.

ACTO TERCERO.

Un colmenar.

ESCENA I.

DON LUIS, *con mascarilla de castrar colmenas.*

Amor, hoy como astuto me aconsejas
que á pesar de tus celos y favores,
cogiendo de tus gustos verdes flores,
labre la miel que en mi esperanza dejas.
Ya sé que los amantes son abejas,
que en el jardin que plantan sus amores
labran panales dulces, si temores
no mezclan el acibar de sus quejas.
Abeja soy, amor; dame palabra
de darme miel sabrosa de consuelos,
que la esperanza entre sus flores labra.
No sequen mi ventura tus desvelos;
que si es abeja amor, y el panal labra,
los zánganos le comen, que son celos.

ESCENA II.

ANGÉLICA.—DON LUIS.

ANGÉLICA.
Pues, mi nuevo colmenero,
¿cómo os va con el oficio?

DON LUIS.
Ganancia con él espero:
labrar buena miel codicio,

porque ha de ser de romero.
Un romero á nacer vino
en el jardin, y imagino
que su flor morada crece,
viendo que por vos merece
ser romero y peregrino.
Plantóle vuestro favor,
rególe su confianza,
y creció con tal humor
el verde de su esperanza
y el morado de su amor.
La huerta de flores llena
es vuestro favor, que ordena
esta fábrica abundante;
mi lealtad y fé constante
dentro el alma, es la colmena.
La miel el regalo expreso
de vuestro amoroso trato,
que da libertad á un preso;
cera el alma, en que el retrato
vuestro está, señora, impreso;
ladrones son los desvelos,
que á hurtarme el caudal se aplican,
pues no hay con temor consuelos;
y los zánganos que pican
y comen la miel, son celos.
Los susurros son las quejas,
siempre nuevas, aunque viejas,
que el celoso pecho fragua;
y los ojos dan el agua
con que labran las abejas.
¿Qué os parece?

ANGÉLICA.

De importancia
es miel que tanto aprovecha
para mi gusto y ganancia.

DON LUIS.

Ya deseo la cosecha
por gozar de su abundancia.

ANGÉLICA.

No temais el desatino
del zángano, pues que vino

hoy á nuestro colmenar
guarda que le hará soltar
lo que hurtare, en el camino.

DON LUIS.

Dadme á besar el cristal (*bésasela*)
de esa mano celestial.

ANGÉLICA.

Mucha licencia os tomais,
Tomé; sospechas me dais
de que no sois muy leal.
Parece que para vos
mayor favor adquirís.

DON LUIS.

Que os adoro sabe Dios.

ANGÉLICA.

¿Servís ansí á don Luïs?

DON LUIS.

Somos un alma los dos.

ANGÉLICA.

La amistad no viene á ser
tan grande, á mi parecer,
que aunque entre dos esté unida,
no la deshaga y divida
el gusto de una muger.
¿Cuándo publicó la fama,
como agora lo haceis vos,
que junten tanto su llama
dos amigos, que los dos
amen á una misma dama?
No lo sufren los desvelos
de un amante, que á los cielos
favor y firmeza pide:
cualquiera amistad divide
el cuchillo de los celos.
Tomé, esa opinion es nueva:
mal vuestro señor contrasta
lealtad que tal fruto lleva.
No os tengo de hablar mas.

DON LUIS.

Basta,
que muger sois ¡y de prueba!
Prueba ha sido: y vos sois fiel

á don Luis. ¡Dichoso él,
pues es el primer amante
que halla una muger constante;
que en el hermoso papel
donde su dicha firmó,
firme la letra quedó
como en el bronce; que alcanza
viento al fin de su esperanza
quien mover los vientos vió;
que seguro el bajel lleva
por mar incógnita y nueva;
que á un vidrio un golpe le dió
sin quebrarse! que esto halló
quien halló muger á prueba.

ANGÉLICA.

¿Pues mi amor probais?

DON LUIS.

Soy hombre
que gusto probar la fé
de una muger: no os asombre.

ANGÉLICA.

Incrédulo sois, Tomé.

DON LUIS.

Tengo de incrédulo el nombre.
Pero dejando esto á parte,
esta noche quiere darte
cuenta don Luis de sus quejas,
si á tu tribunal las dejas,
donde sueles asomarte.
Dime si gustas que á verte
esta noche llegue allí.

ANGÉLICA.

¿Cómo podrá responderte
de *no* un alma, que dió un *sí*
contra el olvido y la muerte?
Haré mis ojos farol,
que á mi Leandro español
luz como en Abido dé,
y como Tisbe estaré
llorando, hasta ver mi sol.

ESCENA III.

DOÑA INES.—ANGÉLICA. DON LUIS.

DOÑA INES, *aparte.*
¿Qué enredos, amor tirano,
materia á mi llanto dan?
Si acaso salen en vano...—
Mas ¿qué es esto? hablando estan
aqui Angélica y mi hermano.
Quiero escuchar lo que dicen.
ANGÉLICA.
Seré en la firmeza bronce,
aunque mas me martiricen.
Dile que venga á las once.
DON LUIS.
Tus favores solenicen
cuantos amor tras su carro
lleva con triunfo bizarro.
¡Oh venturoso Tomé!
De aquestas Indias seré
otro segundo Pizarro.
Don Luïs vendrá, señora,
de Toledo á aquesa hora,
y hurtando al fénix las galas,
hará de sus plumas alas.
DOÑA INES, *aparte.*
Buena ocasion tengo agora
si don Luis ha de ir á ver
su dama esta noche. Amor,
una burla en mi favor,
con tu ayuda le he de hacer.
De trage quiero mudar:
daré fuerzas á mi enredo;
que adoro á don Pedro, y puedo
de esta manera engañar
mi propia imaginacion.
Aqui me quiero quedar,
que Angélica ha de ayudar
á mi amorosa invencion. (*Vase.*)

ESCENA IV.

—

LINARDO.—ANGÉLICA. DON LUIS.

LINARDO.
Don Pedro te viene á hablar.
DON LUIS.
(*Aparte á Angélica.*)
¡Siempre es de mi encuentro azar!
ANGÉLICA.
(*Aparte á don Luis.*)
Perderá, si juega, el dado,
pues don Luis se le ha quitado.
Labrad, Tomé, el colmenar,
y sospechas temerosas
no os causen melancolía.
DON LUIS.
Beso tus manos hermosas.
(*Pónese á labrar las colmenas.*)

ESCENA V.

—

DON PEDRO.—ANGÉLICA. DON LUIS.
(*Vase Linardo.*)

DON PEDRO.
Jurara yo, prenda mia,
que estais aqui, pues las rosas
que pisais, por escelencia
tienen matices mejores
viviendo en vuestra presencia:
hoy resucitan las flores
que marchitó vuestra ausencia.
¡Venturoso el colmenar,
donde hecho abeja el amor,
puede, contento, tomar
de vuestras mejillas flor,
de vuestro aliento azahar!

¿Qué haceis, prenda de mi vida?

ANGÉLICA.

La memoria entretenida
daba á la imaginacion
por dueño del alma un don,
que con otro me convida.

DON PEDRO.

¿Don? ¿de quién?

ANGÉLICA.

De un caballero
digno de regir el coche
de Febo claro y ligero,
que me enamoró la noche
de San Roque.

DON PEDRO.

Esos pies quiero
besar, señora: es ansí,
que yo aquella noche fuí
quien vuestro pecho ablandó.

DON LUIS, *aparte.*

Calla, necio, que fui yo
el que tanto merecí.

DON PEDRO.

Pierdo de contento el seso:
ya con gusto soberano
mi amor canta este suceso.

DON LUIS, *aparte.*

Yo, pues que besé su mano,
tengo de cantar el beso.

(*Canta entre las colmenas.*)

Que beséla en el colmenaruelo,
y yo confieso
que á la miel me supo el beso.

DON PEDRO.

Licion me da el labrador
de lo que tiene de hacer
en el colmenar mi amor;
mas no os quisiera ofender,
Angélica, mi temor.

DON LUIS, *canta.*

Y yo confieso
que á la miel me supo el beso.

DON PEDRO.

No prive mas un villano
que yo con amor tirano:
dejad que la nieve hermosa
bese mi boca dichosa
de vuestra angélica mano.

DON LUIS, *aparte.*

Este zángano cruel
me pica, y su muerte ordena.

DON PEDRO.

Pagad mi amor firme y fiel.

DON LUIS, *aparte.*

Abejon de mi colmena,
¡mucho os llegais á la miel!

ANGÉLICA.

No seais cansado agora.

DON PEDRO.

Cánsame mi amor molesto:
dadme esa mano que adora
mi alma: haced, angel, esto.

(Quiere tomalle la mano, y métese don Luis enmedio.)

DON LUIS.

Apartaos allá, señora,
que hay zánganos por aqui,
y temo os piquen.

ANGÉLICA.

¿A mí?
Aqueso no os dé cuidado.

DON LUIS.

¿No? pues estoy yo picado,
con andar cubierto ansí.

ANGÉLICA.

¿Quién os picó?

DON LUIS.

Un avechucho
que anda aqui junto á los dos.

ANGÉLICA.

¿Y ha os picado mucho?

DON LUIS.

Mucho.
Caballero, andad con Dios,
no os detengais aqui mucho;

que habeis dado muestra clara,
á quien os mira á la cara,
que tambien picado estais;
y si á pícaros llegais,
temo que os salga á la cara.

DON PEDRO.

Picóme vuestra aficion; (*á Angélica*)
tiene el villano razon.
Digo que habeis acertado (*á don Luis*)
en decir que estoy picado.

DON LUIS.

Estais hecho un salpicon.

DON PEDRO.

Pues idos en horabuena,
que ya picais de curioso.

DON LUIS.

Vos picais la miel agena,
y yo sé picar al oso
que se lleva la colmena,
y picara á vuestra costa.

DON PEDRO.

Ya me pico en que no os vais.

DON LUIS.

No me espanto, que picais
de noche mas que una posta.
Picado debeis de estar,
y asi no os quiero dejar.
¿Qué el no irme os perjudica?
Para sí el zángano os pica, (*á Angélica*)
esta red os quiero dar.
Tomad esta red sin miedo,
y en la cara os la poned,
que yo defenderme puedo;
y no es mala aquesta red
para quien sabe el enredo.

ANGÉLICA.

Yo me sabré defender:
Tomé, amigo, andad con Dios.

DON LUIS.

¿No se la quiere poner?
Pues, señor, ponéosla vos.

DON PEDRO.

Tomé, no la he menester.
Dejadnos; ya os podeis ir.

DON LUIS.

Con ella os podeis cubrir;
pero si á pícaros van,
poca mella en vos harán,
que pies teneis para huir.

DON PEDRO.

¡Oh qué pesado villano!

DON LUIS.

Al fin soy hombre de peso:
vos debeis de ser liviano,
que correis muy bien. (*Aparte.* El beso
vuelvo á cantar de la mano.) (*Canta.*)

DON PEDRO.

Dadme aquesa mano un poco,
pues sabeis mi ardiente amor;
que si con los labios toco
la nieve de su candor,
volveráme el gusto loco.

ANGÉLICA.

Pues por tan poca ocasion,
no es bien que el seso perdais,
que será gran compasion.

DON LUIS, *aparte.*

¿Otra vez os me pegais
á la colmena, abejon?

DON PEDRO.

Aquellas bárbaras quejas
ofenden ya mis orejas;
que, porque la mano os quiero
tomar, lo dice el grosero.

ANGÉLICA.

Allá lo há con sus abejas:
vuestro pensamiento es vano.

DON PEDRO.

Bella Angélica, acabad;
dadme ese bien soberano;
una mano me otorgad.

(*Toma don Pedro la mano á Angélica, y métese don Luis enmedio, y dale á don Pedro con la caperuza.*)

DON LUIS.

Picóme, por Dios, la mano;
mas yo me sabré vengar,
aunque vos sepais volar.
Por aqui el abejon cruza;
pero con la caperuza
le tengo de desviar.
No os llegareis mas ansí.
Yo le haré que aqui no aguarde.

DON PEDRO.

Villano, ¿en qué te ofendí?

DON LUIS.

Tras de un abejon cobarde
ando, no mas, por aqui.

DON PEDRO.

Grosero, záfio, indiscreto,
¿no mirais que aqui los dos
estamos? Tened respeto.

DON LUIS.

¿Qué hablais? ¿hélo yo con vos?
Solo en mi oficio me meto.

DON PEDRO.

¿Pues tengo yo de pagallo?

ANGÉLICA.

¿No os agrada su simpleza?

DON LUIS.

¿Qué importa, si yo le hallo
sobre vos, que en la cabeza
os sacuda por matallo?

DON PEDRO.

¿Hay bárbaro semejante?

ANGÉLICA.

Porque desde aqui adelante
no os piquen mas, Tomé hermano,
los zánganos en la mano,
poneos en ella este guante. (*Le da uno.*)

DON LUIS.

Besalla la suya quiero.

DON PEDRO.

Aparta, záfio, grosero:
lo que no merezco yo
¿has de alcanzar tú?

DON LUIS.

¿Pues no?

ANGÉLICA.

Dejad á mi colmenero.

DON LUIS.

¡O venturoso Tomé!

DON PEDRO.

Y yo ¡desdichado amante!
Aqueste anillo os daré
porque me deis ese guante.

DON LUIS.

¿Anillo yo? ¿para qué?

DON PEDRO.

Porque es mayor galardon.

DON LUIS.

Es un asno, con perdon,
aunque no me maravillo...
¿Defenderáme su anillo
si me pica el abejon?
Luego traelle es en vano.
Con el guante alegre quedo.
¿No ve, señor cortesano,
que el anillo adorna un dedo
y el guante toda la mano?

DON PEDRO.

¿Que no me le quieres dar?

DON LUIS.

Daréle al diablo primero:
aqui le quieró guardar.

DON PEDRO.

¡Venturoso colmenero!

ANGÉLICA.

Mi padre hoy al colmenar
ha de venir, y á los dos
no quiero nos halle aqui.
Gustara de hablar con vos,
mas temo... Tomé, vení,
que os he menester. Adios.

(*Vanse Angélica y don Luis.*)

ESCENA VI.

DON PEDRO.

No en balde, niño amor, te pintan ciego,
pues tus efectos son de ciego vano:
un guante diste á un bárbaro villano,
y á mí me dejas abrasado en fuego.
A tener ojos, conocieras luego
que soy digno de un bien tan soberano,
dejándome besar aquella mano,
que un labrador ganó. ¡Costoso juego!
La falta de tu vista me lastima.
Amor, pues eres ciego, ponte antojos;
verás mi mal, mi desdichado clima.
Diérasme tú aquel guante por despojos,
que el labrador le tiene en poca estima;
guardárale en las niñas de mis ojos.

ESCENA VII.

DOÑA INES.—DON PEDRO.

DOÑA INES.

¡Oh mi señor!

DON PEDRO.

¡Oh Guzman!

DOÑA INES.

¡Solo!

DON PEDRO.

Púsose mi Apolo,
y quedé de noche y solo.

DOÑA INES.

Tus amores ¿cómo van?
¿Hablaste á Angélica?

DON PEDRO.

Sí.

DOÑA INES.

¿Y dió ferias á tu amor?
¿Has ganado algun favor?

DON PEDRO.

Gané, Guzman, y perdí:
ni es de acero ni es de cera,
y de suerte su amor toco,
que ni el favor me trae loco,
ni el desden me desespera.

ESCENA VIII.

FELICIANO, *al paño.*—DOÑA INES. DON PEDRO.

FELICIANO, *aparte.*

Bien puede ser que Guzman
sea hombre y no muger;
pero no lo he de creer,
si los ojos fé no dan.
Yo sabré si es doña Juana
que anda de page encubierta.

DOÑA INES.

Esta es, señor, cosa cierta:
adórate el aldeana.
A mí me dijo (asi goce
lo que me obliga á perder)
"dile que me venga á ver
aquesta noche á las doce;
que aguardándole á una reja
en centinela estaré,
y con su vista daré
satisfaccion á su queja."

DON PEDRO.

Dame esos pies.

DOÑA INES.

Quedo, quedo,
que no estás en tí, señor.
(*Aparte.* Basta, que en enredador
he dado. ¡Gentil enredo
pienso hacer aquesta noche!)

DON PEDRO.

Fénix soy en dicha solo.
Acaba, fogoso Apolo,
apresura mas tu coche.
¡Oh mas que dichoso amante!
Los cielos favor me dan.
Ven y darásme, Guzman,
casco, coleto y montante.
(*Vanse don Pedro y doña Ines.*)

ESCENA IX.

FELICIANO.

Basta, que ya muestra amor
á este don Pedro mi prima.
Este concierto me anima
á que pruebe su valor.
No es muger Guzman; ya quiero
creelle; que si lo fuera,
y á don Pedro amor tuviera,
no fuera ansí su tercero.
Esta noche he de salir,
y la calle he de guardar;
que quiero esperimentar
si sabe don Pedro huir. (*Vase.*)

Calle de la aldea.—Noche.

ESCENA X.

DON LUIS. CARRASCO.

DON LUIS.

Esta noche me prevén
el vestido que has guardado,

que ya mi amor bien pagado,
corre próspero.

CARRASCO.

Está bien.
Y yo, vuelto á ser lacayo,
¿he de acompañarte?

DON LUIS.

Sí.

CARRASCO.

Para asegurarte á tí
yo basto, que soy un rayo.
Aunque andar rondando rejas
por estos pueblos es yerro,
pues suele salir un perro
aguzadas las orejas,
y á traicion un hombre espera,
que sin saber dónde está,
antes que diga: ¿quién va?
le lleva una pierna entera.
Pero, porque no me ofenda,
botas de vaca prevengo:
muerda de ellas, que no tengo
otras piernas en la tienda.
Como un San Jorge me pinto;
porque se ha de armar Carrasco
de un embudo en vez de casco,
con un pellejo de tinto:
con cuyas armas iré
mas valiente que va un rufo,
pues con arrojar un tufo
muerte de puño daré.

DON LUIS.

Plega á Dios no huyas despues.

CARRASCO.

¿Huir? ¿Cómo he de poder,
si acabando de beber
traigo grillos en los pies?

DON LUIS.

Ven, loco, que es noche ya,
y verás, aunque es oscura,
salir del sol la luz pura,
que luz á mis ojos da.

CARRASCO.

¡Ay Dios! ¡y que ventolera
traes debajo del sombrero!

DON LUIS.

Calla, cuero,

CARRASCO.

Si soy cuero,
sírvame el cuero de cuera. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

ANGÉLICA, *á una ventana.*

Movido de mis ruegos, Febo el paso
alargó de su carro rubicundo,
espantado de velle todo el mundo
madrugador tan presto de su ocaso.
Vino la noche y con el negro raso
de sus ropas, causó sueño profundo,
muerte que da á la vida ser segundo,
sino es á mí que velo y que me abraso.
Amor me manda que velando aguarde
á quien sin haber visto me enamora.
¡Estraña fuerza! ¡grave desatino!
Temor me hiela porque me acobarde;
mas llega tarde ya, que en mi alma mora,
por quien pienso seguir este camino.

ESCENA XII.

DON LUIS, *de galan.* CARRASCO, *de lacayo.*—ANGÉLICA.

DON LUIS.

Con una china encamina (*á Carrasco*)
la seña de mi favor.

CARRASCO.

Busca otra seña mejor,
que está muy lejos la China.

DON LUIS.

Dí, mentecato, animal,
¿no tienes el suelo lleno
de chinas?

CARRASCO.

¿Chinicas? ¡Bueno!
La China que Portugal
descubrió, pensé decias.
Esta china va, que es boba:
(*Toma una piedra muy grande.*)
mas pesa de media arroba.

DON LUIS.

Ciertas son las dichas mias.

ANGÉLICA.

¿Es don Luis?

CARRASCO.

¿Ves tu simpleza?
Si yo esta china tirara,
claro está que le quebrara
á tu dama la cabeza.

DON LUIS.

No soy sino vos, señora;
que si el alma es la que da
el ser, y la vuestra está
mi cuerpo animando agora,
pues la mia recibís,
á mí la vuestra pasó.
Angélica seré yo,
y vos sereis don Luïs.

CARRASCO.

(*Aparte á don Luis.*)
Conforme á aqueste despacho,
Angélica viene á ser
juntamente hombre y muger,
y tú, señor, marimacho.

ANGÉLICA.

¿Está en vuestra compañia
Tomé?

DON LUIS.

Conmigo se halla.

ANGÉLICA.

No me habla. ¿Cómo calla?

DON LUIS.

Es mudo en presencia mia.
Concierto entre los dos fue,
señora, ya que lo oís,
que hablando con vos don Luis,
mudo estuviese Tomé;
y agora, ya que yo acudo,
y con vos mi amor entablo,
es razon, pues que yo hablo,
que Tomé se quede mudo.

ANGÉLICA.

Debéisle mucha amistad;
no tiene Tomé segundo;
no hay otro Tomé en el mundo
que tenga tanta lealtad.

DON LUIS.

Si importa que me acredite,
y no es alabanza impropia
cuando se hace en cosa propia,
aunque poco se permite,
sabed que tengo valor,
como puede dar noticia
la nobleza que en Galicia
me dejó mi antecesor.
Aunque la alabanza ultraja,
porque al fin con ella medro,
creed que igualo á don Pedro,
si no le llevo ventaja.
Porque en fuerzas, la ocasion
prueba suficiente es
del temor con que los tres
huyeron de mi bordon.
En obligacion, es llano
que me la teneis á mí,
pues que libertad os dí,
cuando os la robó el tirano.
En amor, eslo forzoso,
pues los dos hemos mostrado
que el mio es casto y honrado,
y el suyo torpe y vicioso.
En nobleza, mi nobleza
es oro, aunque por ser pobre

la truecan muchos por cobre;
y ansí, si por la riqueza
que tiene don Pedro os cobra,
cualquier desdicha me asalta,
que sin vos todo me falta,
y con vos todo me sobra.
¿Qué he de hacer, pues, si Fulgencio
os quiere con él casar?

ANGÉLICA.

Antes agotarse el mar,
y el infierno con silencio,
y la mañana sin tarde,
y el sol dividirse en dos
verá don Pedro, que á vos
os deje por un cobarde.
Pues vuestro amor no resisto,
y os quise sin conoceros,
creedme, que he de quereros
ya que os conozco y he visto.
Sola seré de don Luis,
y en fé de que aquesto es llano,
dadme de esposo la mano.

DON LUIS.

Alma, ¿qué escuchais? ¿qué oís?
Carrasco, Carrasco amigo, (*bajo á él*)
ponte aqui debajo, ponte,
y servirásme de monte,
siendo de mi bien testigo,
para que desde tu altura
pueda seguro llegar
la mejor mano á besar
que dió mano á mi ventura.
Ea, sé conmigo franco,
ponte.

CARRASCO.

¿No fuera razon,
como llevan al sermon
la silla, trujera un banco
para subir, ó una cuba,
y fuera menos trabajo
que no ponerme debajo?

DON LUIS.

Ponte, ponte porque suba.
(*Sube sobre las espaldas de Carrasco.*)
Dadme esa mano divina,
en quien mi gloria imagino.

ANGÉLICA.

Tomad, bello peregrino,
que soy vuestra peregrina.

DON LUIS.

¡O mano, de quien asida
mi esperanza se regala!
¡mano hermosa que señala
hoy las horas de mi vida!
¡mano, que da á mi ventura
la ganancia en quien espero!

CARRASCO.

(*Aparte.* ¡O mano de algun mortero,
de papel, ó de grosura!)
Acortemos de lisonjas, (*bajo á don Luis*)
que aquesas son tretas viejas;
deja manos de entre rejas,
que son favores de monjas,
y mira que eres de plomo.

DON LUIS.

¡Dulce mano!

CARRASCO.

(*Aparte.* Volvió al tema.
¡Cuerpo de Dios con la flema!)
(*Bajo á su amo.*)
¡Ah don Luis! ¡que me deslomo!
¡que pesas como el acero!
Acaba, baja, señor.

DON LUIS.

(*Bajo á Carrasco.*)
¿No ves que es fuego el amor?
Luego yo seré ligero.
¡Mi bien! (*A Angélica.*) ¡que os he de dejar!

ANGÉLICA.

¡Mi bien! ¡que no os he de ver!

CARRASCO, *bajo.*

Amante de Lucifer,
¡que no te quieres bajar!

DON LUIS.

Sin vos mi muerte se alarga,
sin vos mi muerte publico.

CARRASCO, *bajo.*

Yo, señores, soy borrico,
y me he de echar con la carga.
(Deja caer á don Luis.)

DON LUIS.

(Bajo á Carrasco.)
Necio, fin de mi sosiego,
mentecato, impertinente...

ANGÉLICA.

Parece que suena gente.
Adios.

DON LUIS.

Adios.

ANGÉLICA.

Volved luego. *(Vanse.)*

ESCENA XIII.

FELICIANO, *de noche.*

Este amante, que á mi prima
suele rondar, he de ver
con qué valor y poder
contra mi espada se anima.

ESCENA XIV.

DOÑA INES, *vestida de muger, á una ventana.*—FELICIANO.

DOÑA INES.

(Aparte. Gente suena: don Pedro es.
Yo le engaño de esta forma;
que si el angel se transforma,
Angélica es doña Ines.)
Ce: ¿es don Pedro?

FELICIANO.

(*Aparte.* Esta es mi prima.
Yo quiero llegar á hablalla,
y he de fingir por burlalla
que soy don Pedro.) Ya estima (*llega*)
mi mal aqueste favor,
bello dueño de mis ojos,
paz dulce de mis enojos,
regalo de mi dolor.
Viéndoos piensa mi alegria
que el sol paró aqui su coche,
pues dice el cielo que es noche,
y esa reja que es de dia.
Ya nuestro oriente español
gozará por favor nuevo
de dia la luz de Febo,
de noche á vos que sois sol.

DOÑA INES.

Muy lisonjero venís.

FELICIANO.

Digo lo que en vos conozco.

DOÑA INES.

(*Aparte.* Aquesta voz desconozco.)
Si quereis como fingís,
Angélica que os estima,
con razon su amor entabla.

FELICIANO.

(*Aparte.* No es esta la voz ni habla
de Angélica; no es mi prima:
maraña hay aqui por Dios.
Quiero ver en lo que para.)
Será mi ventura clara,
favoreciéndome vos;
y ansí pues mi ardiente queja
á tal favor os obliga,
dejad que mi pena os diga,
asido á esa dura reja,
y estimaré esa merced
por ventura soberana.

DOÑA INES.

No es muy alta la ventana.
¿Podreis subir?

FELICIANO.

Si hay pared,
¿por qué no? Dadme esa mano, (*trepa*)
si la merezco besar.

DOÑA INES.

Ya nada os puedo negar.

FELICIANO, *aparte.*

¡Oh dichoso Feliciano!

DOÑA INES.

Es tanta la oscuridad,
que no os puedo ver ansí.

FELICIANO, *aparte.*

Este ¿no es el page? Sí.
Ya me anima esta verdad.
Sí, que en tales aventuras,
el amante que bien ama,
como el alma todo es llama,
suele ver el alma á oscuras.

DOÑA INES.

¿No me hablais? ¿quién dificulta
tanto favor?

FELICIANO.

En consejo
entró el alma, cuyo espejo
sois vos.

DOÑA INES.

Y de él ¿qué resulta?

FELICIANO.

Que os pida el alma una mano
de esposa. ¿Qué respondeis?

DOÑA INES.

Que estimo que me la deis.

FELICIANO.

Mil glorias con eso gano.

DOÑA INES.

Veis aqui la mia en muestra
de que el corazon os doy.

FELICIANO.

Seré vuestro desde hoy.

DOÑA INES.

Yo desde hoy esposa vuestra.

FELICIANO.

Ya mi amor está premiado.

DOÑA INES.

Yo soy sola la que gana.

FELICIANO, *aparte.*

Yo he burlado á doña Juana.

DOÑA INES, *aparte.*

Don Pedro queda burlado.

FELICIANO.

Gente suena.

DOÑA INES.

Pues forzosa
será, señor, mi partida.
Adios, dueño de mi vida.

FELICIANO.

Adios, bellísima esposa. *(Vase doña Ines.)*

ESCENA XV.

DON PEDRO, *en trage de noche.*—FELICIANO.

DON PEDRO.

Basta, que se me ha perdido
Guzmanillo, y no sé adonde
aquesta noche se esconde,
pues que me dejó y se ha ido
de aquesta suerte.

ESCENA XVI.

DON LUIS. CARRASCO.—DON PEDRO. FELICIANO.

DON LUIS.

Detente,
(Bajo don Luis y Carrasco en toda la escena.)
que hay rondantes en la calle.

CARRASCO.

¿Hay mas que llegar y dalle?

DON LUIS.

Calla, arrímate aqui enfrente.

CARRASCO.

¿Quién diablos tiene aqui amores?
¿Si es don Pedro?

DON LUIS.

Dices bien.

CARRASCO.

Mas no será, que tambien
hay amantes labradores.

DON LUIS.

Calla, y mira si se van.

CARRASCO.

De aquesta pared soy yedra.

DON PEDRO.

Quiero tirar una piedra.

CARRASCO.

Por Dios, que hay otro galan.

DON PEDRO.

Aun la mano no se vé.
¿No hay una piedra en la calle?

CARRASCO.

Si acá llega ¿no he de dalle?

DON PEDRO.

¡Vive Dios, que me enlodé!

(Llega á limpiarse en la pared, y toca en la cara á Carrasco.)

CARRASCO.

¡Puf! ¡Cuerpo de Jesucristo
con el sucio!

DON LUIS.

Calla, diablo.

CARRASCO.

A ser mis barbas establo,
pasara.

DON LUIS.

Calla. ¿Qué has visto?
¿qué tienes, necio? ¿qué escarbas?

CARRASCO.

Uno escarba y otro hurga,
pues sin ser dia de purga,
se purga sobre mis barbas.

DON LUIS.

Calla.

DON PEDRO.

No sé en qué limpié
la mano, que estaba blando.
Gente parece que hablando
está en la calle : ¿ qué haré ?

FELICIANO.

(*Aparte.* Ahora bien, yo determino
ver si don Pedro es valiente.)
Ah, caballero, ¿qué gente ? (*Alto.*)

DON PEDRO.

Gente de paz. ¿Hay camino?

FELICIANO.

Si dice primero el nombre ,
podrá ser.

DON PEDRO.

¿Importa acaso?

FELICIANO.

Sí , porque guardo este paso.

DON PEDRO.

Pues yo soy...

FELICIANO.

¿ Quién es ?

DON PEDRO.

Un hombre.

FELICIANO.

Quizá no sois sino bestia.

DON PEDRO.

Dígalo agora mi espada.
(*Meten mano, y éntranse acuchillando.*)

DON LUIS.

Esa es pendencia escusada.

CARRASCO.

No haya riña ni molestia :
no han querido.

DON LUIS.

Pues ¿qué haces?
sígueme, Carrasco: ven ,
que yo los sigo tambien.

CARRASCO.

Yo basto para estas paces. (*Vanse.*)

El Colmenar.

ESCENA XVII.

FULGENCIO. ANGÉLICA.

FULGENCIO.
Mañana has de casarte: no repliques.
ANGÉLICA.
Aun es temprano agora; deja, padre,
prevenirme de galas y vestidos.
ANGÉLICA.
Los desposorios han de ser secretos:
ya las tienes para ellos suficientes,
y tu esposo traerá para las bodas
vestidos ricos, y costosas joyas.
A prevenirle voy; haz lo que mando. (*Vase.*)
ANGÉLICA.
Primero prevendré mi triste muerte;
pues antes que don Pedro, se previno
para mi esposo el bello peregrino.

ESCENA XVIII.

DON LUIS, *de labrador y* DOÑA INES, *de page*, *sin reparar en Angélica.*— DICHA.

DOÑA INES.
Tomé, en vano os encubrís.
Ya sé yo que caballero
sois, aunque por colmenero
aquese trage os vestís.
ANGÉLICA, *aparte.*
Tomé y doña Juana estan
hablando: quiero apartarme,

y de lo que es informarme.

DON LUIS.

Engañado estais, Guzman.

DOÑA INES.

¡Don Luïs!

ANGÉLICA, *aparte.*

El colmenero
es don Luis, segun el page
dice; y su trato y lenguage
es propio de caballero.
Ya cesaron mis enojos.

DOÑA INES.

¿No me conoceis? Ea, pues.

DON LUIS.

(*Aparte.* ¡Es mi hermana doña Ines!)
¡Luz clara de aquestos ojos! (*A doña Ines.*)

ANGÉLICA, *aparte.*

¡Luz de sus ojos! ¡Ay cielos!
¡Luz para él, y no soy yo!
Ya vuestra rabia llegó
al alma, bastardos celos.

DON LUIS.

Dame esos brazos, que aqui...

DOÑA INES.

Por tí hice este vïage,
disfrazándome de page.

ANGÉLICA, *aparte.*

¿Qué oigo, cielos? ¡Ay de mí!
¡Los brazos á otra muger!
¡Y *de sus ojos*, traidor,
á otra muger! ¡Ay amor!
¡Ay de mí! ¿Qué hemos de hacer,
alma, en desdicha tan llana?
Ya dió mi vida al través.
Engañóme doña Ines,
con nombre de doña Juana.

DOÑA INES.

Los dos hemos de casarnos.

ANGÉLICA, *aparte.*

¡No, mientras viviere yo;
que la venganza me dió
manos!

DON LUIS.

Ya no hay apartarnos.

DOÑA INES.

Ya el cielo me dió marido.

ANGÉLICA, *aparte.*

Traidora, aun no te le dió,
que sabré matarle yo.

DON LUIS.

Estraño enredo va urdido.

ANGÉLICA, *aparte.*

¡Y cómo si ha sido estraño!
pues con estraño rigor
has estragado tu amor;
mas todo saldrá en tu daño.

DON LUIS.

Dispon, doña Ines, y ordena;
que darte contento es justo.

DOÑA INES.

Voy, pues, á tratar tu gusto. (*Vase.*)

ANGÉLICA, *aparte.*

Irás á tratar mi pena.

ESCENA XIX.

ANGÉLICA.—DON LUIS.

ANGÉLICA.

Falso, mudable, tirano,
humo, sombra, arena, espuma,
que vienes á ser en suma
flor marchita y viento vano;
quimera de solo el nombre,
sol en agua, nieve en fuego,
y en fin palabras de griego,
que todo aquesto es el hombre,
goza ya á tu doña Ines,
pues por tí encubierta vino;
que á don Pedro determino
querer, pues mas justo es:
que para tí muger basta,

que de serlo no haga cuenta,
y con disfrazar su afrenta
pretendió afrentar tu casta.
Vuelve á tu primero trage,
y no me engañes jamas,
que en tu doña Ines tendrás
muger juntamente y page.
Y á aquesta casa no acudas,
villano y falso Tomé,
que al fin mudaste la fé,
como los vestidos mudas.
Doña Ines, traidor, te aguarda;
ya no hagas caso de mí,
que á don Pedro el alma dí.

DON LUIS.

Oye, espera, escucha, aguarda.—
¿Qué engaño es este fortuna?—
Mi gusto, mi ser, mi gloria,
mi regalo, mi memoria,
mi cielo, mi sol, mi luna...

ANGÉLICA.

Tu mal, tu guerra y nublado,
tu disgusto y tu tormento,
tu pena y tu descontento,
tu luna y sol eclipsado.
Hoy á don Pedro has de ver
mi dueño: aquesto es forzoso,
porque no ha de ser mi esposo
quien quiso tan vil muger. (*Vase.*)

ESCENA XX.

DON LUIS.

Oye. Partióse. ¡Ay de mí!
Voy, que irá á determinarse,
y la muger por vengarse
suele hacerse mal á sí. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

FULGENCIO. FELICIANO.

FULGENCIO.

No sé qué bodas he oido
de su padre, y ansí quiero
que se despose primero.

FELICIANO.

Muy bien lo habeis advertido.

ESCENA XXII.

DON PEDRO. ANGÉLICA. DON LUIS, *tras ella.*—DICHOS.

ANGÉLICA.

Si he resistido hasta ahora
vuestro gusto, ya el mio es
de serviros.

DON PEDRO.

Esos pies
me dad á besar, señora.

FULGENCIO.

Siempre con esa esperanza
de tu obediencia viví.

ANGÉLICA, *aparte.*

¿Qué he de hacer, triste de mí?
¡Oh lo que puedes, venganza!

DON LUIS.

¡Tal ven mis confusos ojos! (*Delirante.*)
¡tal mis oidos oyeron!
¡Cielos! ¿cuyo estraño clima
mis desdichas influyeron?
Si al cielo mi amor subistes,
¿por qué le abatís tan presto?
Sol, que de este sol hermoso
me entregaste el carro bello,

¿por qué como á Faeton
me has precipitado al suelo?
Luna, con cuyas mudanzas
muda mis glorias el tiempo,
si creciste en mis favores,
¿cómo menguaste tan presto?
Estrellas, que todas juntas
fuistes en mi nacimiento,
en principios venturosas,
y en fines de mal inmenso,
si me habíades de dar
fin tan mísero y funesto,
¿para qué fuistes propicias
en mis principios honestos?
Mar, que vivís en mis ojos,
aire en suspiros envuelto,
que formais nubes de llanto,
que forman rayos ardiendo;
animales, que á las cuevas
os vais huyendo de miedo;
aves, que ya no volais,
porque os abrasan mis celos;
peces mudos, y dichosos
mucho mas que yo, por serlo,
pues que palabras sencillas
en este estado me han puesto;
montes altos, eminentes,
yo habitaré en vuestros cerros,
por no vivir con los hombres
donde vive quien me ha muerto.
Cielos, sol, estrellas, luna,
agua, tierra, fuego y viento,
animales, peces, aves,
montes altos, valles, cerros,
celos me han vuelto loco, porque celos
acabarán mi vida con el seso.
Hoy verá Toledo un loco,
que escogiendo aqui su entierro,
como Sanson desdeñado,
gusta de matar muriendo.
(*Quita la espada á don Pedro, y va tras todos.*)

DON PEDRO.

El colmenero está loco:
la furia incita su pecho;
que quien con todos se toma
no puede llamarse cuerdo.

FELICIANO.

Huye, pues, que despedaza
hasta los árboles recios.

FULGENCIO.

Hija, guárdate del loco.

DON PEDRO.

Huid del loco, Fulgencio. (*Huyen todos.*)

ESCENA XXIII.

DON LUIS.

Yo soy Orlando el furioso.
¡Que en aqueste sitio mesmo
le dió Angélica fé y mano
á Medoro! El seso pierdo.
Loco estoy. Pero ¿qué mucho,
si me enloquece el veneno
de un falso y fingido amor,
que pierda prudencia y seso?
¿Estoy vivo? pero no,
que á manos de un desden muero.
Pues si he muerto ¿cómo hablo?
Si no vivo ¿cómo siento?
Mas no soy yo; que yo fuí
un hombre alegre y contento.
¿Luego soy mi propia sombra?
Sombra no, que tengo cuerpo.
Quizá sueño mis desdichas.
Mas yo ¿soy liebre que duermo,
en medio de mis cuidados,
con los dos ojos abiertos?
Colmenas, ¿no sois vosotras
testigos, aunque groseros,
que Angélica juró aqui

menospreciar á don Pedro?
Dejad, abejas, la miel,
labrad por ella veneno;
que amor para que me amargue,
acibar su miel ha vuelto.
Pero si vive en vosotras
el zángano que me ha muerto,
¿cómo mi impaciencia sufre
que no os abrase mi fuego?
Soy loco, muero, estoy vivo,
sombra soy y alma sin cuerpo,
duermo, velo, paro, corro,
ciego estoy, topo parezco;
y siendo asi, plantas, flores,
jazmines, prados, almendros,
abejas, colmenas, corchos,
cera, acibar, miel, veneno,
sentid de mis locuras el esceso,
pues falta Astolfo que me traiga el seso.
(*Derriba y rompe las colmenas.*)

ESCENA XXIV.

CARRASCO.—DON LUIS.

CARRASCO.

Mirad si lo dije yo.
Loco don Luïs se ha vuelto.
¡Ay de mí! su pobre juicio
tomó las de villadiego.
¿Qué es lo que tienes, señor?

DON LUIS.

¡O mi angel! ¡o mi cielo!
Gocen mis ojos tus ojos,
mi brazo enlace tu cuello,
bella Angélica del alma.

CARRASCO.

¡Bueno está, por Dios, el cuento!
¡Yo Angélica, con mas barbas
que un albañil ó arrïero!

DON LUIS.

¿No eres Angélica?

CARRASCO.

No.

DON LUIS.

¿Pues quién?

CARRASCO.

Soy el bodeguero.
Carrasco, lacayo tuyo.

DON LUIS.

Ah, sí: conocerte quiero.
Oye, escucha: ven aqui,
que quiero rasgarte el pecho,
porque á mi Angélica dicen
que tienes guardada dentro,
pues que huyendo de mi furia
con Medoro, ó con don Pedro,
como á Jonás la ballena,
te la tragaste.

CARRASCO.

¡Oh qué bueno!

DON LUIS.

Desabróchate.

CARRASCO.

¡Qué dices!

DON LUIS.

Desabrocha, acaba, perro.

CARRASCO.

¡Ay Dios, que á coces me mata!
Ya me desabrocho: quedo.
Vesme aqui desabrochado.

DON LUIS.

¡Oh cándido y blanco pecho
de aquella Angélica ingrata!
Tengo de darte mil besos.

CARRASCO.

¡Ay que me muerde, señores!

DON LUIS.

Poco mal te haré si muerdo.
Si es de hierro el pecho tuyo,
¿qué importa que muerda en hierro?

CARRASCO.

¡Cuerpo de Cristo contigo!
¿Soy yo de turron ó queso,
para comerme á bocados?

DON LUIS.

Aqui mi Angélica siento.

CARRASCO.

¿Dónde?

DON LUIS.

Dentro en tus entrañas.

CARRASCO.

¿Dentro en mis entrañas?

DON LUIS.

Dentro.

CARRASCO.

Preñado debo de estar.

DON LUIS.

Preñado estás, yo lo veo.

CARRASCO.

Pues ve á llamar la comadre.

DON LUIS.

No, no, que rebientes quiero,
porque es vívora que nace
Angélica, el pecho abriendo.
Con esta daga he de abrirte,
para que paras el cuerpo:
ponte á punto.

CARRASCO.

Ya me pongo:
pero aguarda que ya vuelvo. (*Vase.*)

DON LUIS.

¡Huyes, villano! Ya te voy siguiendo,
que con las alas de mis celos vuelo. (*Vase.*)

Sala en casa de Fulgencio.

ESCENA XXV.

ANGÉLICA. FULGENCIO. DON PEDRO. DOÑA INES, *de dama.* FELICIANO.

DOÑA INES.
Don Pedro me dió la mano.
DON PEDRO.
¡Yo la mano!
DOÑA INES.
Aquesto es llano.
Yo soy Guzman; que el desvelo
de un hermano que perdí,
ansí me trujo, señor,
y á fuerza de un casto amor,
como page te serví,
hasta que ya he conocido
que es el fingido Tomé.
Por otra á hablarte llegué,
y ser tuya he conseguido;
que cuando anoche pensaste
que tu Angélica á las quejas
de tu amor abrió sus rejas,
conmigo te desposaste.
DON PEDRO.
¡Yo anoche te hablé ni vi!
¿Qué dices?
DOÑA INES.
No es bien que intestes
negarlo: ¿ya te arrepientes?
FELICIANO.
Todo eso me toca á mí,
que á mí me diste la mano,
si os merezco, de marido.

ESCENA XXVI.

UN ESCRIBANO.—DICHOS.

ESCRIBANO.
(*Da unas cartas á don Pedro.*)
Yo este casamiento impido,
como público escribano.
Vuestro padre don Fernando
por vos en la corte dió
la mano á otra dama, y yo
soy testigo.

ANGÉLICA, *aparte.*
Albricias mando
al corazon.

DON PEDRO.
¡Qué decís!

ESCRIBANO.
Que luego á Madrid partais,
donde ya casado estais.

ANGÉLICA, *aparte.*
Mi esposo será don Luis.

ESCENA XXVII.

DON LUIS, *conducido por Carrasco y otro.*—DICHOS.

CARRASCO.
Nuestros recelosos fuegos
en esto habian de parar:
desde hoy os han de llamar,
señora, *mata-gallegos.*
Mirad el daño que fragua
un cuarto de hora de enojos.

ANGÉLICA.
¡Ay don Luïs de mis ojos!
fuentes los vuelve amor de agua.

DON LUIS.

¡Ay Dios!

CARRASCO.

¿Cesó la molestia
del disparate en que diste?
Para su desmayo fuiste (*á Angélica*)
la uña de la gran bestia.

ANGÉLICA.

Esposo, dueño y señor....

DÓN LUIS.

¿Por qué ese nombre me das,
crüel, si casada estás?
Ya es premiado vuestro amor.

DON PEDRO.

Esta nueva me ha forzado, (*á Fulgencio*)
y pido me perdoneis,
y que á Angélica caseis,
porque me tiene casado
ya mi padre.

ESCRIBANO.

Es cosa llana.

ANGÉLICA.

Pues sabed que el colmenero (*á Fulgencio*)
es, señor, un caballero
que de la furia villana
de don Pedro me libró.

FELICIANO.

El señor fue el peregrino,
que sabeis salió al camino,
de que soy testigo yo.
Yo os suplico le caseis
con mi prima, pues es justo
que su valor os dé gusto.

DON LUIS.

Los pies pido que me deis.

FULGENCIO.

No, sino abrazos de padre.

ANGÉLICA.

Y yo la mano de esposa.

DON LUIS.

Dichoso soy.

ANGÉLICA.

Yo dichosa.

CARRASCO.

¿Acabóse el mal de madre?
¡Bueno has andado conmigo,
deshaciéndome á bocados!

DON PEDRO.

Cesen enojos pasados: (*á don Luis*)
dadme los brazos de amigo.

DON LUIS.

La ganancia y interes
es mia: yo soy quien gano.

FELICIANO.

Y yo, porque doy la mano
de marido á doña Ines.
Mi engaño aqui se deshaga,
dándome perdon, señora.

DOÑA INES.

Mi dueño sois desde agora.

FELICIANO.

Si don Luïs mi amor paga,
venturoso soy.

DON LUIS.

Mi hermana
escogió noble marido.

CARRASCO.

Yo, por lo que te he servido,
quiero ser desde mañana
bodeguero de por vida,
no bodeguero al quitar.

FULGENCIO.

Ese oficio os quiero dar.

CARRASCO.

Pues no tiene el rey tal vida.

FELICIANO.

Vos quedais bien empleado.

CARRASCO.

Si es ansí, fenezca agora
la discreta labradora,
mas no el servir tal senado.

EXAMEN

DE

LA VILLANA DE LA SAGRA.

A esta composicion, vista siempre con general aplauso en la escena española, llamó el Padre Tellez *comedia sin fama*, burlándose sin duda de los impresores de su tiempo, que aplicaban indistintamente á toda pieza del género escénico, á renglon seguido de su título, los pomposos dictados de *famosa ó grande*. *Marta la Piadosa* es otra de las producciones de Tellez distinguidas por él con esta calificacion irónica: bien sabia el ingenioso mercenario que eran obras, ambas á dos, de aquellas que mayor celebridad habian de dar á su nombre. Sujetóse otras veces á la ley de la costumbre; pero como ya manifestó que le repugnaba, no hemos querido nosotros al reimprimir sus comedias ponerles esa recomendacion de librero: ni nos ha parecido necesario tampoco añadir al título de cada pieza, con arreglo á la moderna práctica, la muletilla de *en tres actos y en verso*; porque sabido es que desde Lope á Cañizares se consideraban tan precisas en una comedia esas circunstancias, que los dos insignes escritores, de los cuales uno creó y otro perfeccionó nuestro teatro, tuvieron escrúpulo de apellidar *comedias* á dos composiciones en que se apartaron de la regla general. *Accion en prosa* llamó Lope á su *Dorotea*, y *representacion de dos jornadas* Calderon á *El Jardin de Falerina*.

Hemos elegido la Villana de la Sagra, para dar principio á nuestra coleccion, porque reuniendo las bellezas é imperfecciones de todo género que se observan esparcidas con desigual proporcion en los otros dramas de Tellez, ella sola ya le da á conocer por entero. Sobran en el primer acto las escenas que pasan en Galicia; no es facil que don Luis desconozca á su hermana porque se haya disfrazado en trage varonil; y se enamoran harto repentinamente asi Angélica como doña Ines, como Feliciano. Que en el acto tercero equivoque la misma doña Ines á don Pedro con el primo de la Villana, puede perdonarse,

aunque no sea muy verosimil: que se ensucie don Pedro la mano al buscar una piedra en el suelo, y se limpie el barro en las barbas del gracioso, cosa es que puede muy bien suceder á oscuras; pero que no debe presentarse ya en el teatro. Sabia Tellez que el público de su época, el vulgo á lo menos, reiria mucho con este lance, y para el vulgo lo escribió asi: si viviese ahora, no introduciria en sus comedias pasages de esta especie. No es muy artificioso un desenlace que se ejecuta por medio de un escribano que viene á poner impedimento á las bodas del galan que estorba; ni se comprende entonces qué falta hacia que doña Ines se prendase de don Pedro, para venir á casarse con Feliciano; como no se suponga que Tellez quiso en esto dar dos lecciones de buena moral á la juventud, manifestando que quien intenta como don Pedro atropellar la virtud de una doncella honrada, merece que le casen contra su gusto; y que la muger que se mofa del hombre que la quiere, de aquel á quien ama ella misma, de un hermano, y de los respetos de su sexo, tiene al fin que contentarse con cualquier esposo.

Para balancear estos defectos, que no son peculiares de esta composicion, sino comunes á muchas de Tellez, y que no son todos de Tellez sino del siglo en que vivió, ¿qué hay en la Villana de la Sagra? Lo que el lector ó el espectador admiran desde el principio de la comedia: sumo ingenio. Sin hablar de las dos escenas del acto segundo en que don Luis vestido de labrador habla en lenguage villanesco con Angélica, sin encarecer el bellísimo pasage del colmenar (lleno al principio de poesía dulce como el tesoro que encierran los toscos vasos, y punzante despues como el aguijon de los voladores artífices que anidan en ellos), en el primer acto, aun en las propias escenas que estan, por decirlo asi, fuera del drama, se ven á cada paso conceptos de tanto mérito, que por ellos no solo perdona el crítico, sino que agradece al autor la licencia que se ha tomado. Empieza el drama con estos versos:

Pues juegan nuestros señores,
saca naipes y dinero.

¿Cabe una traduccion mas dramática, mas enérgica del trivial proverbio: *si el abad juega á los dados*?

Doña Ines despide á un amante con estas palabras:

Id con Dios, que no es ultrage

la pobreza cuando es noble,
antes resplandece al doble.

Que el caballero á quien iban encaminadas estas razones era orgulloso, ya lo habíamos conocido al oirle decir:

El dote de tu nobleza
me hace olvidar *tu pobreza*,
y *te recibo* sin bienes.

Habíamos conocido al galan importuno en la espresion:

De noche te asombro y canso,
que soy alma en pena á oscuras.

Habíamos acusado, en fin, de poca delicadeza al hombre que era capaz de sonrojar á una dama diciéndole entre otras cosas, que tal vez su hermano le habia prometido un esposo *de barato*; pero Tellez queria que supiésemos otra tacha mas de este personage. ¿Cómo nos la revela? Haciendo que á la honesta repulsa de doña Ines responda iracundo:

Noble y *limpio* es mi linage,
si la envidia no le mancha...
¡Y agradece que resisto
mi cólera..!

Antes que acabe el desatento galan una réplica tan fuera de propósito, ya está convencido el auditorio de que por mas que presuma don Diego, dificil le será una informacion de limpieza de sangre.

Este conocimiento del corazon humano, y este tino para desdoblar sus pliegues mas disimulados y sutiles, son el secreto de los grandes poetas, y la piedra de toque para apreciarlos. Esto y los brillantes rasgos de la imaginacion fecundísima de Tellez, y sobre todo sus chistes y donaires, á escepcion de aquellos que repugnan al buen gusto, es lo que debe estudiarse en el autor de la Villana de la Sagra. Un traductor de Molière admira el gran partido que supo sacar el cómico frances en una escena del *Avaro* de la sencilla espresion *¡sin dote!* ¡Cuánto mas ingenio, cuánta mas travesura luce el poeta español cuando emplea quince veces ó mas de seguido el verbo *picar*, y lejos de que la repeticion moleste, cada vez escita con mas fuerza la risa!

Digo que habeis acertado
en decir que estoy picado.
—Estais hecho un salpicon.

—Pues idos en hora buena,
que ya picais de curioso.
—Vos picais la miel agena,
y yo sé picar al oso
que se lleva la colmena,
y picara á vuestra costa.
—Ya me pico en que no os vais.
—No me espanto, que picais
de noche mas que una posta.

Pero no se deben aplaudir, y mucho menos imitar, ciertos descuidos que se notan, en medio de una versificacion hermosísima, en esta y otras comedias de Tellez, efecto de la prisa con que escribian entónces todos nuestros dramáticos. Véanse aqui dos palabras que se sirven á sí propias de consonante, la una á continuacion de la otra.

¿Y ha os picado mucho?—*Mucho.*
Caballero, andad con Dios,
no os detengais aqui *mucho*;
que habeis dado muestra clara
á quien os mira á la *cara*,
que tambien picado estais,
y si á picaros llegais,
temo que os salga á la *cara.*

Mas digna es aun de censura la falta de propiedad de algunos pensamientos, como aquel que el autor pone en boca de don Luis cuando está subido sobre los hombros de su criado.

¿No ves que es fuego el amor?
Luego yo seré ligero.

Esta pulla que dirigió Tellez á las escuelas de su tiempo, ni es propia de la situacion, ni del personage que la dice.

Toda persona de juicio hará igual reparo sobre algunas espresiones afectadas ó ridículas del mismo don Luis en las escenas XXIII y XXIV del acto tercero. El despecho de un amante, cuyo caracter no es risible, no se debe pintar de un modo grotesco que dé á la comedia visos de farsa.

MARTA LA PIADOSA.

COMEDIA.

PERSONAS.

DOÑA MARTA.
DOÑA LUCÍA.
DOÑA INES.
DON FELIPE.
PASTRANA.
DON GOMEZ, *viejo.*
EL CAPITAN URBINA.
EL ALFEREZ.
DON JUAN.
DON DIEGO.
LOPEZ, *criado.*

La escena es en Madrid y en Illescas.

ACTO PRIMERO.

Sala de casa de don Gomez, en Madrid.

ESCENA I.

DOÑA MARTA, *y despues* DOÑA LUCÍA, *ambas de luto galan.*

DOÑA MARTA.

El tardo buey atado á la coyunda
la noche espera, y la cerviz levanta,
y el que tiene el cuchillo á la garganta
en alguna esperanza el vivir funda.
Espera la bonanza, aunque se hunda,
la nave á quien el mar bate y quebranta:
solo el infierno causa pena tanta
porque de él la esperanza no redunda.
Es comun este bien á los mortales,

pues quien mas ha alcanzado, mas espera,
y á veces el que espera, al fin alcanza.
Mas á mí la esperanza de mis males
de tal modo me aflige y desespera,
que no puedo esperar ni aun esperanza.
(*Sale doña Lucía.*)
DOÑA LUCÍA, *para sí.*
Que no puedo esperar ni aun esperanza
me dice la fortuna, aunque inconstante.
Lloro un hermano muerto, y un amante
de su vida homicida y mi confianza.
Esperar vida á un muerto ¿quién lo alcanza?
Esperar que en la ausencia sea constante
amor, es esperanza de ignorante;
que es huesped de la ausencia la mudanza.
Al homicida de mi hermano adoro.
¡Ved si se iguala á mi tormento alguno,
pues amo, aborreciendo juntamente!
Dos muertos, aunque el uno vive, lloro;
que si la ausencia es muerte, todo es uno
un muerto hermano y un amante ausente.
DOÑA MARTA.
¿Quién da materia á tus quejas,
que tantas formas, sin ver
que sabe el temor poner
á las paredes orejas?
DOÑA LUCÍA.
¿Y por quién las tuyas son,
que de escuchar tus fatigas,
á llorar las mias me obligas,
hermana, á tu imitacion?
DOÑA MARTA.
¿Fáltame causa? ¿Es en vano
la pena que me ha afligido?
¿No he de llorar, si he perdido
todo el bien con un hermano?
DOÑA LUCÍA.
¿Pues salgo del cuarto grado
de ese parentesco yo?
¿O acaso no se murió
para mí, que te ha pesado
de que le llore mal muerto,

cuando bien le quise vivo?

DOÑA MARTA.

¡Qué diferente motivo
da llanto á tu desconcierto!
Todo, hermana, se me alcanza:
no dan tus ojos tributo
á muertos, ni son de luto
lágrimas con esperanza;
porque ellas mismas publican,
por mas que lo has encubierto,
que doblando por un muerto,
por otro vivo repican.
Ya sé por quién es el llanto.

DOÑA LUCÍA.

Todos, sospecha el ladron,
que son de su condicion:
éreslo tú; no me espanto
que imagines disparates
que há tanto pasan por tí.

DOÑA MARTA.

¿Tan boba te parecí,
por mas que encubrirte trates,
que jamás eché de ver
lo que á don Felipe quieres?
Siempre somos las mugeres
(si lo pretendes saber,)
mucho mas largas de vista
que los hombres: penetramos
las almas cuando miramos,
sin que el cuerpo lo resista.
A Eva crió despues
Dios que Adan, y aunque postrera,
fue en ver la fruta, primera,
de tan costoso interes.
No pienses, doña Lucía,
que has de poder esconder
tu amor, porque soy muger,
y veo mucho.

DOÑA LUCÍA.

Hermana mia,
¿tiénesme por hombre á mí,
ó miro con cataratas,

que por lince te retratas,
y á mí por topo? Si á tí
te parece que penetras
los corazones, tambien
creo yo que mis ojos ven
las mas escondidas letras.
No culpes, hermana, al muerto,
pues solamente es deudor
don Felipe, el matador,
de ese llanto.

DOÑA MARTA.

¡Bien por cierto!
¿Luego quise yo jamás
á don Felipe?

DOÑA LUCÍA.

¡Jesú!
¿Querer? ¡bonita eres tú!
Hasle aborrecido mas
que el tordo á las guindas. Eso
¿no es claro? ¿Eres tú muger
que á nadie habia de querer?
Tú no eres de carne y hueso.

DOÑA MARTA.

A lo menos fuera afrenta
que amara yo á quien de tí
es amado.

DOÑA LUCÍA.

¿Cómo ansí?

DOÑA MARTA.

Porque no es hombre de cuenta
en quien tú los ojos pones;
y cuando tenga valor,
solo por tenerle amor
tú, le pierde.

DOÑA LUCÍA.

Mil razones
te sobran.

DOÑA MARTA.

Y en conclusion,
ya sabes lo que perdiera
si eleccion mi amor hiciera
de quien tú haces eleccion;

porque dijeran de mí,
teniéndote (aun quien te precia
y sirve) por fria y necia,
que me parecia á tí.

DOÑA LUCÍA.

Soy yo la misma frialdad,
y eres tú el mismo calor.
Andan perdidos de amor
los hombres por tu beldad.
Eres un sol en el talle,
y hasle parecido en todo
de tal suerte, que del modo
que ninguno osa miralle,
porque ciega el resplandor
que visten sus rayos rojos,
nadie pone en tí los ojos,
porque los ciegas de amor.
Y así, aunque abrasa y admira
tu hermosura de mil modos,
como al sol se alaban todos;
pero ninguno te mira,
porque ninguno hasta ahora
hace de servirte caso.
Yo que ni quemo ni abraso,
ni soy sol, ni soy aurora,
de tu discrecion me rio,
pues con ser menos perfeta,
no tan hermosa y discreta,
por mas que hielo y enfrio,
tengo muchos pretendientes,
que á pesar de tu beldad,
estiman mas mi frialdad
que no tus rayos ardientes.

DOÑA MARTA.

Serán amantes felpados,
de estos rubios moscateles,
que para que no los hieles,
irán á verte aforrados;
porque como cada dia
truecan las cosas los cielos,
y ya se venden los hielos,
estimaránte por fria.

¡Mas que dices que tambien
don Felipe te adoraba,
y con tu nieve templaba
su fuego! ¿Quísote bien?

DOÑA LUCÍA.

Así le quisiera yo.

DOÑA MARTA.

¡Qué! ¿no le quieres?

DOÑA LUCÍA.

Ni es justo
gastar el tiempo y el gusto
con quien sabes que mató
á mi hermano; antes deseo
que la justicia castigue
su crueldad, porque mitigue
la pena que nunca creo
ha de tener fin en mí.

DOÑA MARTA.

¡Qué! ¿te holgaras, por tu vida,
de ver muerto al homicida?

DOÑA LUCÍA.

Digo mil veces que sí.

DOÑA MARTA.

Rigores son escesivos.

DOÑA LUCÍA.

Fuéronlo sus desconciertos.

DOÑA MARTA.

Que perdone Dios los muertos,
y dé salud á los vivos.

DOÑA LUCÍA.

No lo merece su esceso.

DOÑA MARTA, *fingiendo.*

Pues si su muerte te da
gusto, has de saber que está
don Felipe, hermana, preso.

DOÑA LUCÍA, *alborotada.*

¿Dónde?

DOÑA MARTA.

En Sevilla le sigue
su culpa.

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

¡Ay! ¡Fiero tormento!

DOÑA MARTA.

Y mi padre tan contento
de que su prision mitigue
su pena y larga tristeza,
que para que se anticipe
su venganza, á don Felipe
hará cortar la cabeza
antes de un mes.

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

¡Ay de mí!

DOÑA MARTA.

Mira si el cielo ha dispuesto
tu venganza.

DOÑA LUCÍA.

¡Que tan presto,
hermana, ha de morir!

DOÑA MARTA.

Sí.
¿Lloras?

DOÑA LUCÍA.

¿Soy de bronce yo?

DOÑA MARTA.

No; mas poco há que afirmabas
que su muerte deseabas
porque á tu hermano mató.

DOÑA LUCÍA.

Todo es, doña Marta, así;
pero no has dado en lo cierto.

DOÑA MARTA.

¿No deseas verle muerto?

DOÑA LUCÍA.

Sí, hermana: muerto.... por mí.
La verdad voy á saber
de mi padre, y á llorar. (*Vase.*)

DOÑA MARTA, *sola.*

¡Qué facil es de engañar,
cuando es boba una muger!
Quise fingir su prision
para saber su amor, cielos,
y al fin saqué á luz mis celos
envueltos en su aficion.

ESCENA II.

DON GOMEZ.—DOÑA MARTA.

DON GOMEZ.

(*Sale leyendo una carta, sin reparar en su hija.*)

(Lee.) *Entre las muchas causas que me obligaron á dejar las Indias y volver á España, fue la principal el deseo de veros y convertir nuestra antigua amistad en parentesco. Dios, mis hazañas y buena diligencia han querido que en diez años de asistencia haya ganado cien mil pesos y mas, que para que os sirvais con ellos ofrezco en arras á mi señora doña Marta, hija vuestra, si con perdon de mis canas, trueco el nombre de vuestro amigo por el de yerno. En Illescas estoy, que como sabeis, es mi tierra: fiestas y toros hay; si ellas os obligan y yo lo merezco, mi casa os aguarda, vacía de hijos (que nunca los he tenido), y llena de deseos que espero cumplireis. El cielo os guarde, &c.=El Capitan Urbina.*

Mil veces sea bien venido;
que esas nuevas solamente
poner límite han podido
al llanto y pena presente,
por el hijo que he perdido.
La misma edad que yo tiene
el capitan; mas pues viene
con mas de cien mil ducados,
años que estan tan dorados
reverenciarlos conviene.
Daréle Marta la mano,
que no es viejo el interes,
aunque el capitan es cano;
y menos enfermo es
el invierno que el verano.
Invierno viejo es mi yerno;
verano suele llamar
la juventud á amor tierno;

pero bien podrá pasar
con tanta ropa este invierno
mi hija; que de ella fio
que ha de hacer el gusto mio
y del que escribe esta carta,
que es viejo, y compra esta *marta*
para remediar su frio.

DOÑA MARTA.

Señor, ¿qué nuevo contento
ha puesto fin á tu llanto?

DON GOMEZ.

(*Aparte.* Encubrille el casamiento
quiero.) Aunque es mi dolor tanto,
iguala á su sentimiento,
y aun sobrepuja, el placer
que de estas nuevas consigo.
Un hijo vine á perder,
y hoy, hija, cobro un amigo,
á quien luego he de ir á ver;
que aunque el daño considero
que de mi amado heredero
hace la falta, colijo
que puede igualarse á un hijo
un amigo verdadero.
Viene el capitan Urbina,
conforme me escribe aqui,
tan galan, que de una mina
sacó el alma al Potosí,
y las telas á la China.
Con mas de cien mil ducados
pone en olvido cuidados.
En Illescas, Marta, está,
y que vaya á verle allá
me escribe: en tiempos pasados
fuimos los dos una vida
y un alma; con sus tesoros
y su casa me convida.
Dice que hay fiestas y toros
mañana allí; y aunque impida
la muerte de don Antonio
ver fiestas, en testimonio
de su amistad esta vez .

dispensará mi vejez
y su rico patrimonio
con vuestro luto y mi pena.
A buscar un coche voy;
que es fresca la tarde y buena,
y habemos de partir hoy.

DOÑA MARTA.

Señor, los pasos refrena,
y vuelve á tener memoria
de que quitaron la vida
á mi hermano, y es notoria
la culpa del homicida.

DON GOMEZ.

Con una requisitoria
en su seguimiento va
un alguacil que dará
lucida satisfaccion
á mi pena y su traicion.

DOÑA MARTA, *aparte.*

¡Cielo! En Illescas está,
que así me lo escribió ayer,
y si las fiestas aguarda
que mi padre intenta ver,
nuevo temor me acobarda
de que allí le han de prender.

ESCENA III.

DOÑA LUCÍA.—DOÑA MARTA. DON GOMEZ.

DOÑA LUCÍA.

Ya me han contado el suceso
que te ha alegrado, señor.

DON GOMEZ.

¡O Lucía! ¿Cómo es eso?

DOÑA LUCÍA.

Dícenme que el matador
tienes en Sevilla preso.

DON GOMEZ.

¡Válgame el cielo! pues ¿quién

de esa nueva autor ha sido?

DOÑA LUCÍA.

¿Eso preguntas? ¡Qué bien!

DON GOMEZ.

¿Habrá el alguacil venido?
Nobles albricias le den.
La requisitoria ha hecho
la diligencia debida
en Sevilla. Satisfecho
estoy: dará el homicida
justa venganza á mi pecho.
De todo á informarme voy,
y porque partamos hoy
á Illescas, voy á aprestar
un coche en que caminar. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA MARTA. DOÑA LUCÍA.

DOÑA LUCÍA.

Confusa y dudosa estoy.
¿Qué camino es este, hermana?
¿Qué alguacil es el que viene
y aquestas albricias gana?
Si mi padre preso tiene
á don Felipe, y es llana
su venganza ¿cómo se hace
de nuevas? Mi confusion
de tantas quimeras nace.

DOÑA MARTA.

Ha sabido la aficion
con que á tu amor satisface
don Felipe, hermana mia,
mi padre, y por escusar
tu pena y melancolía,
no se atreve á declarar
la causa de su alegria.
Quiere ir á verle dar muerte
á Sevilla; y porque advierte,

si sabes esto, la pena
que te ha de causar, ordena,
como ves, entretenerte
en Illescas, cuyas fiestas
y toros suspenderán
el llanto que manifiestas.

DOÑA LUCÍA.

Fiestas ¿cómo enjugarán,
Marta, lágrimas funestas?
Mas pues sé ya sus engaños,
yo le diré que no intente
con su muerte nuevos daños,
ó su venganza inclemente
verá malograr mis años.
Si la ira no reporta,
será mi vida tan corta
como largo su rigor.

DOÑA MARTA.

Por ahora lo mejor
será callar; que te importa
llegue á Illescas, donde está
un amigo que ha venido
de Indias y á velle va;
que por las dos persuadido,
el enojo aplacará
de mi padre, y de esta suerte
remediaremos su muerte.

DOÑA LUCÍA

Buen remedio es ese.

DOÑA MARTA.

Estraño.
(*Aparte.* ¡Qué bien á esta boba engaño!)

DOÑA LUCÍA.

Callar quiero, que ya advierte
mi sospecha, hermana mia,
que los celos que tenia
de tí, eran sin razon,
pues que con tanta aficion
me favoreces.

DOÑA MARTA.

Lucía,
los celos son el tributo

que dan intenciones malas,
ruin el arbol como el fruto.

DOÑA LUCÍA.

Vamos, y aprestemos galas,
las que permitiere el luto.
(*Aparte.* ¡Cielos! escusad su muerte. *Vase.*)

DOÑA MARTA, *sola.*

Como no esté en el lugar,
dichosa será mi suerte.
¡Quién dijera que pesar,
Felipe, me diera el verte! (*Vase.*)

Una calle de Illescas.

ESCENA V.

PASTRANA, *de camino.* DON FELIPE.

PASTRANA.

A pie, á caballo, á jumento,
á mula, á carro y á coche
he caminado esta noche,
solo por darte contento.

DON FELIPE.

¡Ay Pastrana! en mis desgracias
halla mi felicidad
cierta ayuda en tu amistad,
y pasatiempo en tus gracias.
Respetos de bien nacido.
te han obligado á seguirme,
y á alegrarme y divertirme
tu humor, siempre entretenido.
Si mis desdichas recelas,
sírvate en esta ocasion
el símbolo del halcon
con capirote y pigüelas;
que alivia mi desventura
el misterioso letrero

donde dice: "alegre espero
tras las tinieblas luz pura."
Así yo, si desterrado
una muerte me hace andar,
luz cual él puedo esperar
despues de tanto nublado.

PASTRANA.

Sí; mas ¿no fuera mejor,
ausentándonos mas lejos,
tomar los sabios consejos
que al prudente da el temor,
y no hacer que tu amor sea
cual la ciega mariposa
que la llama peligrosa
ronda, enamora y pasea,
hasta que á su luz sutil
muere, cuyo ejemplo igualas,
pues aguardas que las alas
nos corte algun alguacil?

DON FELIPE.

Considera tú un leon
atado, cuando recuerda
caminar cuanto la cuerda
le permite en la prision,
que no estendiéndose á mas,
vuelve á otra parte y no puede.
Lo mismo, pues, me sucede.
Mal persuadirme podrás
que de aqui, amigo, me parta,
aunque vida y honra pierda,
porque no me dan mas cuerda
memorias de doña Marta.

PASTRANA.

Segun eso, á buena cuenta
seremos en esta danza
don Quijote y Sancho Panza,
parando de venta en venta.
¿No ves que estar en Illescas
ahora no es buen discurso,
que es la fiesta y el concurso
de damos y damas frescas,
donde vendrá á darte enojo

algun mercader de vidas,
cuyas varas son medidas,
y en mirando dan mal de ojo?
Habia ocasion ahora
á pedir de tu deseo,
pues toda la corte veo
que se parte á la Mamora;
y con cualquier capitan
pudieras ir disfrazado;
que á un distraido soldado
no le conoce Galvan.

DON FELIPE.

¿Piensas que no me da pena
de no hallarme en ocasion
de gozar esa?

PASTRANA.

Es razon,
que para un mancebo es buena.

DON FELIPE.

¡Valor natural de España!
¡lealtad y obediencia grande!
pues sin que el rey se lo mande,
la ocasion los desengaña.
Y los que llenos de olores,
de galas, fiestas y gustos,
no tratan sino de injustos
celos, prendas y favores,
si la ocasion los convida,
salen tan bien enseñados,
como si fueran soldados
de Flandes toda su vida.

PASTRANA.

El señor don Luis Fajardo
viva mil años, que es gloria
de España, y quede memoria
de capitan tan gallardo.
Y salga Jarife ó Muza
con la morisca galgada
á probar lo que es su espada;
que él los dará en caperuza.

ESCENA VI.

LOPEZ.—DON FELIPE. PASTRANA.

LOPEZ, *al salir.*
Así queda bien, que á todo
sabe acudir Juan Florin.

PASTRANA.
Un hombre viene: el ruïn
teme pantanos sin lodo.—
No es sospechoso: yo llego.—
Señor hidalgo, ¿es soldado
de la Mamora?

LOPEZ.
Criado
á lo menos de don Diego
de Silva.

PASTRANA.
¿Y á qué ha venido
á Illescas? Deseo saber....

LOPEZ.
He venido aqui á traer
jaeces que le han pedido
dos hidalgos á mi dueño;
y aunque Juan Florin es hombre
que su cuidado y su nombre
florece, (que no es pequeño)
he venido yo en su carro
por no hacer falta á la fiesta,
que es mañana.

PASTRANA.
Y la respuesta
es de ese ingenio bizarro.
Pero ¿qué don Diego es ese,
que no le he visto jamas?

LOPEZ.
(*Aparte.* Aun no le importunan mas
á un reo á que se confiese.)
Digo que son dos hermanos

nobles, don Diego y don Juan,
el uno y otro galan,
y entrambos buenos cristianos.

DON FELIPE.

¿Son casados?

LOPEZ.

Pretendientes
de dos hermanas muy bellas,
que en sustancia son doncellas:
sabe Dios los accidentes.
Llámanse Marta y Lucía,
con su *don* en cada una.—
A Dios, que es cosa importuna
preguntar tanto en un dia.

PASTRANA.

Óigase.

LOPEZ.

Voy á buscar
posada, que han de venir
las damas, y á prevenir
mucho que hay que aderezar.

DON FELIPE.

¿Pues vienen ellas con ellos?

LOPEZ.

Ellas con su padre vienen,
y ellos tambien (que previenen
la ocasion por los cabellos)
vienen delante, y desean
verse juntos dos á dos.

PASTRANA.

A Dios.

LOPEZ.

A Dios. (*Vase.*)

DON FELIPE.

Plegue á Dios
que vengan y no las vean.

ESCENA VII.

DON FELIPE. PASTRANA.

PASTRANA.

¿Hay celambre?

DON FELIPE.

No: bien sé
que entrambas á dos me miran
con cuidado y que suspiran,
aunque á su hermano maté,
por mí: y quisiera, por Dios,
que algun galan conquistase
á la una, y me dejase
con la mayor de las dos.

PASTRANA.

Otros vienen.

DON FELIPE.

¿Y quién son?

PASTRANA.

Dos viejos, un mozo, y mas
damas, y gente detras.
Vámonos, que es confusion.

DON FELIPE.

Mal irme de aquí podré,
y mas viniendo mi dama.

PASTRANA.

Descansa, pues, en la cama
mientras viene.

DON FELIPE.

Así lo haré. (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

DON GOMEZ. DOÑA MARTA. DOÑA LUCÍA. EL CAPITAN URBINA. EL ALFEREZ.

DON GOMEZ.
¡Señor capitan Urbina!

URBINA.
¡Famoso don Gomez mio!
Ya mi contento imagina
que en mi pecho falta el brio
para esta gloria divina.
No cabe en mí tanto bien;
repartilde en vuestro pecho,
aunque el vuestro es mio tambien,
que ya quedo satisfecho
y rico de ver tal bien.
De Indias traigo ganados,
caro amigo, cien mil pesos
que allá llaman ensayados,
y para tales sucesos
vendrán muy bien empleados:
todos los rindo á los pies
vuestros y de vuestras prendas,
pues de ellas su dueño es.

DON GOMEZ.
Habla, hija, no suspendas
tu aficion para despues.

DOÑA MARTA.
Por la parte que me alcanza
de esa merced, mi señor,
os pido con la esperanza
que se debe á tal favor,
esas manos.

URBINA.
Alabanza
sois de España. Permitir
que vos me pidais las manos
no es bien, si os he de servir.

DOÑA MARTA, *aparte.*

Cumplimientos cortesanos,
¡qué bien que sabeis fingir!

DON GOMEZ.

Luego que supe de vos
que aqui estábades de asiento,
vine á veros con los dos
ángeles, con que contento
vivo, agradecido á Dios.
(*Al capitan aparte.*)
En Illescas donde estais,
por fin de las fiestas todas
con que al fin nos festejais,
celebrareis vuestras bodas
con la que mas deseais.
No he dicho nada á quien es
obediente á mi deseo:
basta avisalla despues.

ALFEREZ, *aparte.*

Con gusto las miro y veo.
Dichoso es el interes
del oro, pues de mi tio
estiman el casto amor
en mas que el juvenil mio.
¡Ay dinero encantador!
¡qué grande es tu señorio!

DOÑA MARTA.

(*Aparte á su hermana.*)
¡Ay Lucía! esténse alli,
y hable el viejo con el viejo;
que no sé que siento en mí.
Deme tu amor un consejo.

DOÑA LUCÍA.

(*Aparte á doña Marta.*)
Quisiérale para mí,
que adoro en tu ausente preso.

DOÑA MARTA, *aparte.*

¡Ojalá que ausente esté!

DOÑA LUCÍA, *como antes.*

Si le da muerte este esceso,
Marta, en mi ejecutaré
la sentencia del proceso.

URBINA.

No es razon que descanseis,
que venís al tiempo crudo
de las fiestas. Si quereis
verlas, vamos.

ALFEREZ, *aparte.*

¡Ay desnudo
amor! Vencido me habeis.
Si es esta doña Lucía,
á su luz soy mariposa.

URBINA, *á doña Marta.*

¿No venís, señora mia?

DOÑA MARTA.

Sí, porque toros son cosa
que dan gusto cada dia.

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

¡Ay mi idolatrado ausente!

DOÑA MARTA, *aparte.*

¡Que en mí el amar y el temer,
don Felipe, me atormente
tanto, que te desee ver
y no tenerte presente! (*Vanse.*)

Entrada á la plaza de Illescas, atajada y dispuesta
para una corrida de toros.

ESCENA IX.

DON FELIPE. PASTRANA.

PASTRANA.

Menos que en una ventana
ó en un tablado, no esperes
verme en el coso.

DON FELIPE.

Pastrana,
ese es sitio de mugeres,
ó de hombres de agua y lana:

aguardemos una suerte
aqui, y cobrarás por fuerte
nombre y blasones eternos.

PASTRANA.

No, hermano, que suerte en cuernos
tiene en la punta la muerte.

DON FELIPE.

Deja aquesa impertinencia,
que á no tener esperiencia
de tu humor y valentía,
dijera que es cobardía
esa.

PASTRANA.

Yo te doy licencia
que como quieras la nombres,
como no estemos aqui.

DON FELIPE.

Tú que te comes los hombres,
¿temes una bestia?

PASTRANA.

Sí,
por mas que de eso te asombres.
Reñir con dos ó con tres
hombres, muchas veces es
honra, y no temeridad,
porque con facilidad
por valiente ó por cortés
se libra, y mas cuando alcanza
la esperiencia de las tretas
con que nos dejó Carranza
líneas oblícuas y retas,
dando ciencia á la venganza.
Puede un hombre si acosado,
riñendo, de otro se ve,
decir: "yo he esperimentado
que vive en vuesa mercé
todo el valor abreviado.
Por serville y aplacalle,
ni rondaré aquesta calle,
ni hablaré á doña Mencía;
y si de la amistad mia
gusta, vendré á acompañalle

desde hoy." Y si es caballero,
oblígale el buen hablar;
si es capeador, el dinero,
si es valenton, el quedar
por mas valiente y mas fiero:
en fin, siempre hay esperanza,
por mas enojo y venganza
que al mas colérico obligue,
si es hombre que se mitigue
con dineros ó crianza.
Pero ¡un toro! Cuando deja
la capa que despedaza,
y á las espaldas aqueja
al dueño, dándole caza,
llega tú, y dile á la oreja:
"señor toro, la nobleza
ilustra la fortaleza;
corte la cólera un poco,
que es propio del necio y loco
el dar siempre de cabeza."
Y verás como repara,
si tu amistad le prometes
y luego vuelves la cara,
abriéndote dos ojetes
por detras de á media vara.

DON FELIPE.

Cobardía es muy discreta.

PASTRANA.

No admito yo, aunque me brindas
con tu inclinacion inquieta,
cólera que en vez de guindas,
se aplaca con guindaleta.

DON FELIPE, *mirando adentro.*

Escucha, que á aquel balcon
sale hermosa bizarría.

PASTRANA.

¡Fanfarrona ostentacion!

DON FELIPE.

¡Pastrana! Doña Lucía
y mi doña Marta son.
¡O sol con madejas de oro,
que la noche del silencio

rompes, y enjugas mi lloro,
desde aqui te reverencio,
y como el indio, te adoro!
Desde aqui el alma te escribe
de esta ausencia los enojos,
en que muere cuando vive.
Estafetas son los ojos:
la carta, Marta, recibe,
y responde el dulce sí
que mi firme amor te ruega.
Amigo Pastrana, dí
lo mucho que la amo: llega.

PASTRANA.

¿Desde dónde?

DON FELIPE.

Desde aqui.

PASTRANA.

¿Estás borracho?

DON FELIPE.

Haz la salva
que merece su hermosura,
pues sale en su oriente el alba:
dí mi amor y fé segura.

PASTRANA.

¡Qué buena fé si te salva!

DON FELIPE.

¿No la dirás algo?

PASTRANA.

Aparta.
Marta, que perlas ensarta,
si se las compra el platero,
Marta, martillo, ó mortero,
pues le ves, cócale, Marta.
(*Suena música dentro.*)
¿Qué es aquesto?

DON FELIPE.

La señal
de soltar toro.

PASTRANA.

Pues suelto
las piernas.

DON FELIPE.

¿Vaste?

PASTRANA.

¡Y qué tal!

DON FELIPE.

Mal por tu opinion has vuelto.

PASTRANA.

Peor vuelve un animal
cuando alcanza en la carrera.

DON FELIPE.

Segura está la barrera.
Rejon hay, y tambien lanza.
Espera.

PASTRANA.

Mala esperanza
tiene el que en la muerte espera.

DON FELIPE.

¿Quién es este del rejon?

PASTRANA.

No le conozco.

DON FELIPE.

¡Buen talle!

PASTRANA.

Y el toro ¿es barro?

DON FELIPE.

Un leon
parece.

PASTRANA.

¡Mas que ha de dalle,
si le alcanza, topeton!

VOCES DENTRO.

¡Huchohoo!

PASTRANA.

¡Brava grita!
¡Que guste España de ver
una fiesta tan maldita!

VOCES DENTRO.

¡Válgate Dios!

PASTRANA.

El correr
vidas guarda, y capas quita.

DON FELIPE.

Ea : el del rejon se pone
á punto.

PASTRANA.

Aunque mas blasone,
temo, solo de mirallo,
que ha de morir á caballo.

DON FELIPE.

¡Buen aire!

PASTRANA.

Dios le perdone
si le arrima medio cuerno,
porque el que muere, es notorio,
aqui, por su mal gobierno,
que sin ver el purgatorio,
se va derecho al infierno.

(*Suenan dentro cascabeles, como que corren caballos.*)

DON FELIPE.

Ya los dos estan enfrente,
toro y caballo, y la gente
se suspende por mirallo.

VOCES DENTRO.

¡Bravo golpe!

DON FELIPE.

Del caballo
cayó.

VOCES DENTRO.

¡Jesus! Hombre, tente.

PASTRANA.

Que le mata.

DON FELIPE.

Aqui me llama
una venturosa suerte.

PASTRANA.

¿Suertes haces en Jarama?
Morirás.

DON FELIPE.

¿Qué mejor muerte
que á los ojos de mi dama?

(*Vase con la capa revuelta al brazo, y la espada desnuda.*)

ESCENA X.

PASTRANA.

¿Vióse mas desatinada
temeridad? Con la espada
desnuda, la capa embraza,
y dando ojos á la plaza,
la bestia acomete airada.—
¡Grande esfuerzo y gentileza!—
El toro cierra con él.

VOCES DENTRO.

¡Golpe estraño!

PASTRANA.

¡Gran destreza!
Digno es de español laurel.
Cercenóle la cabeza;
y, la bestia en el arena
caida, de ella levanta
al caballero, que ordena
dalle por ayuda tanta
los brazos que ya encadena
en su cuello.

ESCENA XI.

DON FELIPE *y* EL ALFEREZ, *á quien sale limpiando la capa.*—PASTRANA.

ALFEREZ.

Otras mil veces,
amigo, me vuelve á dar
los brazos.

DON FELIPE.

¡Que en tal lugar
y á tal ocasion pareces
despues de tan larga ausencia!

Alferez, ¡que he merecido
gozar tu noble presencia!

ALFEREZ.

El mar del Sur ha podido
dar riendas á la impaciencia,
como á la esperanza engaños,
para que al fin de diez años
fuese, don Felipe amigo,
deudor yo propio y testigo
hoy de tus hechos estraños.

DON FELIPE.

¿Qué tanto habrá, Alferez mio,
que estás aqui?

ALFEREZ.

Aun no ha un mes.

DON FELIPE.

¿Vive el capitan, tu tio?

ALFEREZ.

La sangre del interes
anima su cuerpo frio.
Trae mas de cien mil ducados,
y tan mozos los cuidados,
que aunque á su vejez ofende
como á su salud, pretende
casarse.

DON FELIPE.

Bien empleados
dineros y años, si son
del matrimonio despojos.

ALFEREZ.

Amigo, de aquel balcon
me llaman, donde unos ojos
me han robado el corazon.
Subid conmigo, que allí
la vida agradecerán
que me habeis dado.

DON FELIPE, *aparte.*

¡Ay de mí!

ALFEREZ.

Las dos hermanas que estan
en él ¿conocéislas?

DON FELIPE.

Sí.

ALFEREZ.

Pues la mayor ha de ser
hiedra de aquel tronco viejo
que ha merecido tener
su lado, y con ser su espejo
de acero, en él se ha de ver;
y yo soy de la menor
menor criado, y mayor
en amalla.

DON FELIPE.

(*Aparte.* Yo soy muerto.)
¡Ay, alferez! Eso ¿es cierto?

ALFEREZ.

Tan cierto como mi amor.
Esta noche se desposa
con mi tio doña Marta.
Ved ¡qué lirio con qué rosa!

DON FELIPE, *aparte.*

Antes un rayo le parta
y dé muerte rigurosa.

ALFEREZ.

Subid conmigo al balcon,
si saberlo deseais
todo.

DON FELIPE.

(*Aparte.* ¡Ay fiera confusion!)
Antes quiero que encubrais
mi nombre.

ALFEREZ.

¿Por qué razon?

DON FELIPE.

Porque el andar encubierto
me importa, hasta que me parta.

ALFEREZ.

Pues ¿qué ha sucedido?

DON FELIPE.

He muerto
de la hermosa doña Marta
un hermano, y sé por cierto
que me buscan con cuidado.

ALFEREZ.

¿Dónde os partis?

DON FELIPE.

A Sevilla.

ALFEREZ.

Si mi hacienda, y el sagrado
que ofrece en aquesta villa
la imagen que el ser le ha dado,
os importa, entre los dos
cumplimientos lisonjeros
seránlo solo por vos.
¿Habeis menester dineros?

DON FELIPE.

No; andad, que os llaman.

ALFEREZ.

A Dios. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

—

DON FELIPE. PASTRANA.

PASTRANA.

Pues, mata-toros, locura
ha sido aquesta estremada.

DON FELIPE.

Si sientes mi desventura,
mátame: saca esa espada.

PASTRANA.

¿Matar yo? ¿Soy calentura?
¿Hay ya casquera? ¿Qué pasa?

DON FELIPE.

Que doña Marta se casa.

PASTRANA.

Que se case en hora buena.
¡Bobazo! ¿eso te da pena?

DON FELIPE.

Cuando la envidia me abrasa
de los celos, y me quejo
como ves, ¿me hablas así?
¡Bien contigo me aconsejo!

PASTRANA.

¿Cuándo es la boda?

DON FELIPE.

¡Ay de mí!
Esta noche ¡y con un viejo!

PASTRANA.

Tu venganza satisfizo
quien tan mala eleccion hizo.
Habrá barba betunada,
tos, catarro, orina, hijada,
y mucho diente postizo.
Bien tu venganza acomodas.

DON FELIPE.

Mas así mi mal refrescas.

PASTRANA.

Será con quien hace bodas
como las casas de Illescas,
que de viejas se caen todas.
Anda acá, amigo: á Sevilla,
que una ausencia suele dar
á amor, que es niño, papilla.

DON FELIPE.

Aquesta noche he de estar...

PASTRANA.

¿A ver tu sentencia?

DON FELIPE.

A oilla.

PASTRANA.

¿Y si te prenden?

DON FELIPE.

Jamás
me vió el avariento padre
de doña Marta.

PASTRANA.

Y tendrás
en viéndola mal de madre,
y luego alborotarás
la casa, y donde los oros
triunfan, como eres valiente,
habrá cristianos y moros.

DON FELIPE.

¿Tienes temor?

PASTRANA.

No á la gente,
sino á los truenos y toros.

DON FELIPE.

Pues ven, que la fiesta toda
tengo de abrasar, por Dios.

PASTRANA.

Si un alguacil no lo enloda,
haciéndonos á los dos
las vacas de aquesta boda. (*Vanse.*)

Sala en casa del capitan Urbina, en Illescas. Es de noche.

ESCENA XIV.

DON GOMEZ. DOÑA MARTA. DOÑA LUCÍA. URBINA. EL ALFEREZ.

DON GOMEZ, *á doña Marta.*

Querida hija, vuestra edad me obliga
á daros rico y merecido esposo,
de cuyo largo amor el curso siga
lo que pide su intento generoso.
Escusado es que os pinte, Marta, y diga
los méritos del dueño valeroso,
porque las prendas del señor de Urbina
muestran tolo el valor que se imagina.

DOÑA MARTA, *aparte.*

¿Sus prendas dijo? Luego.... Prenda suya
es el sobrino.

ALFEREZ, *aparte.*

Pienso que me mira,
porque en sus ojos y en su lengua arguya
que por mi edad y mi valor suspira.
¡Dichosa mi aficion si fuera tuya,
Lucía hermosa!

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

Temo que es mentira
y sueño lo que veo, y no lo creo.

Cásese Marta, y cumpla mi deseo.

DON GOMEZ.

Viene el señor Urbina por estremo
rico de Indias, hija, y solo tiene
el sobrino que ves.

DOÑA MARTA, *aparte.*

Mirarle temo,
porque á su nuevo amor no me condene.

ALFEREZ, *aparte.*

Ella me mira, y yo me abraso y quemo
por mi Lucía, cuando no conviene
que elija á doña Marta el gusto mio,
siempre obediente al de mi viejo tio.

ESCENA XV.

DON JUAN *y* DON DIEGO *á una puerta de la sala, en trage de noche.*—DICHOS.

DON JUAN, *aparte á don Diego.*

No me ha costado poca diligencia
saber, don Diego, al punto que he venido,
de estas dos damas la primera ausencia,
que tan dañosa á mi esperanza ha sido.

DON DIEGO, *aparte á don Juan.*

Casallas quiere el padre con violencia.

DON JUAN, *aparte á don Diego.*

No es en eso prudente, aunque atrevido,
que en este tiempo no parece justo
casar lás hijas contra el propio gusto.
Mas ¿cásase tambien doña Lucía?

DON DIEGO, *aparte á don Juan.*

Yo sospecho que sí.

DON JUAN, *aparte á don Diego.*

Mucho me pesa,
que si la una es vuestra, la otra es mia.
Quiero decir, en la amorosa empresa.

DON GOMEZ.

Así que, Marta cara, estima el dia
en que tan gran ventura te interesa,

que el señor capitan y prendas suyas
quiere ser dueño amado de las tuyas.

ESCENA XVI.

—

DON FELIPE *y* PASTRANA *en hábito de noche, á otra puerta de la sala.*—LOS MISMOS.

DON FELIPE, *aparte á Pastrana.*

Esto ha de ser.

PASTRANA, *aparte á don Felipe.*

Es mucho atrevimiento.

DON FELIPE, *aparte á Pastrana.*

Digo, Pastrana, que aunque muera al punto,
tengo de estar presente al casamiento,
pues ya me tiene su temor difunto.

URBINA.

Declarad, mi señora, el sentimiento
de vuestro parecer, pues todo junto,
mi esperanza, mi bien y mi desvelo,
en vuestro dulce sí le cifra el cielo.

DOÑA MARTA.

Aunque el señor alferez es un hombre
de tantas partes, tal favor y fama,
que como me decís ganó renombre
con los indios, y al fin me estima y ama;
y aunque el señor su tio con el nombre
le ilustra, y á su herencia al fin le llama,
y con tanto valor el suyo obliga,
digo....

DON GOMEZ.

¿Qué?

DOÑA MARTA.

Que no sé lo que me diga.

URBINA.

¿Pues qué tiene que ver ser mi sobrino
honrado y noble para ser el dueño
de vuestro dulce amor, si de él es dîno
mi crédito y valor, aunque pequeño?
Yo soy el que casarme determino.

DOÑA MARTA.

¡Vos, mi señor!

URBINA.

Yo pues.

DOÑA MARTA.

Parece sueño
esa esperanza, que entre verdes años
viene llena de amor como de engaños.

PASTRANA, *aparte.*

¡Que á una muchacha casen con un viejo!
Maldiga Dios vejez tan seca y verde.

DON DIEGO, *á don Juan.*

No ha seguido su padre buen consejo.

DON JUAN, *á don Diego.*

Ella de pena la paciencia pierde.

DOÑA MARTA.

Pues aunque yo pudiera, no me quejo
de este rigor.

DON FELIPE, *aparte.*

Cuando de mí se acuerde,
no dará el sí.

DOÑA MARTA, *aparte.*

Cuando á Felipe adoro,
de mi amor vencedor como del toro,
¡en vez mi padre de su abril, me ofrece
este caduco enero! ¡Buen empleo!

URBINA.

Proseguid, mi señora, si merece
un sí tan esperado mi deseo.

DOÑA MARTA.

Vuestra hacienda y valor mucho merece....
(*Don Felipe embozado llégase rápidamente á doña Marta.*)
Mas ¡ay de mí! que á don Felipe veo.

DON FELIPE, *aparte á doña Marta.*

¡Ah crüel! ¡en buen riesgo mi amor pones!
(*Retírase á donde estaba.*)

PASTRANA, *aparte.*

Si es potro el casamiento, nones, nones.

URBINA.

¿Qué decís, mi señora?

DOÑA MARTA.

Sea testigo

el que quisiere serlo y escucharme.
El capitan Urbina es noble.... y.... digo
que, con ser él quien es, no he de casarme.

DON GOMEZ.

¡Qué dices!

DOÑA MARTA.

No mi gusto en esto sigo,
sino el del cielo solo, que obligarme
puede á que no me case en esta empresa,
si es digno de guardalle una promesa.

DON FELIPE, *á Pastrana.*

¡Ella me ha visto ya!

DOÑA MARTA, *aparte.*

Yo soy perdida;
mas conservando el alma la esperanza
que tengo en don Felipe, no me pida
mi padre y su interes hacer mudanza.

DON GOMEZ.

¿Quién te ha podido hacer tan atrevida?
Tú darás á mi cólera venganza,
ó el sí debido al capitan, que es justo.

ALFEREZ.

Señor....

DON GOMEZ.

O morirá, ó hará mi gusto.

DOÑA MARTA.

Espera, padre y señor,
y escúchame, como juez
de mis palabras y voces,
la verdad, si es justa ley.
Soy muger de mi palabra,
que la guardo, aunque muger,
heredera de tu sangre,
y de tu hacienda tambien.
Nací en Madrid, y sin madre
desde niña me crié;
pero con inclinacion
virtüosa como ves.
Hasta agora no he mostrado
la obligacion de mi fé,
que la edad no me obligaba,
ni tu amor ó tu interes.

Agora mis confesores
me mandan, señor, que dé
razon de mi pensamiento.
Oye, y responde despues.

DON FELIPE, *á Pastrana.*

¿Qué novedades son estas?

PASTRANA, *á don Felipe.*

Enredos deben de ser,
sino es que se vistió el alma
esta mañana al reves.

DOÑA MARTA.

Yo, señores, me casara,
porque me estaba muy bien,
con el señor capitan,
por su mucha hacienda y ser;
(que las mugeres discretas
no habemos de pretender
sino dinero, que amores
no valen nada sin él)
mas plugiera á Dios pudiera;
que á no faltarme el poder,
me casara dos mil veces,
si no bastara una vez.
Pero los años pasados,
que ahora se cumplen seis,
por librarme de un peligro,
que no declaro el que fue,
hice voto de doncella,
y pienso que lo he de ser,
hasta que en la virgen tierra
me entierren á la vejez.

DON GOMEZ.

Hija, en negocios tan graves,
y que tocan á tu fé,
yo no puedo resolverme,
sin que tome parecer.
Demos á Madrid la vuelta,
que hay teólogos en él
que mi conciencia aseguren.

DOÑA MARTA.

Permítalo Dios, amen.

DON JUAN, *aparte.*

Admirado voy.

DON FELIPE.

(*Aparte á doña Marta que se halla inmediata á él.*)

¿Qué es esto?

DOÑA MARTA, *bajo á don Felipe.*

Yo te lo diré despues.

DON DIEGO, *á don Juan.*

Venid, don Juan, que en Madrid
averiguaré lo que es.

PASTRANA, *aparte.*

Todos vamos mas confusos
que la torre de Babel.

DON GOMEZ.

¡Que castidad prometiste!

DOÑA MARTA.

Sí, señor. (*Aparte.* Yo sé con quien.)



ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de don Gomez, en Madrid.

ESCENA I.

DON GOMEZ. EL CAPITAN URBINA.

URBINA.

Quise venirme de asiento
á la corte por saber
qué suceso ha de tener,
don Gomez, mi casamiento.
Tenia yo imaginado,
siendo doña Marta mia,
casar á doña Lucía
con mi sobrino, soldado
de las banderas de amor,
si de las de Marte ha sido
alferez....

DON GOMEZ.

Ha sucedido
todo al revés.

URBINA.

Mi temor
lo adivinó.

DON GOMEZ.

Doña Marta
tan mudada y otra está,
que tengo escrúpulo ya,
si por mi ocasion se aparta
de su determinacion,
que el cielo no me castigue.
Con notable estremo sigue
su nueva reformacion.

En todo es otra: no gasta
seda, que dice la inquieta:
una ropa de bayeta,
ni muy fina, ni muy basta;
una basquiña á lo llano
que llamaba de capillo;
un descanso en un puntillo
rematado; en el verano
un abanico sin plata,
y en invierno una estufilla
de felpa ó de cabritilla,
que abriga y es mas barata:
este es su trage. Ya no ama
galas, que está reducida:
solo no muda de vida
en el comer, ni en la cama;
pues aunque está tan perfeta,
por mas ejemplos que tome,
mientras hay perdiz, no come
vaca.

URBINA.

Por Dios, que es discreta.

DON GOMEZ.

Yo, capitan, gustaria,
porque el amor he notado
que el alferez ha cobrado
desde que vió á mi Lucía,
que se casasen los dos;
que el dote que la he ofrecido,
con la hacienda que ha traido,
y la que espera de vos,
le dará, á lo que imagino,
la vida que deseais;
y mas si en casa os quedais
vos, como vuestro sobrino;
pues casándose Lucía,
doña Marta podrá ser
que mude de parecer,
y en ella la envidia haria
lo que consejos no han hecho.

URBINA.

El alferez quedará

honrado, y me dejará
obligado y satisfecho,
si en vuestra hija mejora
mi esperanza: él está ausente,
que viendo pasar la gente
de la corte á la Mamora,
desde Illescas se partió
con el duque de Maqueda,
que el valor y sangre hereda
del padre á quien sucedió.
Ya no tardará, que ha un mes
que se partió: yo os prometo
que en viniendo tenga efeto
su amor.

DON GOMEZ.

Importará pues,
porque aunque Marta se trata
como veis, no hay persuadilla,
ni con razon reducilla
á ser monja ó ser beata.
Dice que no ha de casarse,
por el voto y devocion;
ni admitir dispensacion,
aunque pueda dispensarse;
ni tomar nunca otro estado,
sino solo el de doncella.

URBINA.

¡Triste vida!

DON GOMEZ.

No hay vencella.

URBINA.

Ni es carne ansí ni pescado.
Mas si el alferez se casa,
podrá ser mude opinion.

DON GOMEZ.

¡Melindrosa condicion....!
Y mísera vida pasa.—
Pero ¿no es él el que viene?
El alferez es.

URBINA.

¿Qué espero?
Los brazos abiertos quiero

recebillo, que ya tiene
á buen presagio mi amor
en ver el tiempo á que vino.

ESCENA II.

—

EL ALFEREZ, *de camino y muy galan.*—DON GOMEZ. URBINA.

DON GOMEZ.
¡Famoso alferez!

URBINA.
¡Sobrino!

ALFEREZ.
¡Don Gomez noble!—¡Señor!

DON GOMEZ.
Murmurábamos los dos
de vuestro olvido y tardanza
no ha un momento, y en venganza
venís á volver por vos.
¿Traeis salud?

ALFEREZ.
Y contento
de que los dos la tengais.

DON GOMEZ.
¡Gran soldado! enamorais
con tantas plumas el viento,
con las hazañas á Marte,
y á amor con la bizarría.

URBINA.
Yo sé una doña Lucía,
que si alguno le da parte
de vuestra alegre venida,
le ha de dar albricias buenas.

ALFEREZ.
Si ausencia es madre de penas,
su memoria las olvida.
¿Qué se dice por acá
de la Mamora?

DON GOMEZ.

Quimeras,
para el vulgo verdaderas,
que es quien crédito las da.
Mas pues vos habeis venido,
saber la verdad aguardo
del blason de aquel Fajardo,
que en Africa ha merecido
ser Escipion, y en Madrid
alcanza renombre inmenso.

ALFEREZ.

Yo os contaré por estenso
la verdad del caso: oid.
Pagaba el sol la posada
con el oro que se viste
al signo sesto, que es Virgo,
(si en el sesto hay signo vírgen)
y el antípoda de enero
á Ceres y á Baco pide
parias, con cuyos esquilmos
techos cuelga y trojes hinche,
(quiero decir, que era agosto:
que no puedo persuadirme
á que den gusto romances
con máscara de latines)
cuando el ilustre Fajardo,
faja ó zona con que ciñen
los cielos sus diez esferas,
porque su nombre sublimen,
gozoso de que hayan puesto
las banderas de Felipe
la cruz de España en Larache,
cueva de piratas viles,
y deseoso de ver
por los africanos lindes
que el padre Occéano goce
sus costas y puertos libres,
quiso desembarazar
un rincon de infames tigres,
que asaltan los vellocinos
que en oro á España el Sur rinde,
y, labrando en la Mamora

un fuerte casi invencible,
cortar esperanza y pasos
á moros y pechelingues. (1)
Juntó para aquesta empresa
en las columnas de Alcides
cien velas entre navíos,
galeras y bergantines,
y con siete mil soldados,
dignos que el sol los envidie,
sin la chusma y gastadores,
izaron velas sutiles.
Gallardetes y banderas
verdes, rojas y turquíes,
retozando con los aires,
dieron al viento tapices;
y porque no se escuchase
si el mar con los remos gime,
sus peces sordos oyeron
la salva de los clarines.
Vió el espumoso elemento
en sus ondas mil pensiles,
juzgando galas y plumas
por cármenes y jardines;
y dando vista á Larache,
de cuyas murallas rinden
salva en partos monstrüosos
culebrinas y esmeriles,
llegaron de la Mamora
una legua; y porque impide
tomar tierra el agua escasa
del mar soberbio (allí humilde),
dieron fondo en aquel puerto,
y luego en él los reciben
dos navíos holandeses
que el mar enfrenan con diques.
De ellos supo el general
que en el puerto estaban quince
naves, que á hereges cosarios
ayudando, al moro sirven;

(1) Herejes, estrangeros enemigos, gente estraña á quien se aborrece ó desprecia.

y el vitorioso Fajardo,
á pesar de los caribdis
con que arte y naturaleza
hacen el paso imposible,
tomó tierra, siendo en ella,
porque seguro la pise,
los primeros que saltaron
cuatro navarros que rigen
otras tantas compañias,
y de quien la fama escribe
hazañas que en bronce y jaspe
la memoria inmortalice.
Salió Agar á la defensa,
y al son de sus añafiles
cubrió los montes y prados
de bonetes carmesíes;
é impidiendo al sol la luz
las saetas que despiden
los arcos que dió la guerra,
si el cielo á la paz dió el iris,
estorban que desembarquen
los argonautas insignes
que el *non plus ultrà* estendieron
desde Cadiz hasta Chile.
Mas viendo la multitud
de bárbaros, que resiste
con voces y con saetas
que España al Africa pise,
el de Fernandina y Elda,
(Hector este, aquel Aquiles,
y los dos dignos que canten
sus hechos hispanos cisnes)
puestas en tierra las proas
de las galeras, que humildes
al hipócrita retratan,
escupen plomo y salitre.
No aguardaron el refresco
que se conserva en barriles
los idólatras de Meca,
ni osaron hacer al brindis
de los tiros la razon;
porque confusos y tristes

huyen, dejando en la playa
mil moros muertos que sirven
á las pelotas de chazas,
que con su vil sangre tiñen.
Y entrando sin resistencia
los españoles felices
en el fuerte, entonces flaco,
temerosos aperciben
sus moradores piratas
las heréticas cervices,
porque en su sangre blasfema
las espadas se maticen;
y dando principio al fuerte
porque eterno se edifique,
los que ayer Hércules eran,
hoy se vuelven albañiles.
Doscientos mil y mas moros
los nuestros pocos resisten,
que no asombran tantos donde
fuerzas españolas viven.
Pelean mientras trabajan,
y al mismo punto que esgrimen
con las diestras las espadas,
las izquierdas, porque admire
su valor, la cal y arena
aplican, y hazañas miden
con tareas, siendo á un tiempo
capitanes y alarifes.
Llueven las nubes de Agar
alarbes que al cerco asisten,
creyendo ganar por hambre
lo que las fuerzas resisten;
y el valeroso Fajardo
á España y su rey escribe
el suceso, y pide gente
que sus vitorias anime.
Ofreció al momento el Betis
hijos valientes que piden
al mar, mientras les dan naves,
que los pasen sus delfines.
Al fin, la Bética toda,
hasta los hijos de Ulises,

al socorro van ligeros,
como á la presa los tigres.
Llegó la nueva á la corte;
y para que no peligren
sucesos tan virtüosos,
parando en trágicos fines,
dió nuestro monarca muestras
de que desea y se sirve
que la Mamora socorran
sus cortesanos insignes;
y apenas mudas señales
conceptos del alma exprimen,
cuando antes que por palabras
su gusto el rey signifique,
dejan ánimos gallardos
regalos del Dios de Chipre,
que con llamas criminales
abrasa pechos civiles (1).
Mil títulos y encomiendas
truecan harpas por clarines
y cajas, porque á su son
sus hipógrifos relinchen:
mil soldados pretendientes,
cuyos hechos invencibles
quiere la paz que en papeles
mal despachados se cifren,
despiertan al son de Marte,
y los aceros que ciñen
se desenvainan sin manos
de la carcel en que viven.
Llevólos el de Maqueda,
mar-queda, sangre Manrique,
saliendo por él de madre
á los Cárdenas su estirpe;
y partiéndose con ellos,
tuve por honra el seguirle;
que es justo que tal cabeza
nobles intentos obligue.
Llegamos á la Mamora

(1) *Civil*, ruin.

brevemente, y nos reciben
sus soldados tan alegres
como sus contrarios tristes.
En varias escaramuzas
dió España muestra infalible
de la ventaja que hace
al africano su origen,
hasta que un lunes dichoso,
cuando el alba llora y rie,
porque la marchita el sol
sus claveles y jazmines,
impaciente un moro alcaide
de que España se gloríe
que contra el Africa toda
cruces alce y lunas pise,
despues que á todos los moros
entre otras afrentas dice
que cuelguen en vez de alfanges
ruecas de los tahalíes,
toma una yegua alazana
que el viento á carreras mide,
y una lanza de dos hierros,
que en temblar al aire es mimbre,
y manda tocar á asalto,
siendo el primero que embiste
á los no acabados muros,
mas defendidos que firmes.
Apeóse, y por la lanza
trepó hasta llegar á asirse
á los bordes de la cerca;
y por mas que todos griten:
"muera el temerario alarbe,"
del brazo izquierdo desciñe
una bandera celeste
con tres lunas, donde pinten
su amor menguante los celos;
y con presteza increible,
derribando la cruz roja,
que el valor español rige,
del muro abajo, y en su asta
fijando las lunas viles,
enarboló su estandarte,

y volviendo á bajar, dice:
"el que quisiere vengar
aquesta afrenta y ver libre
la cruz que á pesar de España,
Alá á mis plantas permite,
baje, que buena escalera
le dejo, porque eternice
en campaña, y no entre muros,
la fama su nombre insigne."
Oyó entre otros la arrogancia
que el moro á voces repite,
un Osorio, peon dos veces,
pues labrando el muro, riñe;
y tirándole una piedra,
el golpe fue tan felice,
que sembrándole los sesos,
el mundo vió dos Davides.
Bajó luego por la lanza,
y porque en todo le imite,
con su alfange, de los hombros
la infiel cabeza divide;
y alzando la cruz del suelo,
por mas flechas que le tiren,
con su tafetan sagrado
los valientes hombros viste.
Cercóle la multitud,
y mientras él los resiste,
redondillas de repente
los versos de bronce miden,
y desbaratados todos,
las espaldas femeniles
vuelven al cristiano campo
que vitorioso los sigue.
Quedó libre la campaña,
y trocando en menestriles
el ronco son de los parches,
para que se regocijen,
vuelven al campo triunfando,
y el gran Fajardo divide
los despojos que á sus plantas
el moro blasfemo rinde.
Fortificóse la fuerza;

y yo viendo despedirse
los nobles aventureros,
quise con ellos partirme;
y alcanzando del despojo
dos mil moriscos cequíes,
á daros de esta vitoria
la nueva, y los brazos, vine.

DON GOMEZ.

Decíslo, alferez, tan bien,
que si en las hazañas fuistes
Ayax sin lengua y con manos,
en contarlas sois Ulises.

URBINA.

Vos seais muy bien venido;
y el rey que gobierna y rige
las dos esferas ó mundos,
bárbaros cuellos humille.

ALFEREZ.

Mi señora doña Marta
¿cómo está?

DON GOMEZ.

La vida sigue
y opinion en que quedó
cuando de Illescas partistes.

ALFEREZ.

¡Gran cosa! ¿Y su hermosa hermana?

DON GOMEZ.

Mas bizarra y apacible,
ausencias dicen que llora,
y de su hermana se rie.
Mas, quedo, que doña Marta
es esta.

ALFEREZ.

¿Anascote viste?

URBINA.

Ha dado notable vuelta,
si no es ya que son melindres.

ESCENA III.

DOÑA MARTA, *vestida de beata, y* DOÑA INES, *ambas con mantos.*— LOS MISMOS.

DOÑA MARTA.

(*Aparte á doña Ines al salir.*)
Ví á don Felipe en el prado
llegar, la color perdida,
por la mudanza de vida
con que á mi padre he engañado;
pero viendo que no osaba
hablarme por el respeto
que en este trage prometo,
le dije que le adoraba
tanto, que por su ocasion
andaba de esta manera;
pues si estoy devota, él era
mi imagen de devocion.
Y como á mi hermano ha muerto,
y el temor de esto le avisa,
lo que permitió su prisa
le hablé, y quedó de concierto
de venir á hablarme aquí
con un ingenioso enredo,
que mientras hablabas....

DOÑA INES, *aparte á doña Marta.*

Quedo,
que estan los viejos aquí.

DOÑA MARTA.

(*Aparte.* Pues repúlgome.) Dios sea
con vuesas mercedes.

DON GOMEZ.

Hija,
¿de dónde vienes?

DOÑA MARTA.

Prolija
ha sido nuestra tarea.
Del hospital general

venimos, señor, las dos
de ver los pobres de Dios
y dar alivio á su mal.

DON GOMEZ.

Aunque yo, Marta, os consienta
que en eso os ejerciteis,
ha de ser como no deis
á vuestros deudos afrenta.
Una muger como vos
no ha de andar por hospitales
curando asquerosos males,
y haciendo camas.

DOÑA MARTA.

¡Ay Dios!
Porque en esto me ejercito
¿me riñen? A ser liviana,
y estar siempre á la ventana,
¿qué dijeras? ¿Es delito
visitar el hospital,
que le riñes como á vicio?
¿No se emplea en este oficio
la gente mas principal?

DON GOMEZ.

Hazte beata, y despues
haz, Marta, lo que gustares;
pero así es bien que repares
en lo que dirá despues
la gente.

DOÑA MARTA.

No determino,
aunque ese estado es tan santo,
estrecharme, padre, tanto.
Yo voy por este camino:
déjenme con mi opinion.

DON GOMEZ.

Cásate, pues, y casada,
mas segura y mas honrada,
seguirás tu inclinacion;
que el capitan gustará
de ese empleo y ese oficio.

URBINA.

Ese devoto ejercicio

mi sol y espejo será.

DOÑA MARTA.

¿Y el voto de castidad?

DON GOMEZ.

Con una dispensacion,
pues fue simple tu aficion,
cumplirás mi voluntad.

DOÑA MARTA.

¡Dispensacion! no la nombres,
que si verdad he de hablarte,
de unos dias á esta parte
me parecen mal los hombres.
¡Jesus! ¡y qué mala cosa!
¿Yo casada? ni por pienso.

DON GOMEZ.

No llores: basta.

DOÑA MARTA.

¿Ese censo
me echabas?

ALFEREZ, *aparte.*

¡Qué melindrosa
se ha vuelto!

DOÑA MARTA.

Llévolo mal.

URBINA.

Quitalde al sol el capote,
y no os caseis.

DOÑA MARTA.

Con mi dote
pienso hacer un hospital,
y curar pobres en él.
Si verme viva deseas,
padre, déjame, y no seas
en esto estorbo crüel.

DON GOMEZ.

Haz, hija lo que quisieres:
no des voces; bueno está.
No te diré cosa ya,
á trueco que no te alteres.
De lo dicho me ha pesado:
ve á hospitales; haces bien.

DOÑA MARTA.

Dios se lo perdone, amen,
que en verdad que me ha enojado.

DON GOMEZ.

(*Habla aparte con el capitan.*)
Seguilla quiero el humor;
que yo sé que ese en que está
bien presto le mudará.

URBINA.

Eso juzgo por mejor.

DON GOMEZ, *á doña Marta.*

¿Cómo no hablas al sobrino
del capitan, que se apea
ahora, y verte desea?

DOÑA MARTA.

¿Luego viene de camino?

DON GOMEZ.

¿No sabes que á la Mamora
se partió?

DOÑA MARTA.

No habia mirado
en tanto. Como he dejado
cosas del mundo, que ignora
las de Dios, no le eché menos.
¿Venís bueno?

ALFEREZ.

Y espantado
de la virtud que os ha honrado.

DOÑA MARTA.

Dios sabe los que son buenos.

DON GOMEZ.

Venid, alferez, dareis
con vuestra vista á Lucía
sin prevenilla, un buen dia.

ALFEREZ.

Si dármele á mí quereis,
¿por qué me le dilatais
viendo que el alma le aguarda?

URBINA.

El bien que viene, no tarda.

DON GOMEZ, *á doña Marta.*

¿Quédaste?

DOÑA MARTA.

Mientras que estais
ocupados, es forzosa
por acá otra ocupacion
de piedad y devocion.

DON GOMEZ.

Eres, hija, muy piadosa.

(Vanse don Gomez, el capitan y el alferez por una puerta, y sale Pastrana por otra.)

ESCENA IV.

—

PASTRANA.—DOÑA MARTA. DOÑA INES.

PASTRANA.

Besando á vuesas mercedes....

DOÑA INES.

¿Qué?

PASTRANA.

Las manos.

DOÑA INES.

¡Socarron!
Flemáticas manos son,
pues en el beso te quedas.

PASTRANA.

Pues en cualquiera suceso,
¿qué venta puedo yo hallar
donde me pueda quedar
con mas gusto que en un beso?
¿Cómo va de novedad?

DOÑA MARTA.

Linda sangre y humor cria,
Pastrana, la hipocresía.
Nunca tuve libertad,
mientras que viví á lo damo,
como ahora; si intentaba
salir fuera, me costaba
una riña: ya no llamo
á la dueña, al escudero,
ni aguardo la silla y coche,

ni me riñen si á la noche
vuelvo: voy á donde quiero.

PASTRANA.

Desde que hablaste á tu amante,
quedó en turron transformado,
alajú por lo picado,
por lo dulce, de Alicante.
Hame persuadido, en fin,
un enredo con que entrar
á verte, que me ha de dar
nombre de Corozaín;
porque dice que fingiendo
que de Sevilla he llegado,
y soy un don Juan Hurtado
que de los godos desciendo,
hable á tu padre y le diga
que en Sevilla queda preso
don Felipe, y un proceso
de dos muertes le fatiga;
y que teniendo noticia
que á don Antonio mató,
y luego á Sevilla huyó,
me ha enviado la justicia
con comision á que haga
informacion verdadera:
y si dalle muerte espera
para que se satisfaga
la sentencia que procura,
por mi orden despachará
el proceso, y quedará
por este modo segura
su vida y nuestra maraña:
y otras mil cosas que aquí
han de llover sobre mí,
porque el demonio me engaña.

DOÑA MARTA.

Traza ha sido de los dos,
Pastrana, y tan importante,
que con tu ayuda mi amante
entrará en casa.

PASTRANA.

Por Dios,

que va temiendo Pastrana,
si por su ocasion le gozas,
una sarta de corozas;
pues claro está que tu hermana,
si él en tu casa ha de estar,
le tiene de conocer.

DOÑA MARTA.

Su prision la da á entender,
que yo la sabré engañar.

PASTRANA.

Bien podré, que no me ha visto
en su vida.

DOÑA MARTA.

Todo está
de mi parte.

PASTRANA.

Y yo soy ya
Celestino de Calisto.

DOÑA MARTA.

No es pequeño galardon,
si miras el interes...

PASTRANA.

¿Cuál?

DOÑA MARTA.

Ser tuya doña Ines.

PASTRANA.

¿Mia?

DOÑA INES.

Tuya, socarron.

PASTRANA.

¿Y habrá melindre doncel?

DOÑA INES.

Lo que se usa.

PASTRANA, *remedando.*

"Estése quedo.—
Aparte, que me da miedo.—
No pellizque, mal haya él.—
Sea cortés, si tiene amor.—
¿Mas que este chapin le arrojo?—
No chéo.—¡A fe, si me enojo.....!—
Mire que vendrá señor."

DOÑA INES.

¿Ya es malo eso?

PASTRANA.

Estando en folla,
no me alumbro á luz de pajas,
ni como las zarandajas,
sino es tumbando la olla.
A tu padre voy á hablar. (*A doña Marta.*)

DOÑA MARTA.

El amor te ayude, amen.

PASTRANA.

¡Lindo santo!

DOÑA MARTA.

Prima, ven.

PASTRANA, *á doña Ines.*

En fin ¿nos hemos de amar?

DOÑA INES.

Sí.

PASTRANA.

¿A lo rubio?

DOÑA INES.

Á lo mulato.

PASTRANA.

¿Habrá arrullo?

DOÑA INES.

Y chicolio.

PASTRANA.

En fin ¿soy tuyo?

DOÑA INES.

Y muy mio.

PASTRANA.

Mio es requiebro de gato. (*Vanse.*)

ESCENA V.

DON GOMEZ. DON DIEGO. DON JUAN.

DON GOMEZ.

Estimo yo en el alma este respeto
que á su fama y mi casa habeis guardado,

porque no es digno amante ni discreto
quien no descubre y muestra su cuidado:
que guardar á los padres el secreto
es robar y usurpar disimulado
el amor de su dama; es falso gusto,
atrevida aficion y amor injusto.
Ya sabreis, caballeros, (que en la corte
público pienso que es) como ha mudado
mi hija doña Marta cielo y norte,
dejando galas y escogiendo estado:
no hay humana razon que la reporte,
ni persüada: galas ha dejado,
y aunque mi hacienda casi toda hereda,
joyas arroja y menosprecia seda.
Será imposible en la ocasion presente
persuadilla á aceptar ningun esposo,
mientras de esta opinion (quizá aparente)
no muda parecer mas provechoso:
ansí que doña Marta no consiente
el un estremo de ese amor honroso,
ni puede dar el sí doña Lucía
por pedilla un indiano, sangre mia.
Y porque temo vuestras justas quejas,
no aguardo la respuesta ni me atrevo;
que ablanda el alma amor por las orejas,
y oir sin remediar, nunca lo apruebo.
A Dios, señores.

DON DIEGO.

Con rigor nos dejas.

DON GOMEZ.

Saben los cielos el pesar que llevo;
mas ¿qué he de hacer, si en tan forzoso empeño
no quiere Marta, y tiene Lucía dueño? (*Vase.*)

ESCENA VI.

—

DON DIEGO. DON JUAN.

DON JUAN.

Don Diego, triste quedais.

DON DIEGO.

Y estarlo con causa puedo.

DON JUAN.

Tambien yo sin prenda quedo.

DON DIEGO.

Vos con esperanza estais.

DON JUAN.

¿Cómo?

DON DIEGO.

Posible seria
deshacer el casamiento
y mudar de pensamiento,
amándoos doña Lucía;
mas doña Marta que está....

DON JUAN.

¿Santa?

DON DIEGO.

Ya lo empieza á ser.

DON JUAN.

Como yo fraile: es muger
que uno reza y otro canta.
¡Qué presto se os encajó
esto de la santidad!

DON DIEGO.

Su padre dijo verdad.

DON JUAN.

Su padre sí, su hija no.
¿No llaman Marta á la mona?

DON DIEGO.

Sí.

DON JUAN.

Aunque se vista de seda
la mona, mona se queda;
y así esa santa persona
es mona de hipócresías,
y se quedará por tal,
y vos por un animal,
si creeis sus monerías.

DON DIEGO.

A la esperiencia lo dejo,

DON JUAN.

Es Marta disimulada

zorra, que no vale nada
la carne, sino el pellejo:
engañe ella en otras partes;
que en fin, para mí será
mal agüero, porque va
muy poco de Marta á martes. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

DON GOMEZ. DOÑA MARTA. DOÑA LUCÍA. DOÑA INES.

DON GOMEZ, *á doña Lucía.*
¿Que os han dicho, decís vos,
que está don Felipe preso
en Sevilla? ¡Gran suceso!
Mi venganza cumpla Dios.

DOÑA LUCÍA.
Señor, sí, en Sevilla queda
preso el que mató á mi hermano.

DON GOMEZ.
Castigue Dios al tirano.

DOÑA MARTA.
No le castigue, aunque pueda.

DON GOMEZ.
¡Qué decís vos!

DOÑA MARTA.
Yo, señor,
que en conciencia, y para abono
de mi alma, le perdono,
y que el matalle es rigor.

DON GOMEZ.
No es contra la justa ley
dar la muerte á un enemigo:
Dios es quien hizo el castigo,
y despues de Dios, el rey.
Pero lo que siento mas
es que esa nueva es dudosa;
que persona cuidadosa
no la descubrió jamás;
antes dicen que es ardid.

el haberse publicado
que está preso, y se ha quedado,
y aun anda oculto en Madrid.

DOÑA LUCÍA.

Doña Marta me lo dijo.

DON GOMEZ.

¿Cómo lo puede saber?

DOÑA MARTA.

¿Cómo? ¿pues soy yo muger
que miento? De eso me aflijo.
Presto el mentir se declara,
por mas que el que miente jura;
que el mentir es calentura
del alma, y sale á la cara.
Un hidalgo que venia
á pedir albricias hoy,
me dió esas nuevas y estoy
con mucha melancolía,
pues con ser tal su delito,
quisiera mi compasion,
señor, que por mi ocasion
no matasen ni á un mosquito.
(*Mirando hácia una puerta por donde sale Pastrana.*)
Pero ya el cielo defiende,
porque no padezca en algo
la verdad: aqueste hidalgo
me lo dijo; de él lo entiende.

ESCENA VIII.

PASTRANA.—DON GOMEZ. DOÑA MARTA.
DOÑA LUCÍA. DOÑA INES.

PASTRANA.

Pienso que es vuesa merced
el señor don Gomez.

DON GOMEZ.

Sí:
yo lo soy, y recebí
de esta visita merced,

y quise esperarla en casa.

PASTRANA.

Digo, señor, que en Sevilla
prendieron (y es maravilla
que gente que vive y pasa
con título de valientes
se prenda ansí) á un caballero,
un don Felipe, estrangero,
de estos que matan las gentes;
y aunque se honre y aventaje
en lo que toca á jactancia,
tan soberbia es su arrogancia,
cuanto humilde su linage.

DOÑA MARTA.

¡Jesus! ¡qué mala palabra
en el mundo introducida!
La humildad, de Dios querida,
la que mas coronas labra,
¡se ha de dar por deshonor!
Quitalde al nombre esa tilde:
no es afrenta el ser humilde,
que la humildad da valor.

DON GOMEZ.

Hija, déjanos aquí:
no nos prediques mas, Marta.

DOÑA MARTA.

Padre, la soberbia aparta,
que aquesto me importa á mí.

DOÑA LUCÍA, *aparte*.

Es muy grande socarrona
mi hermana, ó muy recogida.
No me pago de su vida,
por mas virtud que pregona;
que aunque no tan adornada
como yo, en fin se deleita,
y algunas veces se afeita,
y así es virtud afeitada.

PASTRANA.

En fin, señor, yo venia
á juntarle los procesos:
estilo antiguo de presos
que se usa cada dia.

Hanme dicho que os ha muerto
un hijo: importa tener
el proceso y el poder,
y el castigo será cierto.

DON GOMEZ.

Vos seais en hora buena
venido, porque en efeto
de vuestro trato discreto
depende el fin de mi pena.
Por vuestro pliego y por vos
enviaré el proceso; y digo
que os he de ser muy amigo,
si por vos me venga Dios.

PASTRANA.

Con tal nombre quedo honrado.

DON GOMEZ.

Apartaos á hablar aquí.

(Hablan aparte á un lado don Gomez y Pastrana, á otro doña Marta y doña Ines: doña Lucía está algo desviada de ellas.)

DOÑA MARTA.

Doña Ines, bueno va.

DOÑA INES.

Sí.

DON GOMEZ.

¿Y el nombre?

PASTRANA.

Don Juan Hurtado,
con pestañas de Mendoza.

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

En notable confusion
nos ha puesto esta prision.

DON GOMEZ.

¡Honrados títulos goza!

PASTRANA.

Este orden ha de haber.

DON GOMEZ.

Ver ya el efeto querria.

DOÑA INES.

Tu hermana doña Lucía
temo que lo ha de entender.

DOÑA MARTA.

No se puede remediar
todo en una coyuntura:
remítase á la ventura,
como el juego del parar.
No es muy discreta Lucía,
ni ha de conocerle luego,
que amor engaña y es ciego,
y así suceder podria....

DON GOMEZ.

Hijas, ya os podeis llegar.
Marta.

DOÑA MARTA.

Dejo intentos locos:
en mi rosario de cocos
cuentas paso.... (*Aparte.* Por contar.)

PASTRANA.

¡Rosario de cocos!

DOÑA MARTA.

Pues.
Así se llaman: ¿qué quieres,
si hacen cocos las mugeres,
porque anda el mundo al reves?
A lo bueno en estos dias
la devocion va espirando,
pues si rezan ya, es cocando
hasta las Ave-Marias.

PASTRANA.

En algunas no son vanos
los cocos, pues si reparas,
muchos cocos en las caras
llevan cocos en las manos.

DOÑA MARTA.

Profánanse ya las suertes:
ya la devocion es gala.
Traigan todas, noramala,
unos rosarios de muertes,
que sirvan de centinelas,
que yo desde hoy pienso hacello.

PASTRANA.

¿Muertes en rosario al cuello?
Parecerán sacamuelas.

ESCENA XI.

DON FELIPE, *vestido de estudiante pobre.*—DICHOS.

DON FELIPE.

¡Ah de casa! ¿Hay quien se acuerde
de remediar la pobreza
de un estudiante que empieza
cánones, y el tiempo pierde
por la fiera enfermedad
que mis cursos no consiente?
Dad limosna, noble gente,
si es caridad calidad.

DOÑA MARTA.

Padre y señor, ¿ve ese pobre?
Pues no sé qué compasion
las telas del corazon
me mueve para que cobre
remedio: si un hospital
el cielo hacer me permite,
déjeme que me ejercite
en este, y cure su mal.

DON GOMEZ.

Dale un cuarto, y vayasé,
que en la corte hay pobres hartos.

DOÑA MARTA.

Si la limosna haces cuartos,
verdugo tu celo fue.
Echar al pobre ¿es razon?
Al rico avariento imitas:
daréle, pues me le quitas,
los brazos y el corazon.
¡Ay pobre de mis entrañas!
llega al alma que te doy.

(*Abraza á don Felipe.*)

DON FELIPE, *aparte á doña Marta.*

Marta, martir tuyo soy;
tu amor hace estas hazañas.

DOÑA MARTA.

¡Pobre rico! ¡prenda mia!

DON FELIPE, *bajo.*

Mi bien, mi paz, mi interes.

DON GOMEZ.

¿Abrázasle?

DOÑA MARTA.

¿No lo ves?

DON GOMEZ, *á don Felipe.*

¿Y qué teneis?

DON FELIPE.

Perlesía.

DOÑA MARTA.

Mi fé es la que solemniza
este estremo, y aqui es justo.

DON GOMEZ.

Marta, apartaos, que no gusto
de veros tan pegadiza.

DOÑA MARTA.

Señor, por amor de mí,
que tenga yo libertad
de curar su enfermedad.

DON GOMEZ.

¡Curar! ¿Cómo, ó dónde?

DOÑA MARTA.

Aquí,
que si amor límites pasa
que el respeto considera,
yo quiero ser su enfermera,
y se ha de curar en casa.

DON GOMEZ.

¿Estás loca? ¿Quién vió tal?

DOÑA MARTA.

Padre, si fueres crüel,
yo me tengo de ir con él.

DON GOMEZ.

¿Dónde?

DOÑA MARTA.

¿Dónde? A un hospital.

DON FELIPE.

Yo la enseñaré latin,
señor, si en su casa estoy.

DOÑA MARTA.

Inclinadísima soy,
puesto que letora ruin,
á lo menos á leer
en latin. Porque rezar
sepa, leccion me ha de dar:
padre mio, esto ha de ser.

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

Don Felipe pienso que es.
Su cara es: ¿qué hay que dudar?
A Marta quiero ayudar,
y entablar mi amor despues.

DON GOMEZ.

No ha de estar en casa, Marta.

DON FELIPE.

Señor, por amor Dios.

DOÑA MARTA.

Echarćisnos á los dos.
Veamos quién nos aparta.
(*Vuelve á abrazar á don Felipe.*)

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

¿No teneis celos, Lucía?
Lo que veis ¿no os causa enojos?

DOÑA MARTA.

¡Ay mi pobre!

DON FELIPE, *bajo.*

De tus ojos.

DOÑA MARTA.

¿Y qué teneis?

DON FELIPE.

Perlesía.

DON GOMEZ.

Idos.

DON FELIPE.

(*A doña Marta que le detiene.*)
¡Yo cosa por fuerza!
No lo permita el Señor.

DOÑA LUCÍA.

Padre, parece rigor
el que á tal crueldad te esfuerza.
¿Qué nos importa que esté
un estudiante, que al fin

nos podrá enseñar latin?

DON GOMEZ.

Alto: basta. Quedesé.

DON FELIPE.

Eres noble y eres pio.

PASTRANA, *aparte.*

Nombre de pollo le ha dado.

DON GOMEZ.

¿Cómo os llamais, licenciado?

DON FELIPE.

¿Quién? ¿yo? El dómine Berrío.

DON GOMEZ.

Y el tiempo que bueno esteis
¿podreis servir á algun fin?

DOÑA MARTA.

Deseo yo leer latin.
Decid: ¿no me enseñareis?

DON FELIPE.

Y aun gramática, hasta tanto
que empeceis á conjugar.

DOÑA MARTA.

Siempre que llego á rezar
en las horas á algun santo,
me pesa de no entender
lo que allí se significa.

DON FELIPE.

Si á eso el deseo os aplica,
por mí lo podeis saber.

DON GOMEZ.

Alto, pues: dalda licion,
y vamos, señor don Juan,
que el proceso nos darán.

PASTRANA, *aparte.*

Todo esto anda en tentacion;
pero si de ella me aparta
mi industria, dándoles vaya
digo que allá se lo haya
con sus pollos y amor Marta.

(*Vanse don Gomez y Pastrana.*)

DOÑA MARTA, *á doña Ines aparte.*

Ines, llévame á Lucía
de aquí.

DOÑA INES, *á doña Lucía.*
¿No vamos las dos?
DOÑA LUCÍA.
Vamos. (*Aparte.* Yo sabré de vos
despues la sospecha mia.)
(*Vanse doña Lucía y doña Ines.*)

ESCENA X.

DOÑA MARTA. DON FELIPE.

DOÑA MARTA.
¡Mi enfermo!
DON FELIPE.
Vanos recelos
asaltan mi corazon,
y como en el alma son
los celos pesados hielos,
siempre que el temor los cria,
sin poderme defender,
por tu ocasion vengo á ser
enfermo de perlesía.
DOÑA MARTA.
Pues si le sana el calor,
y amor mis deseos abrasa,
perlático de mi casa,
llega al fuego de mi amor.
(*Abrázanse, y sale don Gomez.*)

ESCENA XI.

DON GOMEZ.—DOÑA MARTA. DON FELIPE.

DON GOMEZ, *al salir.*
¡Ah, sí! Doña Marta, aquel
papel ¿dónde está?

DOÑA MARTA, *aparte.*

¡Ay de mí!

(Don Felipe finge que se desmaya, y doña Marta que le sostiene.)

DON GOMEZ.

¡Qué es esto!

DON FELIPE.

Hame dado aquí
este accidente crüel,
como he estado tanto en pie.
El corazon desfallece.
¡Ay Dios!

DOÑA MARTA.

Ea, que parece
que os desmayais.

DON GOMEZ.

Tenlé.

DOÑA MARTA.

Ayudádmele á llevar,
padre y señor, á la cama.

DON GOMEZ, *aparte.*

¡Hay tal virtud! ¿Quién no ama
tal hija?

DOÑA MARTA.

¿Vuelve á cobrar
la color?

DON GOMEZ.

Pienso que sí.

DOÑA MARTA.

Llevémosle los dos, pues.

DON GOMEZ.

No hagais vos fuerza en los pies.

DON FELIPE.

¡Ay cielo!

DOÑA MARTA.

Arrimaos á mí.

DON FELIPE.

Tenedme, señora mia:
dadme la mano, señor.

DON GOMEZ.

¿Cómo estais?

DON FELIPE.

Algo mejor.

DOÑA MARTA.

¿Qué es lo que os dió?

DON FELIPE.

Perlesía.

(*Vanse.*)



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DOÑA MARTA. DON GOMEZ. URBINA. EL ALFEREZ.

URBINA.

El amor que os tengo es tal,
ya no humano, mas divino,
que por seros liberal,
daros luego determino,
para ayuda al hospital
que haceis, ocho mil ducados,
que en vos son bien empleados.

DOÑA MARTA.

Por uno os dé el cielo ciento,
para que con tal aumento
los goceis todos doblados.

URBINA.

Escritura os he de hacer
irrevocable, *inter vivos.*

DOÑA MARTA.

¿Hoy?

URBINA.

Al punto.

DOÑA MARTA.

Vendrá ser
con tan cristianos motivos
infinito mi placer.
Con doce mil que yo tengo
de dote, si á juntar vengo
vuestros ocho mil, que son
todos veinte, á Salomon
nuevo edificio prevengo.

¡Grande hospital! Buena renta
dejar en él imagino.

URBINA.

Y pues que casarse intenta
el alferez mi sobrino,
que á su amor llamas aumenta,
con doña Lucía hermosa,
en premio de tal esposa,
otros ocho mil le doy.

DON GOMEZ.

A Alejandro escedeis hoy.

ALFEREZ.

Haga tu vejez dichosa
el cielo, y venzas las vidas
que el mundo vió mas cumplidas,
hasta que el siglo dorado
vuelvas á ver, y cansado
de vivir, la muerte pidas.—
¡Hermosa doña Lucía!
¡que has de ser esposa mia!

DON GOMEZ.

Y ¿de peregrinos quieres
que sea?

DOÑA MARTA.

Hombres y mugeres
que á la corte cada dia
vienen pobres, sin tener
adonde hospedarse puedan,
mis huéspedes han de ser,
pues ellos mi hacienda heredan,
y yo, aunque sin merecer
tal bien, seré tan dichosa,
que gaste mi vida entera
en esta vida amorosa.

DON GOMEZ.

Tu virtud es de manera,
que eres *Marta la piadosa.*
Toda la corte te da
este nombre que has ganado.

DOÑA MARTA.

(*Aparte.* ¡Ay Dios! ¡qué engañada está!)
Hácia la entrada del Prado

me parece que estará
bien el sitio.

ESCENA II.

DON FELIFE, *con un arte de gramática en la mano.*— DOÑA MARTA. DON GOMEZ. URBINA.

DON FELIPE.
A dar licion
¿no venís?
DOÑA MARTA.
Sí.
DON GOMEZ.
En conclusion,
¿habeis dado en aprender
gramática?
DOÑA MARTA.
Por saber
lengua de tal perfeccion
y que el dómine Berrío
me enseña tan facilmente,
esto de mi ingenio fio.
DON FELIPE.
Declina divinamente
á *hic*, *hæc*, *hoc*, señor mio.
DON GOMEZ.
Huélgome de ver en tí
tal virtud é ingenio. Agora
¿has de dalla licion?
DON FELIPE.
Sí.
URBINA.
¿Y de qué ha de ser?
DON FELIPE.
Decora
compuestos de *quis*, *vel qui*.
DON GOMEZ.
Pues en mi presencia quiero
que decline algo primero.

DON FELIPE.

Yo sé que os ha de espantar.

DOÑA MARTA, *aparte á don Felipe.*

Mi bien: ¡ mas que hemos de echar
la soga tras el caldero!
¿Qué es declinar?

DON FELIPE.

Disimula,
y ve conmigo.

DON GOMEZ.

Comienza.

DOÑA MARTA.

La turbacion me atribula.

DON GOMEZ.

¿No dices?

DOÑA MARTA.

Tengo vergüenza.
(*Aparte.* Mas latin sabe una mula.
Marañas de amor astutas,
¿quién me ha metido en disputas?

DON GOMEZ.

Dadla algun nominativo.

DON FELIPE.

Decline este relativo.

DOÑA MARTA.

Vaya.

DON FELIPE.

¿Quis putas? ¿Quæ putas?

DOÑA MARTA.

¡Ay que me ha escandalizado!
¡Jesus! no quiero aprender
gramática, licenciado.

DON FELIPE.

¿Pues por qué?

DOÑA MARTA.

Por no saber
latin tan desvergonzado.
Quite, quite, que es lascivo
aquese arte, y no concierta
con la vida que yo vivo.
Llame á alguno que convierta
tan torpe nominativo.

¿En la boca he de tomar
tal cosa?

DON GOMEZ.

No hay que receles.

DOÑA MARTA.

¿No? Sepa que me ha de dar
nominativos donceles,
si tengo de declinar.

DON FELIPE.

¿Quis putas? quiere decir:
¿quién piensas?

DOÑA MARTA.

Pensaldo vos,
que yo no pienso admitir
tal cosa. ¡Jesus mi Dios!
No hay hablar, no hay persuadir.

DON GOMEZ.

¿Eso te da pesadumbre?
Si la latina costumbre
lo usa, ¿por qué refutas
el declinar á *quis putas?*

DOÑA MARTA.

¡Jesus! ¡Jesus! ni por lumbre.

URBINA.

Es muy honesta: y en fin
el sonido la convida
á tenerle por ruïn.

DOÑA MARTA.

No mas latin en mi vida.
¡Jesus! ¿esto era latin?

ESCENA III.

DOÑA INES.—DICHOS.

DOÑA INES.

Señor, aquel sevillano
por cuya orden y mano
has despachado el proceso
á Sevilla de aquel preso,
te busca.

DON GOMEZ.

No viene en vano.
Nuevas debe de traer
con que alegre mi esperanza.
Vamos, si quereis saber
principios de la venganza
que en Sevilla pienso ver.

URBINA.

Vamos.

DOÑA MARTA.

Tu rigor me espanta.
¿Posible es, padre, que así
te ciegue venganza tanta?
Yo no he de salir de aquí.

DON GOMEZ.

Pues quédate.

URBINA.

Es una santa.
(Vanse don Gomez, doña Ines y Urbina.)

ESCENA IV.

DOÑA MARTA. DON FELIPE.

DOÑA MARTA.

Mi perlático de perlas,
mi estudiante en aficion,
mi maestro en dar licion
de industrias para saberlas....

DON FELIPE.

Mi hipócrita enamorada,
mi escrupulosa fingida,
mi melindrosa querida,
mi socarrona taimada,
dame esos brazos.
(Abrázanse, y sale doña Lucía.)

ESCENA V.

DOÑA LUCÍA, *retirada.*—DOÑA MARTA. DON FELIPE.

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

Enojos
de penas que me atormentan,
cuando mis sospechas mientan,
no pueden mentir mis ojos.
Don Felipe es quien en casa
con su fingida cautela
cuando entre celos me hiela,
con fuego de amor me abrasa;
y mi hermana con su trato
fingido, goza su amor,
que no hay engaño mayor
que el engaño á lo beato.—
Pero aquí los dos están:
no son mis recelos vanos.
¡Qué divinos tan humanos!
¡Cielos! ¡los brazos se dan!
Daré voces; pero no:
mejor es ver escondida
esta devocion fingida.
¡Miren si lo dije yo!

DOÑA MARTA.

Estarás, mi bien, cansado
de tanto disfraz grosero;
que es amor muy caballero,
y quiere andar bien tratado.
Querrás que en el trage y brio
tu nobleza participe
adornos de don Felipe,
no sotanas de Berrío.
Ya te debe de cansar
mi fingido encerramiento.

DON FELIPE.

Como acabas, Marta, en *miento*,
mientes llegando á pensar

que donde está tu hermosura,
no es libertad vivir preso:
como adorarte profeso,
por tí profeso clausura.
No echo de menos las galas;
que si ellas sirven de medios
para amorosos remedios
y, á merecerte, me igualas,
esto me entalla mejor
que galas y joyas bellas;
que amor no se hizo para ellas,
sino ellas para el amor.
Mas precio mi perlesía
que las perlas de Ceylan.

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

¡Oh qué devotos que estan!
¡Bien rezan, por vida mia!

DOÑA MARTA.

¡Ay dulce dómine mio!

DON FELIPE.

¡Ay mi hipócrita amorosa!

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

¿Esta es Marta la Piadosa,
y este el dómine Berrío?
Con tales dominaciones
tambien me seré yo buena.
Mas, amor, ¿con tanta pena
treguas en mis celos pones?
No hay sufrillo. (*Adelántase.*) Marta.

DOÑA MARTA.

Hermana.

DOÑA LUCÍA.

Mi padre te está aguardando.
¿No vas?

DOÑA MARTA.

Sí, Lucía, en dando
licion.

DOÑA LUCÍA.

¡Qué buena cristiana!
Mi padre no ha de esperar.

DOÑA MARTA.

Dómine, ponga aqui el dedo: (*Dale el arte.*)

en el vocativo quedo.
¡Que siempre me han de estorbar! (*Vase.*)

ESCENA VI.

—

DOÑA LUCÍA. DON FELIPE.

DOÑA LUCÍA.
¿Conjugábais los dos?

DON FELIPE.
Sí:
á *amor amoris.*

DOÑA LUCÍA.
Traidor,
ya yo he visto vuestro amor,
y casos suyos oí.
Ya, Felipe cauteloso,
disfrazado en la sotana,
los melindres de mi hermana,
y tu embeleco amoroso
he conocido: ya sé
que de mi amor olvidado,
porque de ella te has pagado,
no quieres pagar mi fé.
Pero pues que desconoces
mi amor, ingrato, homicida,
porque te quite la vida
mi padre, yo daré voces;
que pues de mí no haces caso,
tu muerte es justa. (*Gritando.*) ¡Ah señor!
aquí está el vil matador
de mi hermano. ¡Ah padre!

DON FELIPE.
Paso.
(*Aparte.* Yo soy perdido.) ¡Ah bien mio!

DOÑA LUCÍA.
¿Yo tu bien? ¡Qué linda cosa!
Ve á mi hermana que piadosa
te ha convertido en Berrío.—
¡Ah señor! ven.

DON FELIPE.

¡Qué porfias!

DOÑA LUCÍA.

Ven, verás una maldad
que con capa de piedad
encubre bellaquerías.

DON FELIPE.

Lucía, luz de mis ojos,
vive Dios que la ocasion
de tanta transformacion
y escolásticos despojos,
solo ha sido por tenella
de hablar contigo y gozar,
dándome dicha y lugar,
de tu amor la ocasion bella.
Conocióme Marta luego
que como ves, vine aquí,
y que la amaba fingí
para apaciguar el fuego
que contra mi triste vida
á emprenderse comenzaba,
si quien era declaraba,
viendo que no la queria.
Si esta firmeza merece
tan inhumana crueldad,
da voces.

DOÑA LUCÍA.

Eso ¿es verdad?

DON FELIPE.

Mi bien, sí.

DOÑA LUCÍA.

No lo parece.
Mas para obligarme á mí,
basta, ingrato, que me quieras
de burlas, y no de veras.

DON FELIPE.

¿Estás enojada?

DOÑA LUCÍA.

Sí.

DON FELIPE.

Desenójate, ó escojo
un lazo....

DOÑA LUCÍA.

Dejemos lazos,
que si me quieres, á abrazos
derriba el amor su enojo.
(*Abrázanse, y sale doña Marta.*)

ESCENA VII.

DOÑA MARTA, *á la puerta.*—DOÑA LUCÍA. DON FELIPE.

DOÑA MARTA, *aparte.*

Voces oí de mi hermana.
¡Válgame Dios! ¿qué será?
Mas con don Felipe está.
Cesó mi esperanza vana.
Quiero escuchar lo que tratan,
escondida desde aquí.

DOÑA LUCÍA.

¿Que por mí es el disfraz?

DON FELIPE.

Sí.

DOÑA LUCÍA.

¿Que mis amores te matan?
Pues este cuello corona
otra vez, Felipe amado.
(*Vuelven á abrazarse.*)

DOÑA MARTA, *aparte.*

¡Bueno está el encadenado!

DON FELIPE.

Pues por una hipocritona,
engaña-bobos, querias
que me disfrazase yo?
Solo tu amor animó,
mi bien, las industrias mias.

DOÑA MARTA, *aparte.*

Celos, si en tales ensayos
sois nublados del amor,
¿qué aguarda vuestro rigor?
Lloved fuego, arrojad rayos.

DOÑA LUCÍA.

Yo sé que la quieres bien:
no finjas nuevos engaños.

DON FELIPE.

Mala pascua y malos años
la dé Dios á Marta.

DOÑA LUCÍA.

Amen.

DOÑA MARTA, *aparte.*

Para el cura y sacristan.

DOÑA LUCÍA.

¿No dicen que estabas preso
en Sevilla? Y tu proceso
¿no le ha llevado don Juan,
que con diligencia yana
quiere que muerte te den?

DON FELIPE.

Todo eso ha sido, mi bien,
embelecos de tu hermana,
porque no te goce á tí;
y así á tu padre asegura,
y sin sabello, procura
que seas mi esposa.

DOÑA MARTA, *aparte.*

¡Ah! ¿sí?
Pues yo desharé la trama,
y arrimando el fingimiento,
me pagará en escarmiento
mi hermano muerto, y su dama,
que no gozará, si puedo.

DON FELIPE.

No darte por entendida,
Lucía, importa á mi vida:
concede con el enredo,
y finge no conocerme;
que el embeleco que ha urdido
la hipócrita loca há sido....

DOÑA LUCÍA.

¿Qué?

DON FELIPE.

Despertar á quien duerme.
Presto nos verá á los dos

juntos, burlándose á sí.

DOÑA LUCÍA.

En fin ¿soy tu esposa?

DON FELIPE.

Sí.

DOÑA LUCÍA.

¿Yo?

DON FELIPE.

Tú sola.

DOÑA LUCÍA.

Adios.

DON FELIPE.

Adios.

(Vase doña Lucía.)

ESCENA VIII.

DOÑA MARTA.—DON FELIPE.

DOÑA MARTA.

Engañoso burlador,
perrillo de muchas bodas,
danzante que baila en todas,
hombre, en fin, y mas, traidor,
¿es esta paga debida
al amor que te he cobrado?
¿de un hermano no vengado?
¿de una fineza encendida?
¿de haberte á casa traido?
¿de encubrirte de esta suerte?
¿de impedir tu justa muerte?
¿de haber tu prision mentido?
¡Por sola doña Lucía
ha sido el disfraz, villano!
¡Para ella alegre y sano!
¡Para mí con perlesía!
Pues no lograrás, traidor,
tu ingratitud. ¡Hola! ¡Gente! *(Grita.)*
Llevad preso á este insolente,
de mi hermano matador.
¡Padre! ¡alferez! ¡capitan!

DON FELIPE.

Mi bien, oye, que te engañas.
¡Hay quimeras mas estrañas!
Aquí la muerte me dan.

DOÑA MARTA.

¡Hola! prended á este ingrato.

DON FELIPE.

Mi bien, por los soles dos
que adoro, por tí, por Dios,
que ve la verdad que trato,
que engañé á doña Lucía,
porque oyó cuanto contigo
hablé, temiendo el castigo
que si quién era decia,
me amenazaba.

DOÑA MARTA.

Otro tanto
la has dicho en este lugar:
traidor, no pienses matar
dos pájaros con un canto.
Ya sé que la quieres bien.

DON FELIPE.

Que todos fueron engaños.

DOÑA MARTA.

Mala pascua y malos años
la dé Dios á Marta.—Amen.—
¿Fué este engaño?

DON FELIPE.

Asegurarla
por este camino fue.

DOÑA MARTA.

Que te den la muerte haré.
No pienses, traidor, gozarla.

DON FELIPE.

¿Que no te obligo á creerme?

DOÑA MARTA.

Si el embeleco que ha urdido
la hipócrita loca, ha sido....—
¿Qué?—Despertar á quien duerme.—
Antes que de aquí me parta,
en venganza de los dos
te han de matar, vive Dios.

ESCENA IX.

DON GOMEZ. URBINA *y* EL ALFEREZ, *que al oir á doña Marta se quedan á la puerta sin ser vistos.*— DOÑA MARTA. DON FELIPE.

DON GOMEZ.

¡Vive Dios jurando Marta,
y dando voces! ¿Qué es esto?

URBINA.

¿Así una doncella jura?

ALFEREZ.

No es su virtud muy segura.

DON FELIPE, *bajo á doña Marta.*

¡Ah crüel! véngate presto,
que aquí están los viejos dos,
y te han oido jurar.
Ea, acaba, hazme matar.

DOÑA MARTA, *bajo á don Felipe.*

Disimula. (*En voz alta.*) ¡Vive Dios
ha de jurar un cristiano,
y el mandamiento segundo
quebrantar que adora el mundo!
¡El nombre de Dios en vano!
¡O licenciado traidor!
¿Vos jurador? ¿Esto pasa?
No hay que hablar, salid de casa,
salid, falso jurador,
ó besad luego la tierra
por tan grande desvarío.
¿Vos érades el Berrío?
¿Esto vuestro pecho encierra?
De enojo y ira me abraso.
¿Vive Dios osais jurar?
Ea, ó salir ó besar.

DON FELIPE.

Dómina, dómina, paso,
que alborotaré á Madrid:
vive Dios no es juramento

grande, si juro, y no miento;
y que he estudiado advertid,
y si yo he jurado, ha sido
con verdad.

DON GOMEZ.

¡Le reprende
porque á Dios jurando ofende!

URBINA.

¡Qué virtud!

DON FELIPE.

Yo me despido.

DON GOMEZ.

¿Vióse perfeccion mayor?

DOÑA MARTA.

¿Que os despedís, enemigo?
Pues de esta suerte castigo
al hombre que es jurador. (*Golpéale.*)

DON FELIPE.

Pasito, dómina mia.

DOÑA MARTA.

¿Vos jurar á Dios en vano?

DON FELIPE, *bajo á doña Marta.*

Ya va de veras.

DOÑA MARTA, *bajo á don Felipe.*

Tirano,
los celos son de Lucía.

DON GOMEZ.

(*Llegando con el capitan y el alferez á su hija.*)

Hija, paso: ¿de esta suerte
te descompones?

DOÑA MARTA.

Juró
vive Dios, y mereció
el atrevido la muerte:
que aunque yo soy pecadora,
nadie ha de tener licencia
de jurar en mi presencia,
que es gran pecado.

URBINA.

¡Ay que llora!

DON GOMEZ.

Basta, Marta, que habeis dado

muestras de vuestra piedad.
Si ha jurado con verdad,
no ha sido tan gran pecado.

DON FELIPE.

Dióme muy grande motivo.
Mal su condicion conoces.

DON GOMEZ.

¿De qué suerte?

DON FELIPE.

Quiso á voces
decir el acusativo
de *zelus zeli*, y juntalle
á *amor amoris*.—No son
de una declinacion.—
Y ella, acusativo, y dalle,
y declinar á los dos.
Yo llegándome á enojar,
dije: no ha de declinar
esos nombres, vive Dios.
Y porque aquesto juré,
ya veis los dos lo que pasa.—
Pues no he de estar mas en casa.

DOÑA MARTA.

Es verdad, por eso fue.

DON FELIPE.

Pues á Dios, que es mucho brio
para quien en virtud da.

DOÑA MARTA.

¿Vase? Vaya, vuelva acá,
vuelva, dómine Berrío.

DON FELIPE.

No hay volver: aunque mi madre
fuera, no le consintiera
que en mí las manos pusiera.
Voyme: á Dios.

DOÑA MARTA.

Téngale, padre.

DON GOMEZ.

Váyase.

DOÑA MARTA.

¡Que así le envia!
¿No ve que enojado va?

DON GOMEZ.

¿Qué importa?

DOÑA MARTA.

¿Mas que le da,
si se va, la perlesía?
¡Ay Dios! su desdicha lloro.

DON FELIPE.

Déjenme en mi libertad.

DOÑA MARTA.

Apláquenle, que en verdad
que es bonito como un oro;
reciba yo esta merced.
Señores, ¿será razon
despedir por mi ocasion
á nadie?

DON GOMEZ.

Hermano, volved.

URBINA.

No haya mas.

DON FELIPE.

¡En mi persona
las manos! ¡A un licenciado
en gramática, ordenado
de grados y de corona!

DOÑA MARTA.

¿Ordenado estaba, hermano?
Ignorélo: ya me pesa.
Perdóneme.

DON FELIPE

Si me besa
de rodillas esta mano.

DOÑA MARTA.

Mortificaréme en eso.

(*Arrodíllase.*)

URBINA.

¡Qué nunca vista humildad!

DOÑA MARTA, *aparte.*

Si ello va á decir verdad,
á la miel me supo el beso.

ESCENA X.

DOÑA INES.—DICHOS.

DOÑA INES, *á don Gomez.*
El sevillano está aqui,
señor, que á buscarte vuelve.
DON GOMEZ.
Vamos, pues que se revuelve
que me parta. ¿Vienes?
DOÑA MARTA.
Sí.
DON FELIPE.
(Bajo á doña Marta.)
¿Somos ya amigos?
DOÑA MARTA.
(Bajo á don Felipe.)
No es cosa
tan de prisa.
DON FELIPE, *bajo.*
¡Ay amor mio!
DOÑA MARTA, *bajo.*
¡Ay mi dómine Berrío!
DON FELIPE, *bajo.*
¡Ay mi Marta la piadosa!
(Vanse don Gomez, doña Marta, doña Ines y el capitan.)

ESCENA XI.

DON FELIPE. EL ALFEREZ.

ALFEREZ.
Esperad, dómine, un poco.
DON FELIPE.
¿Qué es, señor, lo que quereis?
ALFEREZ.
Que una duda me quiteis.

DON FELIPE.

¿Y es?

ALFEREZ.

Que yo estoy ciego, ó loco,
ó sois don Felipe vos,
con trage y con nombre nuevo,
á quien desde Illescas debo
la vida, despues de Dios;
y habeis hecho agravio estraño
á mi mucha voluntad
de encubrir á mi amistad
quien sois, con tan nuevo engaño.

DON FELIPE, *turbado.*

Si.... yo....

ALFEREZ.

Sin razon buscais
modo de encubrir de mí
la verdad. Ya sé que aquí
por doña Marta trocais
las galas en la sotana:
ya sé el peligro en que amor
ha puesto vuestro valor.
Tambien yo adoro á su hermana,
y soy tan amigo vuestro,
que cuando á doña Lucía
quisiésedes, dejaria
por vos el amor que muestro.

DON FELIPE.

No quiero, alferez amigo,
sí la vida me debeis,
sino que hoy en pago useis,
de vuestro valor conmigo.
Que siendo vos tan discreto,
no tendreis á mucha culpa
el encubrirme, en disculpa
de que amor me era secreto,
y mas estando mi vida
tan á riesgo. Disfrazado,
como veis, he conquistado
esta devota fingida
con quien desposarme espero,
si alentais la dicha mia.

Amad á doña Lucía,
que no os seré mal tercero,
aunque el desden que os enseña
he visto.

ALFEREZ.

El alma la adora,
y tanto mas me enamora,
cuanto me mira zahareña.
Estad seguro de mí,
del secreto, y de que os ama
mi vida y fe.

DON FELIPE.

Vuestra dama
es esta, que viene aqui.
Dejadme hablarla, y vereis
cómo os la vuelvo de cera.

ALFEREZ.

Esa elocuencia hechicera,
decid, ¿dónde la aprendeis?

ESCENA XII.

—

DOÑA LUCÍA—DON FELIPE. EL ALFEREZ.

DOÑA LUCÍA.

Dómine, ¿estais solo?

DON FELIPE.

No.

(*Aparte á doña Lucía.*)

Quien ama, nunca lo está.
El alferez sabe ya
quien soy, él me conoció;
y diciéndole que á Marta
quiero, y que por su ocasion
hice esta transformacion,
los celos del alma aparta,
que formó de mí, y me ruega
que le sirva de tercero.
Engaña á este majadero,
que cual mariposa llega,

Lucía, á tu luz hermosa.
Dí que serás su muger.

DOÑA LUCÍA.

(*Aparte á don Felipe.*)

¿Yo?

DON FELIPE.

(*Aparte á doña Lucía.*)

Tú, que de no lo hacer,
mi muerte será forzosa.

DOÑA LUCÍA.

(*Aparte á don Felipe.*)

Felipe, si perlesía
finges, no por mi deseo
á mí me da cuando veo
tu alferez, alferecía.

DON FELIPE.

(*Aparte á doña Lucía.*)

Pues si no lo haces dirá
que es don Felipe Berrío.

DOÑA LUCÍA.

(*Aparte á don Felipe.*)

¿Qué no haré por tí, bien mio?

DON FELIPE.

Alferez, llegaos acá.

ALFEREZ.

¡Qué el nombre merecí de vuestro amante,
y ver la luz, Lucía, que lucia
desde que os vió mi alma el primer dia,
mas que el sol en su esfera radïante!

DÑOA LUCÍA.

El que por dueño adoro está delante;
es el rey de la esperanza mia.

DON FELIPE.

Yo adoro la discreta hipocresía
de una muger, con ser muger, constante.

DOÑA LUCÍA.

(*Aparte á don Felipe.*)

¿Y á mí no?

DON FELIPE.

(*Aparte á doña Lucía.*)

Tú eres solo el gusto mio.

DOÑA LUCÍA.

¡Ay, mi bien!

ALFEREZ.

¿Yo tu bien? ¡que tal escucho!
Jamás el alma de tu luz se parta.

DON FELIPE, *aparte.*

De tus enredos, ciego amor, me rio.

ALFEREZ.

Alma, amad mucho, pues os aman mucho.

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

¡Ay Felipe! (*Vase.*)

ALFEREZ.

¡Ay Lucía! (*Vase.*)

DON FELIPE, *solo.*

¡Ay bella Marta!

ESCENA XIII.

DOÑA MARTA. PASTRANA.—DON FELIPE.

DOÑA MARTA.

A los acentos salí
de mi nombre.

PASTRANA.

Tal reclamo
te llama.

DON FELIPE.

No estoy en mí
sin tí, y por eso te llamo.

PASTRANA.

Chicoleaos, eso sí.
Loco estoy de admiracion
de ver el confuso abismo
de tu engaño y discrecion;
porque me engaña á mí mismo
tu fingida devocion.
De discreta el premio lleves;
hagas en el mundo raya,
pues tan de veras me mueves,
que he de asirte de la saya

para que no te me eleves.
DOÑA MARTA.
Pues yo quisiera, bien mio,
por no mostrarme tirana
de tu gusto, y mi albedrío,
vestirme una vez galana,
é irnos á cenar al rio.
PASTRANA.
¿Qué rio?
DOÑA MARTA.
El de Manzanares.
PASTRANA.
Ríome del rio yo.
DOÑA MARTA.
Antes quiero que repares
que es rio de quien nació
el rey de todos los mares:
rio de Madrid, que es mar,
que esas letras tiene en sí.
DON FELIPE.
Eso es quererle alabar.
PASTRANA.
Yo que del rio aprendí,
no sé mas que murmurar.
Pero sea lo que fuere,
no has de ir al rio.
DOÑA MARTA.
No sea
si no es donde os pareciere.
PASTRANA.
Iremos donde se vea
lo que el gusto nos pidiere.
La huerta del duque, al Prado,
es la casa y el jardin
del paraiso traslado,
donde cualquier querubin
estará bien empleado.
DON FELIPE.
Pienso que hacemos la cuenta
sin la huéspeda.
DOÑA MARTA.
¿Pues cómo?

¿Hay huéspeda que la sienta?

PASTRANA.

¿Hay celerin?

DOÑA MARTA.

Celos tomo.

PASTRANA.

Pues sosiegue la pimienta,
que lo dijo su galan,
no por descuido de amor,
sino aludiendo al refran;
que es la huéspeda en rigor
tu padre y el capitan.

DON FELIPE.

Es el capitan Urbina
un lince, y tu padre un argos,
que en nuestro amor predomina,
con mas ojos y mas largos
que soplo de culebrina,
y la huéspeda se entiende
tu hermana doña Lucía,
que tambien causa y pretende.
No hay otra, por vida mia.

DOÑA MARTA.

¡Ay cómo miente y me vende!
Mas respondiendo á la duda,
digo, que hoy hace buen dia,
y el mismo sol nos ayuda.
Mi hermana doña Lucía,
aunque es muy celosa, es ruda:
yo la llevaré engañada,
que trazas hay para todo.
Los viejos no sabrán nada,
y yo he de salir de modo
contigo disimulada,
que con la reputacion
que tengo y todos me dan,
creyendo mi inclinacion,
no me conozca Galvan,
ni lo sepa Galalon.

PASTRANA.

Esta fiesta se ha de hacer,
y no ha de ser solamente

fiesta en casa de placer,
sino casarse esta gente,
y acabar ya de temer.
Yo tengo traza pensada
(que mi entendimiento es
pesebre de un alma honrada)
para que quede despues
esta máquina acabada.
Lo primero, he dado modo
con que echemos de Madrid
los viejos; y lo acomodo
mejor, porque en este ardid
consiste el despacho todo.
Heles de decir.... Mas siento
que vienen.

DOÑA MARTA.

Y ¡á qué mal punto!
Que me ibas dando contento.

PASTRANA.

Yo haré el engaño, que junto
le tengo en mi entendimiento.

ESCENA XIV.

DON GOMEZ. DOÑA LUCÍA. URBINA. EL ALFEREZ.—DOÑA MARTA. DON FELIPE. PASTRANA.

DON GOMEZ.

Sea vuesa merced muy bien hallado,
señor don Juan.

PASTRANA.

Aquí, señor, espero
vuestra venida con mayor cuidado.
Hoy tuve de Sevilla un mensagero
con nuevas de que han dado la sentencia
á don Felipe.

DON GOMEZ.

Porque muera, muero.

PASTRANA.

Como han puesto tan grande diligencia

dineros y favor, le han condenado
á merecida muerte en el audiencia.

URBINA.

¿Qué sentencia?

PASTRANA.

Que muera degollado,
y su hacienda la herede el padre viejo
del caballero á quien la muerte ha dado.

DON GOMEZ.

Dadme los brazos, noble y claro espejo
de industria y discrecion, que en vuestra mano
mi justo agravio y su venganza dejo.

DOÑA MARTA.

(*Aparte á don Felipe.*)

¿Qué pretende Pastrana?

DON FELIPE.

(*Aparte á doña Marta.*)

No es en vano,
que aunque vuela á otra parte, es hacer punta:
él volverá á la garza, y lo hará llano.

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

La máquina de engaños que se junta,
fuera de mí me tiene, y mas me admiran
sus enredos.

ALFEREZ, *á doña Lucía.*

Escucha á quien pregunta.
Los viejos y Pastrana se retiran
alegres con la nueva mentirosa:
hablen las lenguas, pues los ojos miran.

(*Pastrana, don Gomez y Urbina se apartan á hablar á un lado.*)

PASTRANA.

Partiendo hoy á Sevilla, es facil cosa
hallarse á la tragedia de su muerte,
y estar presente á la venganza honrosa.
Vuesa merced ordene hoy y concierte
la jornada á Sevilla, porque vea
con sus ojos su gusto y buena suerte,
para que luego que difunto sea
don Felipe, su hacienda se le entregue,
que doña Marta con salud posea.

URBINA.

Digo que os está bien, sin que os lo ruegue
este señor, y importa la jornada,
pues no hay inconveniente que la niegue;
que el ver una venganza tan honrada
es gran contento, y mas juntar la hacienda,
que estará en otras manos mal lograda.

DON GOMEZ.

Todos me aconsejais; de todos sigo
el gusto y parecer; y así mañana (1)
será muy cierta mi partida. Amigo,
¿no ireis conmigo vos?

PASTRANA.

De buena gana
fuera yo á ver dar muerte á aquese reo,
por lo que mi amistad en ello gana;
mas no podré (si bien mucho deseo
el volver á Sevilla) acompañaros,
por mil negocios, que á mi cuenta veo.
Yo picaré despues hasta alcanzaros
en Córdoba ó Carmona por la posta,
dando de quien yo soy indicios claros;
porque en mi casa (puesto que sea angosta
para tan grande huesped) es forzoso
que os haga el aposento, y aun la costa.

DON GOMEZ.

Estimo ese favor tan generoso,
y le recibiré cuanto á la casa,
por ser el hospedage tan costoso.

DON FELIPE.

(*Aparte á doña Marta.*)
¡Oh qué adornada de mentira pasa
la quimera de hoy!

DOÑA MARTA.

(*Aparte á don Felipe.*)
¡Y mi deseo
la priesa que me da cuando me abrasa!

URBINA.

Yo iré hasta Illescas, que imagino y creo

---

(1) *Mañana será cierta mi partida*, quiere decir en este caso: *mañana habré salido de Madrid, partiré de Madrid hoy*.

que me han de remitir desde Sevilla
algunos bienes, que en el mar poseo.
Allí os esperaré, que en esa villa
(como es al fin mi patria) tengo ahora
mas hacienda y negocios que en Castilla.

DON GOMEZ.

No halle yo en mi casa, hija, mudanza.

DOÑA MARTA.

Hasta que vuelvas, la ventana y calle
se acaban para mí: lleva esperanza
de que la ociosidad puerta no halle,
porque en tu ausencia la tendré cerrada.

PASTRANA, *aparte.*

¡O socarrona! ¡qué arte de engañalle!

DON GOMEZ.

La obra que teneis tan bien trazada
del hospital, señora, se comience,
porque cuando yo vuelva esté empezada.

DON FELIPE, *aparte.*

Fácilmente se engaña y se convence
una buena intencion.

DON GOMEZ.

Pues, prenda mia,
á Dios.

(*Vanse don Gomez, el capitan y el alferez.*)

PASTRANA.

Venció mi ardid.

DOÑA MARTA.

Viva quien vence.

PASTRANA.

Metan todos en casa este buen dia.

ESCENA XV.

DOÑA MARTA. DOÑA LUCÍA. DON FELIPE. PASTRANA.

DOÑA MARTA.

Quedemos los de la danza,
que la habemos de ensayar.

DOÑA LUCÍA.

¿ Entro yo en ella ?

DOÑA MARTA.

No sé.

DOÑA LUCÍA.

Pues vóime.

DOÑA MARTA.

Esperad, no os vais.
Direis, hermana Lucía,
que no entendeis ni alcanzais
qué es esto, y que hablar yo así
parece gran novedad:
pensareis que fue fingida
mi mesura artificial,
y engañosa en la apariencia,
como en rosa el alacran.
No, hermana; pero el que es bueno,
con su virtud natural
licencia tiene unos dias
para poderse alegrar.
Yo quiero, pues que es razon,
cumplir vuestra voluntad,
y que os dé el sí don Felipe,
con quien pretendeis casar.
Porque no pusiese estorbo
mi padre, (que es el que da
por vos palabra al alferez)
para que me agradezcais
lo que os quiero, por mi industria
á Guadalquivir se va,
y en Sevilla busca aquel
que dentro en su casa está.
Casaros pienso esta tarde;
pero pues se queda acá
el alferez, cuyo amor
es menester engañar,
conviene que ser su esposa
en lo público finjais,
porque celoso no quiebre
la tela que urdiendo vais.

DOÑA LUCÍA.

Harélo de mil amores.

DOÑA MARTA.

Si lo haceis así, tendrá
su pago, y yo le echaré
en los ojos el agraz.
Yo quiero ser la madrina,
y así me dareis lugar
para que á mis joyas vuelva,
que poco en mí durarán.
Esto, hermana de mi vida,
lo hago yo porque entendais
que no encubro á don Felipe
por amor, ó vanidad,
sino porque os quiero bien,
y porque quise trazar
cómo casaros á entrambos,
que muchos años vivais.

DOÑA LUCÍA.

¡Ay hermana de mis ojos!
Los pies ó brazos me da,
que tus virtudes me dicen
tu condicion liberal.
Voy á vestirme de boda.—
Esposo mio, ¿no hablais?

DOÑA MARTA.

Yo hablo por él lo que basta,
que los novios no han de hablar.

DOÑA LUCÍA.

A Dios, mi bien: venid luego. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

—

DOÑA MARTA. DON FELIPE. PASTRANA.

PASTRANA.

¡Oh qué engañada que vais!

DON FELIPE.

Linda boba.

DOÑA MARTA.

Linda traza.

PASTRANA.

Ven, que allá se lo dirán.

DOÑA MARTA.

Ahora falta el alferez.

PASTRANA.

Pues yo le voy á buscar.

DOÑA MARTA.

A mi prima doña Ines
llevaré.

PASTRANA.

Yo sé que irá,
que me tiene por discreto,
y por rico otro que tal.

DON FELIPE.

El alferez y Lucía
se tienen hoy de casar,
y Pastrana y doña Ines.

DOÑA MARTA.

Y yo y vos.

DON FELIPE.

Pues claro está.

PASTRANA.

Pues en saliendo los viejos,
iremos de par en par.

DON FELIPE.

¡Ay mi bien!

PASTRANA.

Cócale, Marta.

DOÑA MARTA.

Marta soy, y cocos hay. (*Vanse.*)

Entrada á la huerta del duque, en el Prado.

ESCENA XVII.

DON JUAN. DON DIEGO.

DON DIEGO.

¿No basta rogarlo yo?

De vos con razon me quejo.

DON JUAN.

Fácil cosa es dar consejo,
pero recibirle no.

DON DIEGO.

¿Quise bien á Marta?

DON JUAN.

Sí,
pues.

DON DIEGO.

¿No la dejé de amar,
cuando la ví renunciar
al mundo?

DON JUAN.

Convino así.

DON DIEGO.

Luego ya supe vencer
celos amor y cuidado.

DON JUAN.

Sí; pero fuistes forzado,
y nadie os pudo ofender;
pero si doña Lucía
me quiere á mí, no es razon
que otra ninguna aficion
pretenda vencer la mia;
y mas aficion humana
de un alferez, que á lo bravo,
pretende llevar al cabo
su pretension loca y vana.
Aquí en el prado le espero.
Idos, don Diego, por Dios,
no se asombre de los dos.
Animo tengo y acero.

DON DIEGO.

¿Pero qué culpa ha tenido
el pobre que no os conoce,
(cuando de su dama goce
favores), si es preferido,
y sé yo cierto que á vos
no os ha querido aun mirar?
¿Por qué os habeis de enojar
con él? No es razon, por Dios.

Vamos á reñir con ella,
que no os quiere, y no con él,
pues si ella le quiere á él,
quien tiene la culpa es ella.

DON JUAN.

¿Burlaisos?

DON DIEGO.

Hemos venido
á una edad muy diferente;
que el ser un hombre valiente
es peligro conocido.
Alguaciles y escribanos
son los Hércules despues
que aquellos matan por pies,
y estotros vencen por manos;
y entrambos (porque se dé
la batalla á su contrario)
previenen, si es necesario,
la pluma, el pico y el pie.

ESCENA XVIII.

EL ALFEREZ *y luego* PASTRANA.—DON JUAN. DON DIEGO.

ALFEREZ.

(*Sin ver á los dos.*)
Fuése mi tio, y no quise
ir con él, que sin Lucía
iba sin luz, y sin dia
no es bien que desdichas pise.

DON JUAN.

Aquel es, muera.
(*Va á acometer al alferez: don Diego le detiene.*)

DON DIEGO.

¿Qué os hizo?

DON JUAN.

Don Diego, hele de matar.

DON DIEGO.

¿Sois vos médico?

DON JUAN.

¡Oh pesar!

DON DIEGO.

Mátele Dios que le hizo.

(*Sale Pastrana.*)

PASTRANA.

¿Es el alferez?

ALFEREZ.

Yo soy.

PASTRANA.

¡Válgame Dios! ¿es posible
que os hallo? ¿sois invisible?
Buscándoos ando todo hoy.

ALFEREZ.

¿Qué hay?

PASTRANA.

Sabed que hoy es dia
en el cual por mi amistad
sereis rey de la beldad
de vuestra doña Lucía.
Pero entremos en la huerta
del duque.

ALFEREZ.

Mas vale así.
¡Y qué! ¿hoy la alcanzaré?

PASTRANA.

Sí.

(*Entran en la huerta Pastrana y el Alferez.*)

ESCENA XIX.

DON JUAN. DON DIEGO.

DON DIEGO.

Entróse y cerró la puerta.

DON JUAN.

¡Que así se fuesen los dos!

DON DIEGO.

No se van, que se pasean,
y volverán si desean
la pendencia.

DN JUAN.
Bien, por Dios.
DON DIEGO.
Dalde vos prisa á la noche,
que lo demas cierto está.
DON JUAN.
Oid, que viene hácia acá
derecho y aprisa un coche.
DON DIEGO.
¿Un coche en Madrid espanta?
DON JUAN.
No, pero de prisa sí.
Ya llega, y ya para allí.
DON DIEGO.
¿Qué es esto? ¿quien os encanta?
DON JUAN.
No sé que es, que me ha turbado
este coche. ¿Qué será?
DON DIEGO.
El duque, que se vendrá
á su huerta retirado,
y corridas las cortinas,
sin criados, como suele.
DON JUAN.
Algo tiene que me duele
este coche.
DON DIEGO.
¿Qué imaginas?

ESCENA XX.

—

DOÑA MARTA *y* DOÑA LUCÍA, *muy bizarras.* DON FELIPE, *de galan.* DOÑA INES. EL ALFEREZ *y* PASTRANA *que salen de la huerta.*—DON JUAN. DON DIEGO.

DON JUAN.
Dos damas salieron de él:
aquella es doña Lucía.
Conocíla. ¡Ay prenda mia!

DON DIEGO.

¡Bueno anda el cascabel!
No llegues, que me parece
que viene tambien con ella
una dama moza y bella.

DON JUAN.

¿Tambien á tí te enternece?

DON DIEGO.

¡Ay don Juan! espera, aparta.

DON JUAN.

¿Quieres tirar?

DON DIEGO.

Las dos son.

DON JUAN.

Tu misma imaginacion
tengo: aquella es doña Marta.
Mas ¿cómo en trage galan
Marta, con estremos tantos?

DON DIEGO.

¿Agora sabes que hay santos
de holanda y de gorgoran?

DON JUAN.

Sabré de doña Lucía
la causa.

DON DIEGO.

¿Osarásla hablar?

DON JUAN.

No sé: podremos llegar.
Desdeñosa prenda mia....
(*Habla bajo con doña Lucía.*)

DOÑA LUCÍA.

No, que es esta la condesa.

DON JUAN.

¿Que no es doña Marta?

DOÑA LUCÍA.

No.

DON JUAN.

Parécela por estremo.

DOÑA MARTA, *aparte.*

¡Ay, doña Ines, que me quemo!

DOÑA INES, *aparte.*

Alguno te conoció.

DOÑA LUCÍA.

A Dios, don Juan, que á tal hora
La visita es escusada.
(Se encaminan á la huerta.)

DON DIEGO.

¡Qué condesa tan callada!

DON JUAN.

Es grave, y al fin señora.

DON DIEGO.

Digo que es Marta.

DON JUAN.

No es,
que su traje la asegura,
y ella estará por ventura
lavando á pobres los pies,
(que es mucha su devocion),
sino es que cuentas ensarta.

DON DIEGO.

Vive Dios, que es doña Marta,
que no miente el corazon.
Yo tengo de averiguallo.
¡Ah, hidalgo! saber espero *(A Pastrana.)*
quien es este caballero.
(Señalando á don Felipe.)

PASTRANA.

¿Isto? o conde.

DON DIEGO.

Ahora callo.

DON JUAN.

Por Dios, que habla portugues.
¿Y la dama?

PASTRANA.

He la condesa. *(Vase.)*

DON JUAN.

¿Veis como es locura aquesa?

DON DIEGO.

¿Locura? embeleco es. *(Vanse.)*

Vista interior de la huerta.

ESCENA XXI.

DON GOMEZ *y* URBINA, *de camino. Poco despues salen paseándose* DOÑA MARTA, DOÑA LUCÍA, DOÑA INES, DON FELIPE, PASTRANA *y* EL ALFEREZ. *Detras de ellos* DON JUAN *y* DON DIEGO.

URBINA.

Refrenad, señor don Gomez
el enojo con las canas,
asiento de la prudencia.

DON GOMEZ.

Ya la prudencia no basta.
¡Jesus! apenas llegué
á la puente Toledana,
para seguir de Sevilla
la mentirosa jornada,
cuando me alcanzó un amigo,
y dijo: ¿Cómo os engaña,
siendo viejo, un hombre mozo,
y una hipócrita taimada?
El preso por quién partis
á Sevilla, y la venganza
en su muerte os gasta el seso,
está preso en vuestra casa.
Don Felipe, el matador
de vuestro hijo, dió esta traza,
y se transforma en Berrío;
don Juan Hurtado es Pastrana,
un su amigo socarron,
que os persüade y encanta
á que salgais de Madrid,
porque tienen dada traza,
en partiéndoos, de casarse,

trocando anascote en galas.
Hoy en la huerta del duque
yo he sabido lo que pasa
de su alcaide que es mi primo.

URBINA.

¿Qué me dais cuenta tan larga,
si estuve presente á todo?

DON GOMEZ.

Así mi pena descansa.
Pero ¿no son estos?

URBINA.

Sí.

DON GOMEZ.

¡No se volviera en espada
este junco, flaco arrimo
de mi vejez afrentada!

(Viendo salir á sus hijas acompañadas de don Felipe, el alferez y Pastrana.)

¡Ah traidores embusteros!

PASTRANA.

(*Aparte.* El lobo ha dado en la trampa.)
No hay, Marta, sino quitarte
la máscara de la cara.

DON GOMEZ.

Déjame darle la muerte.

DON JUAN, *deteniéndole.*

Paso, que es aquesta dama
una condesa estrangera.

DON GOMEZ.

¿Condesa? ¡Qué!

URBINA.

¿Otra maraña?

DON GOMEZ.

No es sino Marta mi hija.

DON FELIPE.

Y don Felipe de Ayala
yo, que si un hijo os maté,
aunque no es igual la paga,
por hijo vuestro me ofrezco.

DON GOMEZ.

Alferez, dadme esa espada.

DON JUAN.

¿Vos, señor, sois don Felipe?
¡Jesus! fuera de mí estaba,
pues viéndoos, no os conocí.
En Valladolid os guarda
vuestra madre, por ser muerto
don Pedro Gomez de Ayala,
diez mil ducados de renta.

DON FELIPE.

¿Qué decís?

DON JUAN.

Por esta carta
sabreis la verdad de todo.

DON FELIPE.

Pues renta, ser, vida y alma,
padre y señor, á esos pies
rindo; que no quiero nada,
si vos no me dais perdon.

URBINA.

No es de nobles la venganza.
Perdonaldos, que yo quiero,
pues su industria ha sido tanta,
que los ocho mil ducados,
que para el hospital daba,
se queden para su dote.

DOÑA LUCÍA.

¿Qué es eso? ¿Luego mi hermana
ha de ser de don Felipe?
Eso no.

PASTRANA.

Ya es escusada
vuestra pretension, Lucía,
porque manos y palabras
pararon en obras.

DOÑA LUCÍA.

¿Cómo?

PASTRANA.

Esposos los dos se llaman
en faz de la madre iglesia,
yo testigo.

DOÑA LUCÍA.

Si así pasa,

el alferez es mi esposo.

ALFEREZ.

Con la mano os rindo el alma.

DON GOMEZ.

Y yo (pues tantos me ruegan'
por vosotros) mi venganza
trueco en amor.

DON FELIPE.

Esos pies....

DON GOMEZ.

Los brazos son tuyos: alza.

PASTRANA.

Doña Ines y yo queremos
hacer una tiritaña
de su tinta y de su nieve.

DOÑA INES.

Pues hoy es de bodas, vaya.

DON FELIPE.

Don Juan y don Diego, amigos,
pues tuvieron mis desgracias
tan buen fin, vuestra asistencia
esta vez ha de aumentarlas.
Nuestros padrinos sereis.

DON JUAN.

Alto, pues mi amor no alcanza
ser esposo, sea padrino.
Yo lo aceto.

DON DIEGO.

Y yo, aunque estaba
por reñir con vos.

DON FELIPE.

¿Por qué?

PASTRANA.

Porque dije que la dama
era condesa sebosa.

DON DIEGO.

¡Buena burla! aunque pesada.

PASTRANA.

¿Qué hacemos aquí, señores?

DON GOMEZ.

No mas dómines en casa,
que en las hijas predominan,

en vez de latinizarlas.
¿Cómo va de perlesía?

DON FELIPE.

Con la comedia se acaba
de mi *Marta la Piadosa*
mi mal sí, no nuestras faltas.



EXAMEN

DE

MARTA LA PIADOSA.

La espedicion para socorrer á los soldados que guarnecian la fuerza de la Mamora, punto de la costa de Africa ocupado por los españoles, se hizo en el verano de 1614; y coincidiendo la accion de la comedia *Marta la Piadosa* con este suceso glorioso para nuestras armas, de creer es que el Maestro Tellez la escribiria poco despues de conseguida aquella victoria. Perdonemos, pues, la larga relacion del acto segundo (la cual, bien que sin enlace con el argumento de la fábula, es un magnífico trozo de poesía), porque nos proporciona saber cuando pudo salir á la luz públíca una de las mejores obras de nuestro insigne dramático.

En esta comedia hay lo que se echa de menos en la anterior y en casi todas las de nuestro antiguo teatro, un caracter: hay mas todavia, y es un caracter habilísimamente representado. Tellez, que se propuso escarnecer la hipocresía en la persona de doña Marta, se adelantó á Molière y á Moratin en este pensamiento moral; y la *Beata enamorada* se sostenia aun despues de dos siglos en el teatro, rivalizando con el *Hipócrita* y la *Mogigata*, ó mas bien dominando sin rival en la escena, porque casi siempre ha estado prohibida la representacion de las dos piezas mencionadas. No se escandalicen los admiradores de nuestro mejor poeta cómico moderno, entre los cuales yo tambien quisiera tener cabida, si digo que considero el caracter de la Marta de Tellez mucho mas cómico que el de la Clara del célebre Inarco. La hija del estravagante don Martin, que finge que ayuna, y á escondidas de su padre asalta la despensa; que aparenta hacer oracion, y se entretiene en coloquios nada espirituales con el cabo de bandera y con el hijo de la escribana; que sin verdadero amor tal vez, da la mano á un galan tan ridículo como don Claudio Perez; (porque á trueco de no ser religiosa se casaria, creo yo, con el estúpido demandadero que enviudó por cuaresma) esta muger en fin, que calumnia vil-

mente á su prima, y que solo por desconfianza y orgullo rechaza el apoyo que le ofrece su virtuoso tio para que se libre del estado que la repugna, no es un personage capaz de escitar la risa, sino la indignacion y el odio de los espectadores. Antes que Moratin hiciese en su obra las correcciones últimas para darla á la prensa, don Luis retrataba á su sobrina, segun una copia manuscrita que conservo de la *Mogigata*, en los términos siguientes:

....Eres tan mala,
porque finges ser tan buena;
porque eres disimulada
é hipócrita; porque en tí
la impostura se disfraza,
la soberbia, el interes,
el descaro, la venganza,
con el nombre de humildad,
de fé, de piedad cristiana.

Doña Marta no es eso. Astuta, disimulada y mentirosilla se presenta desde la primera escena; pero lejos de pretender santificarse, deja traslucir claramente su vanidad, su deseo de ser pretendida. Supone despues que ha hecho voto de castidad; pero es cuando se ve colocada entre un joven á quien ella quiere, y un viejo que la destinan para marido: de modo que su ficcion es harto disculpable. Aun despues que ha tomado el disfraz de beata, su hipocresía y su fingimiento se contienen en ciertos límites: no se mortifica sino en el trage; no finge que aspira á la perfeccion de la vida monástica; su beaterio no sale del círculo que le traza el amor que tiene á don Felipe. Si se opone á la imprecacion de un padre irritado, es porque este padre implora el castigo del cielo contra el hombre á quien ella adora; si hace el elogio de la humildad, es porque oye decir que su amante es persona de humilde cuna. Por eso todos los embustes, todas las travesuras de Marta, todos los abrazos que da (y pudieran ser menos) al supuesto dómine Berrío, divierten estraordinariamente, porque se ve que nacen de la astucia y del amor, y no del vicio. Resulta de aquí que Marta es menos mogigata que doña Clara; pero esto es precisamente lo que la hace mas agradable á los espectadores.

Hay una situacion en esta comedia (la de la escena novena del acto tercero, cuando don Gomez, el capitan y

su sobrino sorprenden á doña Marta jurando) muy semejante á otra de la Mogigata, en que el padre de esta la encuentra hablando con Perico. De mucho mas efecto es la combinacion de Tellez que la de Moratin, porque Marta celosa, colérica, respirando venganza, conmueve mas al espectador en aquel lance que doña Clara en el caso análogo; y porque al temer el espectador que se descubra la falsa virtud de la beata, ve asimismo peligrar la vida de su amante. El modo que tiene Marta de enmendar el *vive Dios* es ingeniosísimo; pero Moratin, que sin emplear siquiera un aparte, dispuso que doña Clara reparase en el viejo y siguiese hablando con Perico, absorto de aquel repentino cambio de lenguage, guardó mucho mas la verosimilitud, y manifestó el gran conocimiento que tenia del teatro, conocimiento debido en parte á su talento y estudio, y en parte tambien á la ilustracion de su época.

El plan de la fábula no es tan bueno como el caracter de la beata. No habia necesidad de que fuese á Illescas don Gomez, si tanto el capitan Urbina como don Felipe habian de venir á Madrid despues: con traerlos antes á la corte, se escusaba el viage, y la unidad de lugar padecia menos. La de tiempo sí que no debia observarse en esta comedia, porque haciéndose Marta hipócrita como por casualidad, y debiéndose de poner en accion el acontecimiento que daba origen á su mudanza de vida (porque puesto en relacion, el caracter quedaria incompleto y la comedia débil), claro es que algo mas de veinte y cuatro horas habria que conceder á Marta para que ejercitase su falsa piedad, embaucase á su padre y se librara del matrimonio que la proponian. Tampoco hacian falta los personages de don Juan y don Diego, que casi siempre hablan al paño. Mas afortunada que artificiosa es la mentira de Marta en la primera escena, cuando dice á doña Lucía que don Gomez tiene ya preso en Sevilla á don Felipe: doña Lucía debia conocer el engaño al momento que hablase á su padre. Comprometer á una dama, como hace don Felipe, á que admita fingidamente los obsequios de un caballero, para que luego haya de casarse con él de veras, es pensamiento que se repite muchas veces en las comedias de Tellez: ¿tendria esta singularidad su fundamento en que cuando Tellez escribia, las doncellas españolas, esclavas del pundonor, se creian en obligacion de enlazarse

con el hombre cuyos obsequios habian admitido con cierta publicidad, aunque fuese de burlas?

El personage de don Felipe, galan y gracioso segun las situaciones en que se encuentra, como que participa de la hipocresía y ficciones de su novia, es un caracter tambien muy cómico. Los demas actores de la comedia, escepto Pastrana, joven invencionero y astuto, y poco aficionado á torear, no ofrecen novedad alguna. Doña Ines, aunque prima de doña Marta, tiene cierto aire fregonil que le da notable semejanza con las Inesillas y Lucigüelas que guisan y enjabonan: sería una parienta pobre de don Gomez, recogida en su casa para que peinase á las señoritas y las acompañase á la iglesia. Pastrana me ha hecho acordar de que el autor de los *Títeres* elogia en el prólogo de una de sus comedias á su paisano Andrieux por la invencion de sustituir á los criados enredadores que terciaban en los galanteos de sus amos, un amigo discreto y hombre de travesura, que favoreciese á un amante tímido ó imposibilitado de obrar por sí. Picard no tuvo presente sin duda que esta invencion dramática era en España tan antigua por lo menos como el socorro de la Mamora.

En cuanto á la versificacion de Marta la Piadosa, creo que los endecasílabos que hay en ella no valen mucho. Las redondillas de la primera escena y las de la nona del primer acto, en la cual Pastrana encarece los peligros de una corrida de toros, son escelentes. La escena undécima del acto segundo es tambien un modelo de chiste. Pero donde el ingenio cómico del Maestro Tellez luce en toda su fuerza, es en el trozo del acto tercero que comprende desde la escena segunda á la décima inclusive.

.... Sepa que me ha de dar
nominativos donceles,
si tengo de declinar.

Lo de los *nominativos donceles* es un melindre lindísimo.

Doña Lucía ve á su hermana abrazada con el dómine, y esclama:

Con tales *dominaciones*
tambien me seré yo buena.

Y se la puede creer, porque despues cuando don Felipe la da á entender que se echará un lazo al cuello si ella sigue enojada, le responde:

Dejemos lazos,
que si me quieres, á abrazos
derriba el amor su enojo.

¡Con qué maliciosa sollama dice la socarrona doña Marta á don Felipe, que se muestra ofendido, las palabras siguientes!

¿Vase? Vaya, vuelva acá,
vuelva, dómine Berrío.

Tambien tiene mucho gracejo lo que viene á continuacion.

........¡Mas que le da,
si se va, la perlesía!
¡Ay Dios! su desdicha lloro.
—Déjenme en mi libertad.
—Apláquenle, *que en verdad*
que es bonito como un oro.

Esto es engañar sin mentir.

¿Ordenado estaba, hermano?
Ignorélo: ya me pesa.
Perdóneme.
—Si me besa
de rodillas esta mano.
—Mortificaréme en eso.
—¡Qué nunca vista humildad!
—Si ello va á decir verdad,
á la miel me supo el beso.

Algunos apartes se encuentran en esta comedia largos en demasía, y algunas trasposiciones violentas, como la siguiente.

A Eva crió despues
Dios que á Adan, y aunque postrera,
fue (en ver la fruta) (primera)
de tan costoso interes.

Don Dionisio Solís refundió con mucho acierto esta comedia, que dividida en cinco actos se representó en el teatro de la Cruz por primera vez á 6 de mayo de 1819. Injusto seria, mencionando esta refundicion, no tributar el homenage debido al mérito de doña Antera Baus y del difunto don Juan Carretero, que tantos aplausos recibian del público madrileño siempre que desempeñaban los papeles de la beata y del dómine Berrío.

AMOR Y CELOS HACEN DISCRETOS,

COMEDIA.

PERSONAS.

MARGARITA, *duquesa de Amalfi.*
VITORIA, *su hermana.*
DON PEDRO DE CASTILLA.
CARLOS, *gran mariscal.*
RUGERO, *duque de Placencia.*
PRÓSPERO, *duque de Capua.*
ROMERO.
CRIADOS.

La escena es en Amalfi, en un salon del palacio de la duquesa. La accion se supone á principios del siglo XV.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

VITORIA. DON PEDRO.

DON PEDRO.

Ama el conde en competencia
de Próspero y de Rugero,
duque de Capua el primero
y el segundo de Placencia;
y aunque en Nápoles es Carlos
gran mariscal, como amor
es cuerdo hijo del temor,
viendo al rey patronizarlos,

intercediendo por ellos
con vuestra hermana, frecuenta
papeles, por cuya cuenta
corre su esperanza en vellos.
Lo que os ama manifiesta
el que os duda merecer:
uno vuestro llevé ayer,
y ahora os traigo la respuesta.
Perdonad al mensagero
que obedece á su señor.

VITORIA.

Sois vos solicitador
eficaz, aunque estrangero;
y el conde habrá conocido
el agrado con que leo
las cifras de su deseo,
que han por él intercedido.
Yo os confieso que un papel
bien escrito y estudiado,
ni por oscuro afectado,
ni por prolijo crüel,
es eficaz diligencia
para toda pretension.

DON PEDRO.

Si escribió á satisfaccion
el conde de vuescelencia,
vuele ya su amor gigante,
sin que temor le consuma.

VITORIA.

Es desempeño la pluma
de la lengua en el amante.
Hace poca estimacion
de su prenda quien presente
se atreve á ser elocuente,
y no muestra turbacion:
pues en fe de cuan poco ama,
si es todo amor frenesí,
quien puede estar tanto en sí,
mal podrá estar en su dama.
Mas quien por palabras muda
letras, ya por los poderes
habla en ojos bachilleres,

y calla la lengua ruda.
La ausencia puede mostrar
por escrito si es discreto;
pues no viéndola, en efeto,
está el alma en su lugar.

DON PEDRO.

Vuestra discrecion alabe
quien tenga lengua posible,
pues discreta y apacible
juntais lo tierno á lo grave.
Si el conde os envia dos
mañana, ¿leereislos?

VITORIA.

Sí,
como él los escriba ansí,
y como los traigais vos.
(*Vase don Pedro.*)

ESCENA II.

LA DUQUESA *y* PRÓSPERO, *en el fondo.*—VITORIA, *á un lado, leyendo un papel.*

PRÓSPERO.

Faltos estan de favor
mis cortos merecimientos,
y alienta mis pensamientos
Fernando, el rey mi señor,
que esta escribe á vuescelencia,
y en ella sola confia
mi pretension.

DUQUESA.

Dicha es mia
que para tal competencia
me haya dado el cielo hermana,
de tanto príncipe empleo.
Si ella admite mi deseo,
y conoce lo que gana,
señor duque, en estimaros,
sin la recomendacion

que trae vuestra pretension
tendrá ventura en amaros,
reconociéndoos por dueño,
sin que Fernando lo mande,
que es él protector muy grande
para empleo tan pequeño.
Yo, duque, la advertiré
de lo que gana en serviros.

PRÓSPERO.

Ponderalda mis suspiros,
exageralda mi fe,
decid que el alma la adora,
que en ella mi amor se emplea,
y que Capua la desea
por su duquesa y señora. (*Vase.*)

ESCENA III.

LA DUQUESA. VITORIA.

DUQUESA, *aparte.*

Si yo á Vitoria quisiera
menos, ya pudiera ser
que como hermana y muger,
envidia á su amor tuviera.
¡Hay tal instancia de amantes!

VITORIA, *aparte.*

¡Qué buena ponderacion!
¡Qué sazonado renglon!

ESCENA IV.

RUGERO.—LA DUQUESA. VITORIA.

RUGERO.

Aunque haya llegado antes,
duquesa y señora mia,
Próspero, recomendado

del rey, de quien es privado,
no por eso desconfia
mi pretension, si es que alcanza,
como es justo, á vuescelencia;
que la cordura y prudencia
consisten en la tardanza.
El gran duque de Milan
ha tomado por su cuenta
mi amor, y ampararle intenta.
¿Quién duda que suplirán
sus favores, lo que en mí
falta en méritos? En esta
mis deseos manifiesta.
(Le da una carta.)
¿Quién dudará que vencí?

DUQUESA.

Fio yo de la cordura
de mi hermana, que sabrá
conocer cuan bien le está
el no perder tal ventura.
Yo, duque, le advertiré
lo que se me encarga aquí.

RUGERO.

Interceded vos por mí,
como ofreceis, y saldré
del mar de tanto desvelo
al puerto de mi quietud.

DUQUESA.

Vereis mi solicitud
muy presto. Guardeos el cielo.
(Vase Rugero.)

ESCENA V.

—

DUQUESA. VITORIA.

DUQUESA, *aparte.*

Basta, que no hay potentado
en Italia, que no intente,
de mi hermana pretendiente,

juntar al nuestro su estado.
No sé si afirme que tengo
envidia.

VITORIA, *aparte.*

Estraña eficacia
tiene un papel, si con gracia
se escribe: yo me entretengo
en el presente de suerte,
que á su dueño amo por él.

DUQUESA.

Vitoria.

VITORIA.

De este papel
partícipe quiero hacerte,
hermana y señora mia,
porque alabes la sazon
de su autor.

DUQUESA.

En ocasion
que por amor ó porfia,
todos perdidos por tí,
buscan reyes valedores,
cuyas cartas y favores
vienen á parar en mí,
si con tanta inclinacion
su dicha el que ves concierta,
y han cerrado ya la puerta
á tu determinacion
sus letras, no será justo
alarde de estas hacer,
porque, ¿quién se ha de oponer
contra cohechos del gusto?

VITORIA.

El mio, como se rige
por el tuyo, á quién ha estado
sujeto y subordinado,
alaba, pero no elige;
que no fuera eso pagar
amor que obligarte puede
á que yo tu estado herede,
sino quererte enojar.
No hagas de lo dicho caso,

que si por esto te enojas,
mi inclinacion y estas hojas
ansi se castigan.

(*Va á romper la carta.*)

DUQUESA.

Paso,
que no lo digo por tanto,
ni como piensas me quejo;
que cuando á Amalfi te dejo
y doy á este reino espanto,
no ha de ser con tal pension,
que por voluntad agena
te desposes, si es que ordena
otra cosa tu opinion.
¿Cuyo es el papel que miras?

VITORIA.

De cierto conde que ha estado
hasta hoy desacreditado
por envidiosas mentiras.

DUQUESA.

No ha menester quien le apoye
si en tí juntamente ha hallado,
Vitoria, juez y abogado.
Vaya de discrecion.

VITORIA.

Oye.

(*Lee.*)

Compiten, señora mía,
la esperanza y el temor,
y entre ellos un ciego amor
confiado, desconfía.
Polos de su monarquía
son el uno y otro estremo;
y yo que esperando, temo
efectos de desvarios
amorosos calosfrios
sufro, pues me hielo y quemo.
La esperanza que por dueño
os adora, en rostro grave
vislumbre ve de süave
y anímase en lo risueño.
Amor con mayor empeño,

ni cobarde ni atrevido,
duda de verse admitido,
espera verse premiado,
recelalo autorizado,
y emprende lo apercibido.

DUQUESA.

¿Esto es lo tan ponderado
sutil y bien entendido?

VITORIA.

¿Luego no te ha parecido
discreto y bien sanozado?

DUQUESA.

No por cierto, mas allana
los comunes pensamientos,
de tus encarecimientos
harto indignos.

VITORIA.

¡Ay hermana!
No digas tal por tu vida,
que traes crítico el humor.

DUQUESA.

Poco debe al borrador
pluma tan bien entendida.
Lo que no se dificulta
ninguna estima merece.
¡Bajo estilo!

VITORIA.

Bien parece
que tienes el alma culta.
¿Quisieras tú que empezara
como otro que me escribió:
"El cielo hiperbolizó
amagos de su luz clara
en vuestros, de mi amor, ojos,
animado sol el uno,
norte el otro á quien Neptuno
zafíreos rindió despojos?"
Rasguélo en llegando aquí,
viendo tan desatinados
atributos estudiados,
y airada le respondí:
«La metáfora que arroja

causa á mis ojos querella,
pues si uno es sol, otro estrella,
yo, señor, seré visoja."
¿Qué querrás decir en eso?
¿No está culto este papel?

DUQUESA.

Ajústale al arancel
del estilo que profeso,
y que no sale verás
de lo comun y trillado
del vulgo desatinado.

VITORIA.

Mal contentadiza estás.
¿Es porque no ves, hermana,
sustantivos y adjetivos,
ni de atributos esquivos
echa á perder una plana?
¿Porque no metaforiza
propiedades indigestas
con un Tito Livio á cuestas,
que en romance latiniza?
¿Porque al gallo no promete
el duliman de escarlata,
y en la perdiz no retrata
coturnos de tafilete?
Anda, hermana, por tu vida,
que en dando en desencajar
vocablos de su lugar,
parecerán carne huida.

DUQUESA.

Pongamos en esto tregua
y nómbrame ese discreto,
que en lo escrito, te prometo
que parece de la legua.

VITORIA.

Mientras de él hablares mal,
decirte quién es, no es bien.

DUQUESA.

Acaba.

VITORIA.

Es el conde...

DUQUESA.

¿Quién?

VÍTORIA.

Cárlos, el gran mariscal
de Napoles.

DUQUESA.

Anda, hermana:
¿Carlos habia de saber
escribir esto?

VITORIA.

El querer
dificultades allana.

DUQUESA.

Carlos, contra la opinion
de cuantos hablan con él,
¡tan avisado papel!

VITORIA.

Suple á la conversacion
con la pluma; y cultivando
concetos, por espaciosos
discretos cuanto estudiosos,
su fama va restaurando:
no discreto de repente,
sino agudo por escrito;
que dicen que va infinito
del hablador al prudente.
Y aunque mas contra él presumas
que miras faltas y menguas,
si la fama es toda lenguas,
tambien vuela y toda es plumas,
en prueba de que se iguala
el hablar al escribir.

DUQUESA.

Pudiérasme persuadir
á que en esto se señala,
á haber dado alguna muestra
ó vislumbres de avisado,
tantas veces conversado.
¿Qué luz sus rayos no muestra
tal vez por entre junturas
de la prision que la encierra?
¿Qué disfraz sutíl destierra

retiradas hermosuras,
sin revelar el secreto
de su rústica prision?
¿O cuándo en conversacion
no dió señal un discreto?
Estálo ese papel mucho.
No ha sido Cárlos su autor.

VITORIA.

Presto has mudado de humor.
Ya rigurosa te escucho
condenar su estilo bajo,
su humilde modo de hablar,
y ya te obliga á dudar
si es de Cárlos.

DUQUESA.

Le aventajo
asombrada, te prometo,
despues que afirmas ser él
el que escribió este papel,
porque en unos es discreto
lo que en otros no es de estima.
Un mecánico oficial,
confesando natural,
hizo comedias; que anima
bajezas tal vez Apolo:
no eran las comedias buenas,
pues de disparates llenas,
á otro las silvaran; solo
ver que un herrador osase,
desde los pies del Pegaso,
coronarse en el Parnaso,
y que á sus musas clavase,
causar pudo admiracion;
que aunque reido y importuno,
lo que es vituperio en uno,
en otro es estimacion.
Hámela Cárlos causado;
que no lo creyera de él;
pero déjame el papel
que conmigo le ha abonado:
repasaréle entre tanto
que á tí admiracion te dan

esta que es del de Milan,
y estotra del rey: pues tanto
(*Le da las cartas.*)
potentado te apetece,
que ya me cansa escucharlos.
Mas responderé (pues Cárlos
es solo quien te merece)
que en tu gusto comprometo
el mio; aunque has elegido
en canto llano un marido,
solo para tí discreto.

VITORIA.

¿Yo sin tu consentimiento
elegir? Aqueso no;
proponer sí.

DUQUESA.

Quiero yo,
dándote esposo á contento,
escusar las maldiciones,
gages que quién casa tira.
Esos dos papeles mira,
y responde á sus razones,
mientras yo estotras pondero.

VITORIA.

Si grata atencion les das,
en cada una hallarás
disculpas de lo que quiero. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LA DUQUESA.

Teníale á Cárlos yo
por rico, por generoso,
por galan y por curioso;
pero por discreto no.
Mas en el papel presente
prueba que á satisfaccion
de su fallida opinion,
bien escribe, quien bien siente.

La llaneza del decir
el alma de sus deseos,
sin los intrusos rodeos
que otros usan escribir,
de suerte me aficionó,
que si se le desdoré,
sospecho que envidia fue,
que satisfacerle no.
¡Que tan acertado escriba
quien jamas halló razon
cuerda en la conversacion,
adonde el crédito estriba!
La esperiencia le ha enseñado.
Ella es gracia diferente:
no hay poeta de repente
que escriba bien de pensado.
No hubiera mas que pedir,
si Cárlos pudiera hallar
borradores para hablar,
como los hay de escribir.

ESCENA VII.

ROMERO.—LA DUQUESA.

ROMERO.

(*Sin ver á la duquesa.*)
No hay poder darle un alcance.
Una hora há que le perdí.

DUQUESA.

¡Hola! ¿qué buscais aquí?

ROMERO.

(*Aparte.* No me descontenta el lance.)
Yo, señora, ando perdido,
despues que salí de España,
por otro que lo está mas,
á quien á oriente y á ocaso
le acompaño paso á paso,
ya delante ó ya detras.
Entró á dar cierto papel,

esperéle en el zaguan,
las dos los relojes dan,
sin dar mi dicha con él.
Dejo boca abajo un potro,
y sin podernos topar,
venimos los dos á andar
como un virote (1) tras otro.

DUQUESA.

Y era el papel ¿para quién?

ROMERO.

Hay en Amalfi una dama,
por cuyo amor anda en brama
todo hombre que quiere bien.
(Hablo á fuer de cazador.)
Mira con rostro risueño
la tal dama á nuestro dueño,
y espera de este favor
ganarles la palmatoria,
porque afirma la doncella
que casándose con ella,
le han de hacer de la Vitoria.

DUQUESA.

¿Vitoria es la pretendida?
Será el papel, segun eso,
del gran mariscal.

ROMERO.

Esceso
es lo que de él es querida.

DUQUESA.

¿Y vos le servís?

ROMERO.

Me ha dado
cargo reduplicativo.
Soy desde que con él vivo,
criado de su criado.

DUQUESA.

No teneis vos mal humor.

ROMERO.

Tengo una fuente, y así

---

(1) *Jaque* y tambien *pisaverde*.

sé va el malo por allí.

DUQUESA.

¿Y quién es vuestro señor?

ROMERO.

Un don Pedro de Castilla,
en la patria burgales,
en la cólera frances,
y en las gracias maravilla
de todos sus concurrentes.
Con él á veces desmedro,
puesto que del rey don Pedro
proceden sus ascendientes.
Mas ¿qué importa sangre real,
si pobreza y travesuras
de juegos y de hermosuras
le humillan al mariscal?

DUQUESA.

Será el don Pedro discreto,
pues le hizo su secretario.

ROMERO,

Mas sabe que un boticario;
y es de suerte, la prometo
á vuesa..... ¿cómo se llama?
¿Escelencia ó vusoría?

DUQUESA.

¿Importa al caso?

ROMERO.

Querria
Saber con quien hablo.

DUQUESA.

Dama
soy de la duquesa.

ROMERO.

Bien.
Es mi dueño tan discreto,
que la fiara un secreto,
si fuera dama de bien.

DUQUESA, *aparte.*

De este criado despacio
me informaré, que estos dias
son tapa-bellaquerías
verdugados de palacio.

ROMERO.

Mas venga acá: ¿es de callar
cierta especie de traicion
que obliga á restitucion,
sin poderse remediar
despues de hecho el daño?

DUQUESA.

Fuera
haceros culpado á vos.

ROMERO.

Hablemos ¡cuerpo de Dios!
y salga la maula fuera.
Si un novio engañar quisiera,
fingiéndose caudaloso,
galan, sabio y generoso,
á una novia, y este fuera
todo al contrario; y llegase
con las galas de alquiler
á la inocente muger,
y en fe de esto le adorase;
y admitidas norabuenas,
para ser enhoramalas,
restituyendo las galas
estelionatas y agenas,
cayéndosele en el suelo
un ojo, huésped de plata,
se advirtiese que desata
el dicho sobre un pañuelo
dos procesiones de dientes,
(digo dientes titulares)
que presos como alamares
sustituyen los ausentes;
al desnudar pantorrillas
las hallase de algodon,
y el peto con el jubon
supiese igualar costillas
y estevaciones del pecho;
descubriendo el tal Macías
un alma entre dos bacías,
y á tortuga antes derecho;
¿no era forzoso que á engaño
la tal dama se llamase,

y que afligida llorase
tan mal prevenido daño?
¿Con qué amor diera los brazos,
la pobreta, toda queja,
á este marido corneja
de máquinas y retazos?—
¿Qué dice?

DUQUESA.

La esplicacion
esperò, que me habeis dado
notable gusto. ¡Salado
donaire!

ROMERO.

Soy un jamon.
Mas si ejemplos desta historia
la agradan, oiga aplicarlos.
Pretende importuno Carlos
á la señora Vitoria....
Mas dígame ¿en qué opinion
hasta agora le han tenido?

DUQUESA.

De algo material.

ROMERO.

Ha sido
su antípoda Salomon.
Pues advierta que su dama,
despues acá que recibe
los papeles que le escribe,
Paulo Manucio le llama.
Y es grande bellaquería
que intente aliviar sus penas
Carlos con gracias agenas.

DUQUESA.

¿Cómo?

ROMERO.

¡Pues no es bobería
que escribiéndola por él
mi dueño, (va de secreto)
se levante por discreto,
y le autorice un papel?
¿No es terrible mentecato
el que á un poeta se llega,

y que le pinte le ruega
en un soneto el retrato
de su dama, si ella sabe
que en su vida versos hizo?
Ven acá, amante mestizo,
¿cómo quieres que te alabe
y estime tu prenda ansí?
El soneto, pecador,
mas es solicitador
del poeta que de tí;
pues siendo tú su tercero,
claro está, que ha de querer
mas al que lo sabe hacer,
que al bobo del mensagero.
En llegando aquí, señora,
me despulso.

DUQUESA.

¡Hay cosa igual!
¿Que no son del mariscal
los papeles?

ROMERO.

¿Eso ignora?
Son suyos porque los paga,
como el paño al mercader.

DUQUESA.

(*Aparte.* Bien facil es de creer.
Mi hermana se satisfaga,
que ya yo lo estoy. No en vano
lo dificultaba yo.)
¿Que en fin se los escribió
vuestro dueño?

ROMERO.

Es escribano,
poeta, pintor, platero,
y hasta albardas sabe hacer;
solo no alcanza á saber
tener dicha, ni dinero.
Mas este es que viene aquí.
Señora mia, chiton,
que peligra la racion,
si sabe que me escurrí.

ESCENA VIII.

DON PEDRO.—LA DUQUESA. ROMERO.

DON PEDRO.

¡Ah Romero, ah Romerillo!
Quita, aparta, necio. ¿Sabes
con quien hablas?

ROMERO.

Cosas graves
tratamos: si has de reñillo
todo aquí, no seas prolijo,
que siempre estás de pendencia.

DON PEDRO.

No haga caso vuescelencia....

ROMERO, *aparte.*

¡Mal año! Escelencia dijo.

DON PEDRO.

De este necio, que es un loco.

ROMERO.

Ha de andar proporcionado
el señor con el criado.
Cada cual tiene su poco
de barreno.

DUQUESA, *á don Pedro.*

¿Servís vos
al gran mariscal?

DON PEDRO.

Deseo
saber servirle.

ROMERO.

El rodeo.
Con él estamos los dos,
como dije á vuescelencia,
despues que nos recibió;
él inmediato; mas yo
á segunda consecuencia.
¿Qué miras? Ya me voy.

DON PEDRO, *enojado.*

¡Ea!

ROMERO.

Todo lo sufre el gracejo.
(*Aparte á su amo.*)
Baja presto; y pues te dejo
en buen punto, brujulea. (*Vase.*)

ESCENA IX.

LA DUQUESA.—DON PEDRO.

DUQUESA.

¿Qué cargo ocupais con él?

DON PEDRO.

Soy su secretario.

DUQUESA.

¡Ah! ¡sí!
¿Vos sois...? No ha mucho que oí
de Carlos cierto papel,
que aunque en estilo algo llano,
de bachiller presumia.

DON PEDRO.

Esos de nadie los fia:
suya es la nota y la mano;
que el cargo que yo ejercito
nunca tanto mereció.

DUQUESA.

Pues acaso ¿os digo yo
que sois vos el que lo ha escrito?

DON PEDRO.

Juzgo que lo suponeis
de lo que ahora inferís.

DUQUESA.

No sois vos quien lo escribís,
pero sois quien lo tracis.

DON PEDRO.

Quien sirve, señora mia,
á todo se ha de aplicar.

DUQUESA.

España suele mandar
á Nápoles, y seria
culpa en vos el deslucir
créditos de su valor,
con traza para señor,
mejor que para servir.
Hombre que es tan bien nacido,
mal su nobleza empleó.

DON PEDRO.

¿Pues quién de mí os informó?

DUQUESA.

Quien os habrá conocido.
Y aunque os vende por discreto,
dudo teneros por tal,
criado del mariscal,
y del rey don Pedro nieto.

DON PEDRO.

Heredé con sus desgracias
su envidia y persecucion,
que en el desdichado son
deslucimientos las gracias.
Mas dóiselas al que os dijo
lo que yo no sé negar,
puesto que pensé engañar
al hado siempre prolijo,
encubierto de esta suerte,
y deslumbrar poderosos,
que me buscan, deseosos
de su venganza y mi muerte.

DUQUESA.

Donde hay venganza hay agravio.
¡No fuérades vos travieso!

DON PEDRO.

¿Yo?

DUQUESA.

Vos.

DON PEDRO.

Que lo fuí confieso;
mas con amor ¿quién es sabio?

DUQUESA.

¿Que amante y todo habeis sido?

DON PEDRO.

Pues yo ¿soy de bronce?

DUQUESA.

No.
¿Mas tengo obligacion yo
de saber que habeis querido?

DON PEDRO.

Quise en Castilla á una dama....

DUQUESA.

¿Luego ya no la quereis?

DON PEDRO.

Adórola, aunque me veis
desacreditar mi fama,
sirviendo, por su ocasion,
de mi patria desterrado.

DUQUESA.

¡Ausente y enamorado!
¡Qué notable confusion!

DON PEDRO.

Tiene muchas su belleza,
que atormentan mi memoria.

DUQUESA.

¿Quereis contarme la historia
que abona vuestra firmeza?

DON PEDRO.

¿Yo, señora? Pues ¿tan necio
habia de ser y atrevido,
que una vez que habeis querido
hacer de mi dicha aprecio,
dándome apacible audiencia,
habia de pretender
alarde enfadoso hacer
de mi amor á vuescelencia?

DUQUESA.

Como me lo habeis propuesto,
creílo.

DON PEDRO.

No soy tan loco;
pero hablando poco á poco,
nos hemos metido en esto.
Dejémoslo, si os parece,

DUQUESA.

Por mí, daldo por dejado.
En fin, de Carlos criado,
¿os manda y os obedece?

DON PEDRO.

¿Me obedece á mí?

DUQUESA.

¿Pues no?
Quién señor de sus afetos
os hizo, y en sus secretos
el mejor lugar os dió,
mas está á vuestro servicio,
que al suyo vos, secretario.

DON PEDRO.

Fíame lo necesario
perteneciente á mi oficio,
porque para lo demas
há poco que estoy con él.

DUQUESA.

No estaba necio el papel,
ni creyera yo jamás,
á no leerle, que fuera
el mariscal para tanto.

DON PEDRO.

Amor, prodigioso encanto,
saca de un alma grosera
sutilezas semejantes:
cuanto y mas, que no sé yo
por qué esa opinion cobró
el mariscal.

DUQUESA.

Los amantes
teneis ingenios divinos;
mas aunque volvais por él,
yo sé que escribió el papel
con ayuda de vecinos.

DON PEDRO.

Puede ser, pues vos, señora,
lo afirmais; mas yo no creo
que declare su deseo,
quien de veras se enamora,
por mano agena; ni Carlos

ignorará el escribirlos,
que es necesario sentirlos
para saber esplicarlos.
A la letra me remito,
que es suya, y él la escribió.

DUQUESA.

Pues acaso ¿os digo yo
que sois vos el que lo ha escrito?

DON PEDRO.

No lo decís; mas por Dios,
que mas lo afirmais ansí.

DUQUESA.

¿Mas? ¿pues impórtame á mí
que Carlos lo escriba, ó vos?

DON PEDRO.

¿Qué sé yo?

DUQUESA.

¡Qué buenos ratos
la ausente dama tendria
con los vuestros cada dia!

DON PEDRO.

Dábaselos tan baratos
y frecuentes mi ignorancia,
que en fin los desestimó.

DUQUESA.

Siempre los precios bajó
de mas valor la abundancia.
Pues ¡qué! ¿mudóse?

DON PEDRO.

No está
nunca en mar la nave firme.

DUQUESA.

Vos os morís por decirme
esa historia. Acabad ya.

DON PEDRO.

¿Yo, señora?

DUQUESA.

Vos, que amantes
y poetas se atormentan
á versos, porque se cuentan
sus desvelos por instantes.

DON PEDRO.

Pues yo no intento....

DUQUESA.

Acabad:
decidme quien sois tambien.

DON PEDRO.

Importa encubrirme.

DUQUESA.

Bien.
Aquí lo estais: comenzad.

DON PEDRO.

Por daros gusto....

DUQUESA.

Los dos
le tendremos: en saber
yo, que soy al fin muger,
y por contármelo, vos.

DON PEDRO.

En Burgos que es patria mia....

DUQUESA.

Ya lo sé.

DON PEDRO.

¿Vos lo sabeis?

DUQUESA.

Ya lo sé; pues ¿qué quereis?

DON PEDRO.

¿Quién os lo dijo?

DUQUESA.

Seria
quien os conoce. Decid.

DON PEDRO.

¿Vos tan curiosa en saber
mis cosas?

DUQUESA.

Si soy muger,
¿qué os admira? Proseguid.

DON PEDRO.

(*Aparte.* ¿Qué es aquesto?) En Burgos pues,
corte entonces de Castilla,
gozaba Enrique la silla,
el tercero, de quien es
hijo don Juan el segundo,

y agora empieza á reinar,
cuando me engolfé en el mar
de amor, inmenso y profundo.

DUQUESA.

¡Válgame Dios! Y seria
vuestro amor considerable,
pues como caso notable,
le señalais año y dia.

DON PEDRO.

Tienen principio de aquí
mis desdichas, no os espante.

DUQUESA.

Vaya el suceso adelante.

DON PEDRO.

En resolucion, serví
una dama....

DUQUESA.

¿Gran belleza?

DON PEDRO.

Réditos le paga el sol.

DUQUESA.

No sois cortés, español,
ni luce en vos la nobleza.

DON PEDRO.

Pues ¿enojáisos, señora?

DUQUESA.

Quien delante de una dama,
sin hacerle salva, llama
á otra hermosa, ó ignora
las leyes de cortesano,
ó de agraviarla se precia.

DON PEDRO.

Mi inadvertencia fue necia.

DUQUESA.

No me espanto, que es en vano
pretender que.... Todo está,
quien refiere enamorado
sus naufragios, elevado
en su dama: claro está.
Yo os perdono; proseguid.

DON PEDRO, *aparte.*

¡Qué muger es esta, cielos!

DUQUESA.

Vaya de amor y de celos.

DON PEDRO.

Vino de Valladolid
á la corte un caballero,
del rey tan favorecido,
que por él desvanecido,
aunque mi amigo primero,
(y tanto, que en confianza
de sus prendas y valor,
le dí parte de mi amor)
se valió de su privanza
para conquistar con ella
mi dama, que interesable,
le favoreció mudable.

DUQUESA.

Todo el poder lo atropella.

DON PEDRO.

Disimulaban conmigo
los dos amor y amistad,
fingiendo ella voluntad,
como él finezas de amigo;
y remitiendo al secreto
el logro de sus amores,
fueron tantos los favores,
que celoso ó indiscreto,
vino á alcanzar que le diese
cuantos papeles tenia
mios. Encontréle un dia
leyendo, sin que me viese,
uno, que fue, si me acuerdo,
el segundo que admitió.

DUQUESA.

En ese jurara yo
que entró el ingenio en acuerdo,
y que ostentando finezas,
hizo vistas el amor
de todo el aparador
de conceptos y agudezas.

DON PEDRO.

No tiene muchos el mio;
pero sé que fue estimado,

admitido y ponderado.

DUQUESA.

Sí seria; yo lo fio.
¿Haos quedado en la memoria
alguna cláusula de él?

DON PEDRO.

No es, señora, este papel
de novelas, que en la historia
que uno cuenta los refiere,
prosa ó verso, sin perder,
ya sea hombre ó ya muger,
letra ni tilde.

DUQUESA.

Y si hiciere
yo relacion verdadera
de ese papel, ¿qué direis?

DON PEDRO.

¡Vos! ¿de qué modo podeis?

DUQUESA.

¡Válgame Dios!

DON PEDRO.

Es quimera.

DUQUESA.

Apostad que su tenor
de aquesta suerte decia:
"Compiten, señora mia,
la esperanza y el temor...."

DON PEDRO.

Eso escribe el mariscal
á vuestra hermana.

DUQUESA.

¿Escribió?
Decid que lo trasladó
de estrangero original.

DON PEDRO.

Puede ser, pero no mio.

DUQUESA.

¿Pues de dónde sabeis vos,
si no os entendeis los dos,
(el negarlo es desvarío)
que empezaba así el papel
que vos á mi hermana dísteis?
¿Veis como vos le escribisteis?

DON PEDRO.

Dióme Carlos parte de él,
despues de haberle notado;
mas de eso no colijais
que yo le escribo.

DUQUESA.

Mostrais
quilates de un fiel criado;
pero advertid que mi hermana,
ya que á Carlos favorece,
no sepa esto, pues si crece
su amor, será cosa llana
que gozará, si es leal,
el premio de su cuidado,
no el dueño de este traslado,
sino el del original. (*Vase.*)

ESCENA X.

—

DON PEDRO.

¿Qué querrá decir en esto?
Vive Dios, que esta muger
exámenes quiere hacer
de mi amor. Hame propuesto
tantas dudas, que dispuesto
á imaginaciones nuevas,
niño amor, cuando te atrevas
á cosas sin proporcion,
no tengo yo condicion
para sufrir muchas pruebas.
"¡Que gozará, si es leal,
el premio de su cuidado,
no el dueño de este traslado
sino el del original!"
No me quiere á mí muy mal
quien esperanzas esconde,
y en misterios me responde
á la primer vista ansí.—
Que yo el papel escribí

supo. ¿Pues de quién, ó donde?
Porque Vitoria no sabe
quien soy, ni Carlos tampoco.
Vive el cielo, que estoy loco.
Muger tan discreta y grave,
cuya libertad con llave
jamás abrió puerta á amor,
¡tan curiosa en mi favor!
Despacio, prolijo encanto,
que no es necesario tanto
para un buen entendedor.

ESCENA XI.

VITORIA. CARLOS. ROMERO.—DON PEDRO.

CARLOS.

Prométole á vuescelencia
que la quiero tanto, tanto....

ROMERO, *aparte.*

¡Con la turbacion que empieza!

CARLOS.

Dígalo mi secretario.

VITORIA.

Guardad, señor mariscal,
testigos tan abonados
para incrédulas envidias
que pretenden desdoraros;
que para conmigo, os juro,
que estais tan acreditado,
como dirán los papeles
que tengo vuestros, y paso
por ellos cada momento
los ojos y el gusto, hallando
cada vez mas que admirar:
que yo jamás hice caso
de hipérboles habladores,
que sin sentir los cuidados
que encarecen, se acreditan.

ROMERO, *aparte.*
Tiene amor sus papagayos
VITORIA.
Como es potencia del alma
la voluntad, y esta ha dado
en el discreto sus veces
al entendimiento, es claro
que con sosegado estudio
discurriendo y meditando,
habla del modo que piensa,
mejor cuanto mas despacio.
Conversables elocuencias,
tan copiosas de vocablos
que parecen calepinos,
sospecho yo, y no me engaño,
que con la facilidad
que se enamoran hablando,
se olvidan aborreciendo.
Mas vale amor asentado,
que no el que solo en la lengua
encarecen cortesanos.
DON PEDRO.
¡Qué divino entendimiento!
VITORIA.
Pensamientos estudiados,
en borradores escritos,
son de los que yo me pago.
Dadme pensamientos vos,
y no receleis contrarios.
CARLOS.
Ocupan vuestras memorias
mis pensamientos turbados.
Tanto, señora, os estimo,
que anoche de ellos cercado,
un sueño pudo matarme.
Dígalo mi secretario.
ROMERO, *á don Pedro.*
Él no sabe hablar sin tí.
VITORIA, *á don Pedro.*
¿Qué decís vos?
DON PEDRO.
Que no es falso

lo que de su sueño afirma,
porque como os quiere tanto,
y teme competidores,
soñó anoche alborotado
que os robaba el de Placencia;
y por vengar vuestro agravio,
tomó la espada desnuda,
y á no atajarle los pasos
yo que en su cámara duermo,
le sucediera algun daño.
Con tanto estremo os adora.
¿No es mucho quereros tanto?

VITORIA.

Quien durmiendo tiene celos,
despierto será un milagro
de amor; que el sueño es pintura
que solo copia retratos.
Mucho debeis de querer.

CARLOS.

Los estremos que yo hago
despues que vi esa belleza....
Dígalo mi secretario.

VITORIA.

(*Aparte.* ¡Que hable un hombre de esta suerte
tan discreto y avisado
en lo que escribe! No sé
si lo crea: ¡estraño caso!
Su presencia me enamora;
en Nápoles es su estado,
despues del rey el primero;
sus papeles, ajustados
á mi gusto, llevanmé
la inclinacion.) Ahora, Carlos,
no sois el primero vos
que acostumbrais á turbaros
delante de otros respetos;
que yo sé de un gran soldado
y gran poeta, que siempre
que hablaba al rey, olvidando
lo que estudiado traia
en orden á sus despachos,
daba con sus desaciertos

admiracion á los sabios,
descrédito á sus papeles,
y que reir al palacio.
Mas diréos yo como el rey,
que despues de sosegaros,
me consulteis por escrito.

CARLOS.

Dejaisme muy obligado.

VITORIA.

Pues para que mas lo esteis,
con aquesta pluma pago
pensamientos de la vuestra.
(*Quítase una pluma del tocado y se la ofrece.*)

CARLOS.

Tomadla, hola, secretario.

DON PEDRO.

¡Jesus! Vuescelencia llegue,
y besándole la mano,
encarezca este favor.

CARLOS.

Estoy de veras turbado, (*Tomándola.*)
señora, con tanta luz,
y..... y.... y....

VITORIA.

Conde, quedaos. (*Vase.*)

ESCENA XII.

CARLOS.—DON PEDRO.—ROMERO.

CARLOS.

La he de sacar hoy....

ROMERO, *aparte.*

¡Qué bestia!

CARLOS.

Sobre la crin de mi bayo.

DON PEDRO.

¿Qué decís, señor?

CARLOS.

¿Pues dónde?

DON PEDRO.

En la gorra.

CARLOS.

Bien pensado.
Pues pondréla luego.

ROMERO.

¿A quién?

CARLOS.

Dígalo mi secretario.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

LA DUQUESA.

Amor, este hombre ha venido
para ruïna total
de mi quietud natural,
de la paz de mi sentido.
Yo he perdido
cuantos propósitos buenos
gozaba en tiempos serenos
el sosiego de mi dicha.
¡Qué desdicha!
¡Por ser mas, venir á menos!
No pensaba yo emplearos,
descuidada libertad,
en agena voluntad.
¡Qué mal supisteis lograros
por gozaros!
Sin la enfadosa pension
del tálamo, confusion
de tanta quietud perdida,
libre vida
descansaba mi opinion.
Tercero del mariscal
es este español crüel;
hechizóme en un papel,
de su discrecion caudal.
Sangre real
le ilustra, en Castilla adora,
aquí escribe y enamora,
¿y qué sé yo
si en nombre ageno terció

lo que en nombre suyo ahora?
Celos en Castilla ausentes,
y celos padezco aquí:
estos son los que temí;
que en fin son celos presentes.
Si imprudentes
me atormentan ¿qué he de hacer?
Viviendo en tal padecer,
¿qué paciencia ha de bastar
para callar
celosa, amante y muger?

ESCENA II.

ROMERO.—LA DUQUESA.

ROMERO, *creyéndose solo.*
Buenas albricias me mando,
si de quién sospecho son.

DUQUESA.
¡Hola!

ROMERO.
¿Toca á estremauncion?
¿Anda en palacio oleando?

DUQUESA.
¿Qué buscais?

ROMERO.
¿No me conoce
vuescelencia?

DUQUESA.
¡Ah! sí: no habia
reparado en vos.

ROMERO.
Podia
acordarse, así se goce,
del soldado que le dijo
las gracias del mariscal.

DUQUESA.
¿Sois muy secreto?

ROMERO.
¡Y que tal!

Siempre que lo soy, me aflijo.

DUQUESA.

¿Dónde está vuestro señor?

ROMERO.

Eso es lo que yo quisiera
saber, para que me diera
albricias, si las da amor.

DUQUESA.

¡Albricias! ¿De qué?

ROMERO.

Este pliego,
nuevo caballo de Troya,
promete vestido ó joya.

DUQUESA.

¿Es de Castilla?

ROMERO.

Si llego
á pesarle, es de su dama.

DUQUESA.

¿Cómo?

ROMERO.

Aunque el sobre es prototo,
pesa poco, y de mi voto,
no pesa amor, porque es llama.

DUQUESA.

¿Filósofo?

ROMERO.

Aunque ratero,
como Romero me llamo,
tengo, segun dice mi amo,
las virtudes del romero,
y debe entre ellas entrar
esta tambien.

DUQUESA.

Pues ¿se escriben
los dos?

ROMERO.

Como ausentes viven,
sus almas suelen andar
de ceca en meca, corriendo
la posta, al ir y venir.
Debió mi amo de escribir

luego que llegó, y cogiendo
la carta de buen talante
á la dama, le responde.

DUQUESA.

Si en los dos se corresponde
amor, y pasa adelante
sin entibiarle la ausencia,
injustas quejas ha dado
vuestro dueño de olvidado.

ROMERO.

¿Luego ha dicho á vuescelencia
su historia?

DUQUESA.

Me la contó
á pausas, como sangría.

ROMERO.

¡Bueno, por Dios! Y queria
que por tragármela yo,
rebentase de opilado.

DUQUESA.

No os deis vos por entendido
de que por él lo he sabido.

ROMERO.

No haré, aunque estoy enojado.

DUQUESA.

El porte os quiero pagar
(*Tomándole la carta.*)
de este pliego.

ROMERO.

¿Para qué?

DUQUESA.

Si es tan discreta veré,
que se merezca igualar
esta carta á las que escribe
por Carlos vuestro señor.

ROMERO.

¡Oh! ¡bonita es la Leonor!
Mejor vuelve que recibe.
Mas habla que un papagayo.
Túvola una tia vieja
en las Huelgas á una reja
un año, de mayo á mayo,

y salió brava picuda.

DUQUESA.

Eso quiero yo saber;
pero habeisme de tener
secreto.

ROMERO.

¿Yo?

DUQUESA.

Vos.

ROMERO.

¡Sin duda!
Venga acá; pues no he podido
sufrir medio mes cabal
defectos del mariscal,
discreto sustituido;
ni en las cartas que á mi dueño
desde Burgos le envió
quien aquí le desterró;
no sé callar cuando sueño,
pues cuento cuanto me pasa
con las damas cada dia,
tanto que nadie se fia
de mí en toda vuestra casa,
¿y quiere hacer vuescelencia
en mí ese milagro ahora?

DUQUESA.

Yo he de hacerle.

ROMERO.

Si es dotora,
y hay para aquesta dolencia
cura, recete.

DUQUESA.

Sí haré.
Yo os libro en mi tesorero
cada dia.....

ROMERO.

Si es dinero,
divino récipe fue.

DUQUESA.

Un doblon, con condicion
que el dia que no calleis,
los mismos palos lleveis

que blancas tiene un doblon.

ROMERO.

(*Aparte.* ¡Puto Miguel!) Cuantas blancas
tiene un doblon, sumaré.
Espere, y la cuenta haré.
(*Aparte.* Las manos le queden mancas
al crüel ejecutor.)
Un doblon, veinte y seis reales.
Cuatro veces seis.... cabales,
ochocientos (¡linda flor
de carrasco!) y mas, ochenta
y cuatro maravedís.

DUQUESA.

Si otros tantos añadís,
serán....

ROMERO.

Sacada la cuenta,
mil setecientos, y mas
sesenta y ocho, las blancas.
¡Fuego de Dios, y qué francas
dádivas, señora, das!
¡Por un secreto parido,
mil setecientos sesenta
y ocho palos! ¡Mala cuenta!
Abernuncio del partido.
Desdoblone vuescelencia.

DUQUESA.

Esto ha de cumplirse ansí:
acabemos.

ROMERO.

¡Ay de mí!
Yo quedaré en quinta esencia
de romero, á la ocasion
primera. ¡Crueldad civil!
¡Sesenta palos tras mil!

DUQUESA.

Acudid por el doblon
desde luego, y para porte
este bolsillo tomad.

(*Le da un bolsillo.*)

ROMERO.

Si he de callar, recetad

una gaita (1) que reporte
el mal que ya me provoca
esta negra opilacion:
saldrá siquiera á traicion,
pues no puede por la boca.

DUQUESA.

Andad, que con tal receta
no os hará el secreto daño.

ROMERO, *aparte.*

¿A mí mil palos? ¡Mal año!
Que los lleve una carreta. (*Vase.*)

ESCENA III.

LA DUQUESA.

Basta, que empieza en azares
el juego de nuestro amor.
Si es infernal su rigor,
¿qué serán celos á pares?
Los unos trae el correo,
los otros caseros son:
¡estremada provision
para venir de acarreo!
Veamos el desengaño
que adivinan mis temores.
¡Ah celos registradores!
¡siempre buscais vuestro daño!
(*Abre la carta.*)
Un retrato viene dentro.
¡Bello rostro de muger!
¿Quién duda que he de perder,
si es azar aqueste encuentro?
¡Digno empleo de español!
¡Logro hermoso de los cielos!
Pero mírola con celos:
aventajaréla al sol.
Leamos ahora sin miedo,
que pues en mi poder se halla,

(1) Ayuda.

en estátua he de quemalla,
ya que en persona no puedo.

(Lee.) *Amor, agravio y ausencia, conjurados contra mi sosiego, fueron tan solícitos, que se informaron del camino que hicistes, desde la noche que en agravio de la amistad de D. Vela, á él lo herísteis, y á mí me desacreditastes. Murió inocente: el rey os busca airado; promete aplacalle la reina su madre, vuestra prima. Ese retrato lleva trasladado el rostro, y la seguridad de vuestra sospecha; tratalde bien, que es huesped, y respondedme, aunque sean injurias, que á la molesta privacion de vuestras cartas, es único remedio de ausencias penosas. El cielo os desengañe. Dios os guarde, &c.= Doña Leonor de Castro.*

Celos, ya estais declarados.
En vano son resistencias
donde sobran competencias
y multiplican cuidados.
Propósitos mal logrados,
si os engaña
un nieto del rey de España,
¿qué os lastima?
A su reina llama prima:
contra celos,
coronas, amor, desvelos,
¿qué valor será de estima?
Remedia con su retrato
ausencias doña Leonor:
muerto su competidor,
no será don Pedro ingrato.
Si la industria y el recato
no procura
alejar de su hermosura
valedores,
con tales despertadores,
¿de qué sueño
no resucitará el dueño
de su gusto y mis temores?
Si despierta, ¿quién podrá
contra memoria celosa
de española tan hermosa

oponerse? Claro está
que es locura. Si se va,
su mudanza
dará muerte á mi esperanza.
Resistirse,
si se queda, es prevenirse
á tormentos:
¿qué haremos pues, pensamientos,
entre el quedar y el partirse?

ESCENA IV.

DON PEDRO.—LA DUQUESA.

DON PEDRO.

(*Sin ver á la duquesa.*)
Sofísticos pensamientos,
imposibles pretendeis:
mejor será que troqueis
desdichas por escarmientos.
No permitais lo que ignora
la desdicha que me humilla.

DUQUESA.

¿Es don Pedro de Castilla?
¿Dónde tan triste?

DON PEDRO.

¡Oh señora!
Esta memoria tirana
me causa penas crüeles.

DUQUESA.

¿Proseguireis los papeles
de Carlos para mi hermana?

DON PEDRO.

Como gusta de admitirlos,
y por ellos medra Carlos,
gusto yo tambien de darlos.

DUQUESA.

¿Y no direis de escribirlos?

DON PEDRO.

Si vuescelencia da en eso,
puesto que es en mi favor,

descréditos de su amor
padecerá quien confieso
que se desvela por dar
muestras que en su pluma alega
lo que la lengua le niega.

DUQUESA.

En esto del desvelar
estareis muy diestro vos.

DON PEDRO.

De ordinario un desdichado
anda triste y desvelado,
que es verdugo amor, si es Dios.

DUQUESA.

Y es doña Leonor de Castro
puesto que falsa, tan bella,
que comparado con ella
es ébano el alabastro.

DON PEDRO.

Vive Dios, señora mia,
que á poderse sospechar
cosas de vos, que á dudar
obligan mi fantasía,
que jurara que teneis....

DUQUESA.

¿Familiar, quereis decir?

DON PEDRO.

No me atrevo á presumir
tanto; ¿mas cómo sabeis
cosas de mí tan ocultas,
y tan distantes de aquí?

DUQUESA.

¿Qué sabeis vos si aprendí
á hacer mágicas consultas?

DON PEDRO.

¡Vos de mí tan cuidadosa,
que aun el nombre hayais sabido
de mi dama!

DUQUESA.

Y he tenido
noticia de cuan hermosa
y discreta es la Leonor,
á cuya alabanza asisto.

Y aun si os digo que la he visto,
no mentiré.

DON PEDRO.

¿Vos?

DUQUESA.

Su amor
no es tan firme como el vuestro.

DON PEDRO.

Es luna, y ya amor es mar.

DUQUESA.

Diréislo por el lunar
que tiene en el lado diestro
de la cara.

DON PEDRO, *aparte.*

¿Es hechicera,
cielos, aquesta muger?

DUQUESA.

Lunar es, que puede ser
estrella en la octava esfera.
¿No lo sentís vos ansí?

DON PEDRO.

Señora, lo que yo siento
son prodigios de un portento,
que me ha de sacar de mí.

DUQUESA.

Cabos negros, aguileña,
un poco grande de boca,
dientes de cristal de roca,
la frente algo mas pequeña
que pide la proporcion
de la cara, bien pobladas
las manos, aunque alentadas
del misterioso jabon....
Y discreta sobre todo,
que es alma de la hermosura.

DON PEDRO.

Si verme loco procura
vuescelencia, de ese modo
podrá, si no se declara,
salir con su pretension.

DUQUESA.

A su comunicacion

yo, don Pedro, os ayudara,
porque somos muy amigas,
aunque á Amalfi la trujera,
y mi estado repartiera
entre los dos; mas fatigas
imposibles de remedio,
¿quién las ha de socorrer?
Doña Leonor es muger
de don Vela: ved ¿qué medio
en esto se puede dar?
Herido quedó de muerte;
pero el amor que divierte
peligros que remediar
no puede la medicina,
salud en breve le dió;
su rey los apadrinó;
y aunque doña Catalina,
prima vuestra, y reina hermosa,
el modo toma á su cuenta
de aplacar á un hijo, intenta
la venganza rigurosa
que despache contra vos
justicias y embajadores.
Mucho pueden los rigores
reales: son como Dios.
Y aunque aquí estais muy seguro,
quisiera hallar otra traza
para el mal que os amenaza,
para la paz que os procuro.
Yo os he visto aficionado
á mi hermana, en vuestra mengua;
que lo que niega la lengua,
los ojos lo han publicado.

DON PEDRO.

Engáñase vuescelencia.

DUQUESA.

Luego ¿no la quereis bien?

DON PEDRO.

Quiérola bien, como quien
es de la circunferencia
del amor del mariscal
centro y punto, y porque veo,

segun en sus ojos leo,
que será con juro igual
señora de vuestra casa.

DUQUESA.

¿Pues eso os parece poco,
supuesto que amor es loco,
que de un tema en otro pasa?
En efecto la quereis,
aunque sea por señora.
La vista ocasionadora,
y el amor que la teneis,
aumentando en vos la llama,
hará en espacio pequeño,
que si la amais como dueño,
despues la ameis como á dama.

DON PEDRO.

Indignas de esa beldad
son sospechas maliciosas.

DUQUESA.

Principio quieren las cosas:
don Pedro, aquesto es verdad,
y si no, venid acá.
Supongamos que vos fuísteis
quien el papel escribísteis,
aunque esto supuesto está.
Cuando estudioso y discreto,
las veces que la escribís
tantas lisonjas decís,
¿no la teneis por objeto?

DON PEDRO.

Por objeto mio, no.

DUQUESA.

Séase vuestro ó ageno,
(que yo esta vez no os condeno)
ella, pues os ocupó
el ingenio y el sentido
todo el tiempo del papel,
¿no la imaginais en él
muy hermosa, y merecido
empleo el de su alabanza?

DON PEDRO.

Sí señora.

DUQUESA.

Y aquel rato
que con la pluma el retrato
pintais que el estudio alcanza,
¿no le sirve de obrador
el entendimiento, donde
en especies corresponde
su similitud, mejor
que en la lengua que es impropia?

DON PEDRO.

No hay negarlo.

DUQUESA.

¿Y qué quereis,
si el original teneis
allá, sacando la copia?
¿Hay quien persuadirse pueda
que dejais ¡buena frialdad!
tan limpia la voluntad,
que sin los dibujos queda?
Pues viéndolos la memoria,
quien lo advierte ¿creerá,
don Pedro, que no sois ya
ciego amante de Vitoria?

DON PEDRO.

Yo, suponiendo que escribo
los papeles que decís,
ya que á eso os persuadís,
como tan celoso vivo,
siempre que á Vitoria alaba
la pluma, lengua de amor,
contemplo en doña Leonor.

DUQUESA.

(*Aparte*. ¿Vos? Peor está que estaba.
¡Ay celos, cuales andais,
ya en uno, ya en otro estremo!)
Que habeis de enloquecer temo,
si esa dama no dejais.
Porque casada y ausente,
¿qué remedio puede haber?
La diversion puede ser
tercera de este accidente.
Galantead á mi hermana,

que en mí tendreis, y os lo juro,
tercera, y favor seguro,
y olvidad la castellana:
que si en Amalfi os casaís,
y en mi estado sucedeis,
desdichas desmentireis,
que perseguido llorais.

DON PEDRO.

Yo os beso, señora mia,
las manos por merced tal;
pero sirvo al mariscal,
y pues de mí se confia,
no he de hacerle traïcion;
que nunca con ellas medro.

DUQUESA.

Pues acabemos, don Pedro:
á Carlos tengo aficion,
y celos de que Vitoria
con tanto estremo le quiera.
Si mas avisado fuera,
ó en todos menos notoria
la falta de discrecion
que Nápoles vitupera,
su gentileza pudiera
desbaratar mi opinion.
No me inclinaba hasta aquí
á casamientos penosos,
donde en celos rigurosos
muestras de mi suerte ví,
llorando la agena escasa;
que príncipes divertidos,
solamente son maridos
titulares de su casa.
En Vitoria pretendia
gozar nuestra sucesion,
y entrándome en religion,
escusar la tiranía
de un hombre, que con injustos
agravios, paga desvelos
en abundancia de celos,
y en escaseces de gustos.
Vi á Vitoria tan perdida,

tan amante, tan pagada,
de discrecion alquilada,
á que es propia persuadida,
que sus propósitos vanos
mi envidia desbarató;
mas ¿qué mucho, si nació
la envidia de dos hermanos?
A Carlos quiero en efeto,
por ser de mi hermana amado,
y un medio tengo estudiado
con que le hagamos discreto;
mas para esto he de valerme
de vos.

DON PEDRO.

Eso es gran favor.

DUQUESA.

La discrecion y el amor
que está seguro, se duerme,
y descuida sus recelos,
hasta que penas recibe.
No hay cosa que mas avive
el ingenio, que los celos.

DON PEDRO.

Antes tienen opinion
de necios.

DUQUESA.

En los maridos,
que en amantes entendidos,
su esfera es la discrecion.
¿No os holgarais vos de ver
discreto á Carlos?

DON PEDRO.

¿Quién duda?

DUQUESA.

Pues vereis como se muda,
si fingís, don Pedro, ser
su competidor.

DON PEDRO.

Con tal
que de sugeto mejore,
y á vos discreto os adore,
antes al gran mariscal

le sirvo ansí, que le agravio,
y yo en esperanzas medro.

DUQUESA.

¿Cómo es eso? No, don Pedro,
que si no sacamos sabio
á Carlos, no ha de perderle
Vitoria; y si vos la amais,
antes que efetos veais
de esta cura, es ofenderle;
y compitiendo los dos,
fuera esperiencia crüel,
que se quedase necio él,
y os perdiésemos á vos.
Y habeis de hablarla con tiento.

DON PEDRO.

Pues, señora, esto de amar,
¿es acaso recetar
por adarmes?

DUQUESA.

Esto intento,
ó dejarlo.

DON PEDRO.

Vuescelencia,
porque mi pena aliviase,
me aconsejó que olvidase
mi dama, con la asistencia
de su hermana; y si al presente
me pone tasa en hablar,
¿de qué suerte he de olvidar
mis desdichas?

DUQUESA.

Fácilmente.
Cuando os obligare amor
á apetecer á Vitoria,
haced entonces memoria
de vuestra dama Leonor.
Y si aquesta predomina,
de Vitoria os acordad:
será con facilidad
una de otra, medicina.

DON PEDRO.

Alto, señora; yo intento

regirme en todo por vos.

DUQUESA.

Si compiten estas dos,
divertido el pensamiento,
no os afligirá ninguna;
y yo si por vuestro medio
tiene el mariscal remedio,
estimaré mi fortuna.
Pero advertid que me deis
los papeles que le escriba
mi hermana, porque reciba
los que en su nombre lleveis,
que han de ser mios.

DON PEDRO.

¡Ah! sí.

DUQUESA.

Pero advertid que á los dos,
(digo, al mariscal y á vos)
segun el orden que os dí,
tiene de ir cada papel
que escribiere, dedicado.

DON PEDRO.

¿A mí y todo?

DUQUESA.

Disfrazado,
y á lo claro para él.

DON PEDRO.

Pues ¿de qué suerte podré
saber lo que es para mí?

DUQUESA.

Buscad, don Pedro, que ansí
vuestro ingenio probaré.
Y en esto del divertiros,
sea como se ha ordenado:
ni Vitoria os dé cuidado,
ni doña Leonor suspiros;
sino de suerte apartad,
que ande dudosa en las dos
vuestra voluntad, y.... á Dios.

DON PEDRO.

No os vais, señora; aguardad.

DUQUESA.

¿Qué quereis?

DON PEDRO.

Y si la llama
que entre los dos recetais
crece, ¿podré, si gustais,
divertirme en otra dama?

DUQUESA.

¿Por qué no? Poco eso os cuesta,
que quien aquesa os permite,
no es bien que esotra os limite.

DON PEDRO.

¿Y si fuérades vos esta,
ya que sábia me curais?
Decid tambien: ¿por qué no?

DUQUESA.

¿Pues puedo quitaros yo
que no ameis á quien querais?

DON PEDRO.

En fin: ¿bien podré serviros,
segun vuestra cura ordena?

DUQUESA.

No me moriré de pena.

DON PEDRO.

Dadme.....

DUQUESA.

Esto por divertiros.

DON PEDRO.

Esa mano.....

DUQUESA.

Esa está á censo
de Carlos.

DON PEDRO.

Ya sois crüel.

DUQUESA.

Mas besadla en nombre de él.

DON PEDRO.

Y en mio ¿no?

DUQUESA.

Ni por pienso. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON PEDRO.

Ahora sí que salís,
recelos, de confusion.
Dichosa es esta ocasion,
voluntad, si os divertís.
La duquesa por rodeos
muestra que la doy cuidado;
doña Leonor se ha casado;
olvidémosla, deseos.
A Vitoria me permite
hablar, porque la vergüenza
pretende que al amor venza;
mas cuando la solicite,
y ame á Carlos la duquesa,
¿qué perderé yo en querer
la mas hermosa muger
que el niño amor interesa?
Acabemos, pues, amor,
y acabad, mis inquietudes,
y olvidad ingratitudes
de mi patria y de Leonor.

ESCENA VI.

ROMERO.—DON PEDRO.

ROMERO, *aparte.*
¡Válgate Dios por secreto!
¡qué malos ratos me has dado!
DON PEDRO.
¿Qué hay, Romero?
ROMERO.
Estoy preñado.

DON PEDRO.

Loco dirás.

ROMERO.

Y en aprieto
notable. ¿No habrá comadres
que secretos partiricen,
porque no me martiricen
hijos que no tienen padres?
¡Jesus! ¡qué revolucion
de tripas!

DON PEDRO.

Anda, borracho.

ROMERO.

Quiere salir el muchacho,
y no le deja un doblon.
Ya yo podré dar remedio
mejor que el dotor Laguna,
para no abortar ninguna.
"Récipe de medio á medio,
de lo hablado cada dia
un doblon, que si le pruebas,
aunque agua de esparto bebas,
no malparirás la cria."

DON PEDRO.

¿Qué archivo de necedades
estudias, que siempre vienes
con temas nuevos?

ROMERO.

No tienes
parte en mis enfermedades,
pues son de melancolías,
mala condicion, y humor,
tanto que dijo un dotor
hoy que eran hipocondrías.
¡Cuánto há que no me has hablado!

DON PEDRO.

Tal, Romero, me han tenido
desvelos que he padecido,
misterios que no he alcanzado.
La duquesa Margarita
sabe, y no sé yo de quién,
mi sangre, y nombre tambien,

qué dama el sueño me quita,
las traiciones de don Vela,
y mudanzas de Leonor.

ROMERO.

¡Válgame Dios!

DON PEDRO.

O es amor,
ó misteriosa cautela,
que por ilícitos medios
mis secretos le dibuja.

ROMERO.

Sí, traza tiene de bruja;
ella nos dará remedios
con que volemos los dos
á Burgos en un instante.

DON PEDRO.

¿Para qué, si con su amante
se casa Leonor?

ROMERO.

¡Por Dios!

DON PEDRO.

Ella me lo ha dicho aquí,
hasta llegarme á pintar
de la mudable el lunar
del rostro.

ROMERO.

Ese yo le ví.

DON PEDRO.

Tiéneme esto tan confuso,
que me ha de quitar el seso.
¿Quién de todo mi suceso
á darle cuenta se puso
tan despacio?

ROMERO.

Una redoma
con dos diablos encerrados,
que hay demonios redomados
en la judería de Roma.

DON PEDRO.

Diera por saber el cómo
cualquier cosa.

ROMERO.

Yo tambien,
por sacar á luz tambien
treinta quintales de plomo.
Mas facil saberlo fuera,
á no haber espaldas y ancas
y palos. Si menos blancas
un doblon, señor, tuviera....
(*Aparte.* Vive Cristo, que rebiento
por desbucharlo.)

ESCENA VII.

LA DUQUESA.—DON PEDRO. ROMERO.

DUQUESA, *á don Pedro.*

El papel
es este, mirad en él
lo que os toca, y el intento
proseguid que os he ordenado.
(*Le da un papel, y vase.*)

ROMERO, *aparte.*

A no salir en dos credos,
secretos, meto los dedos,
y quedo desembargado.

ESCENA VIII.

CARLOS.—DON PEDRO. ROMERO.

CARLOS.

Don Pedro, despues acá
que os comunico y estimo,
y con la licion me animo
que vuestra amistad me da,
soy otro. ¡ Válgame Dios!
¡Qué poco á mis padres debo!
Vos me dísteis ser de nuevo,

y así mi padre sois vos.
¿Sabeis en qué echo de ver
que no soy ya lo que he sido?
En que siendo presumido
primero, debí de ser
grande necio, porque son
de una misma calidad
presuncion y necedad.
Mas ya que sin presuncion
estoy por vos, me prometo,
con milagrosa mudanza,
hallar la dicha que alcanza
la amistad con el secreto.

DON PEDRO.

Dad esas gracias, señor,
á vuestra dama, y no á mí,
pues cuando servirla os ví,
en la escuela de su amor
hice venturoso aprecio
del bien que habeis conseguido.
Vos, señor, nunca habeis sido
lo que decís, porque el necio
es incurable.

CARLOS.

Es ansí.
Mas ¿qué es lo que he sido yo
hasta ahora?

DON PEDRO.

Necio no,
poco ejercitado sí;
porque la ocasion divierte
el alma con la esperiencia.

CARLOS.

Admiro la diferencia
que en mi nuevo ser se advierte.
¡Grande fuerza tiene amor!

DON PEDRO.

Mayor la tienen los celos,
pues engendran sus desvelos
un ingenio superior.

CARLOS.

¿Hablais, don Pedro, de veras?

DON PEDRO.

Tanto, que si no se esmalta
con ellos amor, le falta
lo mas perfeto: quimeras
son de un tormento gustoso,
en efeto; son la sal
de todo amor, sin la cual
el mas fino no es sabroso.

CARLOS.

Pues ¿dónde podré yo hallar
tan nueva mercaduría?

DON PEDRO.

El mismo amor que la cria,
de balde la suele dar.

CARLOS.

Pues cueste lo que costare,
yo deseo estar celoso.

ROMERO, *aparte.*

El deseo es provechoso,
y mas cuando se casare.

DON PEDRO.

Ahora bien, quede esto ansí,
que yo os daré tantos celos,
que vuestro amor crezca á vuelos,
y quedeis sabio por mí.
Esta es, señor, vuestra dama,
con vuestros competidores.

CARLOS.

Celos, si aumentais amores,
feliz quien suyos os llama.

ESCENA IX.

VITORIA. PRÓSPERO. RUGERO. CRIADOS.—CARLOS. DON PEDRO. ROMERO.

VITORIA.

(*A Próspero y á Rugero.*)
Duques, ya sabeis los dos
que tengo el gusto sujeto

á la eleccion de mi hermana.
Lo que me estima y la debo,
á mi hermana me remite.

PRÓSPERO.

Como os resolvais en eso,
discreta y bella señora,
yo quedaré satisfecho,
porque sé que la duquesa
no tiene otro pensamiento,
segun me ha significado,
sino ayudar mis deseos.

RUGERO.

Hame prometido á mí,
si la lengua por rodeos,
claramente por los ojos,
que he de ser esposo vuestro.
Solamente el mariscal,
mas por dichoso que cuerdo,
favorecido y alegre,
con plumas vuela hasta el cielo
del amor que le mostrais.

VITORIA.

No sé yo qué tan discreto
es quien mientras no es querido,
á su dama pide celos;
que estos suponen amor.
Pretended, y dejaos de eso;
que los amantes alcanzan
obligando, y no arguyendo.—
¡Oh Carlos! ¿aquí estais vos?

CARLOS.

En fé de que amor es pleito,
oigo á mis opositores
informar de su derecho;
pero informan de palabra,
y estas se las lleva el viento,
y yo por pluma, en señal
de lo que en ellas os debo;
y ansí vivo mas seguro.

VITORIA.

Ya, Carlos, hablais discreto;
y si amor turbar os hizo,

debeis ya de querer menos.

CARLOS.

Amor es Dios estudioso,
que poco á poco creciendo,
en la escuela, como niño,
empieza en los rudimentos.
Era entonces ignorante,
mas la industria del maestro,
y el deleite de adoraros,
le van dando atrevimientos.

VITORIA.

¡Hay semejante mudanza!

RUGERO.

(*Aparte á Próspero.*)
Próspero ¿no escuchais esto?

PRÓSPERO.

(*Aparte á Rugero.*)
¿Hay quien repique á milagro?
Desasnóse nuestro necio.

CARLOS.

A mucho obliga un amor,
un amigo sabio y cuerdo,
y una suspension süave.
Mucho le debo á don Pedro.

VITORIA.

Mucho mas le debo yo,
pues resulta en mi provecho
la mudanza que en vos hizo.

DON PEDRO.

Los pies mil veces os beso.

CARLOS.

Medrando con sus lecciones,
vereis mi acrecentamiento,
y mas si como se afirma,
se esmalta mi amor con celos.

VITORIA.

¿Celos sabeis pedir ya?

CARLOS.

No los pido, mas deseo
comprarlos, porque me afirma
mi secretario, que en ellos
consiste la discrecion.

PRÓSPERO, *aparte.*

Volvió la piedra á su centro.
Todo discreto estudiado,
á la postre acaba en necio.

VITORIA.

¿Pues son ya mercadería
los celos?

CARLOS.

Si tienen precio,
sí señora; porque todo
se vende ya en nuestros tiempos.

VITORIA.

¿Y dónde pensais hallarlos?

CARLOS.

Hámelos de dar don Pedro,
que así me lo ha prometido.

VITORIA.

A tener conocimiento,
Carlos, de lo que comprais,
no hiciérades el empleo;
porque celos, ni aun de balde.

CARLOS.

Como en amar no estoy diestro,
pasar quisiera á mayores,
y estar celoso; que tengo
para mí que es facultad
que sutiliza el ingenio.

VITORIA.

En fin, ¿celos quereis?

CARLOS.

Sí.

VITORIA.

¿Y os los ha de dar don Pedro?

CARLOS.

Sí, gran señora.

VITORIA.

¿Y conmigo?

CARLOS.

Con vos.

VITORIA.

¿Y si yo no quiero?

DON PEDRO.

A quererlo vos, no fueran
celos.

VITORIA.

¿No? ¿Pues qué?

DON PEDRO.

Escarmientos.

ROMERO, *aparte.*

Dí fruta de Medellin,
si pretendes dar con ellos.

VITORIA.

Ahora, Carlos, sed celoso,
pues lo deseais: veremos
si del modo que os lo afirman,
os hallais sabio, por serlo.
(*Aparte al retirarse.*)
¡Don Pedro celos conmigo
al gran mariscal! ¿Qué es esto?
Alma, en que entender llevais. (*Vase.*)

RUGERO.

Corrido voy.

PRÓSPERO.

Yo voy muerto.

RUGERO.

¡Que nos menosprecie ansí
Vitoria por este necio!

PRÓSPERO.

Es dichoso, ella muger,
yo infelice, y vos discreto. (*Vanse.*)

CARLOS.

Secretario, id á buscarme
lo prometido, y sea luego.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

VITORIA.

¡Que conmigo le ha de dar
don Pedro celos á Carlos!
¿Pues de qué suerte ha de darlos,
si yo no le doy lugar?
Oblígame á sospechar
esta dudosa quimera
que en mi amor don Pedro espera
hacer esta duda clara;
y no sé si me pesara
que don Pedro me quisiera.
Cuando me da algun papel,
en sus ojos habladores
miro que me dice amores,
mas apacible que fiel.
Admití á Carlos por él;
que puesto que sangre real
le hizo gran mariscal
de Nápoles, si le quiero,
mas es por el mensagero,
que no por el principal.

ESCENA II.

ROMERO.—VITORIA.

ROMERO.

¿Quién quiere apararme allá

mil secretos que le arrojo?

VITORIA, *aparte.*

Este le sirve.

ROMERO, *aparte.*

¡Qué enojo!

VITORIA.

Vení acá; llegaos acá.
¿Servís vos al secretario
de Carlos?

ROMERO.

Sí, mi señora,
y soylo yo suyo agora,
sirviendo el vientre de armario.
(*Aparte.* ¡Maldiga Dios tantas blancas
como dieron á un doblon!)

VITORIA.

¿Tiene don Pedro aficion
aquí, ó en España?

ROMERO, *aparte.*

¡Trancas!
¡Que me fuerzan á decir
lo que escondo! Haced la cuenta
de los palos. Mil sesenta.
Lengua, callar y sufrir.

VITORIA.

¿No respondeis?

ROMERO.

No me atrevo,
porque siendo respondon,
pierdo, señora, un doblon,
y mas de mil palos llevo.

VITORIA.

¿Palos por lo que os pregunto?

ROMERO.

No, pero en esto de hablar,
en dándome en deslizar,
soy como calza de punto.
Hele hecho pleito homenaje
de callar á mi señor.

VITORIA.

Señal de que tiene amor
aquí.

ROMERO.

Vaya esto de encaje,
sin preguntarme otra cosa.
En Burgos donde nació,
á doña Leonor sirvió
de Castro, rica y hermosa.
Dejóle por un privado
del rey, que siendo su amigo,
le fue traidor; y en castigo
de su traicion, oleado
de un espeton le dejó.
Vió á Nápoles, donde ha sido
la pobreza que ha tenido
tanta, que á servir entró
á Carlos de secretario.—
Y con aquesto chiton,
que me la jura un doblon,
y habrá palo temerario.

VITORIA.

Debe de ser principal
el don Pedro que decís,
pues de esa suerte sentís
que sirva al gran mariscal.

ROMERO.

Ya se le suelta otro punto
á la calza del secreto.—
Es del rey don Pedro nieto,
y en desdichas su trasunto.
Persíguele el rey don Juan,
porque recela el derecho
que tiene al reino; y sospecho
que si sus contrarios dan
con él, que acabe la historia
que su padre comenzó,
cuando sin culpa murió
en el alcazar de Soria.

VITORIA.

Ya yo sé el suceso todo
de ese infante desdichado,
que acá su fama ha llegado,
y en la sustancia y el modo
lo afirma su descendiente.

¿Mas dura de la Leonor
la esperanza y el temor?
¿Qué tanto su ausencia siente?

ROMERO.

Señora, tecla me toca
vuescelencia, que me hurga
el alma, y toda la purga
se me ha venido á la boca.
«A Dios, ojo," dijo el otro.
Secreto, sin reparar,
vas matas y por rozar:
mas vale aquí que en el potro.—
Doña Leonor se casó
con el herido don Vela.
Vuestra hermana se desvela
por su amor. Contéla yo
toda su historia y suceso,
y cierto pliego la dí
de doña Leonor, que aquí
tiene de ser mi proceso.
Ademas, ciego por él,
contéla que el mariscal
no era el autor principal
de tanto sutil papel.
Esto puede tanto en ella,
que de mi amo enamorada...

VITORIA.

Oid, oid.

ROMERO.

Y abrasada
de celos de Leonor bella....

VITORIA.

Escuchad.

ROMERO.

Me preguntó
su linage y sus amores.:...

VITORIA.

Parad.

ROMERO.

Del rey los rigores,
cómo, por qué, cuándo huyó,
sus desdenes, sus regalos,

si la amaba, si escribia.
Dame un doblon cada dia,
y si no callo, mil palos.

VITORIA.

Detente, hombre.

ROMERO.

Mas, por Dios,
que aunque mas el seso pierda,
que de Vitoria se acuerda
don Pedro.

VITORIA.

¿De quién?

ROMERO.

De vos:
porque anoche soy testigo
que don Pedro de Castilla
dijo: ¡ay bella Vitorilla!
¡quién se casara contigo!

VITORIA.

¿Estás loco?

ROMERO.

Yo sutil,
dije: cuando á hablarla vas,
díselo una vez no mas:
diráselo el diablo mil.
Pues él viene, averigualdo;
que ya yo, señora mia,
purgué cuanto yo sabia,
y voy á tomar el caldo. (*Vase.*)

ESCENA III.

VITORIA.

Este entre burlas y veras
me ha dicho lo que temí:
con mis recelos salí.
No son mis celos quimeras.
No fue á la promesa ingrato.
¡Miren en qué el casto intento

paró! ¡El aborrecimiento
de la grandeza, el recato!
¡El publicar que me hacia
de su estado sucesora!
Pues en vano se enamora,
que don Pedro es prenda mia.
Y si ella por mas edad,
á Amalfi hereda, yo heredo,
si en don Pedro alegar puedo
amorosa antigüedad.

ESCENA IV.

—

DON PEDRO.—VITORIA.

DON PEDRO.
(*Creyéndose solo.*)
Al gran mariscal y á mí
dijo que se dedicaba
el papel que me enviaba,
y despues que le leí,
mandándome responder,
no hallo cosa que me toque,
y que al amor no provoque
de Carlos. Esta muger
que tantas cosas penetra
me ha de sacar de sentido.
Desde ayer acá he leido
el papel letra por letra
mil veces, y vive Dios,
que cuanto mas y mas leo,
dudo mas, y menos veo
de mi parte.

VITORIA.
¿Aquí estais vos,
don Pedro?

DON PEDRO.
Hermosa señora,
en idea transformado,
por estar en mí elevado,

no sé si estoy en mí agora.

VITORIA.

En fin ¿habeis de dar celos
conmigo al gran mariscal?

DON PEDRO.

Pídelos él, soy leal;
si no los doy, opondrélos,
cumpliendo la obligacion
en que me pone el deseo
de verle discreto.

VITORIA.

Creo
que estos vuestros celos son
celos, don Pedro, á dos haces.

DON PEDRO.

¿Cómo?

VITORIA.

Porque hacen por dos,
obedeciéndole vos,
por él guerra, por vos paces.

DON PEDRO.

No entiendo á vuesa escelencia.

VITORIA.

¿Podeisle vos celos dar,
si no me finjís amar,
hablándome en su presencia?

DON PEDRO.

No, señora.

VITORIA.

¿Luego ya
sois mi amante aunque fingido?

DON PEDRO.

No sé lo que soy ó he sido.

VITORIA.

Eso el tiempo lo dirá.
Pero si delante de él
me estais diciendo agudezas,
y proponiendo finezas,
de secreto firme y fiel;
mientras Carlos esté loco
sospechas averiguando,
riendo yo, y vos burlando,

¿seré yo para tan poco,
que mientras digais quimeras,
que de burlas propongais,
no os obligue á que volvais
enamorado de veras?
¿No podreis obedecer,
pues entrais tan sin temor
por los umbrales de amor?

DON PEDRO.

¡Ojalá que merecer
pudiera tal mi ventura,
dejando aparte el respeto
que á Carlos debo y prometo!
Esto es lo que se procura;
pero, señora, ¡qué fuera
que de burla semejante
saliese yo vuestro amante!
Nunca otro mal me viniera.

VITORIA.

Pero si habeis de empezar
á dar á Carlos recelos,
aquí viene á feriar celos;
y os juro que ha de llevar
tantos de mí, que corrido
de habernos dado ocasion,
maldiga la discrecion
que entre los dos le ha metido.

ESCENA V.

—

CARLOS, *que se queda al paño.* LA DUQUESA, *que sale poco despues, y se queda tambien retirada.*—VITORIA.

DON PEDRO.

CARLOS.

Rato ha que le dejé aquí.
¿Si habrá los celos hallado,
que me traen tan desvelado
por el papel que le dí?

DUQUESA.

Sabrá don Pedro el amor
que cara á cara no osé
decirle, y remediaré,
si adivina, así el temor
que traigo, de que á mi hermana
ama, cual le permití.
Mas los dos están aquí.
Toda sospecha es villana,
y villano es el afeto
que ha engendrado en mí el mirarlos.

VITORIA.

(*Aparte á don Pedro.*)
Atento nos mira Carlos.
Proseguid, pues sois discreto.

DON PEDRO.

(*Aparte á Vitoria.*)
Empiezo, pues, nuestra historia.
(*Alto.*) Mi señora, ya sabeis
quien soy, y cuan bien nacido
me hizo el cielo.

VITORIA.

Ya yo sé
que vuestro padre fue hijo
de don Pedro el justiciero,
á quien con falso apellido
llaman crüel las historias
que imprimen sus enemigos.
Sé que una dama inconstante,
aunque os amó á los principios,
llevada del interes
de un galan favorecido
de vuestro rey, eclipsó
las memorias en olvido,
como su amante en vil trato
correspondencias de amigo:
que le hirió vuestra venganza
mortalmente, y del castigo
del severo rey huyendo,
fue Nápoles vuestro asiló.
Destierro y necesidad
os han de suerte abatido,

que servís á quien pudiera
mejor, don Pedro, serviros.
Mirad si sé vuestra historia.

DUQUESA.

El criado fementido
le ha dado cuenta de todo.
Lo que confuso me dijo,
la relató por estenso.

CARLOS.

Yo estoy en buen laberinto.

VITORIA.

Decid, don Pedro, adelante.
Proseguid la historia.

DON PEDRO.

¿Digo
que pues todo lo sabeis,
y habeis de mí conocido,
cuando os traigo los papeles
de Carlos ponderativos,
en los ojos....

VITORIA.

Ya, ya sé
que os debo algunos suspiros,
y que os sirve mi memoria
de medios preservativos
contra rigores y ausencias,
que cohechan el olvido
de doña Leonor de Castro.

CARLOS.

Malos son estos indicios.

VITORIA.

Sé tambien que los papeles
que tanto alabo y estimo,
teniéndoos á vos por padre,
me venden otro adoptivo.

CARLOS.

Peor es esto.

VITORIA.

Y creed,
don Pedro, que los estimo
solo porque se os parecen,
como á sus padres los hijos.

Autorízase con ellos
quien muestra que simple ha sido
en creer que ha de engañarnos,
discreto por artificio,
necio por naturaleza.

CARLOS.

Vive Dios, que estoy corrido.
¡Hay deslealtad semejante!
¿Qué es esto, cielos? ¿qué hechizos
se me han entrado en el alma,
que me yelan encendidos?
Mataréle, vive el cielo,
si villano y fementido
rompe don Pedro la fé
de secretario y amigo.

DON PEDRO.

A la merced que me haceis
estoy tan agradecido,
cuanto imposibilitado
de volver retornos dignos.
Pero creed que á no estar
de por medio bien nacidos
respetos, y obligaciones
de la persona á quien sirvo,
que hubiera dicho la lengua
lo que los ojos han dicho,
esplicando por palabras
lo que publican suspiros.
Martir de mis pensamientos
en esta ocasion he sido,
que por estarle tan bien
á Carlos ahora esplico.
Tiénele amor su escelencia.

DUQUESA.

La comision ha escedido
el ingrato, que le he dado.
Ó no ha el papel entendido,
ó lo que es mas cierto, está
enamorado y perdido
de mi hermana.

CARLOS.

Yo me abraso

de no sé qué, yo me aflijo
de un mal, cuyo nombre ignoro.
Culebras y basiliscos
el alma me están royendo.
Yo adoro, al paso que envidio.

VITORIA.

¡La duquesa tiene amor
á Carlos!

DON PEDRO.

Hame pedido
que celos con vos le dé,
porque afirma que el oficio
de estos es sutilizar
los ingenios abatidos,
porque necios y celosos
son dos estremos distintos.

CARLOS.

Si celos hacen discretos,
celos deben ser los mios,
que mi entendimiento apuran,
y atormentan mis sentidos.

DON PEDRO.

No repara mas que en esto;
que quisiera, y no me admiro,
verle al paso que galan,
cortesano y advertido.

VITORIA.

¿Luego vos, no enamorado,
sino solo comedido,
por obedecer mi hermana,
de mi amante dais indicios?

DON PEDRO.

Por lo uno y por lo otro:
siento lo mismo que finjo,
mándanme lo que deseo,
y á un tiempo á dos blancos tiro.

VITORIA.

¿Cómo estaré yo segura
que no mentís?

DON PEDRO.

Persuadiros
puedo yo lo que os adoro.

VITORIA.

¿Y la Leonor?

DON PEDRO.

Ya la olvido.

VITORIA.

¿Y mi hermana?

DON PEDRO.

Ya es de Carlos.

VITORIA.

¿Y Carlos?

DON PEDRO.

Ya es su marido.

VITORIA.

¿Y vos?

DON PEDRO.

Soy esclavo vuestro.

VITORIA.

¿Y yo?

DON PEDRO.

Sois el dueño mio.
(*Vase Vitoria.*)

ESCENA VI.

LA DUQUESA, *al paño.* CARLOS. DON PEDRO.

CARLOS.

(*Dirigiéndose á don Pedro.*)
Si no tuviera respeto
á la casa donde estoy,
villano, viérades hoy
de mi venganza el efeto.
¿Para qué me haceis discreto,
si multiplican agravios
mis injurias en los labios
para que mas me atormenten,
aunque no de un modo sienten
los ignorantes y sabios?
Vos infamais el valor
que el rey don Pedro os ha dado,

competidor, de criado,
de secretario, traidor.
Al derecho de mi amor
mal oponerse podrán
papeles que vuestros dan
puerta á amorosos delitos:
mi causa hicieron escritos,
y en mi nombre vencerán.
Cuando el capitan venció,
del señor se hace memoria;
al rey se da la vitoria,
pero á los vasallos no.
Si la vitoria hoy os dió
vuestra industria y mi porfia,
deslealtad y alevosía
será usurparme mi amor;
que pues soy vuestro señor,
ha de ser Vitoria mia.
Pero goce nuevo empeño
de su amoroso cuidado,
quien al que fue mi criado
pretende elegir por dueño;
que favorecida en sueño
se juzgará inadvertida,
cuando mi venganza pida
el valor que no tendreis.

ESCENA VIII.

—

LA DUQUESA, *saliendo.* CARLOS. DON PEDRO.

DUQUESA.

Y cuando vos no os vengueis,
le quitaré yo la vida;
que no ha de llamar esposo
mi hermana á un hombre sin ley,
fugitivo de su rey,
y á su señor alevoso.
Cuando yo á Carlos amara,
(que es verdad que he deseado

verle por vos en estado
que mi sangre y casa honrara)
¿teneis vos merecimientos
para poder pretender?
Que en vos solo alcanzo á ver
pobreza y atrevimientos.
Sois un loco, un desleal,
un bárbaro, un ignorante,
un presumido arrogante,
indigno que el mariscal
os confiase su pecho....

CARLOS.

Sois un secretario infiel,
discreto solo en papel,
de vos mismo satisfecho:
un amigo que rompió
las leyes, sin hacer caso,
de la amistad.

DUQUESA.

Carlos, paso,
que basta reñirle yo.

CARLOS.

¿Quién de los límites pasa
de la amistad y prudencia?

DUQUESA.

Yo sola tengo licencia
de reñir en esta casa.

CARLOS.

Si vos amparo le dais....

DUQUESA.

Yo no le doy á un villano;
mas no quiero que á la mano,
cuando me enojo, me vais.

CARLOS.

Vuescelencia me perdone:
satisfaccion me dará,
pues de vos me vengará (*á don Pedro*)
quien castigaros propone.

DUQUESA, *á don Pedro.*

Yo haré que llevándoos preso
á Castilla, en un cadalso
á mí me vengueis por falso,

y á vuestro rey por travieso.

CARLOS.

Yo le llevaré, si ansí
vos, señora, lo ordenais.

DUQUESA.

¡Oh Carlos! ¡qué estraño estais!
Dejadnos solos aquí.

CARLOS.

Pues siendo yo el injuriado,
que quiera vengarme ¿es mucho?

DON PEDRO.

Ya las injurias que escucho
mi paciencia han apurado.
Carlos, porque os he servido,
respeto os debo tener;
privilegios de muger,
señora, he reconocido:
aunque tambien dais indicios
de ingratos, pues si los sabios
vuelven gracias por agravios,
dais agravios por servicios.
Yo no he sido desleal,
sino tan leal á los dos,
que obedeciéndoos á vos, (*á la duquesa*)
he servido al mariscal.

CARLOS.

¡Servirme á mí es pretender
que mi dama vuestra sea!

DUQUESA.

¡Servirme á mí quien desea
á mi hermana por muger!

DON PEDRO.

Pues vos ¿no me aconsejásteis (*á la duquesa*)
que á Vitoria pretendiese?
Y vos que celos os diese, (*á Carlos*)
mariscal, ¿no me mandasteis?
¿Para qué os quejais de mí,
si de esto teneis memoria?
Divertíme con Vitoria,
y celos á Carlos dí.

CARLOS.

¿Celos son estos?

DON PEDRO.

Son llave
de amor, con que medra y crece.

CARLOS.

¡Oh celos! esto merece
quien compra lo que no sabe.
Dijistes tanto bien de ellos,
que por vos los procuré;
tan crüeles los hallé,
que me atormentais con ellos.
No mas celos en mi vida,
no mas, rabiosa pasion,
tan costosa discrecion.

DUQUESA.

Carlos, yo estoy ofendida,
y vos en el mismo estado
con mi hermana que hasta aquí:
que os he querido finjí;
mas ya sabeis que he dejado,
por lo que á mi hermana quiero,
en ella la sucesion
de mi casa. En conclusion,
casaros con ella espero.
Proseguid con vuestro amor,
y quedad escarmentado
de serviros de criado
que sabe mas que el señor;
que del presente que vemos,
pues nos ha engañado ansí,
desterrándole de aquí,
vos y yo nos vengaremos.

CARLOS.

Por vos, bella Margarita,
se sosiega mi esperanza,
pues vuestro favor alcanza
lo que un ingrato me quita.—
No mas celos, ni aun en sueños.
¡Que tales penas ofrecen!
Pero siempre se parecen
las dádivas á sus dueños. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON PEDRO. LA DUQUESA.

DUQUESA.
Solos habemos quedado.
DON PEDRO.
Solos, pero yo ofendido.
DUQUESA.
Amante favorecido,
si de ausentes olvidado,
¡buena ganancia habeis hecho!
Ya os quiere mi hermana bien.
DON PEDRO.
Si vos me mostrais desden,
señora, ¿de qué provecho
ha sido el ejecutar
los remedios que dijistes?
DUQUESA.
Quíseos yo, si lo entendistes,
divertir, no enamorar.
Mas quien esceder procura
remedios que el sabio da,
¿de qué modo sanará
echando á perder la cura?
DON PEDRO.
Pues, señora, ¡aquí de Dios!
si á Carlos decís que amais,
si que le hable me mandais,
si siendo tan cuerda vos,
quereis curar mis desvelos
con invencion semejante,
y empezando á ser amante,
os dais á vos misma celos,
¿puedo yo saber secretos
que palabras contradicen?
DUQUESA.
¡Qué necios son los que dicen
que sabeis hacer discretos!
¿Habeis leido el papel

escrito á Carlos y á vos?

DON PEDRO.

Iba dedicado á dos,
mas no hallo palabra en él
que no haga á Carlos favor,
sin hacer mencion de mí.

DUQUESA.

¿Leístesle bien?

DON PEDRO.

Leí
hasta la tilde menor,
y por Dios que es caso recio
que ansí me desatineis.

DUQUESA.

Basta, que desde que haceis
discretos, pecais de necio.
¿Traeisle ahí?

DON PEDRO.

Sí señora.

DUQUESA.

Leelde.

DON PEDRO.

Ya le leí,
y no hay cosa para mí.

DUQUESA.

Leelde, acabad, ahora.

DON PEDRO.

Ansí dice.

DUQUESA.

Comenzad.
Túveos yo por avisado,
y Carlos os ha pegado,
don Pedro, la enfermedad.

DON PEDRO, *leyendo.*

Mariscal, si sois cuerdo, en esta empresa,
amando, mucho vuestra dicha gana.
Estimad los favores de mi hermana,
pues que no dan disgusto á la duquesa.
Proseguid, y pues veis lo que interesa
con ella vuestro amor, la pena vana
que teneis, olvidad de la tirana
voluntad, que vuestra alma tiene presa.

Mirad que si os preciais de agradecido,
eterna fama y triunfo de esta gloria
gozoso ganareis contra el olvido.
Acordaos, y á vuestra alma haced memoria,
que siempre, de que sois de mí querido
me acuerdo, mucho mas que de Vitoria.
En todo aqueste soneto
que á Carlos, señora, dí,
¿hácese mencion de mí?

DUQUESA.

¡En verdad que sois discreto!
Todo casi es para vos.

DON PEDRO.

¿Para mí? Si al mariscal
nombrais, si en él liberal
le favoreceis... Por Dios,
señora, que pretendeis
enloquecerme.

DUQUESA.

Pretendo
que entendais que yo os entiendo.
Como á mi hermana quereis,
poneis tan poco cuidado
en averiguar curioso
ese papel misterioso,
que no habeis en él hallado
lo que el discreto penetra,
y el natural debe al arte.
Leedle parte por parte,
miradle letra por letra,
y hallareis al advertillas,
un papel que encierra dos.
Buscad ahí para vos
un soneto en redondillas.

DON PEDRO.

¿En redondillas soneto?

DUQUESA.

Cada dia hay cosas nuevas,
y el ingenio todo es pruebas.
Buscalde, si sois discreto.

DON PEDRO.

Un soneto italïano

tiene solo este papel.

DUQUESA.

¿Pues no puede dentro de él,
venir otro castellano?

DON PEDRO.

No sé como.

DUQUESA.

Dalde acá.
Limitado entendimiento
es el vuestro. Estadme atento.

DON PEDRO.

Atenta y confusa está
el alma.

DUQUESA.

Llegaos aquí.
(*Lee los primeros endecasílabos del soneto.*)
Leyéndole de este modo,
¿no habla el soneto todo
con Carlos?

DON PEDRO.

Señora, sí.

DUQUESA.

Pues mirad si es para dos,
aunque en sentidos diversos.
Lo postrero de los versos
es, don Pedro, para vos.
(*Lee.*)
Si sois cuerdo, en esta empresa,
mucho vuestra dicha gana.
Los favores de mi hermana,
dan disgusto á la duquesa.
Y pues veis lo que interesa
vuestro amor, la pena vana
olvidad de la tirana
que vuestra alma tiene presa.
Si os preciais de agradecido,
fama y triunfo de esta gloria
ganareis contra el olvido.
A vuestra alma haced memoria
de que sois de mí querido
mucho mas que de Vitoria.

DON PEDRO.

¿Pues quiere vuesa escelencia
que llegue yo á conocer,
solamente con leer
versos en circunferencia;
favores dados á oscuras,
puestos para ostentacion
mas de vuestra discrecion
que de humanas conjeturas?
Entre renglones escrito,
¿quién diera en este secreto?

DUQUESA.

Vos, don Pedro, sois discreto;
mas discreto de poquito.
Sed amante de Vitoria
que con poco se contenta,
y á vuestro destierro atenta,
sabe toda vuestra historia.
Con vos desposarse espera:
el alma y la mano os dió:
andad, servidla, que yo
me pasaré como quiera.

DON PEDRO.

Eso no, señora mia:
perdóneme su aficion;
que tan bella discrecion
culpa el perderla seria.
Yo salí con mi deseo.
Con los celos que le he dado,
es ya cuerdo y avisado
Carlos; quejoso le veo:
que se queje no permita
mi lëaltad quien me acuerda
de mi fama, ni yo pierda
mi preciosa Margarita.
Si pretendí inadvertido
menoscabos de mi fe,
á la mano que os besé
perdon amoroso os pido.
Negármela será en vano.
Bien me quereis: ¿qué dudais?
(*La toma una mano y se la besa.*)

DUQUESA.

Soltad.

DON PEDRO.

Si os desenojais
primero.

DUQUESA.

Soltad la mano.

DON PEDRO.

En ella estriba mi abono.

DUQUESA.

Soltalda y si no, me iré.

DON PEDRO.

Si os desenojais, sí haré.

DUQUESA.

Soltalda, que yo os perdono.

ESCENA IX.

VITORIA.—LA DUQUESA. DON PEDRO.

VITORIA, *aparte.*

¡Mano y perdon! ¡ay tiranos
engaños!

DUQUESA, *bajo.*

Mi hermana es.

VITORIA.

No pecais de descortes,
si á tantas dais besamanos.
¡Ay hermana! En fin, crüel,
no en vano mis quejas fundo.
¿Pretendes dejar el mundo,
y méteste mas en él?

DUQUESA.

¿Pues tú á mí me reprendes,
cuando por cumplir tu amor,
sabiendo que haces favor
á don Pedro, y que pretendes
olvidar al mariscal,
quiero casarle contigo?
Él viendo lo que le obligo,

llegó cortés y leal,
y la mano me besó.
Poca liviandad arguyo,
si ha de ser esposo tuyo.

VITORIA.

¿Eso es cierto?

DUQUESA.

No sé yo
si lo será, que has andado
muy necia y muy maliciosa.

VITORIA.

¡Yo tengo de ser su esposa!
Perdona, si te he enojado.
Luego ¿eso don Pedro intenta?
Si te casas, ó me caso,
viviremos las dos....

DUQUESA.

Paso,
que hace, Vitoria, la cuenta
sin la huéspeda tú amor.

VITORIA.

¿Pues qué huéspeda hay aquí?

DUQUESA.

La huéspeda contra tí
ha sido doña Leonor,
que ha un mes que en mi casa ha entrado.

DON PEDRO.

¿Qué me dice vuescelencia?

DUQUESA, *á don Pedro.*

¿Pues pudiera yo en su ausencia
haberos sus señas dado,
sin haberla jamás visto?

DON PEDRO.

Eso es imposible cosa.

DUQUESA.

Aquí está, amante y celosa.

DON PEDRO, *aparte.*

¡Qué mal mi enojo resisto!

VITORIA.

¿Pues qué importa que aquí esté
Leonor celosa ó sin celos,
si le obligaron los cielos

á que la mano me dé
don Pedro?

DUQUESA.

¡Bueno seria
ofenderla ansí los dos!
(*A don Pedro.*)
¿Qué respondeis á esto vos?

DON PEDRÒ.

¡Ay hermosa Leonor mia!

DUQUESA.

¿Qué es eso?

DON PEDRO.

Satisfacer,
contra mi celosa queja,
á quien patria y padre deja,
solo por venirme á ver.

DUQUESA.

¿Luego la teneis amor?

DON PEDRO.

¿No he de ser agradecido
á quien de España ha venido...?

DUQUESA.

Pues no ha venido Leonor,
ni mereceis á Vitoria,
ni yo desde ahora os precio,
ni de inconstante y de necio
se borrará la memoria
que eternizais desde aquí.
¡Hay condicion mas liviana!
¡Ya perdido por mi hermana,
ó ya perdido por mí!

DON PEDRO.

¿Qué es aquesto, confusiones?

ESCENA X.

—

ROMERO.—LA DUQUESA. VITORIA. DON PEDRO.

ROMERO.

Gracias á Dios que te he hallado.

DUQUESA.

Prended ¡hola! ese criado.
(*Salen criados.*)

ROMERO.

¿Pues por qué? ¿por seis doblones
que he recibido..?

DUQUESA.

Sacalde
la lengua, y no por la boca.

ROMERO.

¿Está vuescelencia loca?
Oiga primero.

DUQUESA.

Llevalde.
Sois un deslenguado.

ROMERO.

Es mengua
que de mi sangre he heredado;
pero si soy deslenguado,
claro está que estoy sin lengua.
No me la saquen, señora,
que hablaré por el cogote.

DUQUESA.

Llevalde y dalde un garrote.

ROMERO.

¡Mas no nada! Acabe ahora.

DUQUESA.

Y esté preso en el castillo
ese ingrato castellano.

ROMERO.

¿No es bueno, que esté yo sano,
y muera de garrotillo?

VITORIA.

¡Preso don Pedro!

DUQUESA.

Acabad.

DON PEDRO.

¡Preso, señora!

DUQUESA.

Llevalde
preso; pero no dejalde.—
¿Pero qué es esto? Aguardad.

ESCENA XI.

CARLOS. PRÓSPERO. RUGERO.—LA DUQUESA. VITORIA. DON PEDRO. ROMERO. CRIADOS.

CARLOS.

Señora, el rey don Fernando
ha tenido de Castilla
cartas, de que está en Amalfi
don Pedro; y la paz antigua
que con España conserva,
á corresponder le obliga
con el gusto de don Juan,
que en Burgos goza la silla.
Para esto me ha mandado
prenderle, y si sois servida,
lo pondré en ejecucion.

DON PEDRO.

¡Siguiéronme mis desdichas!
Yo vine huyendo de España,
y parece cosa indigna
de la clemencia de un rey
prender á quien de él se fia.

DUQUESA.

Pues don Pedro ¿en qué le ofende?

CARLOS.

Recélase de que aspira
á la sucesion del reino,
y hay en fé de esto quien diga
que le ampara Ingalaterra:
para lo cual necesita
que con su prision se atajen
novedades y mentiras.
Esto es lo que solo intenta
el rey, que tan cuerdo mira
lo que está tan bien á todos.

DUQUESA.

Menos, conde, á Margarita.
Si le prendeis, dadme muerte.

CARLOS.

Ya yo sé, señora mia,
que méritos de don Pedro
gusto y libertad os quitan.
Ejecutor de mi rey
soy yo; mas reconocida
la amistad que con él tuve,
á aconsejaros me obliga
el remedio de los dos.

DUQUESA.

¿Y será...?

CARLOS.

Que se redima
la vejacion con que os dé
la mano de esposo, y viva
él seguro, y vos contenta,
dando principio á sus dichas;
que yo alcanzaré del rey
la paz que enojado os quita.

DUQUESA.

A consejos tan discretos,
solo la admiracion diga
alabanzas, siempre cortas,
mientras no son infinitas.
Dadme, don Pedro, la mano.

DON PEDRO.

Vos sois dueño de mi vida.

CARLOS.

Y vos, hermosa Vitoria,
cuyo amor al alma mia
ha servido de maestro,
cuyos celos sutilizan
mi cortedad, si admitís
una voluntad sencilla,
dadme la mano, y licencia
que por esposa os admita.

VITORIA.

Carlos, yo soy vuestra esposa.

ROMERO.

Y yo, quien fue de estas dichas
causa, señora, por ellas,
suspension de la paliza

y del garrote pretendo.

DUQUESA.

Yo os doy desde hoy de por vida
el doblon.

ROMERO.

¿Libre de palos?

DUQUESA.

Sí.

ROMERO.

Mas que una abada vivas.

PRÓSPERO.

Nosotros gracias os damos,
señora, por ver cumplidas
tan bien vuestras esperanzas.

DON PEDRO.

Mientras todos solenizan,
celos que discretos son,
amor, que hace maravillas,
dad ánimo á vuestro TIRSO,
para que despacio os sirva.



EXAMEN

DE

AMOR Y CELOS HACEN DISCRETOS.

Personage histórico es el don Pedro de Castilla que figura en esta comedia; pero la pieza es enteramente de invencion, y aun se aviene mal su argumento con las noticias que de aquel distinguido varon nos conserva la historia. Lejos de que hubiese tratado amores don Pedro, y mucho menos matrimonio, con una duquesa de Amalfi, de creer es que en su vida salió de España. Destinado por el rey don Enrique III á la iglesia, tuvo don Pedro en su juventud, que fue borrascosa, ocho hijos naturales en dos señoras castellanas de noble cuna: recibidos los órdenes sacros, fue promovido por el rey don Juan al obispado de Osma, y mas adelante al de Palencia. Construyó una nave del monasterio de santo Domingo el real de esta corte, y murió desgraciadamente en Valladolid, cayéndose de un andamio, á 27 de Abril de 1461. Dejó fama de prelado escelente y de súbdito fiel del rey don Juan el segundo, bajo cuya bandera se halló en la célebre batalla de Olmedo.

De cuanto en el género escénico escribió el Maestro Tellez, la composicion mas arreglada á los preceptos clásicos es esta de *Amor y celos hacen discretos*. La unidad de accion, la de lugar, y aun la de tiempo (si se supone que Romero ha recibido á buena cuenta los seis doblones de que habla en el acto tercero) se hallan aquí escrupulosamente observadas. Los personages de los dos duques, bien que no sean indispensables á la accion, no estan fuera de ella del todo, ni la perjudican de modo alguno. La fábula, reducida ápocas personas, se desenvuelve, camina y llega á su término fácilmente, sin mudanzas de trage, sin escenas á oscuras y sin cuchilladas; pero la poca penetracion de don Pedro, que no sospecha la infidelidad de su criado, cuando Margarita se muestra informada de los su-

cesos de su vida, no es verosimil, porque no es natural en un hombre de sus prendas; á no que digamos con la duquesa que todos los que se ponen á maestros de discrecion tienen la desgracia de pecar de desalumbrados. Margarita, como la mayor parte de las heroinas de Tellez, aparece sagaz y resuelta, deseosa de inspirar amor, pero sobrado altiva para dejarse comprender sin rodeos y ficciones. Don Pedro, semejante á otros muchos galanes de los que se verán en este *Teatro*, es irresoluto, encogido y débil: con todo, así á uno como á otro personage ha conservado el autor cierto decoro propio de la clase á que pertenecen. Si don Pedro, nieto de un rey de Castilla, es secretario del gran mariscal de Nápoles, ¡cuánto no descuella el noble fugitivo sobre el poderoso á quien sirve! Si en Margarita se despierta el amor cuando apetece el cláustro, ¡con qué sagacidad no está buscado el agente para poner aquel corazon en movimiento! Su aficion nace de la sorpresa, de la envidia que siente al persuadirse de que la hermosura de su hermana ha inspirado á Carlos una pasion, capaz de desarrollar en él un ingenio hasta entonces encarcelado y oculto: milagros de esta especie los codician todas las mugeres, aunque aspiren á santas. Cuando sabe que don Pedro es el autor del billete dirigido á Vitoria, ya cesa Margarita de envidiar á su hermana; pero como ya está la pasion encendida, no puede menos de obrar: por eso varía entonces de objeto la emulacion; se fija en la dama de don Pedro, que le enamora ausente, y compite con ella hasta que le usurpa el amante. Este caracter está pintado con gran maestría.

Carlos, deseoso de celos, sin saber qué cosa son, me parece sobrado necio, para que ni ellos ni el amor mas ardiente puedan hacerle hombre agudo nunca.

La situacion del criado hablador, condenado á sufrir, si no guarda secreto, tantos palos como una dobla tiene blancas, produce un gran número de chistes, y una escena muy animada y de efecto grande al principio del acto tercero.

Supone Tellez la accion de esta comedia en el reinado de don Juan II, viviendo aun su madre doña Catalina, la cual falleció el año de 1418. Hablar entonces de historias impresas, de Paulo Manucio, del doctor Laguna y de comedias escritas por herradores, verdaderamente es un

poco prematuro. Anacronismos de esta especie son muy comunes en las piezas dramáticas y en las novelas de la época de Tellez. No hay que estrañarlo: ¿conoceria el público de entonces estos defectos? ¿Hubiera estimado mas al autor que los hubiese evitado?

A continuacion de la primera redondilla de la comedia, encontramos estas palabras:

y aunque en Nápoles es Carlos
gran mariscal....

Engaña esta espresion al que la oye ó la lee, si se figura que es en Nápoles donde pasa la accion del drama; y no llega á salir completamente del error hasta la escena sétima. En las tres composiciones que comprende este tomo, está muy descuidado este punto: en *la Villana de la Sagra*, solo cuando se despide don Luis de Galicia, sospecha el espectador que ha comenzado la comedia en Santiago.

El diálogo de *Amor y celos &c.* es mas urbano que el que generalmente emplea el Maestro Tellez en las dos comedias que la preceden en este volumen. La fábula tiene menos movimiento, pero mejor plan, mejor enlace y mas verosimilitud: si en ella los chistes abundan menos, tambien son mas raras las chocarrerías.

NOTAS.

I.

El lector habrá observado en varios pasages de las comedias comprendidas en este tomo, que unas veces se escribe *escuro*, y otras *oscuro*; tan pronto *medecina*, como *medicina*; *licion*, como *leccion*; *agora*, como *ahora*: que á las segundas personas de plural de los pretéritos, ya se les dan las terminaciones en *asteis* y en *isteis*, como en el dia, ya las anticuadas en *astes* é *istes*: que en los infinitivos con pronombre, se truecan á veces la R final y la L que le sigue en LL, y á veces no: por último, habrá notado que en la segunda persona de plural del imperativo, la D con que termina el verbo se pospone en ciertas ocasiones á la L del afijo, al paso que en otras permanece en su puesto natural. Fácil hubiera sido hacer que desapareciese esta falta de uniformidad en la mayor parte de los casos, á tenerla por descuido de copiantes ó impresores; pero advirtiéndose igual anomalía en otros escritos de aquella época, obras de autores que limaban mucho sus producciones, y las imprimian correctamente, se ve que era una práctica ó una licencia general; y el editor ha creido por esta razon que debia respetarla.

II.

Para señalar los diversos lugares donde se verifica la accion de las dos primeras comedias de este tomo, he atendido únicamente al diálogo, porque él es á mi juicio la guia que en esto debe seguirse. De aquí nace el haber indicado que la escena última de *Marta la Piadosa* pasa en lo interior de la huerta del duque, á pesar de que en la edicion primera no se dice que se retiran los personages y que vuelven á salir despues; antes al último verso de don Diego en la escena XX sigue un *llégase*, como manifestando que doña Marta y su acompañamiento no han mudado de sitio. Con recordar que estas comedias se representaban cuando el autor vivia, y aun despues, en un

teatro de cortinas, que figuraban el bosque y la calle, la prision y la sala, se conocerá que estando ya concluyéndose la comedia, no habia necesidad de que los actores, para dar á entender que se habian trasladado á otro punto, entrasen, segun costumbre, por una puerta, y saliesen por otra. Mas caso merece, pues, la imaginacion del autor, pintada en las espresiones de las figuras del drama, que unas acotaciones hechas solo para los cómicos de aquella época, las cuales suelen quizá estar en contradiccion con el diálogo.

III.

En la misma comedia de *Marta la Piadosa* hay una escena en tercetos (la XIV del tercer acto), en la cual se hallan dos versos faltos de consonancia con sus correspondientes, el cuarto de la página 224, y el cuarto de la 225. Como en ambos casos está claro el sentido, y en los tercetos no falta ni sobra verso ninguno, he debido pensar que estas fueron dos inadvertencias ó caprichos del autor, y así me he abstenido de enmendarlos. Pero no pudiendo suponer en Tellez la inadvertencia de hacer una redondilla de tres versos, ni mucho menos la de que en un romance juntara dos versos asonantados, sin interponerles uno libre, he injerido en la página 139 el verso quinto, y en la 306 el vigésimo, para llenar los dos huecos de versificacion y aun de frase, concepto ó diálogo, que allí resultan.

IV.

En obsequio de los que adoran ciegamente los despropósitos impresos, he dejado sin alteracion aquellos versos de la página 316, que dicen:

Empiezo, pues, nuestra historia.
(*Alto.*) Mi señora, ya sabeis
quien soy, y cuan bien nacido, &c.

Principiar un romancillo, y colocar el asonante en el tercer verso, es distraccion que en ninguno es creible. Para mí no tiene duda que Tellez habia hecho aquí una enmienda, que no se salvó en la copia ó en la imprenta. La enmienda no podia menos de ser la de reducir los dos versos primeros á uno en esta forma:

Empiezo pues. (*Alto.*) Ya sabeis
quien soy, y cuan bien nacido....

CORRECCIONES AL TESTO.

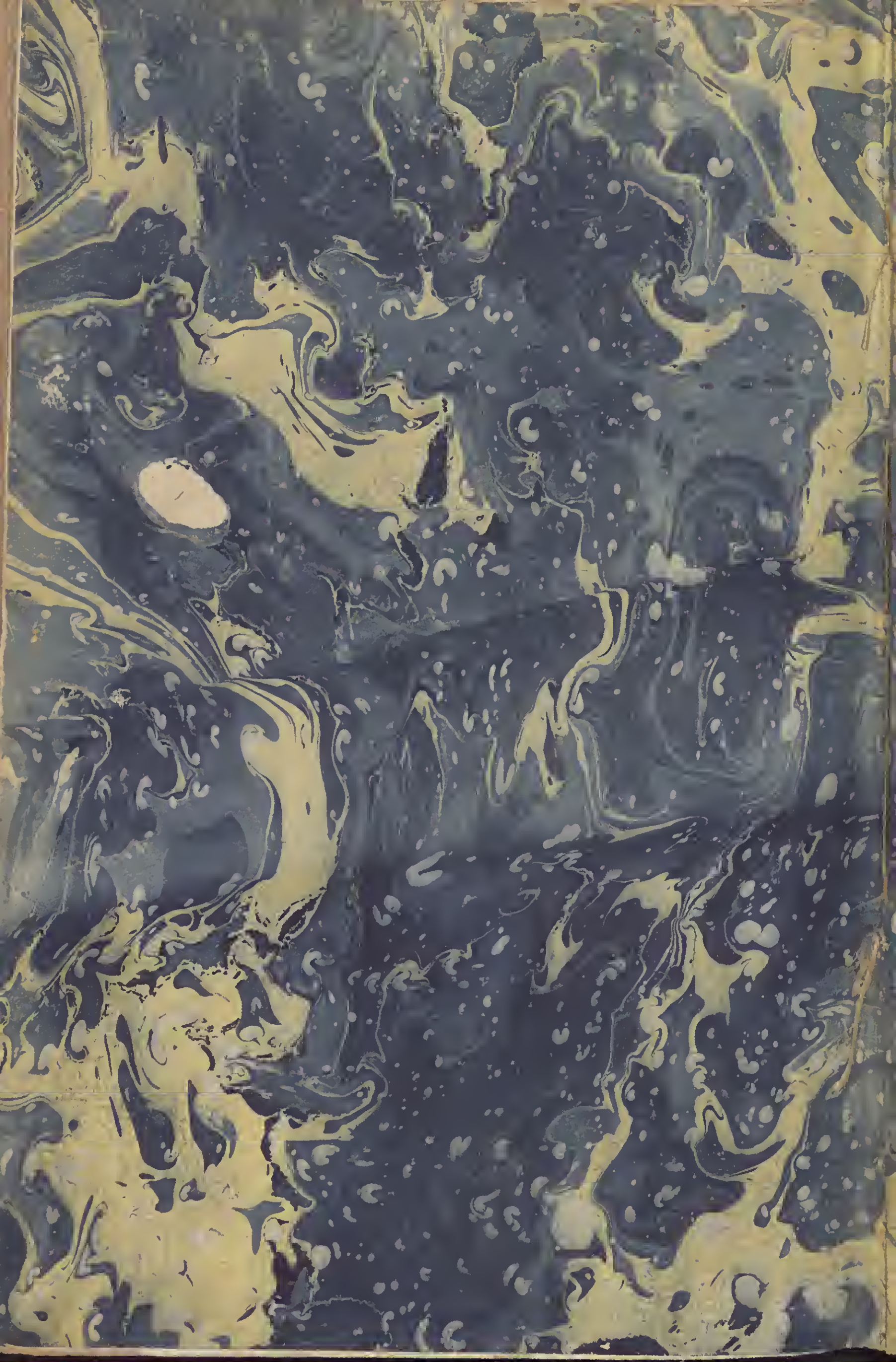
Despues de impreso este tomo, se ha observado que se debian hacer las siguientes.

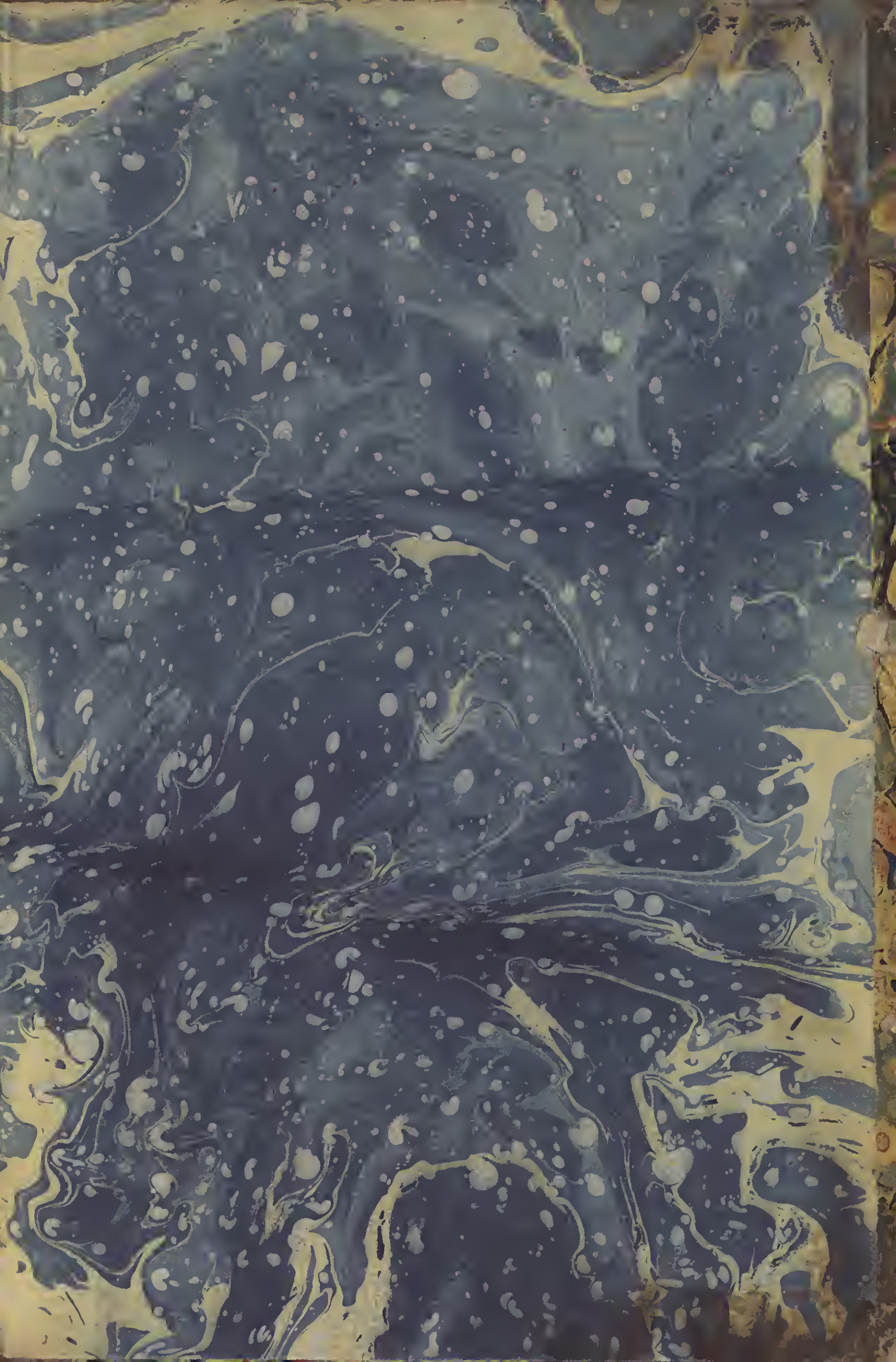
Página.	*Linea.*	*Dice.*	*Debe decir.*
45	10.	venid. . . .	vení.
61	antepenúltima.	le.	la.
116	penúltima. . .	diste. . . .	distes.
117	24.	fuegos. . .	juegos.

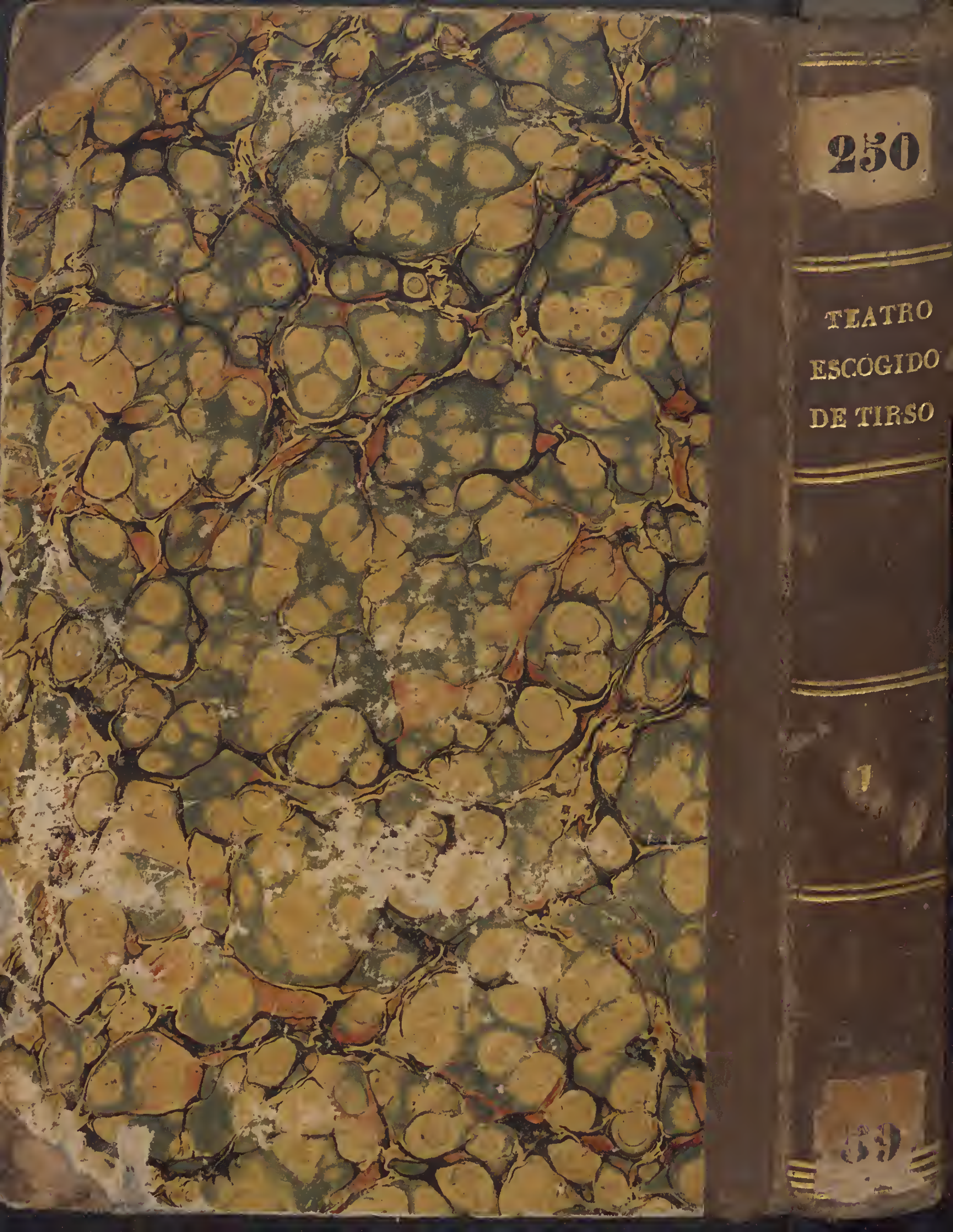
INDICE.

ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
20	10	agrada	airada.
116	28	intestes	intentes.
129	20	se	te.
144	36	tu	mi.
199	4	FELIFE.	FELIPE.
233	30	*Lueía.*	*Lucía.*






250
TEATRO
ESCOGIDO
DE TIRSO
1
59